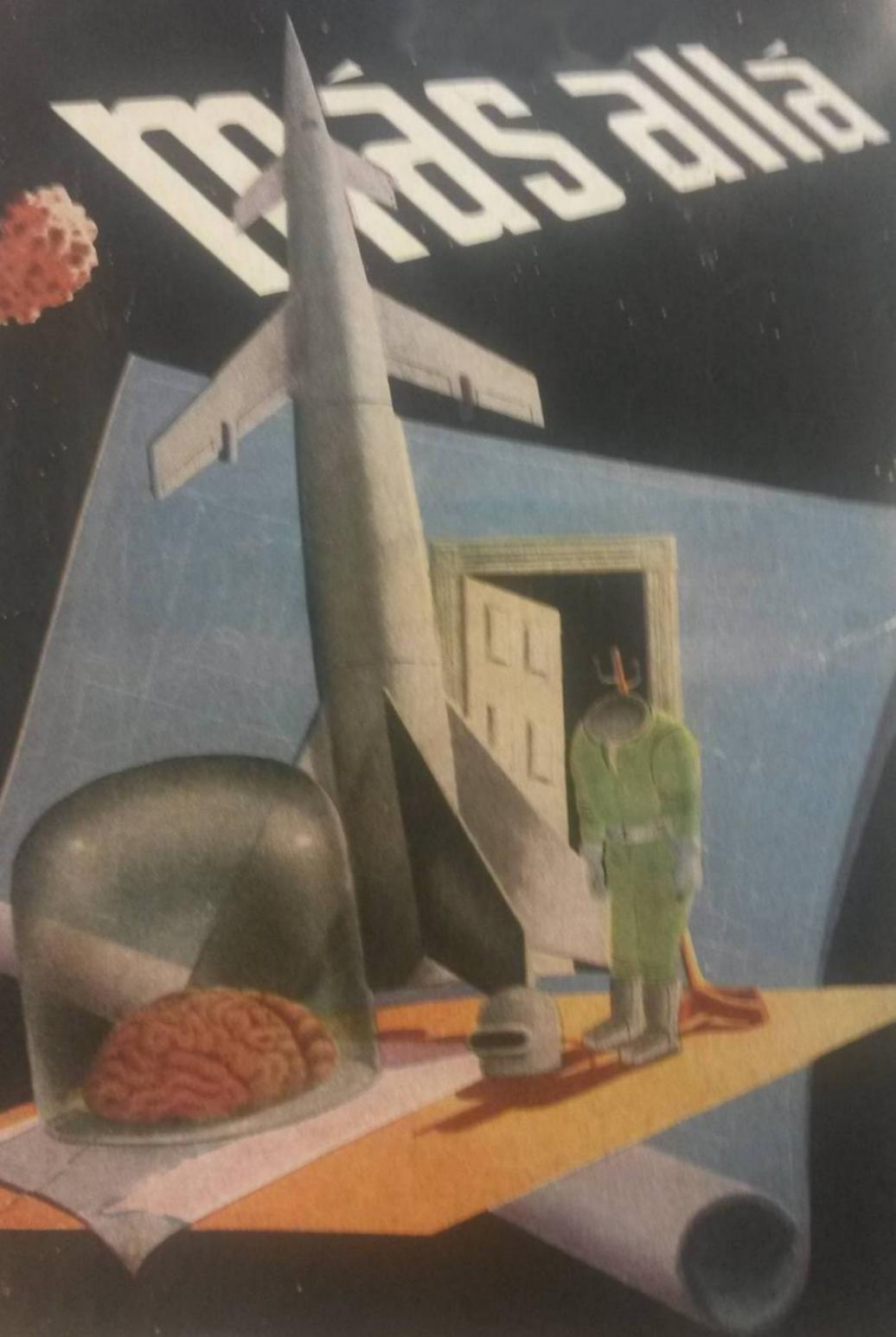


OL. 2 N° 20

ENERO 1955

Plus Allá



REVISTA MENSUAL DE FANTASIA CIENTÍFICA

más allá

DE LA CIENCIA Y DE LA FANTASIA

REVISTA MENSUAL
DE AVENTURAS
APASIONANTES EN
EL MUNDO DE LA
MAGIA CIENTIFICA



NUESTRA PORTADA

Los elementos de la
fantasía científica:
el manajo de llaves
que abren las puer-
tas del infinito.

sumario

Redacción y Administ.:
Editorial Abril S. R.
Av. Alem 884,
B. As., Rep. Argentina

novelas cortas

VERAÑO,

por FRANCISCO BALTZER
*La caza, en Mar del Plata, de una
pareja ejemplar* 4
SIN MAYOR IMPORTANCIA,

por
CHARLES OLIVER
*Lo que hay que sufrir para conser-
var un mito*..... 120

cuentos

ENCUENTRO NOCTURNO,

por RAY
BRADBURY
*Chaque con el pasado y con la dis-
tancia* 42

EL MARCIANO,

por RAY BRADBURY
¿Reencarnación o contagio? 50
¡Y VAN TRES!,

por H. L. GOLD
*Muerte para el que sea nombrado
tres veces* 61

MATERIA PRIMA,

por JULIÁN DE
CÓRDOBA
*En la cumbre de la genialidad y de
la estupidez* 72

TERROR ESPACIAL,

por HARRY WALTON
*Trasmisión de materia en la solem-
nidad del espacio.* 95

EL ESPIA,

por FRANK M. ROBINSON
*La silenciosa, incalculable velocidad
del objeto misterioso* 103

EL FIN DEL MUNDO,

por KENNET
HEUER 28

GEOGRAFIA Y ESTATURA

..... 117

LA MAQUINA DEL TIEMPO

..... 118

CORRESPONDENCIA:

*Proyectiles di-
rigidos y respuestas científicas* .. 112

ESPACIOTEST 70

HOY ES EL PIVOTE (Editorial)

aventuras de la mente

novedades cósmicas

ALGUNOS lectores han escrito solicitando que MAS ALLÁ publique, ya sea una historia de la navegación, ya una historia de las armas o una historia de la arquitectura.

Es muy natural que el interés que los lectores de fantasía científica tienen hacia los problemas técnicos, ocasionen en ellos el deseo de saber cómo y cuándo se ha llegado al actual estado de desarrollo y de perfección. La historia de la técnica es sumamente interesante, y el lector de MAS ALLÁ sabe que, si esta revista publicara artículos históricos, éstos estarían ilustrados con grabados antiguos, esquemas de instrumentos de hace cientos de años, reconstrucciones de máquinas fuera de uso, etc.; en una palabra, volveríamos a crear el ambiente más sencillo y apacible en que vivían nuestros antepasados, y el espíritu se recrearía al volver a un mundo que nos parece pintoresco, tranquilo y más agradable que el nuestro.

Hasta ahora, sin embargo, MAS ALLÁ no ha publicado ningún artículo retrospectivo de importancia, ni proyecta hacerlo. No han faltado, las miradas retrospectivas en cuanto ellas puedan ayudar a una mejor comprensión de los problemas de nuestro tiempo. Pero MAS ALLÁ está dirigida hacia el porvenir, no hacia el pasado, y las cosas del pasado pueden ser objeto de una fugaz comparación, pero no de estudio minucioso y detallado.

La razón de este aparente menosprecio hacia la técnica del pasado deriva de la profunda convicción de que el verdadero progreso de la humanidad está aún comenzando, y que todo el larguísimo pasado ha sido el período de gestación de una era recién ini-

ciada. No es fácil darse cuenta de que en los últimos años el mundo ha pasado por un período absolutamente especial de su historia. El ritmo actual de los cambios en todos los aspectos de la vida humana no tiene parangón en los anteriores períodos históricos.

Hasta comienzos de este siglo, habría sido posible imaginar intercambios de personas en el tiempo, sin que el hombre, así desplazado, se hubiera encontrado en ambiente substancialmente diferente. Por ejemplo: uno de los marineros de Cristóbal Colón habría resultado muy útil en una de las naves de Ulises; un romano, cuidador de ganado en Galia, se había encontrado muy bien entre los gauchos argentinos; un sacerdote administrador de los templos babilónicos habría podido administrar con perfecta competencia algún extenso cultivo de algodón de comienzos del siglo pasado, en el sur de Estados Unidos, donde una sencilla contabilidad y la esclavitud constituían los elementos esenciales de toda la organización; un vikingo, hábil pescador y constructor de buques, se habría encontrado en su ambiente en la República Veneciana en lucha contra los turcos. Y así por el estilo. La verdadera revolución en la técnica es de nuestros días. La diferencia entre el arco y las flechas de los hombres primitivos y las sencillas armas de fuego empleadas por Napoleón Bonaparte, es insignificante en comparación con la diferencia entre estas últimas y la bomba H.

Solamente en los últimos pocos años el hombre está comenzando a percibir la posibilidad de ampliar ilimitadamente su dominio de las fuerzas naturales. Al mejorar y al refinarse, la

técnica humana está modificando rápidamente el ambiente de nuestra vida. La modificación determinada en la naturaleza por la actividad del hombre durante 3.000, 5.000 ó 10.000 años, es nada en comparación con los profundos cambios de los últimos 50 años, y éstos últimos no son nada en comparación con los cambios que se verificarán en los próximos 20.

Lo más importante es que, al modificar todo lo que lo rodea, pronto el hombre tendrá que modificarse a sí mismo, para que pueda existir en el mundo que se ha creado. Ya no podremos vivir como antes: el progreso nos brinda posibilidades, pero nos impone restricciones. Por un lado nos da, por el otro nos quita. En comparación con nuestros antepasados, somos capaces de sacar mucho más del mundo que nos rodea; pero esta explotación en mayor escala exige una modificación de la estructura del hombre: de su estructura mental, quizá de su estructura biológica y física, y seguramente de su organización social. Éste es el precio que tenemos que pagar a cambio de las ilimitadas posibilidades que nos brinda la nueva era. Y la fantasía científica no es más que la descripción de este proceso en marcha acelerada, de esta ampliación infinita del intercambio entre el hombre y la naturaleza; bajo el brillante oropel de la fantasía, se plantean las nuevas fórmulas según las cuales se desarrollará la vida en el porvenir y se establecerá una especie de nueva contabilidad social, balanceándose el hombre entre el incommensurable Activo de los nuevos dones de la naturaleza dominada por la técnica, y el Pasivo de las exigencias, a veces crueles, del nuevo mundo en que se encontrará viviendo.

hoy es el pivote



Ilustrado por OLMOS

*¿Cómo cazar a una pareja humana?
¡La vorágine del vicio que los
dominaba los entregaría prisioneros! Y la
pareja... ¡entraría en la jaula con
ilusión de la felicidad!*

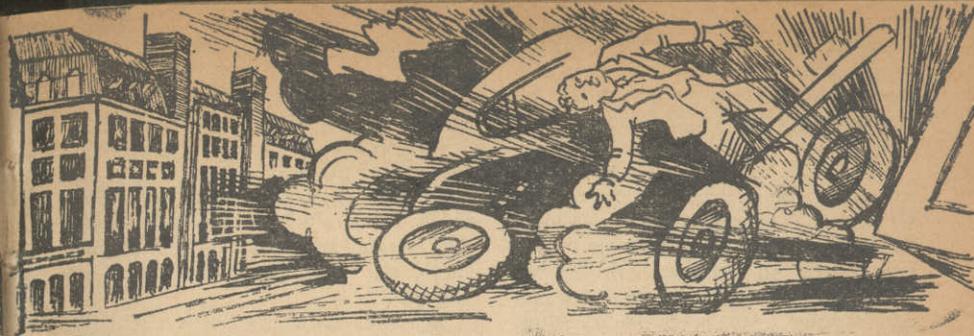
LA mímica de Limo era una perfecta imitación de la realidad. Y así debía ser, porque lo habían entrenado durante cuatro horas para este trabajo.

Al principio le había costado un esfuerzo casi superior a su voluntad. Él mismo, y sus profesores, pensaron varias veces que fracasaría. Pero al fin resultó el mejor de los graduados en su promoción. Ahora la nueva y extraña forma le era tan familiar que no le ofrecía dificultad alguna. Casi se sentía cómodo usando sólo dos patas y dos brazos y únicamente dos de sus ojos.

Mientras saboreaba un succulento "banana-split", sentado en uno de esos bares lácteos que le resultaban tan simpáticos, observaba con interés a esos bípedos nerviosos y parlachines que en-

traban y salían del enorme edificio de la vereda de enfrente.

Ya era la cacería Nº 53 que hacía en este planeta "Heliton" 3" y ya lo conocía mejor que a las cáscaras de sus propias tenazas. Rememoró que lo que veía era un centro de diversiones con dimensiones de ciudad (los nativos lo llamaban "Mar del Plata"), y que el edificio enorme que se veía enfrente lo llamaban "Casino". Ahí se cultivaba uno de los vicios más interesantes de esta raza, y que había sido objeto de apasionados estudios. Pero Limo sabía que ahí también les sucedía a los bípedos otra cosa que pasaba inadvertida para los turistas astrales que visitaban esta cultura "Tipo IV". El tremendo éxito de sus cacerías se debía a este



VERAÑO

por FRANCISCO BALTZER

simple descubrimiento. Él había aprendido que en los "Casinos" y cerca de ellos los nativos no prestaban tanta atención a sus escrúpulos morales, sobre todo cuando habían perdido una cantidad mayor de dinero. Entonces eran accesibles a cualquier tentación y el carácter se les debilitaba mucho.

Este descubrimiento era el secreto profesional de Limo, y se había cuidado muy bien de no revelárselo a nadie.

En ese momento vio salir por la enorme puerta de vidrio y bronce a un nativo de mediana edad, corpulento y muy bien trajeado. A Limo le gustó de inmediato su cara inteligente y lo consideró como una posible presa. Hizo vibrar sus antenas frontales, ahora hábilmente disimuladas entre los pelos de

su cabeza, que llevaba a la usanza de los habitantes del planeta.

Consiguió asociarse con los pensamientos del bípedo y supo que el individuo se llamaba Chango Demartino. Comprendió que "Chango" no era el nombre verdadero, a pesar de que estuviera tan firmemente asociado con esa personalidad. Eso ya le había pasado otras veces y estaba acostumbrado a tal peculiaridad. Supo que el bípedo en cuestión era "corredor de bolsa" (concepto nuevo), que estaba casado con un bípedo femenino llamado Laura, que acababa de perder todo su dinero jugando, y que la única propiedad individual que le quedaba era un automóvil, guardado en un garage subterráneo a unos doscientos metros de allí.

También supo que tenía unas cuantas deudas y no dejó de advertir su desesperación por conseguir algún dinero para continuar en el juego llamado "Punto y Banca"...

Muy bien; el dinero se lo podía dar: era muy fácil imitar esos papelitos en colores a los que tanta importancia daban aquí. Ese sería el primer paso para entrar en contacto con Chango Demartino. Lo único necesario era conseguir, aunque sólo fuera por un segundo, un billete auténtico.

Limo pensó un ratito y ya supo cómo lograrlo. Se levantó y se acercó al bípido encargado de cobrar lo que allí se consumía. Este, como era de costumbre, estaba parapetado detrás de una enorme y primitiva máquina de hacer cálculos.

—Buenas noches, patrón —saludó Limó en el más perfecto acento llamado "porteño". Se sentía orgulloso de dominarlo a la perfección. Él no era como esos turistas vulgares que, a fin de pasar inadvertidos, debían usar dialectos de otras partes del planeta para que así los tomaran por extranjeros.

—Buenas —contestó el hombre que estaba detrás de la enorme máquina de calcular—, ¿en qué puedo servirle?

—Perdone la pregunta, pero si yo le dejo este anillo, ¿usted me prestaría una fragata por media hora?

EL patrón lo miró a Limó con desconfianza, luego observó el anillo que era un diamante de indiscutible valor.

—¿Y quién me garantiza que esto no es un vulgar cascote? —empezó a discutirle.

Pero las antenas dorsales, escondidas bajo el elegante saco sport, empezaron a vibrar en la frecuencia mental del individuo y ya no hubo resistencia. Al hombre le pareció el más brillante de los negocios y aceptó gustoso el trato. Abrió la caja y le entregó un flamante billete de mil pesos.

Eso era lo único que necesitaba Limó...

—¿Cuánto le debo por el "banana split"? —preguntó antes de irse.

—Obsequio de la casa, hombre —contestó el patrón.

Al salir caminando metió el billete en el bolsillo trasero de su pantalón. Ahí llevaba su transmutor de réplica, el que automáticamente empezó a funcionar.

Mientras tanto, Demartino se había alejado caminando por la "Rambla" y dejaba que el fresco aire de la noche le acariciara la cara. Él estaba acostumbrado a los altos y bajos en la vida, y no era la primera vez que las cosas le iban mal. Pero esta vez era peor. Se había quedado positivamente en la calle. La tentación de seguir jugando era terrible. Tenía en su cuenta de banco fondos de algunos clientes suyos. Estaba pensando en ese momento en lo fácil que sería firmar un cheque y seguir jugando con plata ajena. Pero en ese preciso instante una idea nítida atravesó su cerebro. Era una idea simple y práctica: Y ¿si conseguía que alguien le prestara dinero sobre el Buick convertible que tenía parado en el garage del Casino? Dinero prestado sólo por cinco horas, dinero suficiente para jugar fuerte, dinero para recuperar todo lo perdido. Total, en cinco horas pueden pasar tantas cosas...

Ya eran las doce de la noche, y sería un poco difícil encontrar alguien con ganas y plata para hacer la operación. Ahí, en la esquina, al lado de una elegante vidriera de un negocio de modas, estaba parado un vendedor de diarios y revistas. A lo mejor él conocía a alguien.

—Escucha, muchacho —lo saludó— ¿conocerás un montón de gente por aquí, verdad?

—Depende —le contestó el otro, estudiándolo con curiosidad.

—Se trata de conseguir plata prestada sobre un auto, ¿entiendes?

—Ah... ¿y para cuándo sería?

—Ahora mismo, hombre.

—No... Yo para mañana le averiguo.

—Yo podría prestarle —se escuchó entonces la voz de Limó—. Pero sólo por unas horas y depende de la garantía.

Para Demartino esas palabras fueron como la más hermosa de las canciones. Por supuesto que iba a aceptar cualquier condición... Si la suerte cambiaba, y él estaba seguro que cambiaría, lo devolvería todo con creces.

—Es un Buick convertible, último modelo, ¿cuánto me presta?

—Ochenta mil —contestó Limó en el más perfecto tono comercial—. Ochenta mil hasta las cinco de la mañana, sin interés ni recargo alguno.

Demartino quiso resistirse ante ese precio, que le pareció un abuso. El auto valía más del doble. Pero la tentación de ver ochenta fragatas juntas fué más fuerte.

—De acuerdo, señor... ¿Cómo es su nombre?

—Llámeme Cacho, con eso alcanzará.

Demartino aceptó, aunque de mala gana, en hacer el trato con un hombre que no quería revelar su identidad. Pero si quería el dinero, no le quedaba otra alternativa.

—Muy bien, señor Demartino —dijo por fin Limó cuando hubo estudiado los documentos—. La patente está en orden. Yo me quedaré con la patente y las llaves y usted puede tener el dinero —y diciendo esto, sacó del bolsillo trasero de su pantalón, el mismo donde hacía un rato había guardado el billete de mil, un fajo flamante de ochenta mil pesos. Estos billetes eran una reproducción absolutamente fidedigna de los verdaderos. Es más, eran mejores, porque las moléculas de estos papeles ya no podían alterarse bajo la acción de ningún agente químico.

Cuando Demartino vió ese dinero

junto, ya no dudó más de su suerte, y firmó sin titubear el boleto de compraventa que Limó esgrimió bajo sus narices. Y con esto, el primer contacto con ese individuo se podía considerar un éxito.

Limo empezó entonces a vibrar con sus cuatro antenas, las dos frontales o perceptivas, y las dos dorsales, que eran las volitivas. Conectó el amplificador de impulsos y consiguió ponerse en comunicación con el registrador cronodescriptivo de su base...

A 24 años luz de ahí, una cinta grabadora captó el siguiente mensaje:

"Heliton 3-cacería N° 53 —Registrar bípido masculino bajo N° LQ-374 (Chango Demartino en dialecto local) —Primer contacto positivo —Todos los derechos reservados —Firmado: Limó, documento único N° 594²¹-471".

EL grupier de la mesa cinco no pudo dar crédito a sus ojos cuando levantó la mirada de las cartas que estaba mezclando. Ahí, en la misma silla que antes, se había vuelto a sentar ese señor Demartino. Hacía media hora que lo había visto alejarse, después de perder una fortuna incalculable... ¡Francamente!, había gente que no aprendía nunca.

—¿Qué tal, señor? —lo saludó con su sonrisa más simpática, ya que el hombre siempre dejaba propinas succulentas—. Veo que viene decidido a desquitarse... A ver si esta vuelta le va mejor.

—Así es —y se acomodó en el sillón y sacó el fajo de billetes—. Para empezar déme diez mil.

El grupier pagador, que estaba sentado frente a ellos, contó diez fichas de mil y las tiró en elegante curva sobre el tapete, frente al asiento ocupado por Demartino.

—¡Se remata la primera banca! —se escuchó decir al grupier.

—Mil por aquí —dijo con voz tran-

quila un hombre gordo sentado al otro lado.

—Dos mil —retrucó con decisión nuestro amigo. Ya era pasada la una de la mañana, y aunque a esa hora se juega fuerte en las mesas de Punto y Banca, las miradas empezaron a concentrarse en él. El señor gordo se dió por vencido y no hubo otra oferta.

—Dos mil pesos en la Banca —dijo el grupier—. ¡Señores!... Hagan juego.

Las fichas fueron cayendo sobre el tapete. Demartino los había entusiasmado a todos con su fuerte Banca, y la preferencia de los jugadores estaba bien marcada. Sólo algunos excépticos pusieron sus fichas en Punto.

—No va más... ¡Cartas!...

Con los dedos seguros y tranquilos del jugador empedernido, Demartino fué sacando las cartas del sabó. Una señora mayor, con su postura de cien pesos, mandaba en el Punto. La señora destapó un cuatro y un dos.

—Cartas seis —se escuchó la voz casi mecánica del grupier.

Demartino destapó entonces un rey y un ocho.

—Ocho por seis... Gana la Banca

—Un suspiro atravesó al grupo que rodeaba la mesa—. Cuatro mil pesos en la Banca... ¡Hagan juego, señores! ¡Hagan juego!

Pero todo el mundo dejó sus fichas en la Banca, esperando que se siguieran multiplicando.

Esta vez el Punto sacó tres y la Banca siete. De nuevo ganaba la Banca. Ahora ya algunos de los circundantes empezaron a agitarse con optimismo. Muchos retiraron ahora sus apuestas y se pasaron al Punto, otros quedaron indecisos y los más valientes lo siguieron a nuestro amigo, que continuó

en la Banca con su apuesta.

—Cuatro mil pesos en la Banca... ¡Hagan juego, señores!...

Demartino ya había pasado el límite y recibió las cuatro fichas de mil que había ganado en la última jugada... Sí, la suerte había empezado a acordarse de él de nuevo.

En esta jugada el Punto, donde ahora la apuesta mayor la tenía un señor elegante y joven, sacó un cinco y un tres, o sea ocho. Todos contuvieron el aliento, cuando se vió una reina... Pero debajo estaba un nueve. Y de nuevo ganaba la Banca. Demartino sonrió satisfecho, sacó la mitad de la postura y siguió adelante con la Banca. Ahora ya se tenía una confianza ciega y estaba apasionadamente feliz...

La escena era observada por dos turistas astrales que estaban parados cerca. Cualquiera los hubiera tomado por dos señores extranjeros, suecos o algo así. Se llamaban Cotal y Runo. Nadie podía imaginar su verdadera forma natural de insectos gigantes.

Cotal empezó a vibrar con sus cuatro antenas para ponerse en contacto con Runo.

—Este culto nativo es lo más extraño que vimos hasta ahora en esta excursión por "Heliton 3".

—No, Cotal —contestó Runo vibrando a su vez con sus antenas—. En las instrucciones dice que esto es un vicio. Pero por cierto que es muy interesante.

—¿Estás seguro?... Mira que los dos bípodos de negro, que dan y toman los redondeles, son muy parecidos a los sacerdotes de "Ipton 7"...

—No, Cactal, no... Esto es una cultura "Tipo 4", en "Ipton 7" hay una cultura "Tipo 3"... Aquí los cultos

religiosos son parecidos a arengas políticas: un bípodo habla y los demás escuchan.

—Quizás tengas razón, siempre fuiste más estudioso que yo... Pero ¡qué forma molesta que tienen estos individuos! Estoy harto de no poder estirar mi par de patas intermedias y tener cuatro ojos tapados por estos pelos absurdos...

—Bueno, aguanta un rato, que ya pronto viene a buscarnos la cámara transportadora. Estoy observando algo que me desconcierta, pues no concuerda con las intrucciones del catálogo.

—¿Qué es, Runo?

—Resulta que, como habrás notado, los sexos están nítidamente diferenciados, y siempre viven juntos un macho y una hembra, formando un grupo básico, que en dialecto local se llama "matrimonio".

—Sí, ¿y qué pasa con esa situación tan curiosa?

—Sintonízalo al individuo ése que está juntando cada vez más redondeles con evidente regocijo de los que lo rodean. Cuando lo hagas, te darás cuenta de que tiene la marca subconsciente de ser "matrimonio", y, sin embargo, ahora no tiene su hembra, a pesar de estar pasando un instante de suma felicidad. La base moral de eso que llaman "matrimonio" es que se conviven las penas y felicidades juntos.

—Es cierto, el catálogo está equivocado. Vamos a protestar.

—No, espera... Puede ser que, en efecto, el vicio lo tiene tan dominado, que le hace olvidar los preceptos morales... ¡Qué interesante!...

—¿Por qué no vamos a buscar a la hembra? Sería interesante saber qué es lo que está haciendo en este momento.

—Sí, vamos a ver si la sintonizamos. —Y conectó el amplificador de impulso.

—¡Ahí está!... En un edificio extraño, realizando una danza junto con otro bípodo y en medio de una rara

reunión que se efectuaba a media luz.

—Vamos, rápido.

Por la amplia escalera del Casino bajó una pareja de señores elegantemente vestidos. Por sus modales y aspecto, debían de ser extranjeros., posiblemente suecos o algo por el estilo. A la gente que los vió les debió parecer que estarían un poco bebidos, porque sus pasos eran inseguros. Pero, por lo demás, no había nada extraño en ellos, y nadie les prestó mayor atención.

LIMO llegó caminando por el túnel que une el Casino con el garaje subterráneo. Observó con interés las columnas de mármol, porque no podía comprender cómo era posible que esas planchas de piedrecitas prensadas soportaran el peso del enorme edificio que había visto arriba. Lo mismo le había pasado con las inmensas bóvedas que viera por dentro. Estaba seguro de que en una cultura "Tipo 4" no había suspensión telescópica para construcciones.

Se paró y sacó del bolsillo trasero del pantalón su transmutor de réplica. Era un pequeño artefacto de metal, redondo y achatado, de unos diez centímetros de diámetro. Del costado desenrolló un alambre finito que en la punta tenía una microscópica ventosa que le permitía adherirse firmemente. Unió el alambre con una de las columnas y apretó un botón que había en el centro del artefacto. Se escuchó un chasquido, y en la palma de su mano, que sostenía al transmutor, se fué formando un cubito de mármol. Mejor dicho, un cubito de partículas de mármol molido y regenerado por el procedimiento del moldeado con cemento, según el más moderno sistema industrial que se conocía en "Heliton 3".

Cuando el cubito hubo alcanzado las dimensiones de unos tres centímetros, Limo cortó la comunicación con la columna. Se guardó el cubito en el bolsillo. Ya lo analizaría en la base, pero

Hay que especializarse

SEGÚN las estadísticas, entre los médicos, los especialistas son mucho más longevos que los clínicos generales.

dudaba de que el resultado echara alguna luz sobre el problema.

Siguió caminando por el túnel y entró en el garaje. El encargado estaba recostado contra el guardabarros de uno de los autos, fumando un cigarrillo. Limo se acercó al hombre y lo saludó con un "Buenas noches".

—Buenas noches, señor —le contestó.

—Diga, ¿sabe dónde está el auto del señor Demartino? . . . Es un Buick convertible.

—Sí, lo conozco muy bien; está en la tercera fila al fondo. . . ¿Por qué?

—Soy amigo del señor Demartino, y me dijo que lo esperara en su auto.

—Pero el coche está con llave.

—No importa; esperaré junto al auto hasta que él venga.

Se escuchó un chirriar de gomas, y un elegante Cadillac negro bajó por la rampa y frenó frente a la entrada del túnel. El encargado corrió para abrir la puerta. Limo aprovechó la ocasión para desaparecer entre la fila de autos.

Los pasos resonaron en el piso de cemento, y la luz difusa de las columnas se reflejaba en la impecable laca de los lujosos vehículos. Por fin encontró al que buscaba. Verificó que el número de la patente coincidía con el del recibo que tenía en la mano. Se aseguró de que había suficiente espacio, y luego conectó el alambre del transmutor de réplica con el paragolpes del Buick, para depositarlo inmediatamente en el suelo.

Tenía que esperar un rato y aprovechó para comunicarse con los pensamientos del "bípodo LQ-374" . . .

Descubrió que por ahí las cosas no andaban como debían. La idea de Limo era que el individuo se posesionara del vicio y perdiera la mayor cantidad posible de dinero. Pero . . . ¿qué estaba pasando? . . . ¡Ya llevaba ganados la friolera de cuarenta mil pesos! . . . Eso estaba por entero en contra de los planes de Limo. . . Eso había que cambiarlo rápidamente . . .

Conectó el amplificador de impulsos y fué regulando las vibraciones de sus antenas con la mayor delicadeza de que era capaz. . .

Hasta ese momento Chango Demartino había ganado guiándose por su instinto de jugador. Estaba en "racha". Lo "sentía" al juego y sabía que ahora, después de dos Bancas y un Punto, debía darse de nuevo Banca. El lo "sabía", y ya tenía la mano con las fichas sobre la parte del tapete correspondiente a la Banca. . . Sin embargo, sin saber por qué, las desvió hacia el Punto y las dejó allí.

—Siete por cuatro, gana la Banca — se escuchó la voz del grupier. El sable de madera de caoba, manipulado por el pagador, barrió las cuatro fichas de mil. . .

Por supuesto, él sabía que tenía que darse Banca. Y eso le pasaba por no confiar en el pálpito. Ahora estaba desconcertado; no sabía cómo jugar; estaba "fuera de onda" Tendría que haber esperado dos o tres jugadas para sentir de nuevo el juego. Sin embargo, se ofuscó y volvió a apostar a Punto.

—Nueve por bacará, gana la Banca. —Y de nuevo el sable de caoba se llevó cuatro fichas de mil. El desastre había comenzado. . .

Abajo, en el garaje subterráneo, Limo sonrió satisfecho. Dentro de una o dos horas su víctima estaría más pobre que una rata, lista para tomar las decisiones más desesperadas, que él se encargaría de inculcar en su cerebro.

Volvió a preocuparse por el transmutor de réplica. Ahora había estacionados ahí dos Buicks convertibles, idénticos uno al otro hasta en la colilla de cigarrillo olvidada junto al acelerador. Pero ya era tiempo de interrumpir la conexión, porque al lado de los dos autos, paradas en el suelo, se veían las cuatro ruedas de un tercero y ya habían empezado a formarse los amortiguadores.

Limo agarró el transmutor e in-

virtió la corriente. De inmediato el proceso se realizó al revés, y las cuatro ruedas que sobraban empezaron a desvanecerse. Observó con atención. En el momento justo en que desapareció la última partícula de caucho, desconectó el transmutor. Luego enrolló el alambre y volvió a guardar el extraño artefacto circular en el bolsillo trasero de su pantalón.

Las antenas de Limo vibraron ahora en la longitud de onda que estaba reservada para todos los automáticos que pudiera fabricar. Los órdenes que impartió al auto sintético fueron precisas, y la nueva creación empezó a realizar su primer trabajo independiente. Primero las moléculas de los vidrios se situaron de tal forma, que la luz, al atravesarlos, era refractada y absorbida con tal delicadeza, que hacia afuera se creaba la ilusión óptica de que un bípodo estuviera sentado al volante. Conseguido esto, se reprodujo el zumbido de un motor de combustión química, al estilo de una cultura "Tipo 4", y el vehículo se puso en movimiento. Subió por la rampa, dobló por la Avenida Colón y fué corriendo en dirección a la Explanada.

Según la hora local, eran casi las dos de la mañana, y no había muchos autos. Sin embargo el Buick sintético se adaptó perfectamente a las reglas de tránsito, y los pocos conductores que lo vieron se asombraron un poquito de ver la escrupulosidad con que guardaba su mano y cómo se paraba en cada

esquina, hacía seña con los faros y volvía a arrancar. Era el auto manejado por el conductor más responsable que jamás había existido. Llegado a la Explanada se estacionó, apagó las luces y se quedó esperando nuevas órdenes.

COTAL y Runo, los dos turistas astrales, habían llegado caminando hasta una puerta iluminada por un hermoso cartel eléctrico. Oyeron música y ruido de voces, como si hubiera una fiesta.

—¿Yes? —vibró Runo telepáticamente con sus antenas—. Esto es lo que figura en el catálogo con el nombre de "boite"; aquí bailan y cultivan otro vicio muy interesante. Consiste en excitar los nervios con líquidos tóxicos que les producen una ilusión de felicidad.

—Siempre te admiro por la amplitud de tus conocimientos, Runo —contestó Cotal—. Conoces el catálogo de memoria. . . ¿Así que esto se llama "boite"? ¡Qué interesante! . . . ¿Estás seguro de que aquí vamos a encontrar la hembra del jugador vicioso?

—Positivamente; la tengo muy bien sintonizada.

Los dos entraron y se encontraron con un ambiente iluminado a media luz. Una apreciable cantidad de parejas de bípodos se movía en el centro, realizando una danza al compás de los sonidos provocados por cinco individuos, que empuñaban unos instrumentos de hacer ruido. Otros bípodos es-

Una cámara ultrarrápida

TRES millones y medio de fotos por segundo es capaz de sacar una cámara ultrarrápida, construída en el Laboratorio Científico de Los Alamos. La cámara puede tomar 170 fotos en 1/20.000 de segundo, por medio de un espejo que gira a 10.000 revoluciones por segundo.



taban sentados alrededor de mesas, y un pequeño grupo lo estaba sobre unas extrañas sillas de largas patas, alineadas a lo largo de un mostrador. Lo reconocieron como una de las ilustraciones del catálogo de viajes: se llamaba "bar".

Cotal y Runo fueron caminando hasta ese lugar, que les pareció el más cómodo. En esos taburetes podían estar un poco las patas traseras sin llamar la atención. Y además ahí no tenían que doblar el abdomen, como sucedía cuando había que sentarse en las sillas comunes. Cosa ésta que siempre les resultaba terriblemente incómoda.

Habían caminado una distancia de cinco cuabras, lo que mimetizando a los bípedos era un esfuerzo apreciable, y por lo tanto tenían sed.

—Tú, que eres experto en lenguas indígenas —vibró Cotal—, a ver si nos consigues un poco de agua para apagar la sed; me muero de calor.

—No te preocupes, que conozco unas cuantas palabras en dialecto local —contestó Runo—; además sé exhalar el aire, haciendo vibraciones fonéticas casi tan bien como un nativo.

—Acuérdate, por favor, de que aquí se ingieren muchos líquidos tóxicos.

—Te dije que no te preocuparas.

Entonces se les acercó el barman.

—¿Qué se sirven los señores? —preguntó con sonrisa gentil.

Runo y Cotal no comprendieron las palabras habladas, pero sí telepaticaron el sentido de la pregunta.

Entre las pocas palabras de dialecto local que conocía Runo figuraban "agua" y "arder". De esta última palabra sabía que significaba "calor", pero no sabía que era un verbo. Era el momento de probarle a Cotal su superioridad intelectual, y fonetizando bastante bien, aunque exhalandolo el aire con impulsos demasiado entrecortados, dijo: —Ag-uarder-te-nemos —lo que le pareció ser "Agua arder tenemos" y tele-

patizando hubiera sonado así: "Agua, que calor tenemos", ya que el concepto "arder" era idéntico al de "calor".

El barman, a su vez, lo comprendió así: "Aguardiente, dénos"... Les sirvió aguardiente. Cotal y Runo se lo tomaron de un trago, y cuando el ardor se hizo sentir en la garganta, ya era demasiado tarde. Pero sucedió que, por una rara casualidad, el aguardiente había estado en la heladera, lo que disimuló mucho el gusto. Además, el frío del líquido les sirvió para explicarse el extraño calor. La idea de que seres astrales como ellos se podían equivocar en una forma tan simple, nunca se les hubiera ocurrido.

—Ahí está —vibró con cierta excitación Runo. Y, en efecto, ahí estaba Laura Demartino, la mujer de Chango, sentada a una mesa y conversando con un apuesto joven.

—Sintonicemos lo que conversan, ¿quieres?

—De acuerdo.

Y los dos amoldaron las vibraciones de sus antenas frontales a la longitud de onda telepática de Laura y su compañero.

—... Y lo dejas que se juegue todo el dinero. Pero, Laura, ¿cómo es posible...! Yo creo que deberías hacer algo.

—Ya intenté varias veces, Diego, pero no hay caso; cuando lo agarra el vicio, no hay quién lo pare... Aquí me ves, hasta de mí se olvida...

—Es el colmo, si yo estuviera casado con una mujer como tú, no la dejaría sola ni por un instante —y al decirlo la miró con ojos enamorados.

—Muchas veces creo que sería mejor si fuéramos pobres. Entonces no tendría dinero para dedicarse a los vicios —contestó Laura, y su mirada se hizo triste.

Pero en ese momento dejó de sonar la música y se apagaron todas las luces menos un pequeño reflector, que iluminó a una hermosa joven de cabellos rubios. Ésta estaba sentada en uno de

los taburetes del bar, no lejos de Cotal y Runo.

La joven empezó a cantar, acompañada por un piano. Y todos los que allí estaban hicieron silencio para escucharla. Era una de esas canciones suaves y románticas. La voz hermosa, la figura atrayente, la personalidad de esa muchacha parecía haberlos cautivado a todos.

Runo, un poco embelesado por la simpatía que podía telepaticar en todo ese ambiente, y otro tanto ofuscado por el alcohol que estaba circulando en su cuerpo, iba perdiendo paulatinamente el control de sus sentidos

—El barman ya había vuelto a llenar las copas por tercera vez. Runo se llevó la suya a la boca, cuando la mano con que lo hacía tomó de repente su forma verdadera. Se convirtió en un juego de tenazas cascarudas, de color negro y brillante.

—¡Ja, ja, qué bueno...! —se escuchó entonces la voz gangosa del bípedo sentado al lado de Runo—. Qué buen chiste. Diga, ¿cómo lo hace?... —Y diciendo esto, señalaba con el dedo.

Cuando Runo se dió cuenta de lo que había pasado, del susto dejó caer el vaso. Éste, con gran estrépito, se hizo pedazos contra el suelo. Un murmullo de protesta se escuchó en toda la sala. Algunos se echaron a reír.

Runo pudo dominarse lo suficiente como para meterse las tenazas en el bolsillo del saco y esconderlas así de las miradas curiosas con que todos lo observaban. De repente se sintió mareado. Quiso vibrar con las tenazas para comunicarse con Cotal y no pudo...

Cotal, mientras tanto, se había dado cuenta de todo. Pero veía dos imágenes y a veces tres. Haciendo un esfuerzo terrible, trataba de analizar ese extraño fenómeno. Pensaba febrilmente que las extrañas reacciones de Runo y las suyas propias se debían a que se había envenenado...

También él quiso vibrar con sus an-

tenas para comunicárselo a Runo, y tampoco pudo hacerlo. Ahora se asustó de veras y conectó el amplificador de impulsos, pero lo manipuló en forma muy torpe.

La muchacha rubia, a pesar del pequeño tumulto que se había originado en el bar, había seguido cantando. Pero cuando Cotal se equivocó al manipular su amplificador de impulsos, un tono agudo y metálico salió del alto-parlante, y el micrófono, que la joven tenía en la mano, se puso en cortocircuito. Al sentir el golpe eléctrico, largó un chillido y le dió un fuerte empujón. El micrófono se tambaleó y cayó sobre los hombros de una bipeda. Ésta, al sentir la corriente, empezó a gritar, pidiendo auxilio. Este hecho bastó para convertir el simpático ambiente en un verdadero caos...

Tres mozos se llegaron con grandes pasos hasta el bar, y agarrando por los hombros a Cotal, a Runo y al señor borracho que estaba sentado al lado de ellos, los fueron empujando hacia la puerta.

Cuando ya casi estaban en la calle, los alcanzó el barman.

—¡La cuenta, señores!... La de usted son ciento veinte pesos —dijo al otro—. Y ustedes dos me deben ciento ochenta.

Cotal y Runo comprendieron muy bien el sentido de lo que les decía. Recordaron que en el catálogo se explicaba, con lujo de detalles, ese tabú de la recompensa, llamado "pagar". Pero nunca se habían visto en la situación de hacer ellos mismos realmente un pago. Ni siquiera se les había ocurrido tomarse la molestia de fabricarse algún dinero con sus transmutores de réplica. Sin embargo, tenían la suficiente inteligencia como para haber solucionado un problema así, que en el fondo era bien sencillo.

Pero el efecto del alcohol ingerido se hacía cada vez peor. Los pensamientos eran más lentos y dificultosos. De-

bían concentrar toda la atención y toda la voluntad que les quedaba para mantener la forma de bípedos. Quién podía saber cómo reaccionaban esos individuos al encontrarse a una forma viviente desconocida, que para ellos siempre debía de ser aterradora. En otros planetas ya habían sufrido algunos accidentes por la misma causa. Además, no llevaban armas de ninguna clase, porque eso le estaba prohibido a cualquier astral. Los únicos que tenían ese derecho eran los autómatas supervisores. Por lo tanto, contra esos nativos, no les quedaba otra defensa que la mímica...

El barman seguía exigiendo su dinero, y los mozos, pensando que ellos se hacían los tontos, tomaban cada vez una actitud más enérgica. Y ellos lo único que podían hacer era seguir afeitados a la forma de bípedos. La situación se estaba tornando realmente desagradable... ¡Y pensar que algunos excéntricos contaban por ahí que viajar por planetas con culturas inferiores era aburrido!

TOMA, ahí tienes para seguir contando —dijo el empleado que traía la cajita metálica, y la depositó con gran estruendo en la mesa donde estaba sentado Juan José Fernández, el cajero N° 26. Éste apenas tuvo tiempo de levantar la vista y sonreírle al compañero, que ya había vuelto a alejarse.

Juan José Fernández estaba sentado a su mesa de trabajo desde las 11.30 de la noche. Ya se encontraba allí, en la contaduría del Casino, juntando billetes por más de tres horas seguidas. Y

siempre, con asombrosa regularidad, llegaba una nueva remesa de dinero... ¿Es que la gente de la sala de juego no se cansaba nunca de perder?...

Noventa y ocho, noventa y nueve, cien... Con movimientos largamente ensayados, casi mecánicos, ordenó el fajo de billetes, lo metió en la pequeña prensa eléctrica, apretó un botón. Un zumbido y un "click"... La prensa echó el paquetito perfectamente planchado, compacto, de nuevo sobre la mesa. Fernández lo envolvió con una tira de papel. Una pinceladita con engrudo, pegarlo, sellarlo, firmarlo...

Otro paquetito de cien papeles de diez... Era el último de esa remesa. Depositó los mil pesos sobre la cinta transportadora que había a su costado derecho.

Marcó en su máquina de sumar el importe, el último en una larga tira, sacó el papel y lo asentó en su libro de caja. Aún no había terminado con este trabajo, cuando ya estuvo a su lado el señor Contreras, el jefe de la sección. El señor Contreras era el único autorizado para abrir las cajitas de acero, que iban llegando desde las mesas de juego. Con movimientos estudiados agarró la caja recién llegada e introdujo la complicada llave en la cerradura. La caja se abrió y volcó su contenido sobre la mesa.

De inmediato empezó Fernández a juntar los billetes de mil con sus manos expertas, para ir tirándolos dentro de una canastita de alambre. Cuando entre toda la montaña de papel moneda ya no quedó uno solo de mil, ordenó los que había separado y empezó a contarlos.

La partícula más pequeña

No es el átomo, como se suele creer, sino el neutrón. Hay que juntar aproximadamente 1.000.000.000.000.000.000 neutrones para formar un gramo de materia...

Casi estaba listo el primer paquetito de cien billetes de mil, cuando le pareció haber notado algo extraño. Recató el fajo, y lo hizo con mayor prolijidad. Setenta y uno, setenta y dos, setenta y tres... ¡Ahí estaba!... Dos billetes con el mismo número, el número 02.000.575. De no haber sido por los tres ceros, seguidos del capicúa, a lo mejor no se hubiera dado cuenta nunca. Pero como era un número poco común, subconscientemente le había prestado mayor atención.

—¡Señor Contreras!... ¡Señor Contreras!... —empezó a llamar.

Cuanto más miraba los dos papeles de mil, más se maravillaba. No se atrevía a decir cuál era el verdadero... ¡Eran idénticos!...

—¿Qué pasa, Fernández? —preguntó el jefe.

—Mire... y opine usted mismo —y le alargó los dos billetes.

Contreras silbó admirado:

—Es de lo mejorcito que he visto en materia de billetes falsos.

—¿Y si los dos fueran falsos? —preguntó Fernández.

—Sí, es una posibilidad... Lo mejor será revisar toda la remesa. Junte todos los papeles de mil y venga a la oficina de vigilancia, ahí lo espero —y salió apresuradamente para hacer la denuncia.

Fernández juntó los billetes en un canasto. Al fin algo diferente en su monótona vida de cajero. En el fondo de su alma estaba contento. Quién sabe, ¡a lo mejor hasta salía su nombre en los diarios!... Porque aquí no se trataba de un caso común, hasta él podía darse cuenta de eso...

Al llegar al amplio corredor empezó a buscar la puerta que correspondía. Al fin vio una en que decía: "Ministerio de Hacienda. Seguridad y Vigilancia de Casinos". Adentro escuchó voces agitadas y entró sin llamar.

Allí ya se había armado un revuelo de proporciones. Justo en ese momen-

to entraba en la pieza otro empleado. Era joven y vestía un guardapolvo blanco.

—¡Esto es el colmo! —vociferó—. Cómo quiere que analice este billete, si ni siquiera puedo disolver la tinta... ¡No funciona ninguna reacción química!...

—¿Probó con los rayos X? —preguntó el inspector Chirriaga, un señor corpulento, con mirada inteligente, que estaba reclinado contra la pared.

—Vistos con los rayos, los dos son idénticos, inspector.

—Pero, entonces, ¿por lo menos puede distinguir al verdadero del falsificado? —preguntó con impaciencia.

—¡Qué va a ser falsificado! —contestó con nerviosidad el químico—. Es el mejor billete de banco que jamás se haya fabricado... ¡Es diez veces mejor que el verdadero!

—¿Pero puede distinguirlos? —volvió a preguntar el inspector, y esta vez con un tono más enérgico.

—¡Cualquier chico es capaz de hacerlo!... Es lo más sencillo: los verdaderos puede romperlos aunque sea con las uñas; los imitados ni el fuego los destruye... ¡Mire! —encendió un fósforo y lo acercó al papel moneda.

—¡Usted está loco!; va a destruir la única prueba que tenemos!

Pero el joven químico sólo largó una risotada nerviosa. La llama del fósforo lamía el papel, pero sin hacerle el menor daño, como si éste hubiera sido un pedazo de hierro o de vidrio.

En medio del silencio que se provocó cuando todos miraban extasiados el papel que no quería quemarse, se escuchó la voz tímida de Fernández, el cajero.

—Con permiso, señores; aquí traigo todos los papeles de mil de la misma remesa.

—Ah, muy bien —dijo el inspector Chirriaga—. Revisen los números de serie, a ver si hay más.

De inmediato, tres empleados se pu-

sieron a cumplir la orden, pero no apareció otro billete con el mismo número. El joven químico, con un gesto desconfiado, sacó un cortaplumas.

—¿Usted me permite hacer una prueba un poquito drástica, inspector?

—Sí, sí, adelante —contestó Chirriaga, que todavía estaba bajo la impresión del experimento anterior.

Entonces el químico, con la punta del cortaplumas, fué haciéndoles agujeros a todos los billetes. Pero ya con el cuarto resbaló la hoja del cuchillo y la punta no pudo atravesarlo.

—Ya, ya me parecía ... Aquí tiene otro.

Con este sistema individualizó treinta y nueve billetes falsificados.

—Y ni siquiera están numerados en forma corrida —dijo con desesperación el inspector—. Es la imitación más extraordinaria de la historia.

El joven químico meneó la cabeza desconcertado.

—Es como si fueran de otro mundo —y al decirlo no imaginó ni remotamente que había dicho la verdad.

LIMO estaba parado al pie de la enorme escalera que subía al "hall" del Casino. Se entretenía en observar a la nerviosa muchedumbre, que constantemente subía y bajaba por los lujosos escalones de mármol, cubiertos de alfombras rojas.

Acababa de telepatizarlo a Chango Demartino, y sabía que éste venía caminando por la sala de juegos y que pronto se lo vería aparecer por la escalera. El pobre había perdido todo el dinero que le prestaron por el Buick. Por lo tanto para Limo las cosas iban muy bien. Demartino estaba desesperado, listo para aceptar cualquier proposición.

¡Ahí venía!... Bajaba la escalera con las manos en los bolsillos y apretando un cigarrillo entre sus labios, desilusionado. Ya sólo le faltaban cuatro escalones para estar junto a Limo. Pero

de pronto dos hombres jóvenes y atléticos se acercaron discretamente, se pusieron a los dos costados de Demartino y lo obligaron a acompañarlos.

La cosa sucedió en forma tan repentina, que Limo tardó unos cuantos segundos en darse cuenta de lo que estaba pasándole a Chango Demartino. Notó recién entonces que cuatro individuos habían estado apostados en forma estratégica a lo largo de la escalera y que ahora, se desplazaban con la clara intención de cortar el paso a Demartino si éste pretendía escapar.

Dedicó toda su atención para analizarlos y llegó al sorprendente resultado de que se trataba de personal de vigilancia. La situación era completamente imprevista para Limo. Sabía que en este planeta no había autómatas supervisores y que cualquier acción de policía era realizada por individuos de la misma raza, agrupados en una organización de gente uniformada. Todo eso lo sabía; pero lo que no había visto nunca era la entrada en acción de la policía secreta. Como todos los astrales eran telépatas, la sola idea de que podía haber una policía secreta o disimulada tenía tan poco sentido, que la cosa le parecía rayar en lo absurdo.

Tardó un buen rato hasta que tuvo la perfecta idea de toda la situación. Pero entonces empezó a actuar con toda rapidez y precisión.

Empezó analizando todos los circuitos cerebrales de esos policías, ansioso por conocer las razones de su conducta. Pronto supo que se trataba de los billetes de banco que había fabricado su transmutor de réplica, y se dió cuenta de la magnitud del desastre que se había provocado. Cuando supo todo eso dudó por un momento de si le sería posible solucionar, él solo, ese problema. A lo mejor era más conveniente dar la alarma y pedir ayuda a la base, cargando así con toda la responsabilidad y confesando que había cometido un error.

Pero después de meditarlo un poco más, resolvió esperar media hora, para ver si todavía era posible arreglarlo por su propia cuenta.

Se acercó entonces a uno de los empleados, y agarrándose con movimiento nervioso uno de los bolsillos del saco, empezó a gritar:

—¡Mi carteral!... ¡Mi carteral!...

El empleado que estaba cerca se acercó de inmediato.

—Seguridad y Vigilancia de Casinos —dijo mostrando una medalla—. ¿Qué le pasa, señor?

—¡Mi carteral!... Deben habérmela robado recién... Acabo de hablar por teléfono en una de las casillas de teléfonos públicos, y allí todavía la tenía.

—A lo mejor lo perdió allí, señor —dijo entonces el empleado. Eso era exactamente lo que Limo quería, y juntos fueron caminando hasta la casilla telefónica indicada por él. Hicieron una revisión prolija pero infructuosa. La billetera, como era lógico, no apareció por ningún lado. Pero de repente aprovechando una distracción de su acompañante, Limo sacó su transmutor de réplica y lo tiró en una de las esquinas. La punta del alambre, que tenía la pequeña ventosa, quedó adherida a uno de los zapatos del empleado. Ahora, con el pretexto de seguir buscando la billetera, Limo consiguió que se quedaran cerca de allí, revisando las alfombras. Y así logró retener al hombre el tiempo suficiente para duplicarlo.

—Tendrá que hacer la denuncia en la oficina de objetos perdidos —dijo por fin el empleado—. No puedo perder más tiempo con una cosa tan insignificante.

—Bien —contestó Limo después de mirar de reojo un reloj que había empotrado en la pared y asegurarse de que el contacto se había mantenido por el tiempo necesario para la duplicación—. Muchas gracias, de todos modos. Buenas noches.

Y cuando el empleado se alejó, pisó con disimulo el finísimo alambre de contacto, que apenas se podía distinguir sobre la gruesa alfombra. Consiguió de este modo que se desprendiera la ventosa del zapato, interrumpiéndose la conexión.

En la pequeña cabina telefónica, sin embargo, estaba parado ahora otro José Alonso. Idéntico, hasta el último pelo de su barba, al verdadero empleado de seguridad. Pero tenía en la región addominal un cerebro sintético varias veces más inteligente que el cerebro del verdadero José Alonso.

VAMOS, hombre —dijo furioso el inspector Chirriaga, dirigiéndose a Demartino—. ¿Usted cree que vamos a creerle ese cuento de la venta del auto?... Vamos, ¿por qué no confiesa que los han falsificado ustedes?...

—Pero les juro que no sé nada de los billetes falsificados... ¿Por qué no lo buscan a ese Cacho que me compró el auto?... Él es el que los pone en circulación...

—Ajá, así que Cacho es uno de los cómplices... —lo interrumpió con brusquedad el inspector Chirriaga, tratando de que así perdiera los nervios.

—No, no... No sé nada... Chirriaga suspiró. Después de media hora de interrogatorio aún no había sacado nada en limpio. Tomó el paquete

Ni un centésimo de energía

CON toda la potencia que tiene una bomba atómica, menos del uno por ciento de la masa de los átomos que la componen es convertida en energía.

te de cigarrillos que había sobre la mesa con la intención de fumar uno, pero vió que el paquete estaba vacío. Lo arrugó furioso y lo tiró al suelo.

Un empleado asomó la cabeza por la puerta.

—Ya han localizado todos los billetes, señor. Son exactamente ochenta, como había declarado el sospechoso.

—Muchas gracias — y dirigiéndose a Demartino—: Bueno, parece que por lo menos en esto ha dicho la verdad...

Sonó un teléfono y el inspector levantó el auricular.

—En orden; ya se lo mando —contestó después de haber escuchado un corto mensaje, y colgó—. Vamos a entregar el caso a la Policía Federal, señor Demartino; ya está esperando el camión para llevarlo; buenas noches... Se lo pueden llevar, muchachos.

Dos empleados, sentados hasta ese momento junto a la pared, se levantaron. Uno de ellos sacó un par de esposas y enganchó con ellas la muñeca derecha de Demartino con su propia muñeca izquierda. Terminada esta operación, se llevaron al detenido. Antes de salir al corredor, les entregaron un portafolios con los billetes de banco falsificados, que también tenían que llevar como elementos de prueba.

En silencio caminaron por el pasillo y tomaron un ascensor, que los llevó hasta un pequeño garage situado en el sótano del edificio. Allí subieron a un camión blindado que custodiaban dos policías de uniforme. La puerta se cerró pesadamente tras ellos y el camión se puso en marcha. Estas precauciones, un tanto exageradas para un solo hombre, evidenciaban la importancia que se daba en círculos superiores al descubrimiento de esos billetes. Parecía evidente que debía tratarse de una organización muy importante, y no se quería cometer ningún error.

Los ocupantes del camión no cambiaron una sola palabra en el trayecto y sólo se escuchaba el zumbido monóto-

no del motor. Con un corto chirriar de las gomas, el vehículo entró en la Avenida Pueyrredón.

—¡Pare aquí! —dijo entonces uno de los empleados al chófer. Cuando éste dobló extrañado la cabeza, se encontró con el caño de una pistola automática dirigida contra su espalda—. A portarse bien, chicos, porque si no los acribillo a todos...

El que hablaba era justamente el hombre que estaba unido a Chango Demartino por medio de las esposas. Los otros lo miraban absortos, como si no pudieran comprender lo que les decía. Pero el camión se paró en seco. Con rápidos movimientos el hombre se apoderó del portafolios, abrió la pesada puerta blindada y lo arrastró a Demartino hacia afuera. En ese mismo instante, se escuchó una violenta frenada. Un Buick convertible negro, en el que Chango reconoció su propio automóvil, paró junto a ellos. Se abrió la puerta, los dos se zambulleron adentro, y el coche picó de nuevo, alejándose a gran velocidad.

Todo eso había sucedido con tal rapidez, que pasó más de un minuto hasta que los ocupantes del camión pudieron reaccionar...

Lo mismo le pasaba a Demartino. Y cuando al fin recuperó el habla, empezó a vociferar, retando y acusándolo a Limo, que era el que manejaba el coche.

—¡Asaltante!... ¡Pistolero!... No sólo me prestó la plata en condiciones leoninas, sino que para colmo me pagó con plata falsificada... ¡Y ahora esto!... ¿Pero se da cuenta?... Ahora todo el país va a creer que soy cómplice de ustedes...

—Eso es una verdad indudable —contestó Limo con la voz más tranquila del mundo, mientras doblaba con violencia por una esquina.

—¡Pero!... ¿Y mi buen nombre?... Mire, la policía va a detenerlo alguna vez, y entonces yo le haré un juicio



que lo arruinará para el resto de su vida.

—Tómeselo con más calma, amigo...

—¡Miren quién habla de calma!

—Sí, hombre... La policía al único que conoce es a usted; todas las pruebas lo acusan. Es lamentable, pero es así. Le confieso que lo siento mucho... Todo se debe a un pequeño error...

—Pero...

—Estoy decidido a hacer cualquier cosa para recompensarle las molestias que se le han causado. Tengo a mi disposición los medios más poderosos.

—Pero yo no hago pactos con criminales.

—Escuche primero mi oferta... Usted tiene toda la libertad para escapar o rechazarla.

Chango Demartino ahora ya no contestó. El tono nuevo que había dado Limo a la conversación, animó a un poco su sentido comercial, y con curiosidad siguió escuchándolo.

—Una de nuestras inversiones —siguió explicando Limo— es un loteo cerca de aquí. Ahí estamos construyendo un nuevo balneario, que será uno de los más lujosos del mundo y que servirá para valorizar los terrenos antes de largarlos a la venta. Ya hemos invitado a numerosos personajes del extranjero, con el objeto de que el lugar se ponga de moda. También podríamos incluirlos a usted y a su esposa. Les pagaríamos la estadía durante el tiempo que fuera necesario. Yo, mientras tanto, me encargo de hacer desaparecer todas las pruebas que pudiera haber contra usted, y una vez que todo esté arreglado, pueden volver a Buenos Aires, o al lugar que más les plazca. El auto no se lo puedo devolver, pero le pagaré el valor real más una indemnización de cien mil pesos. Se sobreentendiendo que esta operación será en dinero verdadero—. Y al decirlo no pudo contener una sonrisa. Luego continuó: El total de esta suma se lo en-

viaremos en remesa de cinco mil pesos semanales, para tener así la seguridad de que mantendrá cerrada la boca en lo que respecta a este asunto.

Transcurrió un rato sin que Chango Demartino contestara, pero Limo no se preocupó por eso. Sabía muy bien que la situación económica de Demartino estaba rayando en la bancarrota y que su propuesta era para él la última oportunidad de rehacer la fortuna dilapidada en el juego.

Para apresurar un poco las cosas, le sugirió telepáticamente un miedo atroz a la policía, que lo estaría persiguiendo siempre. Y luego un miedo mayor aún a la pobreza.

—Parece que no me queda otra alternativa —dijo por fin.

—Bien —contestó Limo—, entonces podemos ir a buscar a su señora —y con una alegre mueca agregó—: Ya hice averiguar dónde podemos encontrarla.

Ante tal eficiencia, Demartino no supo qué contestar. Él mismo no la había visto desde la tarde anterior y le hubiera sido imposible decir dónde se encontraba ahora su mujer...

Sin que nadie hablara, siguieron corriendo por las calles. Hasta ahora no habían advertido síntomas de que los estuvieran persiguiendo. El plan de Limo estaba realizándose a la perfección...

HACIA ya un rato que nadie golpeaba la puerta del pequeño "WC", pero Cotal y Runo sabían que al otro lado seguían esperando. A esos mozos nadie se les escapaba sin pagar la cuenta... Sin embargo el solo hecho de haberse podido refugiar en aquel pequeño espacio ya representaba un alivio enorme. Por lo menos podían aflojar los músculos epiteliales y dejar que sus cuerpos tomaran la forma natural.

Ahora Cotal estaba parado sobre sus cuatro piernas traseras, y con las dos delanteras, que provistas con un juego de tenazas hacían las veces de ma-

nos, se apoyaba contra la pared. Su cabeza puntiaguda de hormiga se tambaleaba con movimientos incoherentes, haciendo que las antenas frontales se enredaran más y más con las de la espalda. Y debido a esto, no podía captar vibración alguna, lo que se reflejaba en la expresión atontada de sus seis ojos, dispuestos en grupos de tres a cada lado de la cabeza. Debía de hallarse cerca de un desmayo, porque su piel, dura y brillante, había perdido toda su pigmentación y estaba casi transparente. Por todas partes del cuerpo colgaban ropas humanas, completamente desordenadas y algunas hechas harapos, ya que las costuras no habían podido resistir el esfuerzo.

El lugar era tan pequeño, que Runo, a su vez, tenía sus piernas entremezcladas con las de Cotal. El estado de Runo no era mucho mejor que el de Cotal, pero estaba más consciente y todavía podía controlar un poco su pigmentación. Su cuerpo mostraba una desordenada sucesión de colores, que cubría toda la gama del espectro.

Justo en ese momento, la mente torturada de Runo estaba esbozando un plan tan complicado como grotesco. Se trataba de conectar el transmisor de réplica con la puerta del "WC", y hacer que ésta se multiplicara indefinidamente, interponiendo así entre ellos y los mozos un espacio cada vez mayor. Con el otro transmisor, o sea el de Cotal, conectado para el procedimiento inverso, iría disolviendo la parte interior de las puertas. Y dentro del vacío así formado, ellos dos podrían escapar sin ser vistos. Pero su mente alcohólica no podía comprender que esto provocaría el derrumbe de las paredes y de todo el edificio, ya que ninguna construcción puede resistir el aumento indefinido de una montaña de puertas en su interior, y que, además, el vacío que quería provocar, sería un calabozo sin aire donde quedarían atrapados.

Ya había conseguido desenrollar el

alambre de contacto, pero se le había enredado entre las piernas. Tironeaba con fuerza sin conseguir ponerlo en claro, no notó que, al hacerlo, tocó el botón maestro con tan poca suerte, que puso en funcionamiento el procedimiento inverso. Todo lo que estuviera en contacto con la pequeña ventosa de la punta del alambre, de inmediato se desintegraría en forma de radiaciones primarias. Pero en ese momento crítico, llegó a penetrar su mente el llamado de otro astral, y un fortísimo impulso de voluntad, enviado por el desconocido, lo hizo desvanecerse. Otro tanto sucedió con Cotal. No hubo resistencia alguna, e inmediatamente los dos entraron en un estado de trance hipnótico.

Obedeciendo a una orden impartida, Cotal, con movimientos mecánicos, corrió el cerrojo y de inmediato se abrió la puerta. Pero el bípodo que ahí estaba esperando no era uno de los mozos del bar, sino la figura mimetizada del mismísimo Limo.

Este se dió cuenta del grave estado de los dos turistas astrales, que más que borrachos, parecían estar envenenados. La primera medida necesaria era proveerlos de una mayor dosis de oxígeno. Los hidrocarburos contenidos en el alcohol ingerido habían trastornado el delicadísimo metabolismo de estos seres hasta un grado tal, que la combustión orgánica estaba varias veces aumentada, y no alcanzaba la cantidad normal de oxígeno contenido en su sangre para mantener los procesos vitales. Sin ayuda, ya no hubiera faltado mucho para que los dos murieran de anoxia.

Les administró a ambos una dosis suficiente de una pasta masticable, rica en compuestos oxigenados, y que figuraba en todo bitiquín portátil para exploradores.

La mejora de Cotal y Runo fué casi instantánea. Lo siguiente fué obligarlos a los dos a canalizar sus pensamientos dentro del ejercicio mental que pre-

cedía a toda mimetización. Las facultades hipnóticas de Limo alcanzaban de sobra para conseguirlo. Y en efecto... Poco a poco se fueron contrayendo los músculos epiteliales, se fueron acortando las piernas, empezaron a surgir pelos en las cabezas, las caras se hicieron más redondas, el abdomen inmenso se fué contrayendo. Todo iba a pedir de boca.

Pero a Limo no se le había ocurrido controlar el transmutor de Cotal que seguía conectado en procedimiento inverso. La pequeña ventosa del alambre hizo contacto con la pierna trasera derecha de Cotal, y de inmediato los tejidos empezaron a desintegrarse. Los astrales estaban todos vacunados con un reactivo de alarma para prevenir tales accidentes. Pero antes de que los circuitos del transmutor pudieran neutralizarse gracias a la acción del reactivo, una buena parte de la pierna estaba dañada.

Menos mal que el estado hipnótico anulaba las sensaciones nerviosas, y así se le evitaba un sufrimiento enorme. ¡Y este accidente ocurrió justamente ahora, cuando todo iba tan bien!... Pero en gran parte se lo merecía por imprudente... Limo corrigió el transmutor, y siguió con sus instrucciones hipnóticotelepáticas, para terminar lo antes posible con ellos.

Habían llegado a la "boîte" con el sólo objeto de buscar a Laura, la espo-

sa de Chango Demartino, y luego seguir viaje lo más rápido posible. Y fué entonces cuando Limo percibió las vibraciones de los dos congéneres suyos, que debían de estar cerca. Había vibrado un corto saludo, sin recibir contestación al mismo. Y de pronto notó que debía de sucederles algo muy desagradable.

Bueno, los había sacado del apuro pero los iba a denunciar tan pronto como hubiera llegado a la base. Usaría todas sus influencias, para conseguir que se les retiraran las licencias de turistas galácticos. Lo que habían hecho estos dos estaba más allá de todo lo concebible. Habían violado por lo menos tres reglas de seguridad...

Pero ahora era necesario salir lo antes posible de este planeta "Heliton 3", pues dentro de un rato ya sería el alba, y la cámara transportadora pasaría por el lugar convenido dentro de exactamente dieciocho minutos, en cálculo de tiempo local.

Afuera esperaban Chango y Laura Demartino, sentados en el Buick sintético. Les había explicado que vendrían con ellos dos señores más, dos invitados extranjeros, que él aprovechaba este viaje para llevarlos.

Resultó ser la forma más convincente de contarlo, ya que tuvo que pedirle dinero prestado a Laura para pagarles la cuenta del bar a Cotal y Runo, pretextando que los dos señores no tenían cambio en moneda nacional.

¡Estos parientes!

Como todas aquellas cosas de las que no se sabe prácticamente nada, el cáncer es la enfermedad que más polémicas y disputas enconadas ha despertado. Uno de los temas más debatidos es, al respecto, el cáncer de estómago, que se da mucho más entre personas cuyos parientes han padecido dicha enfermedad, que entre aquellos cuyos parientes no la han padecido. ¡Estos parientes!...

Quando los tres astrales salieron de la "boîte", Laura reconoció en los otros dos a los alegres borrachos de hacía un rato. Quiso entablar una conversación con ellos, pero los dos se sentaron en el asiento trasero y se quedaron dormidos de inmediato.

—Dejémoslos tranquilos —los justificó Limo—. Parece que se han divertido un poco más de la cuenta.

Laura no estaba enterada del trato que había hecho Chango; sólo sabía que Limo los había invitado para pasar unos días en un balneario nuevo. A pesar de eso no se extrañó de que Limo manejara el auto, pues a Chango generalmente no le gustaba hacerlo de noche.

Antes de buscar a Laura, Chango y Limo habían pasado por el hotel, y habían empaquetado en una elegante y pequeña valija, todo lo necesario para pasar un fin de semana largo. Por lo tanto podían iniciar el viaje desde allí mismo.



LIMO conducía a bastante velocidad. Era una suerte que hubiera poco tránsito; si quería llegar a tiempo al lugar preestablecido tenía que apurarse.

Llegaron a una recta. El motor lanzó un bramido cuando Limo aceleró a fondo. Eran exactamente las cinco y veinte de la madrugada. A lo lejos, ahí donde parecía que empezaba otra curva, apareció la luz de unos faros que se fueron acercando con rapidez. Debían de ser de un camión o un ómnibus, porque aún parecían estar demasiado lejos como para encandilar tanto.

Chango Demartino empezó a inquietarse. La luz de los faros ahora ya era insoportable, y, sin embargo, todavía seguían aumentando en intensidad. Laura tomó el brazo de Chango y gritó. Una bola de luz, de un esplendor absurdo, se precipitó contra ellos. Lo último que vieron fué un chispazo entre azulado y blanco; después quedaron cegados por unos cuantos segundos.

Cuando pudieron ver de nuevo, el auto acababa de doblar una curva, y todo parecía seguir lo más bien. Demartino se repuso del susto con bastante rapidez, y por una simple casualidad miró el reloj del tablero. Observó extrañado que eran un poco más de las cinco y cuarto. Hubiera podido jurar que, hacía un instante, el reloj había marcado las cinco y veinte pasadas. Pensó un rato si no andaría algo mal con sus nervios, pero encogió los hombros y no le dió mayor importancia.

Justo a la hora del desayuno llegaron. Era un lugar verdaderamente hermoso, como nadie se lo hubiera soñado. Una bahía rodeada de espléndidos montes, que se interrumpían a veces con abruptos barrancos de piedra, y una frondosa vegetación tropical que lo llenaba todo con sus impresionantes coloridos. Las orillas, bañadas por un mar azul metálico, eran de unas arenas casi blancas. Pequeñas dunas se sucedían, interrumpidas por grupos de pal-

meras. Las casas estaban al pie de las laderas montañosas, bordeando una moderna avenida que seguía un trazado irregular.

Laura y Chango no podían dar crédito a lo que veían. El auto paró frente a un pequeño y lujoso "bungalow", de diseño moderno y funcional. Pertenecía a un grupo de construcciones similares, que estaban todas agrupadas cerca de un hermoso "club-house" que miraba a la playa.

Entraron y encontraron todo preparado para recibirlos. En los armarios había ropa, hecha justo para sus medidas, y en la cocina estaba listo el desayuno.

—¡Qué lugar hermoso! — dijo Laura abrazando a Chango—. Aquí podría quedarme toda la vida.

Limo cerró en silencio la puerta y salió a caminar por la playa. Sonreía feliz mientras contemplaba las olas que se rompían con espuma cristalina. Y todavía seguía sonriendo, cuando a su lado frenó un "jeep" clavando sus gruesas gomas en la arena.

—Bien venido, Limo — vibró el hombre joven que lo manejaba.

—Bien venido — contestó vibrando el saludo —, ya puedes llevarme a la base; tengo que presentarme ahora mismo.

Apenas se hubo acomodado en el asiento, salieron a toda velocidad por la playa, esquivando de vez en cuando los grupos de despreocupados bañistas que los saludaban con alegres gestos.

POR la explanada de Mar del Plata se vió pasar rápidamente un Buick negro convertible. En su rápida marcha casi rozó una camioneta policial, que se encontraba estacionada junto a la acera. Los dos policías que la ocupaban pegaron un brinco en sus asientos. Prender los faros, arrancar el motor y picar, casi fué una sola cosa... ¡Ellos eran los primeros en localizar el auto de los falsificadores!... Toda la

policía estaba movilizada desde hacía una hora, y hasta ese momento nadie los había visto.

Por el radioteléfono se fué transmitiendo la novedad, y una veintena de autos y camionetas, distribuidos por toda la ciudad, se pusieron en movimiento.

Parecía que esta vez la suerte favorecía a los representantes de la ley. El hecho de que los delincuentes todavía se encontraran dentro de la ciudad, era extraordinariamente favorable para la policía. Todas las salidas estaban bloqueadas, y ahora sólo quedaba el trabajo de rodearlos.

La persecución se fué tornando cada vez más violenta, porque los del Buick corrían a todo lo que daba, y ya habían conseguido burlar dos intentos de cercarlos.

Ahora ya andaban por Camet, y su actitud reflejaba el firme propósito de abrirse paso en dirección a Buenos Aires. Cuando ya tenían dos autos y una camioneta a menos de cincuenta metros detrás de ellos, la furiosa cacería se acercó al puesto de control de la policía caminera que marca el comienzo de la ruta N° 2. Ahí no se habían quedado dormidos, y todo estaba listo para recibirlos en la forma que se merecían. Cuando ya sólo faltaban pocos metros, un enorme camión semirremolque se puso en movimiento y se cruzó en el camino, bloqueándolo por completo. Las gomas del Buick empezaron a chillar en un tono agudo; patinó sobre la banquina y en la mitad de un trompo se incrustó dentro del semirremolque. El estrépito del choque se mezcló con el ruido de una explosión de gasolina, convirtiéndose todo en una hoguera espectacular.

Aunque de inmediato entraron en acción unos cuantos hombres con extinguidores, pasaron diez minutos antes de que alguien pudiera acercarse al vehículo. Y ese tiempo fué suficiente para que se desintegraran, hasta el es-

tado de radiación primaria, las últimas partículas de los dos cerebros sintéticos.

El auto era el Buick auténtico, y las dos imitaciones de Chango y Laura eran tan buenas como para que ningún médico pudiera diferenciar los dos montones carbonizados de dos cadáveres verdaderos. La única diferencia hubieran sido los cerebros sintéticos, y estos se habían desintegrado por acción propia.

Con este accidente quedaba cerrado el caso más extraordinario de falsificación de moneda de los últimos años. Los autores habían muerto carbonizados, y todas las evidencias habían sido destruidas junto con ellos. Pero fué una noche que todos los que tuvieron participación recordaron por mucho tiempo.

LIMO era verdaderamente una figura imponente. Verlo erguido sobre sus cuatro piernas traseras con el cuerpo atlético y erecto, y las antenas curvadas en artísticos dibujos, infundía respeto a cualquiera.

Había adoptado el color verde esmeralda con destellos fluorescentes gris perla: el famoso color de los exploradores, que sólo ellos eran capaces de reproducir, y que era el sueño dorado de cualquier adolescente astral.

Hacía corto rato que se había presentado en el comando de la base de entrenamiento, y se encontraba conversando amigablemente con el director de ese instituto, que se había mostrado muy feliz de verlo de nuevo.

—Estoy de acuerdo con usted — vibró en ese momento el director —; le daré todo mi apoyo para conseguir que a esos dos bribones, a Cotal y a Runo, se les retire la licencia de turistas aiales.

—El turismo galáctico es una ciencia exacta — afirmó Limo —; hay que eliminar todos los elementos frívolos...

Fué interrumpido por el vibrograba-

dor que estaba sobre la mesa. Este empezó a repetir un informe, y la vibración telepátomecánica les comunicó lo siguiente: "Heliton 3 - Cacería N° 53 - Pareja de bípedos N° LQ-374 - Subconsciente en orden - Estado físico en orden - Desarrollo cultural en orden - En la memoria no hay huella alguna de que hayan notado el cambio de planeta - N° LQ-374 aprobado".

—Lo felicito, Limo — vibró contento el director —. Los ejemplares que usted entrega siempre son perfectos. Y estos dos son excepcionalmente lindos y fuertes.

—¿Ya está preparado el sincronizador de deseos? — lo interrumpió Limo, siempre activo.

—Ya está preparado — confirmó el director —. Ya hay dos canales libres para la frecuencia de onda telepática de nuestros dos nuevos huéspedes. Sólo hace falta que usted grabe en el sincronizador telepático los antecedentes, posibles deseos y problemas mundanos de esta pareja.

No sé qué haríamos sin el sincronizador — comentó Limo —. Esta Cultura Tipo IV de "Heliton 3", se está poniendo más compleja con cada año que pasa. Este aparato es lo único que evita que ellos se enteren de que están en otro planeta. Y lo mismo, cada vez noto que está más recargado de trabajo. Creo que es un milagro que este autómata todavía conteste correctamente todos los telegramas, llamadas telefónicas, cartas comerciales y amorosas, que ellos hacen de continuo. Casi con cada pareja nueva hay que agregar al repertorio de noticias de radio y diarios algún nuevo concepto, invento o cambio importante en las ideas científicas.

—Sí, usted tiene razón; ya hemos gastado tres equipos completos de sincronización en la jaula correspondiente a "Heliton 3", cuando en la jaula de al lado, que corresponde a la Cultura Tipo VII de "Alumina 5", todavía fun-

ciona el equipo que se instaló cuando la construyeron.

—¿No será posible que se deba a que en "Heliton 3" se está preparando alguna transformación anormal?

—Sí, es posible. Pero también puede ser que hace todavía muy poco tiempo una Cultura Tipo III se transformara en la actual Tipo IV, y que la transformación aun no esté lo bastante sedimentada, quiero decir, que todavía se esté desarrollando.

—Le parecerá lo bastante interesante como para estudiar el problema con mayor detención, ¿verdad?

—Haría bien en recoger algunos datos al respecto en sus futuras cacerías.

—Ya lo hice, director — y al vibrar esta contestación, Limo se sintió de alguna manera triunfador —. He descubierto, por ejemplo, que el famoso tabú de la recompensa, el "pago" en idioma local, no tiene como base el concepto de una mercadería inalterable, como se creía hasta ahora, sino que el trueque intermedio se hace con la más vulnerable de las mercaderías.

—¡No puede ser! — lo interrumpió el director.

—Sin embargo, así es... Estos individuos trabajan toda una vida para juntar la mayor cantidad posible de hojas de papel, que está entre los materiales más vulnerables que poseen.

—Pero, Limo... ¿cómo va a querer demostrar semejante absurdo!...

—El caso de la pareja LQ-374 es mi prueba irrefutable. El análisis de la memoria del macho de esa pareja lo sacará de cualquier duda.

—Si lo que usted dice se confirma, habrá que corregir inmediatamente todos los transmutadores de réplica que se entregan a los turistas que viajan hacia "Heliton 3". Es un descubrimiento extraordinario; pero, ¡pobre de usted si no tiene razón!...

—¡Atención!... ¡Atención!... — lo interrumpió el vibrograbador —. La clase 3A está entrando a la jaula Tipo

IV. Se recuerda a los señores alumnos que no han aprobado el examen idiomático, mantenerse en silencio y no interferir con los instructores cuando éstos hablan con los bípedos.

—Ahí van — comentó el director —. En esta clase hay dos alumnos excepcionales. Ya a la segunda instrucción mimetizaron tan bien, que el instructor los olvidó entre un grupo de bañistas. Pronto se los voy a asignar a usted para que se los lleve en una de sus cacerías.

—Pero, director — vibró Limo —. Parece que es a mí al que le toca hacer de niñera siempre.

—Nada de eso, usted es uno de los mejores exploradores que tenemos en esta base de entrenamiento, y quiero que estos jóvenes aprendan de un verdadero maestro... Vamos, que tengo algo interesantísimo para mostrarle.

—¿Alguna novedad importante?

—Sí, en la jaula del Período Subcultural III hemos conseguido empollar un nido entero de huevos de dinosaurios. Los pequeños monstruos son simpatiquísimos.

—Ah... creí que se trataba del famoso proyecto cuatridimensional. Eso sí que sería una novedad importante. Ve, ahí tendría un trabajo que me gustaría.

—En efecto, Limo, usted está entre los mejor dotados para ese trabajo, y le aseguro que participará conmigo en la primera cacería que hagamos en "Radiman 7".

—¿Cuánto calcula usted que todavía habrá que esperar hasta que podamos buscarnos un grupo de esos extravagantes seres que viven en cuatro dimensiones?

—No se sabe. Resulta que la jaula aún presenta sus inconvenientes. Se

podrá imaginar los problemas intrincados que se presentan a los técnicos para reconstruir un pedazo de planeta apto para estos extraños personajes.

—Tengo entendido que el principal inconveniente radica en la correcta sincronización del tiempo.

—Así es, pero ahora vamos a echarle un vistazo a los jóvenes dinosaurios — vibró con más energía el director —. ¿Sabe que recién nacidos ya son casi tan grandes como usted?

Abstraídos por esta nueva curiosidad científica, los dos salieron caminando entonces hacia aquella jaula. Limo con su habitual espíritu observador, y el director con tal entusiasmo, que no pudo evitar que se le formaran espontáneamente algunas escamas en los brazos.

NO lejos del lugar donde los recién nacidos dinosaurios se revolcaban con torpes movimientos, Laura y Chango se dejaban tostar por los agradables rayos del sol.

Se sentían los seres más felices del mundo. La arena era blanda y la brisa que venía del mar azotaba sus cuerpos con tenue frescura. En el bolsillo del pantalón de baño, Chango sentía cruzar los primeros cinco mil pesos. El mismo los había retirado del banco contra un cheque firmado por su nuevo amigo y benefactor. Y cada semana seguirían cinco mil más...

—Laura, no quisiera tener que irme nunca de este lugar de ensueño...

Y entonces, el sincronizador de deseos supo, en algún lugar remoto de sus complicados circuitos electrónicos, que para la pareja LQ-374 había encontrado la vibración exacta como para mantenerlos felices por el resto de sus vidas. ✦

El más grande y noble placer que podemos tener en este mundo es descubrir nuevas verdades y desterrar antiguos prejuicios.

FEDERICO EL GRANDE

EL FIN DEL MUNDO

por KENNETH HEUER

Miembro de la Real Sociedad Astronómica.
Ex catedrático de Astronomía.
Miembro del Hayden Planetarium.
Miembro del Museo Norteamericano de Historia Natural.

Ciertamente, puesto que el mundo tuvo un principio, sin duda ha de tener un final; y los astrónomos se siguen preguntando: ¿cómo se producirá el fin?

CAMILO FLAMMARIÓN

I

LOS PROFETAS DEL DESASTRE

“DADO que el fin del mundo se aproxima...”

Esta frase característica, con la cual comenzaban las proclamas reales durante el siglo X, podría haberse escrito hoy día. En la actualidad impera un temor físico general y universal que se centra en una sola pregunta: “¿Cuándo seré exterminado?”

La idea sobre la proximidad del fin del mundo ha surgido en el pasado una y otra vez; sin embargo, la Tierra no ha dejado de existir. En el pasado, tanto distante como próximo, las profecías se basaban en las revelaciones de la Biblia, en las supersticiones de la astrología o en erróneas teorías

científicas. Hoy, en cambio, la fatal advertencia proviene de un hecho científico absoluto e irrefutable: ha sido liberada la fuerza fundamental del Universo, y el hombre va llegando rápidamente a una situación en que estará en condiciones de poner fin a nuestro planeta como mundo habitado.

La historia del fin del mundo es interesante porque configura al mismo tiempo la historia de la mente humana frente a frente con su destino; y en estos días de desesperación, al pasar revista a dichos acontecimientos vemos que reflejan ciertos aspectos de la conducta humana contemporánea.

Durante los primeros tiempos del



LEGÓ entonces la destrucción de esos hombres que, como muñecos, habían sido hechos de madera. Los Espíritus del Cielo hincharon la inundación, que llegó por encima de la cabeza de esos muñecos de madera.

El Cavador de Rostros les arrancó los ojos, el Murciélago de la Muerte les cortó la cabeza, el Brujo Buho les trituró huesos y nervios; por no haber pensado antes en sus madres y sus padres, los Espíritus del Cielo, por eso fueron triturados, fueron pulverizados, fueron aplastados. Por eso se oscureció la faz de la tierra, por eso comenzó la lluvia tenebrosa, lluvia de día y lluvia de noche. Los hombres, llenos de desesperación, corrieron a sus casas, mas las casas se derrumbaron y ellos también rodaron. Quisieron subir a los árboles, y los árboles los sacudían de sí; quisieron entrar a los agujeros, y los agujeros los despreciaron y cerraron sus bocas. Y así fué la ruina de aquellos hombres primeros, los contruidos, así fueron aniquilados; sus bocas, sus caras, todo fué destruído, aniquilado.

(Del POPOL VUH, o LIBRO DEL CONSEJO, manuscrito maya descubierta a fines del siglo XVII por Fray Francisco Ximénez en Santo Tomás de Chichicastenango, Méjico).

cristianismo, la creencia de que el fin del mundo estaba próximo se hallaba muy extendida entre los cristianos. Bajo el reinado de Nerón se produjo el gran incendio de Roma (en el año 64 de nuestra era), que según algunos escritores de la antigüedad fué ordenado por dicho emperador romano. Y a fin de alejar de su persona el odio suscitado por la conflagración, el déspota imperial le echó la culpa a los cristianos, muchos de los cuales sufrieron una cruel muerte.

Tanta crueldad y tanta locura, tantas catástrofes y tantos horrores, alcanzaron tal culminación entre los años 64 al 70 de nuestra era, que todo parecía indicar que el ángel de la muerte había extendido sus alas sobre el mundo. En ese período se registraron innumerables prodigios: cometas, estrellas fugaces, eclipses, lluvias de sangre, monstruos, terremotos y pestes. Se libró la guerra de los judíos contra los romanos, y tuvo lugar la destrucción de Jerusalén. También hubo, en el año 63, un terremoto que destruyó la vieja ciudad de Pompeya. Los pompeyanos estaban trabajando activamente para reconstruirla cuando, en el año 79, el volcán vecino, el Vesubio, entró en erupción y sepultó a la ciudad bajo una capa de cenizas y lava volcánicas.

Aun cuando los signos así lo indicaban, y aunque el Apocalipsis, escrito por San Juan en el año 69, parecía anunciar la segunda llegada de Cristo antes de que sucumbiera aquella generación, el fin del mundo no se produjo. La espantosa guerra judeorromana concluyó, y Nerón, abandonado de todos a causa de su insostenible tiranía, cuando se había refugiado en una villa a sólo siete kilómetros de Roma, puso fin a su vida al oír los cascos de los caballos en que se aproximaban sus perseguidores.

Una vez más fué necesario interpretar de nuevo las palabras de los

evangelistas. En esta ocasión, el retorno de Cristo a la Tierra fué postergado hasta la caída del Imperio Romano, con lo cual los comentaristas conseguían un plazo más amplio. Durante los siglos IV y V, la debilidad del Imperio Romano, tanto en Oriente como en Occidente, quedó de manifiesto. Y en el año 476 se derrumbaba el Imperio Romano de Occidente. Sin embargo, el de Oriente, durante algún tiempo, progresaba y llegó casi a alcanzar su anterior grandeza, tanto en poderío físico como en cultura.

San Gregorio (544-594), obispo de Tours y primer historiador de los francos, inicia su historia del siguiente modo: "Dispuesto a narrar las guerras de los reyes con las naciones hostiles, me siento impulsado a exponer mis convicciones. El terror con que los hombres aguardan el fin del mundo me impulsa a hacer la crónica de los años pasados, de manera que cada cual pueda conocer exactamente cuántos han transcurrido desde el principio del mundo."

ESTA creencia sobre el fin del mundo se perpetuó año tras año y siglo tras siglo, pese a que la realidad no parecía confirmar el augurio. Cada catástrofe y cada fenómeno desusado que se registraban en el reino de la naturaleza, se interpretaban como signos precursores del cataclismo final. La convicción era tan profunda que el terror anegaba al alma humana, y los predicadores operaban con éxito sobre tal estado de ánimo. Pero como las generaciones iban pasando sin que se produjera el temido acontecimiento, fué necesario definir de nuevo esta universal tradición: entonces se transfirió la fecha definitiva al año 1000 de nuestra era. Muchas sectas creían que Cristo reinaría con los santos durante un milenio, antes del juicio final; creencia, ésta que cobró entre

muchos una forma exagerada y sensual, pues para los elegidos anticipaban un día de regocijo general y un genuino reino de placeres.

Durante este período se predicaron numerosos sermones con las palabras enigmáticas del Apocalipsis: C. 20, v. 7. "Y cuando los mil años fueren cumplidos, Satanás será suelto de su prisión", -v. 7 "Y saldrá para engañar las naciones que están sobre los cuatro ángulos de la tierra..." -v. 12 "...y otro libro fué abierto, el cual es de la vida..." -v. 13 "Y el mar dió los muertos que estaban en él; y la muerte y el infierno dieron los muertos que estaban en ellos; y fué hecho juicio de cada uno según sus obras." -C. 21, v. 1 "Y vi un cielo nuevo, y una tierra nueva..."

Bernardo, un ermitaño de Turingia (hoy estado de Alemania, pero antes una república independiente), utilizó esas palabras como texto de sus sermones, y hacia el año 960 anunció que el fin del mundo era inminente. Incluso el día: aquél en que la Anunciación de la Virgen cayera en Viernes Santo, coincidencia que se produjo en el 992.

En el año 999, un "ejército invasor" de peregrinos llegó a Tierra Santa para esperar el juicio final en Jerusalén. Y durante el año 1000, el número de peregrinos fué en aumento.

La mayoría de ellos habían vendido todo cuanto poseían. Las estrellas fugaces y las tempestades con recio fragor de truenos los habían hecho caer de rodillas en un estado de pánico total.

Según profetizó Drúthmar, monje de Corbie, el fin se produciría el 24 de marzo del año 1000. En esa fecha el terror fué tan grande que los fieles buscaron refugio en las iglesias, permaneciendo hasta la medianoche arrodillados ante reliquias e imágenes de los santos, para morir al pie de la Cruz.

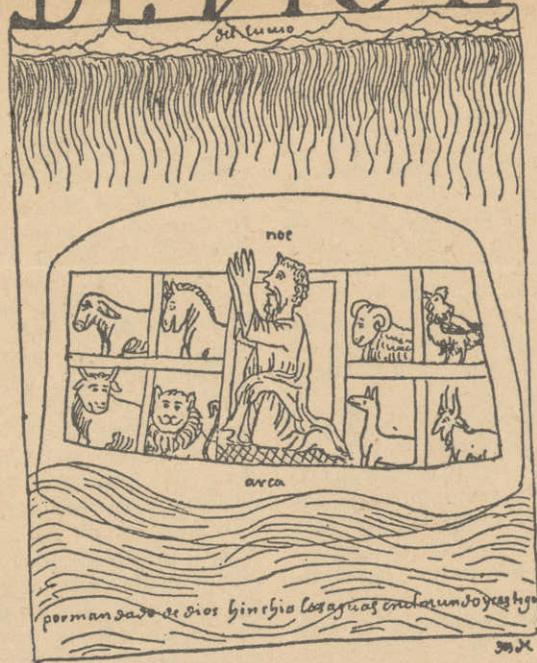
De esa época datan numerosas e importantes donaciones hechas a la Iglesia, pues eran muchos los que entregaban sus tierras y sus demás bienes a los monasterios.

El fin del siglo X y los comienzos del XI configuraron un período realmente extraño y desbordante de terrores. A todo lo largo y lo ancho de Europa se propagó una dolencia fatal. La carne de sus víctimas se pudría y desprendía de los huesos a pedazos. Luego vinieron los años del hambre. "El precio de un modio de trigo", cuenta el monje Raúl Glaber, en un documento muy curioso, "se elevó a sesenta sueldos de oro; los ricos se tornaron delgados y pálidos; los pobres roían las raíces de los árboles, y muchos llegaban hasta el extremo de devorar carne humana. Los más fuertes se arrojaban sobre los débiles, en plena vía pública, los hacían pedazos y los asaban para comérselos. En las encrucijadas se hacían trueques de un huevo y alguna fruta a cambio de un niño, que luego era devorado. Este frenesí, provocado por el hambre, fué tal que las bestias eran menos peligrosas que los seres humanos. Había niños hambrientos que atacaban y mataban a sus padres y madres que se comían a sus propios hijos. Una persona expuso carne humana para la venta, en la plaza del mercado de Tournus, como si fuera un artículo alimenticio corriente. Al ser apresado no negó el hecho, y fué quemado vivo. Otro, que robó la carne del lugar en donde las autoridades la habían enterrado, fué condenado también a la misma pena."

El fin de un mundo tan miserable era la esperanza y el terror de una época lamentable.

A este crítico período, en la historia de la humanidad, debemos la construcción de las magníficas catedrales, que han desafiado el paso devastador del tiempo y provocado el asombro de

EL SEGUNDO MUNDO DE NOE



La preocupación por el fin del mundo ha sido común a los hombres de todas las épocas. He aquí la idea ingenua que del diluvio universal (el primer fin del mundo) se hacía un indígena peruano, en tiempos de la colonia.

los siglos subsiguientes. Inmensas fortunas fueron entregadas a la Iglesia, que aumentó cuantiosamente sus riquezas por la donación y los legados en herencia.

"Después del año 1000", cuenta Raúl Glaber", se reconstruyeron las santas basílicas de todo el mundo, especialmente en Italia y Galia, aun cuando la mayoría de ellas no precisaban reparación alguna. Las naciones cristianas competían entre sí en la erección de espléndidos templos. Parecía como si el mundo entero, anima-

do por un impulso común, arrojara lejos de sí los harapos del pasado, para ponerse un nuevo y espléndido vestido. Y los fieles no estaban satisfechos con reconstruir casi todas las iglesias episcopales, sino que también embellecieron los monasterios dedicados a diversos santos, e incluso las capillas de los pueblos."

TODOS los cronistas informan sobre la reparación de un éxtasis vital, de una gran alegría de vivir, después de transcurrido cada periodo crí-

tico en la vida de la humanidad. Así, después de la "muerte negra", surgieron nuevas modas en la vestimenta, los casamientos fueron más numerosos y aumentó considerablemente la población en la mayoría de pueblos y ciudades. Renació la vida cívica; y el notable auge del poderío de Francia e Inglaterra, naciones que tan castigadas habían sido por la "muerte negra", dió nuevamente testimonio de la indestructibilidad de la raza humana.

Si la energía atómica se aplica a objetos pacíficos, podemos esperar un renacimiento similar, en el cual nuestro mundo comenzará a vivir de nuevo, y el júbilo reinará otra vez sobre la Tierra. Y esta nueva fuerza, recientemente liberada, permitirá al hombre crear un mundo tan rico como jamás nadie se ha atrevido a soñar.

Aunque el fatal año 1000 se ha hundido en el pasado, el problema del fin del mundo (por incierto y vago que sea) ha seguido en pie hasta nuestros días: estimulado por la creencia en prodigios y en los poderes infernales, perduró a través de los siglos y llegó hasta la hora actual.

Pero la idea del fin del mundo no quedó confinada a la Iglesia. En 1186, los astrónomos aterraron a Europa anunciando una conjunción de todos los planetas en la constelación de Libra, lo cual ocurrió, por cierto.

Rigord, un escritor de ese período, dice en *La vida de Felipe Augusto*: "Los astrólogos de Oriente (judíos, sarracenos e incluso cristianos) enviaron cartas a todas partes del mundo, en las cuales predecían, con perfecta seguridad, que en el mes de setiembre se producirían grandes tempestades, terremotos, mortandad entre los hombres, sediciones y discordias, revoluciones en los reinos, y la destrucción de todo lo existente. Pero", concluye, "los hechos desmintieron en breve sus predicciones."

En 1198 se produjo una nueva alarma cuando se anunció que el Anticristo había nacido en Babilonia y que la raza humana iba a ser destruída. Se podría elaborar una lista muy curiosa de todos los años en que se afirmó esto mismo, es decir, el nacimiento del Anticristo. ¡Y los años sumarían alrededor de un centenar!

Arnauld de Villeneuve, el famoso alquimista, auguró el fin del mundo para 1335; y el 15 de junio de 1406, un mero eclipse de sol provocó en Francia tal pánico, que las iglesias se llenaron de gentes que buscaban refugio sagrado, convencidas de que todo iba a desaparecer.

El famoso predicador español, san Vicente Ferrer (1350-1419), en un volumen intitulado "*De la fin dumonde et de la science spirituelle*", daba al mundo tantos años de existencia como versos hay en los salmos, o sea, 2537.

EN Alemania, Stöffler, astrólogo muy celebrado y uno de los matemáticos europeos más famosos, profetizó una gran inundación, es decir, un diluvio como el de los tiempos de Noé, para 1524. La predicción se basaba en sus cálculos de que Saturno y Júpiter y Marte se reunirían en la constelación de Piscis, durante el mes de febrero de aquel año. Las gentes de Europa, Asia y África a quienes llegó el rumor de tal predicción, quedaron abrumadas de horror. Y a medida que se aproximaba la fecha temida, iban en aumento el terror y la estupidez colectivas. El comercio y actividades afines se suspendieron. Los campesinos dejaron de cultivar sus tierras. El trabajo quedó detenido por doquier. Las deudas dejaron de pagarse, y la gente gastaba su dinero locamente, aun cuando una buena parte de los despalfarradores comenzaron a comportarse con más seriedad a medida que avan-

zaban hacia el mes de febrero fatal y se hallaba más próxima su húmeda tumba. Pero de todos modos, desde los siglos idos sigue llegándonos el eco de la frase que todavía se repite en la actualidad: "¿Para qué preocuparnos por nada, siendo así que el fin del mundo es inminente?"

Los autores contemporáneos informan que los habitantes de las provincias costeras de Alemania, convencidos de la inminencia del segundo diluvio, vendieron a precios irrisorios todo cuanto poseían a quienes tenían más dinero y menos credulidad. Algunos huyeron hacia las regiones montañosas, con la esperanza de eludir el ascenso de las aguas, del mismo modo que en nuestros días no faltan quienes huyen de las ciudades y fijan su residencia en el campo, para escapar de la bomba atómica. Otros se construyeron embarcaciones semejantes al arca de Noé. Un doctor de Toulouse, Francia, se fabricó un arcón navegable gigantesco, que podía albergar a él, a su familia y a sus amigos más íntimos. Precauciones similares están tomando actualmente quienes se construyen refugios antiatómicos, algunos de los cuales asumen la forma de cavernas de las regiones montañosas, donde se disponen a llevar la misma existencia de nuestros más primitivos antepasados.

Pero llegó febrero, y no se registró la temida inundación. Mientras el mundo emitía un prolongado suspiro de alivio, los moradores del castillo del elector, en Berlín, no lograron verse libres del terror ante la convicción de que la calamidad iba a producirse. El elector Joaquín I^o fué informado por el astrólogo de su corte, Joahnes Carion, de que Stöffler había cometido un error en sus cálculos sobre el diluvio, el cual no se produciría sino el 15 de julio de 1525. Además, Carion dijo que no sería universal, como el de la Biblia, sino parcial, pues quedaría

confinado al territorio alemán, en particular el comprendido entre Berlín y Colonia.

En la tarde del 15 de julio de 1525, apareció en el horizonte una formidable masa de nubes, que provocó los siguientes resultados: se abrieron de pronto las puertas del castillo, y toda una procesión de coches (con el elector, su familia, ministros y cortesanos) emprendió una carrera desenfrenada hacia una colina próxima. Los ciudadanos contemplaron el espectáculo, con temor y desaliento, al enterarse de los motivos de tan extraordinario proceder. Pero, junto con su terror, las crónicas registraron su indignación ante el cobarde proceder del soberano, que sólo había procurado por su seguridad personal y la de su familia, sin preocuparse de advertir siquiera a sus súbditos.

Al anochecer, una tormenta de reducidas proporciones estalló sobre las gentes que se habían refugiado en la colina. Pero cuando el sol poniente se abrió paso entre las nubes y todo pareció serenarse, la electora Isabel persuadió a sus compañeros para que regresasen al castillo. Por cierto que, al llegar al patio del mismo, un rayo, heraldo que anunciaba la reanudación de la tormenta, mató al postillón y los cuatro caballos del carruaje real, dejando al elector ileso, aunque punto menos que helado de espanto.

Stöffler, juntamente con el célebre Regiomontano, que probablemente preparó las cartas de navegación utilizadas por Cristóbal Colón en su viaje del descubrimiento de América, predijo, pese al fracaso de su inundación, que el fin del mundo llegaría en 1588. La predicción astrológica fué concebida en el siguiente lenguaje apocalíptico:

"El año octavo siguiente al mil y quinientos y ochenta aniversario del nacimiento de Cristo, será un año de prodigios y terror. En ese año te-



Y he aquí cómo ve el fin del mundo el artista de fantasía científica. El arca de Noé ha sido reemplazada por una espacionave, y sus afortunados ocupantes miran sobrecojidos el espectáculo alucinante de la Tierra, estallando presa de innumerables explosiones atómicas.

rible, si el Globo no se reduce a polvo, y la Tierra y el mar no se disuelven, todos los reinos serán derrocados, y la humanidad agonizará en el dolor”.

EN el siglo XVI hubo otras predicciones sobre la catástrofe final. En 1532, Simón Goulart transmitió al mundo un relato absolutamente abrumador de lo que había presenciado en Asiria: toda una montaña se había hendido en dos, dejando al descubierto un pergamino, escrito en griego, que decía: “El fin del mundo se aproxima”.

El famoso astrólogo Cipriano Lööwit vaticinó otro diluvio para 1584. Nuevamente se debía a una reunión de planetas. Louis Guyón, contemporáneo suyo, escribe: “El terror del populacho fué extremo, y las iglesias no podían contener a la muchedumbre que trataba de refugiarse en ellas; muchos redactaron sus testamentos, aun sin dejar de pensar que para poco iba a servir hacerlo, puesto que el mundo iba a desaparecer; otros donaron sus bienes a la Iglesia, con la esperanza de que las oraciones del clero alejaran la fecha del juicio final”.

Nostradamus, rey de los astrólogos, en cuyas profecías todavía cree mucha gente en la actualidad, figuraba entre los profetas del siglo XVI. En su libro de profecías rimadas, titulado “Centurias”, escribió la siguiente carteta:

*Quand Georges Dieu crucifera
Que Marc le ressuscitera
Et que St. Jean le portera,
La fin du monde arrivera.*

Lo cual significa que cuando la Pascua caiga en un 25 de abril (día de Marcos), el (Viernes Santo en 23 de abril) (día de San Jorge), y el Corpus Christi en 24 de junio (día de San Juan), entonces se producirá el fin del mundo. Camilo Flammarion, el po-

pular astrónomo francés, señaló que la cuarteta en cuestión no estaba exenta de malicia, pues Nostradamus murió en 1556, y el calendario no fué reformado hasta 1582. Ahora bien, antes de la introducción del calendario gregoriano, *era absolutamente imposible que la Pascua cayera en un 25 de abril*. Después de dicha reforma, la Pascua cayó en 25 de abril, su última fecha posible, en 1666, 1734, 1886 y 1943. Y volverá a caer en el 2038; de manera que todavía queda algún tiempo por delante.

Los fenómenos desusados, tales como cometas, eclipses, estrellas fugaces y aparición de nuevas estrellas, así como terremotos y grandes erupciones volcánicas, se han asociado frecuentemente, a lo largo de la historia, con los temores sobre la posibilidad del fin del mundo. El anuncio de un total eclipse solar para el día 12 de agosto de 1654, sembró el pánico en Europa. Algunos creyeron que significaba el fin del mundo por el fuego, otros mediante un nuevo diluvio y algunos por el envenenamiento de la atmósfera. Por orden de sus médicos, muchas familias se encerraron en sótanos caldeados y perfumados. Pierre Petit, un escritor de ese siglo, menciona que cierto cura de aldea, al ver que no podía confesar a todos los que acudían a él, convencidos de que iban a morir, pidió a sus feligreses que no se apresuraran tanto, ya que el eclipse había quedado pospuesto por un par de semanas. Y sus fieles creyeron con la misma facilidad en el retraso del eclipse como en sus consecuencias fatales.

AL igual que entre los primeros cristianos, en los Estados Unidos han surgido numerosas religiosas que tienen como fuente de inspiración la esperanza y el temor del fin del mundo. En 1843, el temor abarcó prácticamente a toda la nación. William Mí-

ller fué el personaje central de este drama americano, del cual nos brindó un excelente relato el escritor Geoffrey Dennis.

Míller era un simple campesino de Nueva Inglaterra. Su única experiencia memorable sobre el ancho mundo fué cuando sirvió como soldado en la Guerra Canadiense, contra Gran Bretaña. Luego se estableció en el campo y se entregó a las tareas rurales y a estudiar la Biblia y los Profetas, especialmente a Daniel. Y fué en las páginas apocalípticas de Daniel donde descubrió la revelación de que el año 1843 sería la fecha del fin del mundo.

El único temor que experimentó Míller fué el de no tener tiempo suficiente para difundir la noticia de manera que llegase a oídos de todos los elegidos, y que a mucha gente le faltara el tiempo necesario para preparar sus almas antes del Día de la Ira. Todo pa-

rece indicar que Míller era un hombre desinteresado: no buscaba riquezas, poder ni admiración hacia su persona. Finalmente, fué impelido a la acción debido a la competencia, pues algunos de sus rivales le ganaban el terreno. Por ejemplo, Harriet Livermore anunciaba el fin del mundo para 1847. Y Joseph Wolff, de Jerusalén, ya estaba aguardando el final en la Ciudad Santa. El capitán Sáunders, de Liverpool, también había vaticinado un pronto fin. Por consiguiente, Míller, después de haber solicitado permiso al Cielo, y de haberlo obtenido, anunció públicamente su revelación.

Míller fijó la fecha del fin del mundo mediante cálculos matemáticos basados en la Biblia. El día exacto también le fué revelado: la Tierra dejaría de existir a la medianoche del equinoccio, o sea el 21 de marzo de 1843.

La predicción conquistó inmediata-



La época fatídica de la “muerte negra” significó para la desgraciada humanidad del siglo XI un presagio funesto de exterminación total. Un grabado de esos tiempos nos muestra el entierro de las víctimas del terrible mal, dominados sus deudos por el terror de seguir el mismo espantoso camino.

mente numerosos partidarios. En pocos meses los milleristas se habían convertido en una secta, cuya influencia se esparcía rápidamente, no sólo por todo Massachussets, sino también fuera de las fronteras de ese estado. Y, además de los creyentes, surgieron también los explotadores de la creencia popular, como por ejemplo, Elder Joshua V. Hines. Hines pensó que Miller, un humilde iluminado, era absolutamente incapaz de atender el negocio y el lado publicitario de la campaña para agrandar el movimiento millerista. Por consiguiente emprendió por su cuenta una amplia y organizada campaña bajo el título de: "El fin del mundo para el 43". Y resultó fructífera: la secta fué en aumento, así como los fondos personales del hermano Joshua.

Pero el movimiento tenía también sus enemigos. Desde los púlpitos ortodoxos, los sacerdotes atacaban esta doctrina de la destrucción, que era perjudicial para su propia doctrina. Como los milleristas habían iniciado la construcción de un templo, sus enemigos señalaron que dicho edificio no se podría inaugurar hasta mayo de 1843, o sea unas cuantas semanas después del fin del mundo. Se les contestó que Miller admitía que debía concederse un margen de error en cuanto a la fecha exacta del inevitable cataclismo. Hubo incluso quienes proclamaron que el templo millerista estaba asegurado por siete años; lo cual se negó rotundamente.

No cabía duda de que los milleristas eran esencialmente sinceros, pues muchos de ellos regalaron sus muebles, vendieron sus campos, talaron sus huertos y abandonaron las cosechas.

Y entonces llegó el cometa. Apareció repentinamente en febrero, acercándose al Sol con escalofriante velocidad. A su paso quedaba una inmensa cola de unos 350.000.000 kilómetros de

longitud, que cortaba el firmamento nocturno en dos mitades. Esto se interpretó como un indicio de que el fin del mundo era inminente. Nuevos creyentes vinieron a engrosar las filas de los milleristas, y los feligreses de la fe ortodoxa comenzaron a vacilar.

En el atardecer del 21 de marzo de 1843, grandes muchedumbres, integradas por hombres, mujeres y niños, salieron de Boston y otras poblaciones, hacia el campo abierto, hacia las colinas, para que el Cielo pudiera recibir las con mayor facilidad. Otros miles siguieron a los milleristas para ver qué pasaba. Cuando la Tierra quedó cubierta por las sombras de la noche y empezaron a brillar las estrellas, los milleristas se dedicaron a entonar aleluyas hasta la medianoche. El escándalo que se registró fué respetable. Al fin, la hora llegó... y pasó. Nada ocurría. Al amanecer del 22 de marzo, las multitudes iniciaron el retorno a sus hogares. Todos estaban abrumados y caminaban en silencio o llorando.

En otro lugar, un grupo de fieles milleristas aguardó el fin del mundo vestidos con túnicas blancas "para la ascensión". Idea perteneciente al aprovechado Elder Joshua V. Hines, pese a que posteriormente lo negara. Un hombre se ató a los brazos sendas alas de pavo e intentó volar, rompiéndose un brazo.

En Westford, Massachussets, los milleristas se reunieron en su templo, con objeto de pasar la velada final entre plegarias y cánticos. Pocos minutos antes de la medianoche decidieron salir afuera para facilitar la ascensión. Ahora bien, había un tal Crazy Amos que no era creyente, y mientras los milleristas estaban todavía en el modesto templo, se acercó cautelosamente e hizo sonar con gran estrépito un poderoso cuerno, que era su juguete preferido. Los milleristas lo oyeron y se apresuraron a salir, al llamado de la trom-



El miedo al fin del mundo se prolonga hasta nuestros días: escenas de pánico como éstas se registraron hace algunos años en Estados Unidos, luego de una audición radial en que se simulaba la invasión de la Tierra por los habitantes de Marte.

peta celestial. Se atropellaron unos a otros en su prisa por ocupar un lugar preferente para ascender a los Cielos. Oculto en la oscuridad, Crazy Amos hizo sonar nuevamente su cuerno, pero con mayor fuerza. "¡Gloria! ¡Gloria! ¡Aleluya!", gritaron los milleristas, levantando sus brazos al cielo. Algunos de ellos llegaron realmente a elevarse del suelo. La Segunda Ascensión había comenzado. Pero en ese momento uno de los fieles descubrió a Amos soplando su cuerno. La vergüenza, la decepción y la fatiga fueron muy grandes, y mientras se volvían a sus casas, Crazy Amos les gritó, desdenoso: "¡Estúpidos! ¡Id a cavar vuestras patatas! Estad seguros de que el Ángel Gabriel no irá a cosecharlas por vosotros".

Aunque Miller perdió algunos partidarios a consecuencia de aquel aciago día, la mayor parte de ellos permanecieron fieles al movimiento; porque Miller estaba descubriendo nuevas fechas. Sí, él había acertado respecto al año, y la revelación era exacta. Solamente hubo un error de fecha. Quedaban nueve meses por delante para que su profecía se cumpliera. Y embarcándose en un estudio más profundo del profeta Daniel, Miller descubrió la causa de su error. El año era un año judío, de manera que el fin del mundo era para el equinoccio invernal de 1844.

Llegada la fecha, nuevas muchedumbres, aunque menos compactas que la vez anterior, salieron a los campos. Otra vez llegó la hora sin que nada ocurriese. Y solamente cuando terminó el año judío, y con él se estumaron las últimas esperanzas, se disolvió el movimiento millerista. El mundo, no obstante, llegó a su fin para el propio William Miller, que, poco después, murió de un ataque al corazón.

Durante la lluvia de meteoritos ocurrida el 27 de noviembre de 1872,

cuando los meteoritos llenaban el cielo como copos de nieve durante una nevada, algunas mujeres, especialmente en Niza y Roma, asociaron esos fuegos artificiales del cielo con la lluvia de estrellas que, según la Biblia, precederá al fin del mundo. "Y las estrellas del cielo caerán, y los poderes celestiales serán conmovidos", escribe San Marcos, refiriéndose al gran acontecimiento final.

EL siglo XX tampoco ha carecido de profetas. En 1910, cuando los hombres de ciencia anunciaron que la Tierra atravesaría la estela del cometa Halley, hubo escalofrantes predicciones en los diarios, diciendo que los gases ponzoñosos de la cola del temible viajero del espacio sofocarían toda vida sobre la Tierra. En los diarios de Sydney, Australia, un funcionario recomendaba a sus conciudadanos que se mantuvieran bien encerrados en sus casas el día en que se calculaba que la Tierra se sumergiría en la estela del cometa Halley.

En 1945, un profeta de California dió exactamente el día, hora y minuto en que el mundo llegaría a su fin, de acuerdo con una visión que había tenido siete años antes. Cuando llegó el momento y no pasó nada, consoló a sus admiradores fijando una nueva fecha y recomendándoles que esperasen pacientemente.

Desde que se anunció el descubrimiento de la bomba atómica, la gente ha venido preguntando, igual que nosotros antepasados ante un eclipse, un cometa o un fuerte terremoto: "¿Es esto el fin de la Tierra?" Los símbolos geométricos de la bomba atómica refulgen, como los ornamentos infantiles de un árbol de Navidad, en el bosque ilimitado de nuestros días; y la vieja enfermedad del temor ante la posibilidad del fin del mundo, se instaura de nuevo en todas las tierras.

Es cierto que, desde los primeros días del hombre, ha habido fuerzas naturales de tremendo poder, las cuales han producido grandes destrucciones. Pero no han consumado el fin del mundo. En el reinado de Tiberio Claudio Nerón César, una terrible conmoción subterránea convulsionó toda el Asia Menor y Siria, destuyendo en una sola noche doce ciudades famosas. El sol poniente, que había resplandecido sobre sus palacios y templos, descubrió con el alba, a la mañana siguiente, que el pasado esplendor se había trocado en ruinas.

El 23 de agosto del año 79 de nuestra era (como ya mencionamos antes), el monte Vesubio despertó de un sueño milenario y enterró a las ciudades de Pompeya y Herculano bajo una lluvia de cenizas, piedras y lodo. Jamás volcán alguno ha devastado un paraíso más seductor que aquellos campos de la Campania, ni ha soterrado a ciudades más hermosas que las dos mencionadas.

Las violentas erupciones del monte Pelé, en la isla de la Martinica, que devastaron la ciudad de San Pedro, son un moderno ejemplo del enorme poder de las fuerzas en las entrañas de la Tierra. En ese luctuoso 8 de mayo de 1902, *todos los habitantes, o sea 30.000 personas, perecieron, y los edificios quedaron totalmente destruidos.*

Pero la utilización de la energía atómica en la guerra irá más allá de la destrucción de unas cuantas ciudades. Jamás, hasta este momento, ha existido una fuerza capaz de producir una destrucción tan vasta e intensa. Una bomba de hidrógeno *puede hacer*

volar nuestro planeta, o bien aniquilar hasta el último rastro de vida mediante el envenenamiento radioactivo de la atmósfera. En el mejor de los casos, una guerra, en la que se empleasen tales bombas, podría implicar la desaparición de todas las grandes ciudades del mundo, junto con muchas de segundo orden, y la muerte de todos sus habitantes.

Por otra parte, si la energía atómica se orienta hacia fines pacíficos, podremos conocer tiempos infinitamente superiores a los que produjeron a un Dante, un Miguel Ángel o un Palestrina. Precisamente en los períodos de transición es cuando surgen los grandes genios de la humanidad. Ya hemos dado grandes pasos positivos en el campo de la ciencia médica. Se espera que los descubrimientos que se hagan con el telescopio de 508 centímetros serán tan importantes como los que realizó Galileo en el siglo XVII. Se inaugura para el hombre un período extraterrestre. El hombre se encuentra situado en el umbral de una nueva libertad: la de viajar más allá de la atmósfera de la Tierra y explorar todo el Universo. La era atómica puede elevar en proporciones extraordinarias el nivel de existencia de todos y cada uno de los seres humanos. Al proporcionarnos a cada cual la oportunidad de desarrollar y expresar nuestras capacidades, dentro de una existencia realmente humana y de una tarea que integre la empresa común del hombre, el mundo de mañana será la utopía en la que hace tantos siglos viene soñando la humanidad.

Continuará en el próximo número:

COLISIONES DE COMETAS

EL FIN DEL MUNDO

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

MÁS ALLA

ENCUENTRO

NOCTURNO

por RAY BRADBURY

Si en un mismo lugar y tiempo se encuentran dos seres que viven en lugares y tiempos distintos, ¿qué ocurrirá?

ilustrado por OLMOS

ANTES de iniciar el ascenso de las colinas azules, Tomás Gómez se detuvo para cargar nafta en la solitaria estación de servicio.

—Bastante solo, todo esto..., ¿no es cierto? —preguntó Tomás.

El encargado de la estación de servicio, hombre de unos setenta años, respondió mientras limpiaba el parabrisas del camión:

—No se está del todo mal.

—¿Qué tal?, ¿le gusta Marte?

—Mucho. Siempre sucede algo nue-

vo. Cuando vine aquí, el año pasado, estaba decidido a no sorprenderme de nada. Teníamos que olvidar la Tierra y el modo de vivir allí. Debíamos ocuparnos de lo que nos rodea. ¡Y es tan diferente! Yo me entretengo muchísimo sólo con el clima de estos lugares. Es un clima *marciano*: de día, un calor de infierno; de noche, un frío de infierno. También me gustan las flores distintas y las lluvias distintas. Yo vine a Marte cuando me retiré, y quería estar en un lugar enteramente nue-

vo. Un hombre de mi edad necesita estar rodeado por cosas distintas y nuevas, pues la gente joven no hace caso, y los otros viejos lo entristecen. Por esto pensé que el mejor lugar para mí era uno en donde bastara abrir los ojos para entretenerse. Compré esta estación de servicio. Si el negocio prospera demasiado, la venderé y me iré a algún otro camino solitario, donde gane lo suficiente para vivir y me quede tiempo para sentir cuán diferentes son aquí las cosas.

—Tiene razón — respondió Tomás, con sus manos tostadas descansando en el volante. Se sentía bien. Había pasado diez días seguidos trabajando en una de las colonias, y ahora tenía dos de descanso y se dirigía a una fiesta.

—Ya nada me sorprende —prosiguió el anciano—. Me limito a mirar y a hacer experiencias nuevas. El que no puede tomar a Marte como es, más vale que se vuelva cuanto antes a la Tierra. Todo es raro aquí: el suelo, el aire, los canales, los nativos (todavía no he visto ninguno, pero los siento alrededor), las campanas. Hasta mi reloj hace cosas raras. Hasta el tiempo transcurre en forma extraña. Algunas veces siento como si estuviera absolutamente solo conmigo mismo y no hubiera nadie en todo el planeta. En otros momentos me parece como si tuviera ocho años de edad, y mi cuerpo se hubiera achicado, y todo lo que me rodea hubiera crecido. ¡Sí!, éste es el lugar que le conviene a un viejo; me mantiene alerta, y me siento feliz. ¿Quiere que le diga lo que es Marte?... Marte es como un juguete que me regalaron hace setenta años (no sé si usted habrá visto alguno); lo llamaban calidoscopio, un tubo con espejos dentro, y en el fondo, piedrecitas, cuentas de vidrios, trocitos de metal. Cuando uno lo ponía contra la luz y miraba dentro, se quedaba sin respiración. ¡No se imagina todas las

formas hermosas que iban apareciendo! Bueno, así es Marte. Disfrútelo. No le pida que sea distinto de lo que es. ¿Ve esa carreta? Dicen que los marcianos la hicieron hace dieciséis siglos, y está como nueva. La nafta es un dólar y medio. Muchas gracias. Buenas noches.

Tomás llevó el coche a la antigua carretera y siguió su camino, riéndose del viejo y de lo que había dicho.

TENÍA por delante un largo trayecto en medio de la oscuridad y de las montañas. Concentraba su atención en el volante, y de vez en cuando extendía una mano a la cesta de provisiones, para tomar algún caramelo. Llevaba ya una hora sobre el camino solitario, y no había aparecido ningún otro camino. Sentía la soledad total, interrumpida solamente por la luz de su auto, el ruido del motor y la presencia indefinible de Marte. Marte siempre estaba silencioso, pero nunca tanto como esa noche.

Esa noche se *olía* el paso del tiempo. Tomás sonrió al ocurrírsele esta idea. ¡Era una idea! ¿Qué olor tendría el tiempo?... ¡A polvo, a campanas, a gente! Y sonaría como el agua cuando en una cueva oscura; como voces que gritan; como polvo que cae sobre la tapa de cajas huecas; como la lluvia. Y así corría su imaginación. ¿Qué figura tendría el tiempo? El tiempo se parecía a la nieve que cae silenciosamente en un cuarto oscuro, o a una película pasada de moda en un teatro viejo. “Así es”, pensó, “el olor, el sonido y la imagen del tiempo. Y esta noche”, Tomás asomó una mano fuera del camión, “esta noche casi se puede *tocar* el tiempo”.

Conducía su camión entre las montañas del tiempo. Se rascó el cuello, se irguió y miró hacia adelante.

Entró en una pequeña ciudad marciana muerta. Detuvo el motor. Dejó

que el silencio lo envolviera. Permaneció sentado, sin respirar, contemplando los edificios blancos de luna, inhabitables por centurias, perfectos, sin una falla, en ruinas, sí, pero no obstante perfectos.

Puso en marcha otra vez el motor; siguió adelante dos kilómetros más; se detuvo finalmente, y se apeó con su cesta de provisiones. Trepó a una pequeña colina, desde donde podía contemplar la ciudad polvorienta. Abrió el termos y se sirvió una taza de café. Un ave nocturna pasó volando a su lado. Se sentía muy bien, muy en paz.

Cinco minutos después, oyó un sonido. Lejos, en las montañas, donde la vieja carretera formaba una curva, vió algo que se movía, una luz borrosa, y luego un murmullo.

Tomás miraba tranquilamente, con su taza de café en la mano.

Y de las montañas salió una cosa extraña.

Era una máquina como un gigantesco insecto de jade, un mamboretá descomunal, que se deslizaba delicadamente a través del aire helado. Incontables diamantes verdes brillaban sobre su cuerpo, y joyas rojas que relucían con ojos de innúmeras facetas.

La nueva teoría de Einstein

EL mundo físico está aparentemente dividido en dos grandes regiones: en una de ellas valen las leyes de la mecánica; en la otra, las leyes del electromagnetismo. Todos los esfuerzos de Einstein en los últimos veinte años están dedicados a unificar estos grandes dominios, con la idea de que ha de haber una única realidad física y un único cuerpo de leyes. El último intento de "teoría unitaria" ha dado una consecuencia apasionante. El profesor checo Vaclav Hlavaty, de la universidad de Indiana, ha extraído consecuencias matemáticas revolucionarias de esa nueva teoría del profesor Einstein. Este ha declarado: "Si esas conclusiones son exactas, tendrán máxima importancia. Su teoría es un notable mejoramiento de la mía." Por su parte, el sabio checo comentó: "Einstein es un genio, mientras que yo soy simplemente un matemático."

Sus seis patas golpeaban la antigua carretera con el sonido de una lluvia que se aleja. Y desde el lomo de la máquina, un marciano, con oro fundido en lugar de ojos, contemplaba a Tomás como si mirara dentro de un pozo.

Tomás levantó sus manos para saludarlo y pensó: ¡Hola!; más no llegó a articular la palabra, porque aquel ser era un marciano. Pero Tomás había nadado en los ríos azules de la Tierra, mientras personas extrañas pasaban por el camino; había comido en casas extrañas y con gente extraña, y su sonrisa había sido siempre su única arma. No llevaba pistola y no sintió que le hicieran falta ahora, aunque comenzaba a sentir miedo.

También el marciano llevaba las manos vacías. Durante un momento se miraron el uno al otro.

TOMÁS habló el primero.

—¡Hola!

—¡Hola! —respondió el marciano en su propia lengua.

No se entendieron.

—¿Usted me ha saludado? —preguntaron ambos a la vez.

—¿Cómo dice? —dijeron ambos en sus lenguas respectivas.

Los dos hicieron un gesto de contrariedad.

—¿Quién es usted? —preguntó Tomás en inglés.

—¿Qué hace aquí? —dijo el extranjero en marciano.

—¿Adónde va? —dijeron simultáneamente y parecieron asombrados.

—Yo soy Tomás Gómez.

—Yo soy Muhe Ca.

Ninguno de los dos entendía al otro; pero ambos golpearon sus pechos al pronunciar las palabras, y el sentido quedó claro.

Entonces el marciano se rió.

—¡Espere!

Tomás sintió que le tocaban la cabeza, pero ninguna mano lo había tocado.

—Así —dijo el marciano en inglés—. Ahora nos entendemos mejor.

—¡Con qué rapidez ha aprendido usted mi idioma!

—No tiene importancia.

Se miraron el uno al otro, turbados y nuevamente en silencio, mientras el café humeaba en la taza que Tomás sostenía en la mano.

—¿Es alguna bebida especial? —preguntó el marciano.

—¿Quiere una taza?

—Con mucho gusto.

El marciano descendió de su máquina.

Tomás sirvió otra taza humeante y se la ofreció.

El marciano extendió su mano para tomarla, pero no llegó a hacerlo, porque su mano atravesó la de Tomás, y la de Tomás la suya, como si fueran manos de niebla o de humo.

—¡Jesucristo —exclamó Tomás, y dejó caer la taza.

—¡Santos dioses! —dijo el marciano en su propia lengua.

—¿Vió lo que pasó? —susurraron ambos.

Estaban pasmados y aterrorizados.

El marciano se inclinó otra vez para tomar la taza, pero no pudo.

—¡Jesús! —dijo Tomás.

Una y otra vez intentó el marciano tomar la taza, pero en vano. Se detuvo, y sacó luego un cuchillo de su cinturón.

—No se asuste —dijo el marciano—. ¡Apárelo!

Y lo tiró en dirección a Tomás. Tomás intentó apartarlo uniéndolo las manos; pero el cuchillo se las atravesó sin tocarlas y cayó al suelo. Tomás se inclinó para recogerlo; no pudo; retrocedió temblando.

Advirtió que a través del marciano podía ver las estrellas que tachonaban el firmamento.

—¡Las estrellas! —exclamó.

—¡Las estrellas! —respondió el marciano a su vez, mirándolas a través del cuerpo de Tomás.

Las estrellas brillan, nítidas y penetrantes, a través del cuerpo del marciano, en cuya carne se veían como centellas que una medusa se hubiera tragado, y se mostraban a través de la fosforescente membrana gelatinosa. Se podían ver las estrellas parpadeando como si fueran ojos violáceos, en el estómago del marciano, y en su pecho, y adornando como joyas sus antebrazos.

—¡Puedo ver a través de usted! —dijo Tomás.

—¡Y yo a través de usted! —dijo el marciano retrocediendo.

Tomás se palpó el cuerpo, y al sentir el calor, se tranquilizó. "Soy real", se dijo casi en alta voz. "Estoy vivo."

El marciano se tocó su propia boca y nariz. "Tengo carne", pensó. "Estoy vivo."

Tomás miró al extraño.

—Y si yo soy real, usted debe de estar muerto.

—¡No, usted!

—¡Un fantasma!

—¡Un espectro!



CADA uno señalaba hacia el otro: hacia las estrellas que en sus miembros brillaban como puñales, carámbanos y luciérnagas; y luego los dos volvían a palparse los miembros, encontrándose cada uno a sí mismo intacto, caliente, excitado, perplejo, lleno de pavor. Y el otro... ¡ah, el otro!... el otro que estaba allí, irreal, era un prisma fantasmal que refractaba la luz acumulada de mundos distantes.

“Estoy borracho”, pensó Tomás. “No se lo diré a nadie mañana.”

Ambos permanecieron frente a frente, en la antigua carretera, sin moverse ninguno de los dos.

—¿De dónde viene usted? —preguntó por fin el marciano.

—De la Tierra.

—¿Qué es eso?

—Allí está —dijo Tomás, señalando el firmamento.

—¿Cuándo llegó?

—Aterrizamos hace un año ¿No se acuerda?

—No.

—Todos ustedes estaban muertos, salvo unos cuantos. Ustedes son poquísimos, ¿no lo sabía?

—Eso no es cierto.

—Sí, estaban muertos. Yo mismo vi los cadáveres negros; en las piezas, en las casas; muertos por millares.

—Eso es ridículo. ¡Estamos vivos!

—Escúcheme. Hemos invadido y conquistado su planeta, aunque usted no se haya enterado. Usted debió de escapar antes.

—Yo no escapé. No había nada de qué escapar. ¿A qué se refiere usted? Precisamente ahora voy a una fiesta en el canal, cerca de las montañas de Eniall. Anoche también estuve allí. ¿No ve las luces? —el marciano señaló a lo lejos.

Tomás miró en la dirección que la mano indicaba.

—¡Pero si esa ciudad está muerta

desde hace miles de años!

El marciano soltó una carcajada.

—¿Muerta? ¡Si anoche mismo dormí allí!

—Y yo estuve la semana pasada, y la semana anterior, y acabo de pasar en mi camión a través de ella. ¿No ve las columnas rotas?

—¿Rotas? De ningún modo. Las veo perfectamente a la luz de las lunas. Y las columnas están enteras y en pie.

—Las calles están llenas de polvo.

—¡Las calles están perfectamente limpias!

—Y los canales están vacíos.

—¡Los canales están llenos de néctar de alhucemas!

—¡Está muerta!

—¡Está viva! —protestó el marciano, riendo ahora sin intentar disimularlo—. Se equivoca usted. Mire las luces del Carnaval. En el canal hay botes hermosos, esbeltos como mujeres, y mujeres color arena, mujeres con flores de fuego en las manos. Desde aquí las veo, pequeñas, corriendo por las calles. Allí voy, al festival. Surcaremos las aguas toda la noche; cantaremos, beberemos, nos amaremos. ¿De veras no lo ve usted?

—Señor, esa ciudad está muerta hasta las piedras. Pregúntele a cualquiera de nosotros. Yo voy esta noche a Villa Verde, la nueva colonia que terminamos de establecer allí —dijo señalando la dirección—, junto a la carretera de Illinois. Está equivocado. Hemos traído un millón de tablones de madera de Oregón, y dos docenas de toneladas de clavos, y hemos armado las dos ciudades más bonitas que usted vió en su vida. Dos cohetes llegan hoy de la Tierra, trayéndonos nuestras esposas y nuestras novias. Va a haber baile y whiskey...

El marciano pareció tranquilizarse.

—¿Dice usted que esa ciudad está por allá?

—Sí. Y allí están ya los cohetes —
Tomás condujo al marciano a lo alto
de la colina y le indicó con el dedo—.
¿No los ve?

—No.

—¡Maldita sea! ¡Son aquéllos! ¡Esas
cosas plateadas!

—No los veo.

Tomás se rió.

—¡Usted está ciego!

—Veo perfectamente. Usted es el
que no ve.

—Pero usted ve la ciudad nueva,
¿verdad?

—No veo más que un océano y la
marea baja.

—Señor, el agua de ese océano se
ha evaporado hace siglos.

—No... ¡Basta!... ¡Ya es dema-
siado!

—Le digo que es cierto.

El marciano se puso serio.

—Pues sígalo diciendo. Pero, ¿usted
no ve la ciudad que yo le describo?...
¿las columnas muy blancas, los botes
muy esbeltos, las luces de la fiesta?
¡Oh... sí, yo las veo claramente! ¡Es-
cuche! Ahora están cantando...

Tomás escuchó atentamente y sa-
cudió la cabeza.

—No oigo nada.

—¡Ni yo puedo ver lo que usted
me indica, eal

AMBOS volvieron a sentirse hela-
dos interiormente. Sus carnes
eran como hielo.

—¿No podrá ser que...?

—¿Qué...?

—Usted dijo que habían venido
"del cielo", ¿no?

—De la Tierra.

—¡Tierra es sólo una palabra; no
es nada. Pero... cuando yo iba por
el desfiladero hace un hora... —se
rascó el cuello—, sentí...

—¿Frió?

—Sí.

—¿Y ahora?

—Frió otra vez. Había algo extra-
ño en la luz, las montañas, el camino
—dijo el marciano—. Me pareció que
me rodeaban cosas extrañas, el cami-
no, la luz, y por un momento sentí
como si yo fuera el único hombre vi-
vo en el mundo...

—¡Lo mismo me pasó a mí! —dijo
Tomás, como si hablara con un vie-
jo amigo, confiadamente, entrando en
calor con el tema.

El marciano cerró los ojos un instan-
te y volvió a abrirlos.

—Esto no tiene otra explicación que
ésta: el tiempo. Sí. ¡Usted es un frag-
mento del pasado!

—¡No; usted es del pasado! —dijo
el hombre de la Tierra, después de
pensarlo.

—Usted está demasiado seguro. ¿Có-
mo puede probar cuál de los dos es
del pasado y cuál del futuro? ¿En qué
año estamos?

—En el año dos mil uno.

—Esa cifra no me significa nada.

Tomás reflexionó y se encogió de
hombros.

—Es cierto —dijo—: nada.

—Y si lo le digo que este es el año
4.462.853 S. E. C., tampoco le signifi-
cará nada a usted. ¿Qué reloj puede
ponernos de acuerdo?

—¡Pero esas ruinas lo demuestran!
Prueban que yo soy el futuro, que es-
toy vivo, y que usted está muerto.

—Toda mi experiencia actual lo
contradice —replicó el marciano—: mi
corazón late, mi estómago siente ham-
bre, mi boca tiene sed. No; ninguno
de nosotros dos está ni muerto ni vivo.
No estamos más vivos que ninguna
otra cosa. Somos dos extraños que nos
encontramos en la noche. Dos extra-
ños. ¿Habló usted de ruinas?

—Sí. ¿Le da miedo?

—¿Quién desea ver el futuro?
¿Quién puede verlo? Un hombre pue-
de afrontar el pasado, pero pensar...
¿Los pilares por el suelo, dijo usted?

¿Y los océanos secos, y los canales va-
cíos, y las muchachas muertas, y las
flores secas? —el marciano se quedó
ensimismado, y luego miró hacia ade-
lante—. Pero allí están. Yo las veo.
¿No me basta? Ahora me esperan, pe-
se a lo que usted pueda decir.

Y a Tomás lo aguardaban los co-
hetes, las ciudades nuevas y las mu-
jeres.

—No podemos ponernos de acuerdo
—dijo.

—No interesa si nos ponemos de
acuerdo o no —replicó el marciano—.
¿Qué interesa cuál de los dos es del
pasado o del futuro, si ambos estamos
vivos, y lo que ha de suceder suce-
derá, mañana o dentro de diez mil años?
¿Cómo sabe usted que esos nuestros
templos no son los de su propia civi-
lización, que dentro de diez mil años
estarán deshechos y caídos? No lo sa-
be. Pues no se lo pregunte tampoco.
La noche es muy corta. Allí están las
luces de la fiesta y las aves nocturnas.

Tomás extendió su mano. El mar-
ciano lo imitó.

Sus manos no se tocaron; se infun-
dieron la una a través de la otra.

—¿Volveremos a vernos?

—¿Quién sabe? Quizá alguna otra
noche.

—Me gustaría ir con usted a esa fies-
ta.

—Y yo quisiera poder ir con usted
a la nueva ciudad para ver el cohete
del cual me ha hablado, para ver a
esos hombres, para oír todo lo que ha
sucedido.

—¡Adiós! —dijo Tomás.

—¡Adiós! ¡Buenas noches!

El marciano subió a su vehículo
verde y se dirigió a las montañas. El
hombre de la Tierra subió a su coche
y salió en dirección opuesta.

“¡Santo Dios, qué pesadilla!”, pen-
só Tomás, evocando los cohetes, las
mujeres, el whisky, la fiesta...

“¡Qué extraña aparición”, meditó
el marciano, evocando a su vez el fes-
tival, los canales, los botes, las muje-
res de ojos de oro y las canciones.

La noche estaba oscura. Las lunas
habían desaparecido del cielo. La luz
de las estrellas titilaban sobre la ca-
rretera vacía, donde ahora no había
nada, ni una persona, ni una luz, ni
un sonido. Y así siguió estando el res-
to de la noche fría y oscura. ✦

Más viejo de lo que se cree

¿CUAL es la antigüedad del hombre sobre la Tierra? Esta pre-
gunta ha sido y sigue siendo el tema de las más agrias dispu-
tas entre antropólogos, geólogos, arqueólogos y otra gente de
igual categoría. Un grupo bastante grande sostuvo durante mu-
cho tiempo que el cejudo hombre de Neanderthal que desapareció
hace unos 30.000 años, era antecesor nuestro, nos agradara o no el
parentesco. Pero recientes descubrimientos e investigaciones, rea-
lizados en la cueva de Fontchevade, departamento de Charente,
Francia, han sacado a relucir el hecho de que ya hace unos 100.000
años había hombres iguales a nosotros. Hasta ahora, todos los res-
tos humanos se habían encontrado en depósitos que estaban in-
mediatamente encima de las del hombre de Neanderthal; así que
resultaba muy fácil suponer que una especie había sucedido a la
otra. Los nuevos restos de la cueva de Fontchevade alteran com-
pletamente el panorama y hacen pensar que los señores de Nean-
derthal no fueron, en el mejor de los casos, más que unos primos
desafortunados.

Las montañas se agigantaban bajo la lluvia, que, por las laderas, descendía hasta los largos canales. El viejo La Forge y su mujer, asomados a la puerta de su casa, contemplaban el espectáculo.

La Forge expresó:

—Es la primera lluvia de esta estación.

—Hará mucho bien — comentó la mujer.

—¡Y ya era tiempo de que cayera! concluyó el marido.

Cerraron la puerta. Dentro de la casa, se calentaron las manos junto al fuego. A lo lejos, a través de la ventana, veían brillar la lluvia contra los costados del cohete que los había traído de la Tierra.

—Una sola cosa echo de menos — dijo el viejo La Forge.

—¿Cuál? — preguntó ella.

—Desearía tener a Tom con nosotros.

—¿Otra vez con lo mismo?...

—Perdóname. Se me escapó.

—Hemos venido aquí para disfrutar en paz nuestro últimos años: no para pensar en Tom. Ya hace mucho tiempo que murió. Tenemos que olvidarlo... a él y a todo lo de la Tierra.

Tienes razón — respondió La Forge arrimándose más al fuego y contemplándolo—. No volveré a hablar del asunto. Lo que pasa es que echo de menos nuestro viaje al cementerio todos los domingos, cuando íbamos a ponerle flores...

La lluvia, de azulina transparencia, susurraba sobre el techo de la casa.

A las nueve de la noche, los dos reposaban acostados, el uno junto al otro, con las manos entrelazadas. Él tenía cincuenta y cinco años; ella, sesenta.

—Ana... —murmuró él, a media-noche.

—¿Qué quieres, Lafo?

—¿Has oído algo?

por RAY BRADBURY

Ilustrado por OLMOS

el marciano

*¿Qué era aquello?
¿Reencarnación múltiple
por metamorfosis
sucesivas?,
¿o metamorfosis
epidémica por contagio
súbito?*



Ambos escucharon el viento y la lluvia.

—No; nada —respondió ella.

—Alguien ha silbado.

—Pues yo no he oído nada.

—No importa. Voy a mirar.

Se puso la bata; llegó hasta la puerta de la casa; vaciló un instante, y abrió la puerta. La lluvia le bañó el rostro. El viento soplaba.

En el umbral estaba un muchacho de pequeña estatura.

Un relámpago restalló en el cielo, y su blanquísima luz iluminó el rostro que contemplaba al viejo La Forgue.

—¿Quién es usted? —preguntó éste, tembloroso.

El muchacho no respondió.

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

Tampoco contestó.

La Forgue se sintió débil, cansado y aturdido.

—¿Quién es usted? —gritó.

La esposa, que había seguido al marido, se acercó a él y preguntó:

—¿Por qué gritas?

—¡Un niño está parado frente a la puerta y no me quiere contestar! —respondió el marido—. ¡Se parece a Tom!...

—Ven a la cama. Estás soñando.

—¡Te digo que está ahí! ¡Míralo tú mismal!

Abrió más la puerta, para que ella pudiera ver. El viento frío soplaba, y la lluvia delgada caía sobre el suelo. La figura seguía mirándolos fijamente con sus ojos distantes. La anciana tuvo que sostenerse para no caer.

—¡Váyase! —dijo haciéndole señas con la mano—. ¡Váyase!

—¿Verdad que se parece a Tom? —preguntó La Forgue.

La criatura no se movió.

—Tengo miedo —dijo la vieja—. Cierra la puerta y volvamos a la cama. No quiero nada con eso.

La señora de La Forgue se retiró sollozando a su dormitorio.

El viejo siguió parado, tiritando, con las manos frías por el viento y la lluvia.

—Tom —dijo suavemente—, Tom, si eres tú, si por alguna casualidad eres tú, voy a dejar la puerta sin llave. Si tienes frío y quieres calentarte, ven un poco más tarde y acomódate: hay mantas y pellicas para dormir.

Cerró, pero sin echar llave.

Su esposa sintió cuando él se acostaba otra vez, y tuvo un escalofrío.

—Es una noche terrible. Me siento muy vieja —dijo sollozando.

—Bueno, bueno —contestó él, cariñosamente, y la abrazó—. Duérmete.

Después de un largo rato, ella se durmió.

Él se quedó escuchando, y oyó cómo la puerta se abría muy despacio, entraba la lluvia y la puerta se volvía a cerrar. Sintió unos pasos ligeros y una respiración sosegada: "Es Tom", se dijo a sí mismo.

Un relámpago rasgó las tinieblas y atronó el espacio.

A la mañana, el sol estaba muy fuerte.

El señor La Forgue abrió la puerta que daba al "living" y lo inspeccionó rápidamente.

En las pieles y mantas no había nadie.

El señor La Forgue suspiró:

—Me estoy volviendo viejo.

Salió hacia el canal para buscar un balde de agua limpia con que lavarse. Al salir, casi tropezó con Tom, que venía con un balde ya lleno.

—Buenos días, padre.

—¡Buenos días, Tom!...

El viejo se apartó. El joven, con los pies descalzos, entró corriendo, depositó el balde y dijo sonriente:

—Hace un día hermoso.

—¡Es verdad!... —respondió el viejo sin dar crédito a sus propios ojos.

El joven actuaba como si todo fue-

ra normal. Comenzó a lavarse la cara.

El viejo se adelantó hacia él.

—Tom, ¿cómo llegaste aquí? ¿Cómo es que estás vivo?

—¿Y cómo querías que estuviera? —respondió el muchacho levantando su rostro hacia el viejo.

—Pero, Tom... , el cementerio, las flores todos los domingos y...

La Forgue tuvo que sentarse. El muchacho se acercó y le tomó la mano. El viejo sintió los dedos calientes y firmes.

—¿De veras que estás aquí?... ¿No es un sueño?

—Tú quieres que esté aquí, ¿verdad?

El muchacho parecía ofendido.

—Sí, Tom, sí.

—Entonces, ¿por qué me preguntas tanto? ¡Acéptame!

—Pero tu madre se va a conmocionar...

—No te preocupes por ella. Durante esta noche pasada, yo os canté a los dos, y por lo mismo me aceptaréis con más gusto, especialmente ella. Sé que la conmoción puede ser muy fuerte. Espera a que venga mamá.

Tom se rió sacudiendo su cabeza de cabello cobrizo y ondulado. Sus ojos eran muy azules y claros.

—Buenos días, Lafo y Tom.

La madre salía del dormitorio, arreglándose el cabello en una hermosa redecilla.

Tom se levantó y se echó a reír en la cara de su padre.

—¿Lo ves? —exclamó.

Tomaron un excelente desayuno, los tres, a la sombra, en la parte posterior de la casa. La señora de La Forgue había encontrado una vieja botella de vino de girasol, y todos tomaron un trago de ella. El señor La Forgue nunca había visto tan resplandeciente el rostro de su esposa. Si ella albergaba alguna duda acerca de Tom, no la expresó. Era para ella algo natu-

ral. Y también comenzaba a serlo para La Forgue.

Mientras la madre limpiaba los platos en la cocina, el viejo La Forgue se inclinó sobre su hijo y le preguntó confidencialmente:

—¿Qué edad tienes ahora, hijo?

—¿No lo sabes acaso, papá?... Catorce.

—¿Quién eres verdaderamente? No puedes ser Tom; pero eres alguien. ¿Quién?

—¡No lo preguntes!

Súbitamente aterrorizado, el joven se tapó la cara con las manos.

—No temas decirme la verdad —dijo el viejo—. Puedo comprenderte. Tú eres un marciano, ¿verdad? Yo he oído muchos relatos sobre los marcianos. Nada muy exacto, por supuesto: cuentos acerca de lo raros que son los marcianos y cómo se transfiguran en hombres antes de acercarse a nosotros. En ti hay algo... Eres Tom y a la vez no lo eres.

—¿Por qué no me aceptas por lo que soy y dejas de averiguar? —gritó el muchacho, cubriéndose completamente el rostro con las manos, como protegiéndolo—. ¡No dudes de mí, por favor, no dudes!

Se dió vuelta y huyó de la mesa.

—¡Tom, vuelve!

Pero el muchacho corría ya a lo largo del canal, rumbo a la ciudad distante.

—¿Adónde se fué Tom? —preguntó la señora de La Forgue, al volver de la cocina, trayendo nuevos platos—. ¿Le dijiste algo que le molestara?

—Ana —dijo él, cogiéndole la mano—. ¿recuerdas el cementerio? ¿recuerdas la neumonía de Tom?

—¿De qué estás hablando? —respondió ella, riendo.

—No te preocupes —repuso él.

A lo lejos flotaban aún las nubes de polvo que Tom había levantado en su carrera.

AQUELLA tarde, a las cinco, cuando el sol se ponía, regresó Tom; se encaró con su padre, y le preguntó:

—¿Me vas a interrogar otra vez?

—No —respondió La Forge—; terminaron las averiguaciones.

El joven sonrió, mostrando su blanca dentadura.

—Muy bien.

—¿Por dónde estuviste?

—Cerca de la ciudad. He estado a punto de que me atrapasen y no me dejaran regresar aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Pasé frente a una pequeña barraca de latas, a la orilla del canal. Sentí una impresión muy extraña: la de no poder volver al lado tuyo. No sé cómo explicártelo. No puedo decírtelo; no sé. Es extraño. No quiero hablar más de ello.

—No hablemos más, entonces. Ve a lavarte un poco, y vamos a cenar, que ya es hora.

El muchacho se fué corriendo.

Unos diez minutos después, un bote apareció sobre la serena superficie del canal. Un hombre alto y escuálido, de cabello negro, valiéndose de una pértiga, lo impulsaba con armoniosos movimientos de los brazos.

—Buenas tardes, La Forge —dijo, deteniendo la embarcación.

—Buenas tardes, Saúl. ¿Qué sucede?

—Muchas cosas. ¿Conoces a un hombre llamado Nómmland, que vive en esa barraca de latas, a la orilla del canal?

—Sí —respondió La Forge, irguiéndose.

—¿Sabes qué clase de tipo es?

—Se dijo que había abandonado la Tierra porque mató a un hombre...

Saúl se apoyó en su pértiga, mirando a La Forge.

—¿Recuerdas cómo se llamaba el hombre a quien mató?

—¿Gillings?...

—Sí, Gillings. Bueno, pues hace horas, Nómmland apareció en la ciudad, gritando que había visto a Gillings vivo, en Marte. Pretendió que lo metieran en la cárcel, para estar en sitio seguro. No quisieron recibirlo. Y hace veinte minutos, según dicen, se pegó un tiro y se levantó la tapa de los sesos. Vengo ahora mismo de allí.

—¡Caramba! —exclamó La Forge.

—Aquí pasan las cosas más raras —dijo Saúl—. Bueno, hasta mañana, La Forge.

—Buenas noches.

El bote siguió deslizándose por las serenas aguas del canal.

Los hombres-mono o el eslabón perdido

EN estos últimos tiempos, Sudáfrica se ha convertido en el paraíso de los antropólogos. Uno tras otro están apareciendo por ahí restos fósiles humanoides, que lentamente van permitiendo seguir la historia del hombre y su parentela, hasta sus remotos orígenes. Uno de los últimos hombres-mono que se han descubierto es el *Paranthropus crassideus*. No hay dudas de que caminaba erguido, y las enormes dimensiones de sus restos muestran que era un verdadero gigante. También en Sudáfrica, hace varios cientos de miles de años, un señor de escaso cerebro (dicho sea sin desmedro) vivía por los alrededores de Kromdraai. El antropólogo que descubrió sus restos lo bautizó *Paranthropus robustus*, y se lo considera uno de los parientes más directos del hombre actual.

—La comida está lista — gritó la dueña de casa.

El señor La Forge se sentó a la mesa, y con el cuchillo en la mano, miró a Tom y le preguntó:

—Tom, ¿qué hiciste esta tarde?

—Nada —respondió Tom, con la boca llena—. ¿Por qué?

—Por nada. Para saber.

SERÍAN la siete cuando se le ocurrió a la señora ir hasta la ciudad. —Hace meses que no vamos —comentó.

Pero Tom no aceptó la idea.

—No me gusta la ciudad. Tengo miedo. La gente... No quiero ir.

—Vamos, Tom; ése no es modo de hablar. Ya eres un hombre. Vendrás con nosotros.

—Ana, si el chico no quiere ir... —comenzó el marido.

Pero todo fué inútil. Ella los empujó hasta el canal, y el bote se deslizó bajo las estrellas. Tom yacía en el fondo del bote, con las manos bajo la cabeza y cerrados los ojos. No se sabía si estaba dormido o no. El viejo lo contemplaba, preguntándose al mismo tiempo: "¿Quién será este ser tan necesitado de cariño? ¿Quién será este ser que sale de la soledad, entra en un mundo ajeno y asume la voz y el rostro de los recuerdos y se queda, admitido entre nosotros y feliz por fin? ¿De qué montaña vendrá; de qué cueva; de qué raza semiextinguida, perdida en el planeta cuando llegaron los cohetes de la Tierra?" La Forge desistió de seguir haciéndose preguntas irresolubles. De todos modos, era Tom.

El viejo miró hacia la ciudad que tenía adelante, y no le gustó; pero luego concentró sus pensamientos en Tom y en Ana y se dijo a sí mismo: "Tal vez hagamos mal en retener a Tom por un tiempo, ya que nada puede venirnos de él que no sean dificul-

tades y sufrimiento. Pero ¿cómo desechar también lo que deseábamos? ¿Qué importa si se queda un día o dos y se va luego, haciendo más sola la soledad, más oscuras las noches, más húmedos los días de lluvia? Sería como sacarnos el aliento de la boca."

Y volvió a mirar al muchacho que dormitaba pacíficamente en el fondo del bote. Tom se estremeció de pronto, como turbado en su sueño.

—La gente... —masculló—, cambiando y cambiando. La trampa.

—Bueno, bueno —dijo La Forge, acariciándole los cabellos rizados, y el muchacho se calló, y recuperó la tranquilidad.

LA Forge ayudó a su mujer y a su hijo a salir del bote.

—¡Hemos llegado! —exclamó Ana contemplando las luces, oyendo la música de gramófonos y pianos, que sonaban en las tabernas, y mirando la gente que pasaba del brazo por las calles atestadas.

—Preferiría estar en casa —dijo Tom.

—¡Pero si siempre te gustó ir a la ciudad los sábados por la noche! —le respondió su madre.

—Acércate a mí —susurró Tom—. No quiero que me atrapen.

—No digas tonterías —respondió Ana—. ¡Vamos!

La Forge advirtió que el muchacho le apretaba la mano.

—No tengas miedo, Tom. Yo estoy a tu lado. —Miró la multitud que iba y venía y se sintió incómodo también—. No nos quedaremos mucho tiempo.

—¿Por qué? —exclamó Ana—. ¿No íbamos a pasear?

Al cruzar una calle, un grupo de tres hombres borrachos tropezó contra ellos. Se produjo un instante de confusión hasta que pudieron separarse y juntarse otra vez cada grupo por su parte. La Forge quedó atónito.

Tom había desaparecido.

—¿Dónde está? — preguntó Ana, bastante irritada—. ¡No pierde oportunidad de escaparse! ¡Tom! —gritó.

La Forgue se abrió camino entre la turba que lo rodeaba; pero Tom había desaparecido.

—Ya volverá. Lo encontraremos en el bote a la hora de volver —aseguró Ana, arrastrando a su marido hacia el cine. Hubo una súbita conmoción en la multitud, y un hombre y una mujer pasaron corriendo junto a los La Forgue. Él los reconoció. Eran José Spálding y su mujer. Desaparecieron antes de que pudiera interpellarlos.

Mirando hacia atrás con ansiedad, consintió que su mujer lo arrastrase a la boletería y compró de mala gana las entradas. Entraron en la entonces desagradable oscuridad.

CUANDO regresaron al embarcadero, una vez terminada la función, Tom no estaba allí. La señora de La Forgue se puso muy pálida.

—No te preocupes. Yo lo encontré — dijo el señor La Forgue —. Espérame aquí.

—No tardes —replicó ella.

Su voz se perdió en el rumor de las aguas.

La Forgue caminó por las calles nocturnas, con las manos en los bolsillos. Las luces se iban apagando una tras otra. Muchas personas permanecían aún en los balcones, porque la noche era cálida, a pesar de las nubes de tormenta que velaban de trecho en trecho las estrellas. Mientras caminaba, iba pensando en la continua referencia del muchacho a su miedo de ser atrapado, su pavor a las grandes ciudades y a las multitudes. Aquello era absurdo. Tal vez el chico se había ido para siempre. Tal vez nunca había estado con ellos. La Forgue tomó por una calle lateral.

—¡Hola, La Forgue!

Un hombre estaba sentado a la puerta de entrada, fumando su pipa.

—¡Hola, Miguel!

—¿Te peleaste con tu mujer?

—No; paseaba por gusto.

—Parece que hubieras perdido algo. Y hablando de cosas perdidas, ¿conoces a José Spáldings? ¿Recuerdas a su hija Lavinia?

—Sí.

La Forgue se quedó helado. Todo parecía un sueño que se repite. Sabía cuáles serían las próximas palabras de Miguel.

—Lavinia volvió a su casa esta noche. Se había perdido en el Mar Muerto hace dos meses, ¿recuerdas? En aquella ocasión encontraron algo que parecía su cuerpo, en bastante mal estado. Desde entonces los Spáldings estaban trastornados. José empezó a decir que su hija no podía estar muerta, que aquél no era su cadáver. Parece que tenía razón. Esta noche apareció Lavinia.

—¿Dónde? — preguntó La Forgue, sintiendo que su respiración se entrecortaba y que el corazón le saltaba en el pecho.

—En la calle principal. Los Spáldings estaban comprando las entradas para el cine. De pronto, en medio de la gente, aparece Lavinia. Ha de haber sido toda una escena. Primeramente no los reconoció. La siguieron unos cincuenta pasos y le hablaron. Entonces ella se acordó.

—¿La has visto tú?

—No, pero la he oído cantar. ¿Recuerdas qué hermosa voz tenía? Bueno, pues hace un momento estaba cantando para sus padres, en su casa. Era un placer escucharla. ¡Una chica encantadora! Todos sentimos muchísima pena cuando creímos que había muerto. Pero ahora está muy bien. ¡Eh!, tienes muy mala cara... ¿Por qué no entras a tomar una copa?

—No, gracias, Miguel.

EL viejo siguió su camino. Oyó que Miguel le daba las buenas noches; pero no le contestó. Fijó sus ojos en el edificio de dos pisos, donde grupos irregulares de purpúreas flores marciales se esparcían por el techo de cristal. En la parte posterior, sobre el jardín, se levantaba un balcón de hierro retorcido. Las ventanas superiores estaban encendidas. Era muy tarde. La Forgue volvió a preguntarse a sí mismo: “¿Qué le sucederá a Ana si Tom no vuelve a casa conmigo? Esta segunda desgracia, esta segunda muerte, ¿qué efecto tendrán sobre ella? ¿Recordará la primera muerte y el reencuentro milagroso y esta repentina desaparición?... ¡Tengo que encontrar a Tom! ¿Qué sería si no de Ana? Pobre Ana, esperando allí en el embarcadero.” Se detuvo y levantó la cabeza. En alguna parte, arriba, se oían voces de personas que se daban las buenas noches; las puertas se abrían y se cerraban; las luces se apagaban, y una suave canción, seguía oyéndose. Un momento después, una chica, no mayor de dieciséis años, apareció en el balcón.

La Forgue la llamó a través del silbido del viento.

La joven se dió vuelta y miró hacia él.

—¿Quién está ahí? — preguntó.

—Soy yo — respondió el viejo. Y dándose cuenta de que esta respuesta era tonta y extraña, quedó en silencio, mientras sus labios se movían.

¿Debió gritar: “Tom, hijo mío, soy tu padre”? ¿Cómo dirigirse a ella? Lo tomaría por loco y llamaría a sus padres.

La muchacha se inclinó sobre el balcón iluminado por la luz de la habitación.

—Lo conozco —dijo en voz baja—. Váyase, por favor, usted no puede hacer nada.

—Tienes que volver conmigo —se le escapó a La Forgue antes de que pudiera dominarse.

La figura, antes iluminada por la luna, se transformó en una sombra, de modo que sólo se identificaba por la voz.

—Yo no soy tu hijo —respondió—. No debíamos haber venido a la ciudad.

—¡Ana está esperando en el embarcadero!

—¡Lo siento! —respondió suavemente la voz—. Pero, ¿qué voy a hacer? Aquí soy feliz. Me quieren tanto como ustedes. Soy lo que soy y me conformo con lo que se me da. Ya es muy tarde; me han recibido aquí.

—¡Pero el susto de tu madre...! ¡Piensa en ella!

—Los pensamientos son muy fuertes en esta casa: es como estar preso. No puedo cambiarme otra vez.

—Tú eres Tom; antes eras Tom. ¿no es verdad? ¿No te estarás burlando de un anciano?... Tú no eres Lavinia Spálding.

—Yo no soy nadie; soy simplemente

El tamaño de los dientes

COMPARADO con el hombre primitivo, el hombre actual tiene más pequeños los huesos de la cara. Los dientes no han seguido, sin embargo, esa tendencia general a la disminución de tamaño, y muchos odontólogos creen que ésa es la causa de la frecuencia con que en nuestros días se sufre de mala oclusión dental.

yo mismo. En cualquier lugar en que estoy soy alguien, y ahora soy algo que usted no puede evitar.

—Pero en la ciudad no estás seguro. En cambio, junto al canal nadie te hará mal —insistió La Forgue.

—Es verdad —respondió insegura la voz—. Pero ahora debo tener en cuenta también a esta gente. ¿Qué sentirán si a la mañana descubren que me he marchado para siempre? La madre sabe que yo soy Lavinia. Lo sospechó siempre, como usted sospechó que yo era Tom. Tengo que elegir a quién haré sufrir: a ellos o a ustedes.

—Pero ellos son cinco de familia: la pérdida les será muchísimo menos dolorosa.

—¡Por favor! —respondió la voz—. ¡Qué cansancio tengo!

El viejo ordenó en tono áspero:

—¡Tienes que venir con nosotros! No puedo permitir que Ana sufra otra vez. Tú eres nuestro hijo. Eres nuestro hijo y nos perteneces.

—¡No, por favor! —dijo temblando la sombra.

—¡Tú no perteneces a esta casa ni a esta gente!

—¡No me diga eso!

—¡Tom, Tom, hijo mío, escúchame! Ven conmigo. Baja por la enredadera. Ven. Ana te espera. Te daremos una casa; todo lo que quieras.

Y el viejo miraba sin cesar hacia el balcón, esperando que sucediera lo que él deseaba.

La sombra se desvaneció. Las ramas de la enredadera crujieron.

Por fin, una voz dijo quedamente:

—Bueno, papá.

—¡Tom!

Bajo la luz de la luna, una figura de joven se deslizó con presteza por la enredadera. La Forgue extendió sus brazos para recibirlo.

Las luces de las piezas superiores se encendieron y una voz salió de una de las ventanas enrejadas.

—¿Quién está ahí?

—¡Apresúrate, hijo mío!

Más luces; más voces.

—¡Deténganse! ¡Tengo un revólver!... ¡Lavinia!, ¿te pasa algo?

Ruido de pasos que corren.

El viejo y el muchacho atravesaban, veloces, el jardín.

Sonó un disparo. El proyectil se estrelló contra la pared, cuando ellos franqueaban la puerta.

—¡Corre por aquí, Tom! Yo les saldré al encuentro y los entretendré. En el desembarcadero, dentro de diez minutos.

Se separaron.

La luna se escondió detrás de una nube. El viejo corrió en la oscuridad.

—¡ANA, aquí estoy!

La vieja, temblando, lo ayudó a subir al bote.

—¿Dónde está Tom? ¿Dónde está mi hijo?

—Estará aquí dentro de un minuto —jadeó La Forgue.

Se volvieron para contemplar la ciudad dormida. Algunos noctámbulos andaban todavía por las calles: un policía, un sereno, un piloto astronauta, algunos hombres solos que volvían a sus casas después de una entrevista nocturna, dos parejas de enamorados que salían de un bar riéndose. Oíase una música lejana.

—¿Por qué no ha llegado aún? —preguntó la madre.

—Ya vendrá, ya vendrá.

Pero La Forgue no estaba seguro. “Supongamos que el chico ha sido apresado otra vez en alguna parte, mientras se encaminaba aquí por las calles de la ciudad oscura. El camino era largo, aun para un muchacho. Pero ya debía de estar aquí.”

En aquel momento, bajo la luz de la luna, una figura apareció corriendo.

La Forgue gritó; pero se contuvo de inmediato, porque a lo lejos se oía gri-

terio de voces y ruido de pies a la carrera. Las ventanas se iluminaban una tras otra. A través de la plaza, frente al embarcadero, una figura solitaria corría. No era Tom: era sólo una forma que corría. Su faz brillaba como plata, bajo la luz de las lámparas que rodeaban la plaza. A medida que se iba acercando al embarcadero, su forma se iba haciendo más familiar, hasta que, al llegar al embarcadero, se había convertido en Tom. Ana abrió los brazos. La Forgue se apresuró a soltar las amarras...; pero ya era tarde.

Por una de las avenidas y luego a través de la plaza venía un hombre, detrás otro, más allá una mujer, dos hombres más, el señor Spálding...; todos corriendo. De pronto se detenían desorientados, dirigían sus miradas de una parte a otra, sin decidirse a marcharse, pues todo podía ser aún una pesadilla, una alucinación; pero siguieron avanzando, deteniéndose de trecho en trecho, vacilando.

Era demasiado tarde. La noche, el suceso, habían llegado a su fin. La Forgue retorció la amarra entre sus dedos. Se sentía frío y desamparado.

Los otros fueron llegando al embarcadero y deteniéndose al borde, iluminados por la luna. Miraron con expresión de ira hacia el bote. Gritaron.

—¡La Forgue, no se mueva!

Spálding empuñaba un arma.

Entonces se aclaró lo sucedido. Tom venía corriendo a través de las calles, solo, pasando junto a la gente. A la luz de la luna, un policía que ve la figura que pasa veloz a su lado. El policía gira sobre sus talones; grita un nombre; le ordena que se detenga. Ha visto el rostro de un criminal. A todo lo largo del camino, escenas similares. Hombres, mujeres, policías, astronautas, ven pasar la figura cambiante que tiene todos los rostros, todas las personalidades, todos los nombres. ¿Cuán-

tos nombres diferentes habrán sido pronunciados en los últimos cinco minutos? ¿Cuántos rostros distintos habrán sido identificados con el de Tom? ¿Es un caso de reencarnación múltiple por metamorfosis sucesivas?

A lo largo de toda la ruta: el perseguido y los perseguidores, el sueño y los soñadores, la liebre y los galgos. Durante toda la carrera: la revelación súbita, el brillo de ojos familiares, el grito de un nombre viejo, muy viejo, el recuerdo de tiempos pasados... Y la multitud que se lanza a la persecución, multiplicándose como una imagen reflejada por diez mil espejos, diez mil ojos, mientras el sueño pasa y huye a la carrera por delante de ellos, con un rostro diferente para los que están delante, para los que van detrás, para los que aún no ha encontrado y no lo han visto. ¿Es un caso de metamorfosis epidémica por contagio súbito?

EN fin, allí estaban todos, junto al bote, reclamando el sueño como si fuera propiedad de cada uno. “También nosotros queremos que sea Tom y no Lavinia o Guillermo o Rogelio o cualquier otro”, se dijo el viejo La Forgue. Pero ya era imposible. El asunto había ido demasiado lejos.

—¡Vengan todos! —ordenó Spálding.

Tom salió del bote. Spálding lo sujetó por la muñeca.

—Tú te vienes a casa conmigo...

—¡Espere! —dijo el policía—. Es mi prisionero. Se llama Déxter. Pesa sobre él una orden de captura, por asesinato.

—¡No! —sollozó una mujer—. Es mi esposo. Me parece que yo puedo saberlo...

Otras voces protestaron. La muchedumbre se apretujaba.

La señora de La Forgue se abrazó a Tom.

—Este es mi hijo. No tienen derecho a acusarlo de nada. Me lo llevo a casa, conmigo.

Tom temblaba violentamente; parecía muy enfermo. La muchedumbre se aglomeraba en torno de él, agarrándolo con manos férreas, tironeando del muchacho y exigiéndolo cada uno para sí mismo.

Tom gritaba y gemía.

Y a la vista de todos, comenzó a metamorfosearse. Era Tom, era Santiago, era un hombre llamado Switchman y otro hombre llamado Butterfield; era el alcalde de la ciudad, la joven Judith, el esposo Guillermo, la esposa Clara... Era cera que se fundía y tomaba forma en las mentes de cada uno. Gritaban, pugnaban, argüían. Tom aullaba, extendía las manos, y su rostro se transfiguraba a cada una de las llamadas.

—¡Alicia! —clamaba otro.

—¡Guillermo!...

Le tiraban de los brazos, le hacían girar de un lado a otro... hasta que un horrendo alarido salió de su garganta, y cayó desplomado.

Allí quedó tendido, derritiéndose como cera al fuego. Su cara era síntesis de todas las caras; un ojo oscuro, el otro claro; pelo moreno, castaño, rubio, trigueño; una ceja espesa, otra delgada; una mano grande y la otra pequeña.

Los circunstantes se acercaron y lo miraron.

—¡Está muerto! —dijo finalmente alguien.

Comenzó a llover.

Todos miraron al cielo.

Primero despacio, después aprisa y por fin corriendo, todos se alejaron de la escena. Un minuto después, la plaza estaba desierta. Sólo quedaron el señor La Forge y su mujer, mirando al suelo, cogidos de la mano y llenos de pavor.

La lluvia caía sobre aquella cara, irreconocible.

Ana, en silencio, comenzó a llorar.

—Vamos a casa, Ana... Ya no podemos hacer nada.

Subieron al bote y navegaron de regreso, en la oportunidad. Entraron en la casa. Encendieron un pequeño fuego para calentarse las manos. Se acostaron.

TENDIDOS uno junto al otro, con las manos entrelazadas, escuchaban el susurro de la lluvia que caía sobre el techo.

—¡Ana! —murmuró él, a medianoche.

—¿Qué quieres, Lafo?

—¿Has oído algo?

—No; nada.

—De todos modos, voy a mirar.

Cruzó a tientas la casa oscura. Esperó junto a la puerta, antes de abrirla.

La abrió y miró afuera.

Caía la lluvia sobre el jardín solitario, sobre el canal transparente y entre las azules montañas.

La Forge esperó cinco minutos. Luego, lentamente, con las manos mojadas y frías, cerró la puerta y le echó llave.

¿Tenía, en realidad, el poder de matar a la distancia con sólo pronunciar el nombre?

¡Y VAN TRES!

Por H. L. GOLD

Ilustrado por OLMOS

NORMALMENTE, las personas que ingresan en una clínica de psiquiatría van enviadas por sus parientes o por un mandato judicial; pero aquel tipo se presentó espontáneamente y pidió que lo internasen, declarando por sí mismo que él era un caso peligrosísimo. La señorita Nelson, la sargenta que se encarga de la mesa de entradas, llamó por teléfono al doctor Schatz, y éste quiso que yo lo acompañase, como medida de precaución.

Yo soy enfermero en la guardia de psiquiatría, lo cual significa que soy más bien corpulento; y sé un poco de yudo para poner a estos pobres desdichados en posturas que no les hacen mal, pero que les impiden hacer daño a los demás.

Allí estaba sentado el individuo, encogido como si temiera que su menor movimiento pudiese causar la muerte a quien estuviera más cerca. Tenía un aspecto tan peligroso... como el de

¡Y todo por un kilo de miel!

DURANTE las seis semanas de trabajo en la vida de una abeja obrera, ésta visita de 15.000 a 20.000 flores. Un kilo de miel representa un recorrido de 400.000 kilómetros, o sea, diez veces la vuelta al mundo.

MÁS ALLA

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

un canario enjaulado. Y no era mucho más grande que un canario. Un metro cincuenta y cinco de estatura, sesenta kilos, estrecho de hombros, manos débiles, y una de esas caras que nadie pediría si se le ofreciera la posibilidad de elegir. En cambio, cualquiera que tenga una barba de alambre como la mía hubiera elegido sin vacilar su cutis de bebé.

—¿Ha tomado los datos de este señor, señorita Nelson? —preguntó el doctor Schatz antes de hablar con el paciente.

—No... doctor. Dice que... sería suicidarse si me los diera.

El hombrecillo asintió con desesperación.

—Pero necesitamos su nombre, por lo menos... —comenzó a decir el doctor Schatz.

El hombrecillo se retiró a un extremo del banco y se comprimió allí sobre sí mismo.

—Pero es exactamente lo que no puedo decir..., ni mi nombre ni el de nadie.

Hay algo que no se les puede negar a los psiquiatras: tal vez estén sorprendidos, pero nunca lo manifiestan; tienen un extraordinario sentido de la captación. Dígalos que usted no puede tomar la sopa si no es con un colador y le mirarán asintiendo, como si a ellos les sucediera exactamente lo mismo. Supongo que es algo que se aprende con el tiempo. Yo mismo he progresado mucho, pero frente a un caso como éste no puedo dejar de manifestar mi asombro de algún modo.

El doctor Schatz se limitó a sonreír y sugirió que pasasen a la oficina de higiene mental, donde estarían a solas y más cómodos. El hombrecillo se levantó y lo siguió sin dificultad. Entraron en la oficina del doctor Schatz y yo me ubiqué en el cuarto adyacente. Este cuarto se encuentra separado

de la oficina sólo por una puerta delgada, a través de la cual puedo oír todo lo que sucede y entrar rápidamente si hace falta. Aunque parezca raro, casi nunca sucede nada, pero es mejor no descuidarse.

—Bueno, ¿qué le parece si me cuenta la causa de sus tribulaciones —preguntó el doctor—, ¿o existe también algo que se lo impide y tampoco puede contarlos?

—Oh, sí, por supuesto que sí. Lo único que no puedo decir es mi nombre o el de otra persona...

—¿Por qué?

El hombrecillo se quedó en silencio durante un minuto. A través de la puerta yo podía escuchar su respiración agitada y me daba cuenta del momento violento por el cual estaba atravesando, ya que se esforzaba para hablar.

CUANDO digo tres veces el nombre de alguien, esa persona muere.

—Ya veo... —comentó el doctor Schatz sin dejarse alarmar—. ¿Y sólo cuando dice el nombre de personas?

—Bueno... —el hombrecito acercó más su silla; me di cuenta por el ruido que hacía al rozar el piso—. Mire, he venido porque me estoy volviendo loco, doctor. Usted pensará que ya lo estoy, y por eso tengo que convencerlo de que estoy bien.

El doctor esperó. Siempre hacen eso: les hacen decir a los pacientes aquellas cosas que ellos mismos no quisieran decir.

—El primero fué Guillermo Greenwood —dijo el hombrecillo con voz tensa y chillona—. Usted se acordará de él..., el secretario del ministro. Era una persona sana, ¿verdad? Vi su nombre en el diario, *Guillermo Greenwood*... Es una palabra que... sue-

na bien. Me encontré repitiéndolo. ¿Sabe lo que sucedió?

—Greenwood se suicidó la semana pasada, evidentemente había tenido dificultades psíquicas... Así es. Al principio no le di importancia; podía tratarse de una coincidencia. Pero cuando vi un noticiario de la botadura de ese submarino, el *Barnacle*, hace unos días, pronuncié el nombre tres veces, como lo podría hacer cualquiera. Usted mismo lo habrá hecho algunas veces..., ¿no es cierto que lo ha hecho?

—Por supuesto. A veces los nombres tienen un atractivo...

—Así es. Bueno, el *Barnacle* choca a los pocos días y se hunde. Comencé entonces a alarmarme, pues me daba cuenta de lo que sucedía. Como un experimento, elegí otro nombre en el diario. Me preocupé de que no fuera una persona alterada, como resultó Greenwood, o viejo y enfermo, o un submarino, al que es lógico que le sucedan accidentes. Tenía que ser alguien sano y joven. Elegí el hombre en las noticias de educación. Era una chica llamada Clara Newland, que acababa de recibirse en una escuela normal.

—¿Y murió?

El hombrecito sollozó.

—Sí..., un choque de automóvil. Ella fué la única que murió. Los demás sólo resultaron heridos. Sucedió el domingo.

—Todo esto puede ser una coincidencia —dijo el doctor Schatz amablemente—. Tal vez usted dijo en voz alta muchos otros nombres sin que nada sucediera y sólo se acuerda ahora de éstos porque sucedió.

El tipo apartó la silla y oyó el ruido que hizo al deslizarse. Probablemente se había levantado y estaba apoyado en el escritorio, como suelen hacer cuando están excitados. Puse mi mano en la perilla de la puerta y me apresté a entrar en la habitación.

TAN pronto como me di cuenta de lo que sucedía, dejé de decir los nombres tres veces, ni siquiera una, porque podía verme arrastrado a decirlos otra y otra vez... y usted sabe qué resultado tendría. Pero anoche... —¿Sí...? —dijo el doctor Schatz con tono amable, como para alentarlo a proseguir.

—Asaltaron un bar. Sucedió cuando los parroquianos ya se habían retirado y el dueño estaba por cerrar. Eran dos tipos. Hubo lucha y el dueño fué asesinado. Llegó la policía y uno de los asaltantes resultó herido. El otro huyó. El herido se llamaba...

Abrió la puerta y miré. Le estaba mostrando un recorte de diario al doctor y señalaba con el índice una palabra.

—Paul Michaels —leyó en alta voz el doctor.

—¡No lo diga! —aulló el hombrecito.

Yo estaba listo para entrar en la habitación, pero el doctor Schatz me hizo una seña sin que él lo notara.

—No quiero decir ese nombre. Si lo digo, serán tres veces y morirá.

—Me parece que entiendo su situación —dijo Schatz—: usted tiene miedo de decir tres veces un nombre por los resultados que se producen. Bueno..., ¿qué podemos hacer por usted?

—Reténgame aquí. No deje que pronuncie nombres tres veces. Así podrá salvar a muchas personas. Yo soy mortífero.

Schatz dijo que haríamos lo posible y dispuso que fuera internado en observación. No fué fácil, porque se negaba siempre a decir su nombre, y el doctor Merriman, jefe del Departamento de Psiquiatría, casi tuvo otro ataque al corazón luchando contra él.

Nos encontramos, el doctor Schatz y yo, cuando el hombrecito ya estaba instalado, con su pijama puesto, su



ropa en el depósito y una cama a su disposición.

—Es un infierno —comenté al doctor— lo que le pasa a este hombre, pensando todo el día que cuando diga por tercera vez un nombre, la persona morirá.

—Es un vestigio de la infancia.

Y me explicó cómo los chicos creen inconscientemente que sus deseos se cumplen inexorablemente y pueden conseguir lo que quieren. Recuerdo que algunas veces deseé la muerte de mi padre y luego me asusté de que sucediera por mi culpa. Pero después se me pasó. El doctor dice que a la mayoría les ocurre lo mismo. Algunos se quedan en esta etapa infantil, y esto es lo que le pasaba a nuestro amigo sin nombre.

—Pero ese Paul Michaels

está internado aquí mismo, en la sala de traumas.

—Es que nuestro hospital es público y nos encargamos de todos los casos que los sanatorios privados rechazan. Por eso tenemos a ese asaltante.

—¿Alguna instrucción especial para el hombrecito?

—No. Estos casos rara vez tienen propensión al suicidio o al asesinato. Mientras el sentimiento de culpabilidad no se desarrolle con demasiada violencia y no lo puedan controlar. Manténgalo tranquilo. Lo único que necesita es reposo mental completo.

YO tenía bastante que hacer en la guardia de psiquiatría sin el hombrecito, pero la verdad es que no me trajo complicaciones. Es decir, hasta una o dos horas después de cenar. Yo

var a un cliente alborotador a la sala de duchas, de modo que no me ocupé casi del hombrecito y de sus ojos inquietos. El fué quien vino a buscarme, me asió del brazo con ambas manos y me dijo muy alterado:

—Sigo pensando en ese... en ese nombre, y cada vez tengo más ganas de decirlo. Haga algo..., ¡no me deje!

—¿Quién? —pregunté, olvidándome por un instante de su situación—. ¡Ah, sí!..., el asaltante, Paul Michaels.

Palideció y dió un salto tratando de taparme la boca, pero ya lo había pronunciado. Traté de tranquilizarlo y, finalmente, tuve que pedirle a la enfermera que le diese una dosis de fenobarbo, mientras yo le repetía que lo había pronunciado sin querer, pidiéndole disculpas por ello.

El me respondió temblando:

—Ahora sé que lo voy a decir..., estoy seguro de que lo diré...

Se acercó a la ventana y se asomó con la cabeza entre las manos.

Me fui a la cama pasada la medianoche, pensando todavía en el pobre tipo que creía matar a la gente con tanta facilidad. Tenía franco la mañana siguiente, pero me quedé, porque el hospital estaba lleno de policías y el doctor Schatz estaba muy preocupado.

—No sé cómo irá a tomar esto nuestro paciente —me dijo—, pero ese Paul Michaels que estaba en la sala de traumas... ha...

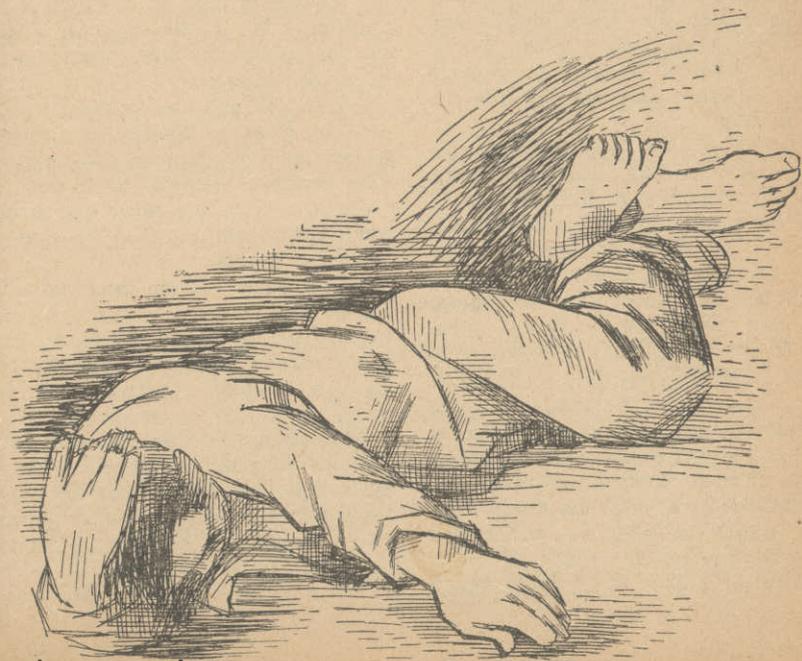
—¿Qué quiere decir? ¿Ha sido trasladado a la prisión o a otro hospital?

—Ha muerto —dijo Schatz.

Tardé varios segundos en darme cuenta de que tenía la boca abierta y la cerré, descontento conmigo mismo. Se me había ocurrido que el hombrecito tenía razón.

—Bueno —dije—, no hay nada de raro. Michaels estaba gravemente herido.

—Es verdad: no hubiera sido raro



que muriese a causa del balazo..., pero murió degollado.

—¿Y el hombrecito?

—Está dopado con Nembutal. Se puso a gritar que había pronunciado tres veces el nombre de Michaels, que moriría y que él tenía la culpa.

—Me imagino que no lo habrá enterado de lo sucedido —pregunté.

—Por supuesto que no: lo hubiera trastornado por completo.

El hospital se había convertido en un infierno desde el subsuelo a la terraza. Los pacientes —con excepción del hombrecito, al que habíamos aislado— se enteraron de un modo u otro de lo ocurrido y me dió muchísimo trabajo apaciguarlos. Mientras tanto, fuí enterándome yo mismo de los detalles.

CUANDO hay algún malhechor herido, la policía suele dejar de guardia a un vigilante para evitar que se aparezca algún enemigo y aproveche la ocasión para saldar viejas cuentas con él, mientras está indefenso. En nuestro hospital se encarga generalmente de este trabajo un vigilante viejo, Slattery.

Slattery es una buena persona, pero no siempre está demasiado alerta. Parece que alguien se filtró sin que él se diera cuenta cuando ya era bastante tarde, degolló a Michaels —probablemente con una navaja de afeitar— y volvió a salir sin ser notado. Slattery jura que nadie entró en la sala mientras él estuvo cuidando la puerta, fuera de las enfermeras de guardia en la sala o en el piso. Asegura que no se durmió un solo momento durante la noche, y lo gracioso es que las enfermeras dicen lo mismo. Aunque tal vez la explicación es otra: las chicas estiman mucho al viejo, y puede que mientan para no comprometerlo.

Pero ahora son ellas las compromete-

tidas. Si dicen la verdad y Slattery estuvo despierto toda la noche, aparecería alguna de ellas como ejecutora del hecho. Porque Slattery declaró que sólo las enfermeras entraron en la sala. El inspector Warren decidió hacer un careo. Llamó a todas las enfermeras y las puso frente al viejo:

—Bueno, Slattery; una de las enfermeras es la asesina. ¿Reconoce a alguna que haya entrado sin motivo a la sala? ¿Actuó alguna de un modo sospechoso? ¿Cuál es?

Slattery parecía muy preocupado cuando recorrió la línea formada por las enfermeras y las miró una por una. Sacudió la cabeza como dando a entender que ahora sí se encontraba verdaderamente ante un problema muy intrincado y de difícil solución.

—El corredor estaba muy oscuro —dijo—. Queda encendida solamente una lamparita de noche para que las chicas puedan caminar sin tropezar, pero es muy débil y caminan a tientas y despacio para no despertar a los enfermos. No puedo asegurar cuáles son las enfermeras que entraron o salieron de la habitación.

—¿No vió nada sospechoso?

—No. Eran enfermeras, y mi consigna era no dejar entrar a ninguna persona extraña. Mientras fuera una enfermera, con la oscuridad que había, pudo entrar con un rifle sin que yo me diera cuenta.

El inspector Warren interrogó a las chicas, pero no pudo aclarar nada. Entonces hizo que las investigasen, para ver si alguna tenía relaciones especiales con Slattery y mentía para salvarlo.

Me enteré de todo esto por Sally Norton, uno de los angelitos de la guardia de psiquiatría, cuando terminó el interrogatorio y volvió al trabajo. Fué a su ropero a cambiarse y regresó gritando. Tomó del brazo al doctor Schatz y le mostró su guardapolvo.

—¡Fíjese, doctor! —dijo—. Me lo devolvieron limpio del lavadero anteayer y aun no lo he usado. ¡Fíjese cómo está!

—Si tiene alguna dificultad con el lavadero —respondió el doctor, molesto y sin mirar el delantal—, llévelo de vuelta y arréglese. Ya tengo bastantes complicaciones tranquilizando a los pacientes y atendiendo a los policías que se ocupan de Michaels.

—Pero si por eso se lo nuestro —respondió Sally.

Y le señaló varias manchas rojas junto a la manga del delantal.

Schatz llamó al inspector Warren y al doctor Merriman, jefe del departamento de psiquiatría. Merriman parecía más enfermo que nunca. Tenía la mano apoyada contra el corazón por debajo del delantal. Toda esa excitación no le estaba haciendo bien, lo mismo que a nuestros pacientes.

El inspector Warren se interesó en las manchas. No fué difícil analizarlas y probar que eran de sangre humana, tipo B. Y Michaels tenía precisamente ese tipo. Por supuesto, no era el único que en el hospital lo tenía, pero no es un tipo tan común como para no tenerlo en cuenta.

Warren se preparaba para interrogar

a Sally, cuando el doctor Merriman se interpuso y le contó la historia del hombrecito, y lo que creía acerca de los nombres.

—¿Qué demonios significan estas tonterías? —preguntó el inspector—. Estoy buscando indicios y no delirios de chiflados.

—Exactamente —dijo Schatz, que había estado tratando de cambiar la conversación, pero no se había atrevido a interrumpir a su jefe—. Se trata de una típica alucinación, sin ninguna base real. No apruebo que se interroge a un enfermo alterado como éste en base a su manía.

—No se preocupe —respondió el inspector—. Tengo cosas más importantes que hacer.

—Lo interesante es —insistió el doctor Merriman— que este hombre tenía exactamente pronunciar el nombre de Michaels y por eso pidió que lo internásemos.

El inspector lo miró desconcertado:

—¿Quiere decir que usted piensa que él dijo tres veces el nombre de Michaels y que Michaels murió a causa de ello?

—De ningún modo —dijo secamente Merriman—. Digo que se trata de una coincidencia significativa que me-

Genes y parecidos

UNA de las teorías más en boga actualmente, acerca del mecanismo de la herencia, afirma que el ser humano posee alrededor de 20.000 genes. Estos genes serían los responsables de las características físicas de los hombres. Cada uno de nosotros ha obtenido su correspondiente equipo de genes por la combinación de un conjunto de 20.000, otorgado por la madre, y otro conjunto análogo, otorgado por el padre. Las posibilidades de combinaciones distintas que este proceso ofrece son tan enormes, que se puede asegurar, sin lugar a dudas, que jamás se ha producido ni se producirán dos personas que sean idénticas entre sí. Queda excluido, naturalmente, el caso de gemelos monocigóticos, que tienen el mismo equipo genético.

rece ser tenida en cuenta. Aunque tal vez su concepción del trabajo policial difiere de la mía...

No sé cómo hizo, pero el doctor Schatz se arregló para convencer al inspector de que el doctor Merriman estaba un poco viejo y había que asentir y aprobar todo lo que dijese. Los acompañé a la cama del hombrecito, que apenas comenzaba a salir del letargo. Estaba todavía semi-inconsciente, pero vió que nos acercábamos y escondió la cabeza debajo de las sábanas.

Bueno, si usted quiere despertar las sospechas de un policía, lo mejor que puede hacer es un movimiento sospechoso, como salir corriendo de un banco al mediodía o esconder la cabeza debajo de las sábanas. Warren las levantó de un tirón y debajo de ellas apareció el hombrecito, que trataba de ocultar una mancha roja en su mano.

—¿Sangre? —pregunté, y luego entré en acción, porque el hombrecito se resistía a que el inspector tomase una muestra de la mancha.

No era sangre, sino rouge, según el análisis del laboratorio.

—Bueno —dijo el doctor Schatz—, ¿está satisfecho? Ha alterado inútilmente a un paciente. ¿De qué le ha servido?

—De mucho —replicó el inspector—. Y voy a alterarlo más.

Me ordenó que sostuviese al hombrecito. Yo me negué, pero el doctor Merriman no se dejó convencer por las objeciones del doctor Schatz y me ordenó que lo hiciera. Entonces dos policías le vistieron el uniforme manchado de Sally y le pintaron la boca con rouge.

La verdad es que el guardapolvo no le quedaba mal, pues como era de cuerpo menudo podía pasar perfectamente por una enfermera.

—Muy bien —admitió el doctor Schatz—, con el uniforme de Sally

pudo engañar a Slattery. Pero, ¿qué pruebas tiene de que efectivamente lo hizo? ¿Qué motivos pudo tener para hacerlo?

—La mancha de "rouge" en su dedo. Para extender bien el rouge no basta aplicarlo con el lápiz; hay que alisarlo con el dedo. ¿Por qué lo hizo? Ello depende: si este tipo está loco de veras, puede haberlo hecho porque sí, porque se le ocurrió. Pero supongamos que ha sido el cómplice de Michaels... Michaels era el único que podía identificarlo. En ese caso tenía que entrar en el hospital de un modo u otro y degollarlo para que no hablase. Cualquiera de las dos hipótesis puede ser la que más se acerque a la realidad, a lo que aconteció verdaderamente.

El doctor Merriman asintió:

—Esa es mi opinión, inspector.

—¡Ustedes mienten, ustedes mienten! —chilló el hombrecito—. Yo dije tres veces su nombre, por eso murió. Siempre sucede así. ¡Es una maldición!...

—Vamos a ver —dijo el doctor Merriman—: diga tres veces mi nombre.

—No puedo..., no puedo —gimió—. Ya tengo demasiadas muertes sobre mi conciencia.

—¡Ya me oyó! —rugió el doctor Merriman con el rostro peligrosamente arrebolado—. ¡Diga mi nombre tres veces!

El hombrecito parecía aplastado, demudado, pero el doctor Schatz le dijo suavemente:

—Dígalo. Yo sé que usted está convencido de que es fatal, pero es contrario a la lógica. Los deseos *no pueden* matar. Esto puede convencerlo.

El hombrecito pronunció tres veces el nombre, pálido y tembloroso y a punto de desvanecerse.

Warren dejó a Slattery y a otro vigilante en la guardia de psiquiatría y mandó sus huellas papilares para identificarlo.

CUANDO llegué al día siguiente a mi trabajo, la guardia era un pandemonium. Y no faltaban motivos. Sally lloraba, el doctor Schatz estaba demudado, y el hombrecito galopaba prácticamente por la sala gritando que no tenían que haberlo forzado a hacer eso, pues ya veían las consecuencias.

—¿A hacer qué? —pregunté.

—El doctor Merriman murió anoche —dijo el doctor Schatz.

Miré con horror al hombrecito:

—¿Fué él?

—Por supuesto que no —respondió Schatz, pero con mucho menos convencimiento—. El doctor Merriman era cardíaco. Podía morir en cualquier momento. Hasta puede haber influido un deseo inconsciente de poner término a su miedo y a sus sufrimientos, y la manía de este enfermo pudo haberle proporcionado un escape psicológico.

Durante un momento la situación se hizo embarazosa, intrincada. Por fin apareció el inspector Warren, quien, con una mueca de dolor en su rostro, pareció sentirlo mucho al enterarse de que el doctor Merriman había muerto, pero descartó totalmente la idea de que el hombrecito fuera el causante.

En cambio, puso su mano sobre el hombro del hombrecito y le dijo solemnemente:

—Arnoldo Roach, lo arresto por complicidad en el asesinato de... etc.

El hombrecito, cuyo nombre resultó ser el que Warren había dicho, tuvo la desdicha de dejar algunas impresiones papilares. Su culpabilidad quedó probada, pero se aferró a su his-

toria y consiguió un buen abogado que lo sacó como demente. Así fué como lo tuvimos otra vez con nosotros. Sigue igual: por nada del mundo se le hará pronunciar tres veces el nombre de nadie. Se pone a chillar cada vez que alguien menciona en su presencia un nombre, cualquiera que sea. Tenemos que acordarnos constantemente de no llamar a los pacientes por su nombre cuando él está cerca.

—Diga, doctor —pregunté a Schatz—, qué le parece, ¿este tipo está realmente enfermo o finge estarlo?

El doctor se llevó la mano a la boca y contestó a través de sus dedos:

—Me parece que es un psicótico. Nunca existen pruebas definitivas, pero su comportamiento me convence. Es definitivamente psicótico.

—¿Y qué piensa de ese cuento de los nombres? El pudo haberse preparado antes de llegar aquí y escoger personas que ya habían muerto. En el caso de Michaels, él mismo contribuyó a asegurarse. Pero... ¿y el doctor Merriman?

—Ya se lo dije antes: una lesión cardíaca y tal vez un deseo inconsciente de suicidio.

Hundí el lampazo en el balde, lo escurrí y proseguí secando el piso. No me gustaba el asunto y así lo dije:

—Eso es una hipótesis... ¿Quién le dice que el hombrecito no tiene razón y la gente *muere efectivamente* cuando él pronuncia el nombre?

—¿Por qué no hace la prueba? —me preguntó Schatz.

Casi tiro el balde. ✦

Accidentes

ANTES, la causa principal de la mortalidad la constituían las enfermedades infecciosas. Hoy se han venido tan abajo, que han sido desplazadas por los accidentes de tránsito.

Espaciotest

Aquí tiene usted un desafío a su memoria y a su cultura. Si usted es un asiduo lector de MAS ALLA, le resultará más fácil responder a este ESPACIOTEST. Indique en los cuadrillos de la derecha las letras que corresponden a las respuestas que le parecen correctas. Compare los resultados en la página 94 de este volumen. Si no ha cometido ningún error, puede estar muy orgulloso. Si sus aciertos han sido entre 4 y 6, sus conocimientos son superiores al promedio de las personas cultas. Si ha contestado correctamente 3 preguntas, el nivel de sus conocimientos corresponde al promedio. Si ha acertado 2 ó menos, no se aflija y siga leyendo MAS ALLA, que le proporcionará un sinfín de conocimientos serios sin las molestias del estudio.



Pregunta Nº 1:

Pregunta Nº 2:

Pregunta Nº 3:

Pregunta Nº 4:

Pregunta Nº 5:

Pregunta Nº 6:

Pregunta Nº 7:

1 ¿Cuál de los satélites de Marte está más cerca de ese planeta?

- A) Fobos.
- B) Deimos.

2 ¿Qué profundidad debe tener un pozo para que la temperatura en el fondo sea 1° C superior a la de la superficie?

- A) 3 metros.
- B) 32 metros.
- C) 100 metros.
- D) 243 metros.

3 ceatro del Sol es de:
La temperatura en el

- A) 2 millones de grados centígrados.
- B) 20 millones.
- C) 200 millones.
- D) 2.000 millones.

4 ¿Qué designa la palabra "eclíptica"?

- A) La hora a que se produce un eclipse de Sol en determinado día.
- B) La órbita que describe la Tierra en su movimiento alrededor del Sol.
- C) La hora a que se produce un eclipse de Luna en fecha determinada.
- D) Una constelación del hemisferio norte, a la cual pertenece la estrella Polar.
- E) El lugar geométrico de los puntos tales que la suma de sus distancias a dos puntos fijos es constante.

5 La probabilidad de que una mujer tenga trillizos a los cuarenta años es:

- A) Diez veces mayor que a los veinte.
- B) Igual que a los veinte.
- C) Diez veces menor que a los veinte.

6 Si uno dice que el hombre nunca ha visto más que una mitad de la superficie lunar, está diciendo algo que es:

- A) Esencialmente cierto.
- B) Esencialmente falso.

7 Si se duplican las dimensiones de un objeto real, su volumen aumenta:

- A) 2 veces.
- B) 4 veces.
- C) 6 veces.
- D) 8 veces.
- E) 12 veces.



materia

prima

por Julián de CORDOBA

ilustrado por
ORNAY

¡Aquellos seres habían llegado a la cumbre de la genialidad... y de la estupidez! ¡No, la evolución no sigue caminos comprensibles!... ¡Una ciencia maravillosa creció junto a la miseria del espíritu!

El inmenso navío estaba reduciendo su velocidad. Las cinco horas necesarias para pasar de una velocidad varias veces superluz a un andar normal de acercamiento, diez veces super-sónicos, se estaban aproximando a su término.

Jor consultaba casi de continuo la cinta cronoscópica, bien visible en una pared del angosto cubículo, en el cual se atestaban los ochenta hombres del

Orna. No veía la hora de poder salir de allí para volver a la comodidad de los espaciosos salones. El cubículo unificado era una necesidad indiscutible para resistir la enorme reducción de velocidad, pero esas cinco horas nada tenían de agradable. Uno no podía moverse por falta de espacio. Debía quedar allí, inmóvil, presa del extraño torpor característico del campo unificador. Este equiparaba la aceleración

absoluta de hombres y cosas dentro del reducido espacio, a la de las paredes, reduciendo la cabina y su contenido a un perfecto sistema de inercia.

Un cuarto de hora nada más. Y después gozaría nuevamente, sin molestias físicas, de la indefinible exaltación que lo había acompañado a lo largo del viaje. Este viaje increíble a través de los abismos siderales, a bordo de esta nave fabulosa, en compañía de 79. Algolianos que lo trataban de igual a igual. ¡A él, un simple periférico!

Deneb, su sistema nativo, era el último llegado en la gran Comunidad de Algol. Y él, Jor, era el primer Denebiano elegido por esas criaturas maravillosas para cumplir una misión de importancia. Lo habían elegido entre miles de voluntarios, periféricos y también Algolianos viejos, por su cultura, su inteligencia y sus principios filosóficos. El era, respecto a sus compañeros de viaje, lo que allá en Deneb eran los provincianos para los habitantes de las Capitales. Y, sin embargo, eran ellos los que le envidiaban a él el honor de su misión especial. Era suficiente para sentirse orgulloso y olvidar completamente cualquier temor por los peligros y desventajas inherentes a su próxima aventura.

Los Algolianos se apuraban con secreta eficiencia. La sensación de malestar había desaparecido y en su lugar se sentía el agradable tirón de una desaceleración suave.

Astar, el Mejor, indicó a Jor que lo acompañara.

—Es justo que tú asistas a la llegada —dijo.

En la sala de control, los recuadros de acero polarizado permitían la visión de espacio negrísimo, moteado de estrellas brillantes. Una bola de fuego del tamaño de un puño resaltaba en la negrura del firmamento, dominando el centro del recuadro de proa.

—¡Saol! —exclamó Astar. Se dirigió a Oruat, el Segundo Mejor:— Ten la amabilidad de activar el amplivisor y enfocar los planetas de Saol..

Volvió a aparecer en Jor ese sentimiento de cálida admiración, mezclada con una ligera punta de envidia. Deneb había admirado en silencio, durante miles de años, la civilización de la Gran Comunidad, iniciada por el sistema de Algol. Laboriosamente, con diligencia, se había esforzado siempre en imitar las costumbres, la filosofía de la vida, los modales de Algol, que reconocía ser los mejores. Y finalmente los pueblos del sistema de Deneb habían recibido su recompensa. Su índice global de civilización había llegado al nivel que indicaba madurez, y automáticamente, pero con sincero placer, la Comunidad lo aceptó en su seno. No obstante el reconocimiento oficial, pensaba, pasarían generaciones antes que los Denebianos logaran llevar el manto de la cultura con esa aristocrática y natural facilidad. En Deneb se usaban las mismas fórmulas de cortesía con que Astar se dirigiera a su segundo. Pero en sus labios adquirirían una significación más profunda. Dejaban de ser meras fórmulas para transformarse en símbolos verdaderos de emociones existentes, reales. Los hombres primitivos de todos los sistemas del universo solían saludar a sus hermanos y compañeros, deseando sinceramente que éstos gozaran de un día propicio, y simbolizaban su deseo con palabras: "¡buenos días!" Pero poco a poco el símbolo pierde su contenido y en la segunda fase de cultura uno dice "buenos días" mecánicamente, sin vivir plenamente la emoción que corresponde. Solamente al ápice de la tercer fase, después de constantes y hábiles esfuerzos, el hombre logra devolver a los símbolos su contenido extraviado por el camino.

El gran cristal del amplivisor se iluminó suavemente. En su superficie

opaca apareció Saol, menos brillante, circundado por sus planetas inter nos. Merk, Venus, Ters y Mars.

—Ters... —murmuró Jor, visiblemente emocionado ante el espectáculo para él lleno de significación.

—Sí, el tercer planeta de Soal... la eterna espina en nuestra conciencia... —dijo Astar, sin torcer su mirada, fija en el cristal.

—Pero Algol ya ha hecho todo lo posible para expiar y reparar...

—Nada podemos hacer para borrar lo que ha sido... Yo no puedo olvidar aquel horrible espectáculo...

—¿Espectáculo? —preguntó Jor—. Entonces tú has visto un registro estereofónico de la tragedia... Yo nunca tuve la oportunidad de verlo —agregó con pesar—. Sé, he estudiado, pero no he visto... No es lo mismo.

—Cómo, ¿tú no has visto?... ¡Justamente tú!... Pero debes verlo. Todavía falta para el aterrizaje en Venus y tenemos tiempo. Ten la amabilidad de venir a la biblioteca conmigo...

TRESCIENTOS millones de años atrás (años de Ters), Algol no había llegado aún a su actual madurez, pero ya poseía un grado de civilización muy superior al nivel corriente de hoy, en los sistemas civiles de la Periferia. Su esfera de influencia no se extendía aún a miles de sistemas disseminados por toda la galaxia, pero ya había echado las bases de la actual Comunidad con unos veinte mundos habitados. Nunca conquistaba un planeta. Dejaba que la vida naciera y progresara por sí sola. Cuando un mundo llegaba a un grado suficiente de cultura, entraba sin más en la Comunidad y se beneficiaba de la antigua sabiduría de Algol.

Sus ciencias exactas ya habían llegado, prácticamente, al nivel actual. Había descubierto los principios fundamentales del universo. Sabían trans-

formar la materia en energía y la energía en materia. Sus técnicos habían logrado reconstruir las materias orgánicas y sintetizar la vida. Dado un tiempo suficiente y enormes cantidades de energía, habrían podido crear un animal. Pero en realidad sus laboratorios se habían limitado a crear, para fines experimentales, únicamente organismos inferiores, como microbios e insectos simples. Desde un principio se dieron cuenta de que la creación sintética de las materias orgánicas es tan costosa en tiempo y energía, que más les convenía facilitar la reproducción natural de plantas y animales primitivos. Para abastecer sus numerosas fábricas se requerían inmensas cantidades de materia prima orgánica, vegetal y animal, que los cultivos producían a duras penas... Hasta que un día, hacía trescientos millones de años, se descubrió que se podía explotar una fabulosa fuente de materia orgánica: los mundos vírgenes de la extrema periferia. Planetas de formación recientes, que bullían de vida.

Las gigantescas naves de Algol empezaron a surcar los espacios. Elegían los planetas más fértiles y primitivos, y volvían cargadas de materia orgánicamente tratada, condensada y comprimida. Tomaban todas las precauciones posibles para no modificar la suerte de esos planetas. Limitaban su cosecha a áreas restringidas, para no correr el riesgo de exterminar especies enteras, y nunca visitaban un mundo a intervalos menores de quinientos años. A la primera sospecha de vida inteligente, lo abandonaban de inmediato.

Ters, de Saol, fué desde un principio la mina orgánica más rica de todo el universo explorado. Durante casi un millón de años se filtraron las aguas de sus mares y los limos de sus pantanos, que pululaban de microorganismos increíblemente prolíficos. Poco a poco la vida animal y vegetal se arrastró

desde los océanos hasta la tierra firme, y los continentes se cubrieron de fértiles mohos, hongos y polipodios. Los tupidos bosques se llenaron pronto de vida primitiva y se transformaron en ideales campos de caza para las tripulaciones de Algol. Los anfíbios crecieron en tamaño y en ferocidad. Se transmutaron en reptiles gigantes. Aparecieron los mamíferos y fueron creciendo de tamaño, mientras se extinguían los grandes reptiles.

Durante trescientos millones de años evolucionó la vida en Ters.

Hasta que un día, ciento cincuenta mil años atrás...

UN escalofrío recorrió la espina dorsal de Jor. Hasta ahora el estereosonor había mostrado los fragmentos de los registros tomados por quinientas mil naves que habían, una tras otra, visitado Ters.

A continuación aparecería en la pantalla una fiel reproducción del drama de Ters, elaborada con arte, pero sin apartarse de la realidad, como constante advertencia a todas las tripulaciones de Algol.

En lo pantalla cobró movimiento la silueta maciza del Atlan. Se acercaba a Saol, y Jor vió el mismo espectáculo que poco antes contemplara en el amplivisor del Orna: Saol y sus planetas internos. El Atlan se fué acercando y el examen de la superficie demostró que la configuración de los mares y continentes no había variado substancialmente desde el último viaje, quinientos años atrás.

La cadena de altas montañas que corría paralela al ecuador, al noroeste del continente mayor, rompía con sus picos nevados la monotonía del verde que reinaba soberano, sin interrupciones.

Cron, el mejor del Atlan, Nepty, el Segundo Mejor, Tot y Zev, los Terce-

ros Mejores, dirigían el aterrizaje desde la amplia sala del control.

—La última nave hizo su cosecha en la península en forma de bota al sur de esa cadena. Si ustedes no tienen inconvenientes, podemos aterrizar al norte —dijo Cron.

El Atlan descendió en línea oblicua y flotó lentamente, a poca altura, mientras Zev buscaba un claro en la espesa vegetación.

—Es fantástico —dijo éste—. ¡Nunca he visto un mundo tan fértil! ¡Qué flora tan invasora! Miren ustedes... No hay un palmo de tierra libre... El verde lo invade todo... Si queremos aterrizar, habrá que despejar un poco. Voy a usar el rayo.

Miríadas de volátiles revoloteaban alrededor de las altas copas de los árboles. Aún sin oír sus chillidos, se obtenía una inquietante impresión de vida intensa, bulliciosa, exuberante. La mayoría eran pájaros propiamente dichos, animales plumados y de sangre caliente. Pero aquí y allá, últimos representantes de una especie casi extinta, algunos reptiles alados volaban laboriosamente por breves trechos, sosteniendo a duras penas sus pesados cuerpos cubiertos de escamas.

El mando del desintegrador formaba parte del panel decorado del amplivisor. Una pequeña esfera opaca con una manecilla de metal brillante. Zev movió la manerilla y aplicó una leve presión.

Abajo, una larga franja de vegetación desapareció, como volatilizada, dejando un espacio libre que resaltaba como una isla gris entre el verde oscuro de la jungla.

Bajo las hábiles manos de Nept, el Atlan describió un círculo elegante para volver sobre el rectángulo despojado. Descendió en vertical y se posó suavemente sobre la alfombra de finísimo polvo dejado por el rayo, llenando el hueco casi por completo.

—Amigo —dijo Cron en el intercomunicador, y su voz resonó en todos los sectores del inmeso navío—, hemos llegado... Pausa de preparación... Salida de inspección con los Mejores Zev y Tot. Los del segundo grupo tengan la amabilidad de alistar su equipo...

—También el tercero —murmuró Zev.

—Ah, sí... El tercer grupo ubicará los Moloks y los prerregulará para cosecha automática, presumiendo desde ya que la inspección dé resultado negativo.



De tal manera evitaremos dos salidas y ganan tiempo. Les deseo una feliz expedición... ¿Cuarto grupo? Despeje las bodegas... Listos para la desinfección... Rutina normal. ¡Buen trabajo!

Poco después las compuertas externas de las dos antecámaras principales del Atlan se abrían para dar paso a

veinte pequeños tanques, que flotaron lentamente hasta el suelo, levantando nubecillas de impalpable polvo gris.

El tanque de Tot se internó despacio en la penumbra de la foresta, dirigiéndose hacia el Este. Zev iba rumbo al Oeste. Debían encontrarse después de haber recorrido, cada uno, medio perímetro del amplio cuadrado que se desti-



naba a la cosecha. Los otros dieciocho tanques cruzarían el cuadrado de sur a norte, siguiendo otras tantas rectas paralelas y aproximadamente equidistantes.

Sentada a lado de Tot, bajo la cúpula de plasticristal, Gea manejaba el registrador estereofónico. El pequeño vehículo se abría paso con facilidad por entre la tupida maraña de arbustos, hongos gigantes, helechos y bejucos. De vez en cuando Gea hacía señas de parar, a fin de poder enfocar su objetivo sobre algún lagarto volador, alguna langosta gigante o una hormiga acorazada, de más de un pie de largo. Abundaban los pequeños mamíferos. Minúsculos caballos se escurrían por por feroces ratas que casi los igualaban en tamaño. Una manada de macizos jabalíes les cruzó el camino con gran estrépito de ramas rotas. Eran tan grandes como el tanque, y su formidable cabeza alargada no conocía obstáculos.

La maleza estaba surcada por galerías más o menos amplias, formadas por el paso de los animales mayores. Por estos pasadizos se deslizaba el tanque, en busca de alguna herramienta, de alguna marca en los troncos, de algún resto de fuego. Cualquiera indicio que pudiera significar la presencia en esos bosques de algún morador inteligente.

—Nada, absolutamente nada —dijo Tot después de un tiempo.

—¿Cómo, nada? —contestó Gea, riendo—. ¿Te parece nada ese gatito?

Era un tigre hermoso, ágil a pesar de su tamaño, que lucía larguísima colmillos, afilados y curvos como sables. Quedó un momento inmóvil, mirando el vehículo, luego se alejó con elegante y silencioso andar.

—Índice ocho —agregó Gea mirando el dial del frenógrafo—. La mitad de nuestros gatos... ¡Tan grande y tan estúpido!...

De pronto, el indicador del frenógrafo, que hasta entonces había oscilado entre 0,1 y 10, saltó bruscamente, acusando un índice cerebral de veintuno. Un dryopiteco antropomorfo andaba torpemente delante del tanque, arastrando por el suelo sus larguísima brazos.

—Eso ya es un progreso, pero falta para el límite mínimo de cincuenta.

—El índice mayor registrado por las expediciones anteriores fué veinticinco. No puede crecer de veinticinco a cincuenta en quinientos años.

—No —concedió Gea, pero no podemos excluir con absoluta seguridad la existencia, en algún rincón de este terrible planeta, de urbanismo racional o pre-rationales. Un pequeño grupo naciente podría haber escapado a la observación de nuestros predecesores.

—Es una probabilidad insignificante. Pero justamente por que existe es que nunca cosechamos antes de haber explorado minuciosamente los alrededores. Vamos a ver si los otros monos, en los árboles, tienen índice mayor.

El tanque se elevó del suelo para volar entre los enormes troncos, rozando casi las ramas más bajas de las frondosas copas. Miradas de monos, grandes y chicos, retozaban alegremente, saltando de rama en rama.

—Más cerca —instaba Gea continuamente—. Sabes muy bien que a esta distancia las modulaciones de las ondas cerebrales llegan deformadas y el frenógrafo no registra nada... Más cerca...

Enfocaron de cerca mono tras mono, pájaro tras pájaro, felinos e insectos voladores. El índice máximo fué veintidós.

LOS veinte taques se reunieron en el lugar convenido. Ninguno de ellos había tenido mejor suerte. Zev se comunicó con Cron y refirió: Inspección efectuada sin incidentes. Índice

cerebral máximo veintitrés. La cosecha será abundante. Con tu permiso, regresamos. Bien, partimos ahora...

Los aparatos se elevaron por encima de la foresta y emprendieron el viaje de regreso, distanciándose en formación regular, para cubrir toda la superficie del cuadrado con el radio de acción de los coaguladores. A su paso, el intenso movimiento y el sordo murmullo de la jungla se detenían de repente. El oscuro pulular de vida primitiva que reptaba allá abajo, ciego y sin rumbo, cesaba completamente, dando lugar a una quietud de erial.

—Pobre tigre-diente-de-sable —murmuró Gea—, tan hermoso y soberbio...

—Sí, yo también les tengo lástima, a veces, y me pregunto si tenemos el derecho... Pero tampoco tendríamos entonces el derecho de exterminar una plaga de fiebre azul, por ejemplo. Los microorganismos azules también son bichos, como los de allí abajo. Hay que trazar un límite en algún punto, y nosotros lo hemos fijado al índice cincuenta de desarrollo cerebral, de coincidencia. Creo que si tomamos todas las precauciones para no extinguir especies en formación, si no exterminamos del todo las crisálidas de alguna futura mariposa, no cometemos pecado en contra de los oscuros designios de la evolución, contra las soberanas leyes naturales.

—Lo sé perfectamente, ¡oh alma escrupulosa!... Confieso que estaba yo pensando más en la magnífica piel del tigre que en su efímera existencia. Estoy segura de que estamos obrando bien, si lo miramos en perspectiva cósmica. La misma naturaleza, con todas sus leyes, tiende más a la protección de la especie que al bienestar del individuo. La destrucción de unas vidas semiconscientes es un mal infinitamente menor que el bien que nuestra civilización ofrecerá a alguna futura raza de Ters, cuando esté madura para entrar en la Comunidad. Sin contar

que nuestra intervención puede favorecer directamente el progreso de la evolución. Las superficies que arrastramos son elementos imprevistos que alguna especie puede aprovechar. En ese cuadro habrá, por un tiempo, menos competencia, crecerán pronto brotes tiernos. Y algún consanguíneo del dryopiteco que hemos matado lo descubrirá por casualidad y tal vez la ventaja adquirida le ayudará a dar un pequeño paso adelante...

—No hay dudas... Es así... Además, la muerte causada por las rasangre y linfas es instantánea. Usamos el coagulador para impedir a los organismos que huyan ante las cosechadoras, pero también para darles una muerte fulmínea, indolora...

Ya no quedaba soplo de vida en el gran cuadrilátero. Las diez grandes máquinas cosechadoras ya estaban en posición, con los mandos puestos en automático. Los veinte tanques volvían al Atlán, llevando también a los diez hombres de los Moloks. Antes de que la obscuridad fuera completa, todos los expedicionarios habían vuelto a las comodidades y seguridad de su nave.

Desde la sala de control, Nept puso automáticos, que empezaron a recorrer palmo a palmo la zona sin vida. Emitían delgadísimo planos horizontales de desintegración. Grandes troncos y malezas, cortados limpiamente en secciones trabajables, se derrumbaban con estrépito. Y los monstruos avanzaban, engullendo y triturando, condensando y comprimiendo. Las toneladas y toneladas de organismos vegetales y animales se convertían con ritmo febril en centenares y millares de grandes cubos relucientes, pesadísimo, que las máquinas amontonaban en altas pirámides dispuestas a intervalos regulares. En largas hileras paralelas, los cúmulos de preciosa materia prima quedaban allí a la espera de ser levantados al día siguiente por las estibadoras

automáticas. El único cargamento que el Atlan no iba a recoger jamás...

NEPT estaba de guardia en el gran navío dormido. Tenía ante sí, en el hermoso tablero, los ojos y los oídos del Atlan. Ojos que veían en la obscuridad de la noche, oídos sensibísimos y selectivos. Su turno estaba por terminar, cuando del tablero salió un breve zumbido de alarma. En una pantalla cuadrículada, uno de los pequeños cuadraditos se coloreó de azul luminoso.

Algún pájaro nocturno debía haber tropezado en su vuelo contra el flanco del Atlan. A pesar de no considerarlo necesario, Nept cumplió con las normas de los Mejores de guardia. Activó el periscopio correspondiente y miró. En el lugar del ligero choque no había ningún animal. Nept estuvo seguro de que había sido un pájaro. Hasta que se iluminó un cuadradito amarillo.

Los golpes se repitieron varias veces, siempre más fuertes, en distintos lugares del casco. Nept activó todos los periscopios de un flanco, en cadena. En la pantalla apareció un mono. Tenía una piedra en la mano y golpeaba el metal de la nave, ora en un punto, ora en otro. Un animal juguetón, pensó Nept.

Pero poco a poco, lo fué invadiendo una inquietud extraña. Algo no iba bien. El mono no caminaba tan curvo como sus congéneres. Su rostro achatado no era tan peludo.

Temblando, Nept tocó la alarma para todos los mejores... El mono llevaba un trozo de piel que no era piel de mono. En la imagen ligeramente borrosa dada por los rayos infrarrojos, parecía una especie de taparrabo de piel de felino, atado con burdos nudos.

Cron, Zev y Tot llegaron casi al mismo tiempo a la sala de control. En el rostro de Cron, calmo como siem-

pre, se veía una expresión interrogante, con un leve matiz de ansiedad. Nept no daría la alarma por un suceso insignificante.

El mono, seguido por la cadena de periscopios, continuaba su ronda paciente, golpeando el casco de vez en cuando. Los toques tenían una cualidad vagamente rítmica y la piedra que los producía estaba atada a la extremidad de una corta asta que podía ser hueso o madera.

—Un primate erecto —dijo Cron, analizando la situación en sus elementos significantes —que posee herramientas y prendas de vestir... Tiene continuidad de propósitos... ¡Es humano!... Increíble... De acuerdo con todas nuestras experiencias anteriores en los otros mundos, esto no debía suceder hasta dentro de medio millón de años... por lo menos.

—Pero allí está—. intervino Zev—. Esperemos no haber matado alguno en el área de cosecha...

—Esperemos... —Había horror reprimido en la voz de Cron—. Bueno, lo que está, está; Se terminaron las visitas a Ters. En Saol queda Vens. No es exuberante como este planeta, pero tendremos que conformarnos...

—¿Y ese primitivo?.. No podemos dejarlo allí afuera, no podemos irnos sin saber algo más...

—No, Tot... no, seguramente —dijo Cron—. Veámoslo.

La compuerta más cercana al mono se abrió, dando acceso a la precámara de desinfección, brillantemente alumbrada. Del flanco del Atlan bajó un amplio plano inclinado, provisto de anticuados pero comodísimos listones, ideado para subir a pie en casos de emergencia.

El primate no dudó más que unos instantes. Lentamente, casi erecto, subió la rampa y, con dignidad, sufrió el proceso automático de desinfección. Al abrirse la compuerta interior, siguió

los pasillos iluminados y llegó a la sala de control. Llevaba la cachiporra detrás de su espalda, tal vez en señal de paz.

Antes de que el mejor lo ordenara, Zev ya tenía las manos en el control de un frenógrafo.

—Tendrá sesenta —dijo, y enfocó al mono.

Ipt, dirigiéndose al intérprete, midió al mono en los ojos y apostó:

—¡Sesenta!

Con los ojos en el indicador del frenógrafo, Zev, con voz casi ronca, dijo:

—Cuatro miradas se encontraron, increíbles.

El intérprete, una especie de comunicador telepático ideado por los psiquiatras de Algol para su propio uso, pero empleado también para los infrecuentes primeros contactos con razas desconocidas, no era un aparato perfecto. Era en realidad un accesorio aplicado a un frenógrafo. Clasificaba las modulaciones de los impulsos provenientes de un cerebro y las transmitía, agrupadas y amplificadas al receptor, que percibía las imágenes correspondientes. Siempre que se tratara de objetos concretos conocidos por ambos individuos. Además, especificaba, por medio de colores, doce emociones principales y un centenar de combinaciones y gradaciones de las mismas. No traducía pensamientos complejos ni ideas abstractas. Si el intérprete transmitía la imagen rosada de un conejo muerto, el receptor descifraba fácilmente:

“Estoy orgulloso porque lo maté yo y satisfecho porque me lo comí”. Pero otro individuo traducía las mismas modulaciones, con igual facilidad: “Ese conejo lo maté mi rival. Mató uno solo y yo maté seis o siete, y me lo comí”. Con todas sus imperfecciones, era una gran ayuda, y además permitía a los Algolianos aprender cualquier idioma sencillo en pocos minutos, comparando las imágenes con las palabras.

—Ung... —dijo el primate, dirigiéndose a los cuatro en general. Su voz era marcadamente gutural pero bien articulada—. Ung anga da larg... nen 'nte cá...

—¡Ung! —contestó Cron, esperando no equivocarse.

La criatura asistió con un movimiento de su tosca cabeza y resumió su discurso:

—Ung... anga 'mbe goo...

En una sucesión de imágenes multicolores, los cuatro vieron en su mente escenas fragmentarias de la exploración. Perspectivas de la tupida selva primitiva, sus propios tanques vistos desde las posiciones más inverosímiles, primates con taparrabos e instrumentos de piedra acechando los tanques y siguiéndolos a distancia... Los mismos primates tendidos en el suelo en las posiciones más insólitas, inmóviles...

'Mbe, el hombre de Ters, continuaba hablando de sus compañeros muertos y en sus proyecciones mentales eran extrañamente ausentes los colores del odio, de la rabia, de la agresividad. Pero los cuatro no se atrevían a mirarlo.

Estrellas “expresos”

Dos estrellas azules de la constelación de Orión, 13 veces más pesadas que el Sol, giran una alrededor de la otra con velocidades fantásticas, según cálculos efectuados últimamente por el doctor J. A. Pierce. La menor tiene una velocidad de 304 km/seg., es decir, que en menos de dos minutos podría recorrer el Ecuador terrestre. La temperatura de esas estrellas es de 22.900°.

No era difícil reconstruir los sucesos. 'Mbe y su reducida comunidad se habían reunido para cazar el gran tigre-colmillos-que-cortan. Querían su carne para comer, su piel para los taparrabos, pero sobre todo los maravillosos cuchillos que los tigres llevan en la boca. De la carne disfrutarían todos, hasta los pequeños que seguían a sus madres.

La piel y los colmillos se distribuirían entre los que más necesitaban.

ANTES que pudieran cercar al tigre para enlazarlo sorpresivamente con bejucos, habían aparecido unos extraños animales, que llevaban dentro otros animales. 'Mbe y los suyos sabían muy bien que no hay animales



más peligrosos que un animal desconocido. Hasta el gran tigre y los terribles cerdos-cabeza-larga dejan de ser temibles cuando uno conoce sus costumbres. Abandonaron la caza del tigre para seguir los animales que brillaban como el agua bajo el sol y caminaban sin piernas y volaban sin alas. Los siguieron manteniéndose siempre a distancia, en el silencio más absoluto,



saltando de rama en rama, siempre al reparo de algún tronco...

'Mbe había hecho alarde de todas sus astucias en la persecución de uno de los animales. Después de una caza muy larga, éste se detuvo. 'Mbe quedó inmóvil, esperando. El animal no se movía. Estaría dormido. 'Mbe empezó a aburrirse. Las serpientes, los pájaros, los cerdos y los monos estúpidos continuaban su vida como si nada fuera. No sabían lo peligroso que puede ser un animal desconocido. 'Mbe lo sabía y quedaba al acecho, invisible. Pero se aburría mortalmente... Por un momento se descuidó, y cuando volvió a mirar, el animal había desaparecido. Entonces voló de rama en rama hacia el lado-que-nunca-ve-sol, para saber adónde había ido. Cuando se dió cuenta que había perdido el rastro, se sorprendió. Después de muchos pasos, encontró el rastro de uno de sus compañeros y lo siguió. A 'Mbe no le gustaba estar solo. Casi en seguida lo encontró, caído-para-no-levantarse. Inquieto, empezó a buscar otros rastros y encontró a muchos de sus compañeros y algunos pequeños. Todos caídos-para-no-levantarse. Y el tigre también. Y los pájaros. Y los monos estúpidos. Todos. Nadie se movía en la foresta. Algo pasaba. Siempre más inquieto y aburrido de estar solo, fué al gran tronco-donde-van-todos. Si algún compañero aún se movía, iría allí. Esperó mucho tiempo. Cuando el sol se fué

bajo la tierra, 'Mbe supo que estaba solo...

Ya no le importaba nada. Abandonando su prudencia habitual, vagó sin rumbo, en la obscuridad... Hasta que vió un animal-montaña que había comido un gran pedazo de foresta. 'Mbe no tenía miedo que el animal montaña le hiciera caer-para-no-levantarse. Nada le importaba y no quería estar solo. También sentía un poco de curiosidad... Golpeó. Cuando el animal abrió la boca y sacó la lengua, comprendió que no era un animal. Era un no-se-sabe-lo-que-es... Entonces entró y caminó mucho, dentro del no-se-sabe-lo-que-es y encontró casi una mano de otros como 'Mbe. Si eran malos como los hijos de 'Ngrao, lo harían caer-para-no-levantarse. Si eran buenos, 'Mbe ya no estría solo. Y eso era muy bueno...

Cron no había movido un solo músculo en todo el tiempo.

—Tenemos que saber, por cierto... No podemos irnos sin saber. ¿si hay otros...

Nept asistió. Había estado tomando nota de algunas palabras para ayudar su memoria. La estructura del sencillo dialecto ya era clara en su mente. 'Mbe contestó de buena gana a todas sus preguntas.

En los principios, Urma, la madre de todos, vivía en el Lugar Bueno, donde el tigre y las serpientes no acechaban y la comida abundaba. Bas-

Quesos

QUE los antibióticos tienen aplicaciones fuera del campo de la medicina, lo demuestran recientes investigaciones realizadas por el doctor N. J. Berridge. La nisina, un antibiótico como cualquier otro, es importantísimo en la producción del queso. Este no puede fabricarse sin la intervención de ciertas bacterias; pero hay otras que lo arruinan, pues producen grandes cantidades de gas que lo tornan incomedible. El mérito de la nisina es que destruye justamente estas últimas sin perjudicar en nada a las beneficiosas.

Urma eran-dos: 'Mgué el bueno, y 'Ngrao el malo. 'Ngrao era más fuerte, pero 'Mgué sabía más. Los descendientes de los dos hermanos se dividieron en dos tribus. Los 'Mgué fabricaban herramientas y sus hermanos se las robaban. Lo mismo sucedía con la caza. Los 'Mgué nunca atacaban, pero se defendían y, no pudiendo defenderse por la fuerza, desarrollaron más sus inventiva.

Cuando vino una gran plaga de acridos, los 'Mgué emigraron al Norte, y cruzaron las grandes montañas. Centenares murieron. Pero un abuelo de 'Mbé sobrevivió con su familia y se estableció al Norte de las montañas. El padre de 'Mbé había inventado la manera de utilizar el fuego del cielo. 'Mbé mismo había descubierto la utilidad del taparrabo para proteger las partes más vulnerables. Gracias a su ingenio, la pequeña comunidad, libre ya del parasitismo de los 'Ngrao, iba progresando rápidamente cuando sucedió la catástrofe...

La que después fué llamada Urma encontró en el terreno desnudo unos tiernos brotes que apenas empezaban a crecer. Comió y dió de comer a sus hijos, hasta que dió con un grupo de rocas lleno de cavernas. Atraídos por el alimento y por la ausencia de enemigos, miles de conejos invadieron el campo y pronto fueron millones. Probablemente uno de los hijos de Urma, jugando, dió un mordisco a un conejito recién nacido, encontrándolo sabroso. Ese fué el instante crítico que modificó los destinos de Ters. Los monos empezaron a cazar conejos y las necesidades de la caza, y más adelante palos con piedras atadas. Inventaron símbolos vocales para comunicarse la posición de las presas. Allí, alrededor de las rocas protectoras, la pequeña familia de monos vegetarianos, transformados ya en omnívoros, se multiplicó y desarrolló rápidamente. Y cuando la foresta volvía a las cavernas centrales, ya eran hombres...

Decía la leyenda que los hijos de

Urma eran-dos: 'Mgué el bueno, y 'Ngrao el malo. 'Ngrao era más fuerte, pero 'Mgué sabía más. Los descendientes de los dos hermanos se dividieron en dos tribus. Los 'Mgué fabricaban herramientas y sus hermanos se las robaban. Lo mismo sucedía con la caza. Los 'Mgué nunca atacaban, pero se defendían y, no pudiendo defenderse por la fuerza, desarrollaron más sus inventiva.

Cuando vino una gran plaga de acridos, los 'Mgué emigraron al Norte, y cruzaron las grandes montañas. Centenares murieron. Pero un abuelo de 'Mbé sobrevivió con su familia y se estableció al Norte de las montañas. El padre de 'Mbé había inventado la manera de utilizar el fuego del cielo. 'Mbé mismo había descubierto la utilidad del taparrabo para proteger las partes más vulnerables. Gracias a su ingenio, la pequeña comunidad, libre ya del parasitismo de los 'Ngrao, iba progresando rápidamente cuando sucedió la catástrofe...

LOS siguientes fueron días de actividad febril para la tripulación del Atlan. Sus botes salvavidas, sus tanques de exploración y los propulsores individuales recorrieron toda la región en su angustiosa búsqueda de algún sobreviviente. Al sur de las montañas encontraron varios centenares de seres parecidos a 'Mbe, pero más altos y macizos. Conocían el uso de la cachiporra, pero en lo demás habían adelantado muy poco. Eran agresivos y pendencieros y frecuentemente batallaban entre sí. Los más fuertes eran jefes, magos los más astutos. Eran crédulos y mentirosos. Llenos de temor y al mismo tiempo increíblemente imprudentes.

Intentaron huir de los hombres del Atlan. Acosados, se arrodillaron temblando y los aceptaron como seres superiores. No se opusieron a que Cron se llevara una de sus hembras.

De vuelta en la nave, Cron se dirigió a su tripulación.

—Me siento responsable —dijo— del peor crimen que sea dable imaginar. El asesinato de una raza. Es un delito irreparable en contra de las leyes naturales. Varios pueblos de la Periferia, a pesar de su bajo índice de conciencia social, han intuido esas leyes y han creado parques especiales para preservar de la extinción a las especies vendidas. No quieren sentirse culpables de genocidio. Un agricultor mata sin remordimientos miles de conejos, porque sabe que pueden reproducirse, pero nunca mataría la última pareja.

—La tribu de 'Mbe no era mucho más inteligente que los primitivos del Sur, pero su mente se desarrollaba en el sentido más justo. En un tiempo increíblemente corto, su estructura social les habría permitido entrar en nuestra comunidad. Los del Sur tardarán, abandonados a sí mismos, millones de años, siempre que sus emociones no integradas no acaben con ellos mucho antes.

—Yo me siento responsable e intentaré remediar mi crimen en la medida de lo posible. Me quedo en Ters. Ustedes volverán a Algon con Nept como Mejor. Allí encontrarán tal vez algunos voluntarios que vendrán con la próxima expedición y me ayudarán en mi tarea”.

—Yo también me siento responsable —dijo Gea—. Me quedo contigo.

—¡Aquí no hay ningún responsable!— Una voz gruesa retumbó por el intercomunicador y sus ecos ricos en armónicas se esparcieron por los salones y camarotes de la nave. Todos reconocieron la voz inconfundible de Quetzal, el Reparador de Pilas—. Lo que pasa es que los monos cuerdos han tenido mala suerte, y nosotros también. Ellos han muerto y no pueden hacer gran cosa. Nos toca a nosotros hacer de niñeras a los monos locos. No me quiero perder el espectáculo...

—Gracias, Quetzal —contestó Cron—, pero el Atlan te necesita.

—Y también necesitas a una Preparadora de Alimentos —intervino la voz melodiosa de Isia—. Por eso me quedo. Los que quieren irse, que lo digan.

Los parlantes del intercomunicador quedaron mudos. El Atlan nunca volvió a Algon.

Los setenta hombres y treinta y tres mujeres se establecieron cerca de los 'Ngrao, formando una pequeña colonia que pronto se adaptó a la nueva vida. 'Mbe aceptó pasivamente la compañía de la hembra que Cron le había asignado, pero siempre prefería estar con los Algolianos.

—Mucha hembra, pero nada aquí —solía decir tocándose la barriga. Fué fácil enseñarle que la inteligencia reside en el cerebro y no en el vientre. Entonces empezó a darse grandes golpes en la frente, repitiendo:

—¡Hombre grande, pero nada aquí! Acompañaba siempre a sus nuevos amigos en las expediciones que éstos realizaban frecuentemente, en la esperanza de encontrar los rastros de algún sobreviviente de la tribu de 'Ugué. Continuamente hacía preguntas agudas y su cultura aumentaba a ojos vistas.

Fué el único de la colonia que se mantuvo sereno cuando su compañera dió a luz a dos pequeños seres peludos y chillones.

—Mucho pelo, nada aquí —fué su único comentario. Ahora ya no se daba grandes golpes en la cabeza, sino que indicaba elegantemente su sien derecha con el dedo índice, como le enseñara su gran amigo Quetzal.

Todos los años, sin excepciones, la gran hembra hija de 'Ngrao daba a luz dos hijos. En los intervalos robaba todo lo que encontraba y con frecuencia mordía a 'Mbé porque éste le quitaba los objetos robados para devolverlos a sus dueños.

Los pequeños se asemejaban a la madre, tanto en el aspecto como en el carácter. Las pruebas psicológicas indicaban con seguridad siempre mayor que su inteligencia adulta no tendría el equilibrio y la integración de la mente paterna. Las esperanzas de poder dar nueva vida a la descendencia de 'Ngué se volvió cada día más tenue.

Keb, el bioquímico del Atlan, intentó anular los genes dominantes de la hembra e intensificar la vitalidad de los genes recesivos de 'Mbé. Año tras año, con desesperada constancia, repetía sus tentativas, pero las probabilidades de éxito se iban alejando cada vez más.

Los pequeños continuaban naciendo feroces y agresivos y cuando, a los tres años de edad, su madre los abandonaba por considerarlos independientes, se internaban en la foresta y se asociaban a la ruidosa banda de sus hermanastros.

Por siete años 'Mbé participó de la vida de la colonia. Los tripulantes lo consideraban ya como un ser humano y admiraban su inteligencia y su sentido común. Hasta su aspecto iba modificándose. Tal vez por la edad, o por un reflejo de su vida interior, los rasgos se iban refinando, y el abismo entre él y la vecina tribu era ya claramente visible. Dueño ya de los conceptos abstractos, 'Mbé comprendía el sentido del desesperado propósito de sus amigos y su apego se transformó en devoción.

Keb propuso que se intentara con otra u otras hembras de la tribu, por

el caso improbable de que la causa fueran los genes excepcionalmente dominantes de la madre, y no el carácter recesivo de los paternos. Cron dispuso que un grupo encabezado por Keb fuera próximamente a elegir una o dos hembras jóvenes de la tribu.

Se estaba proyectando la expedición. La compañera de 'Mbé había parido por séptima vez, cuando un día mordió ferozmente a Isis, por sorpresa.

Sin rabia y sin rencor aparentes, sólo con fines didácticos, 'Mbé aplicó una soberana tunda a su querida mitad. A la mañana siguiente, sus amigos lo encontraron sin vida. Un mordisco certero le había cortado la arteria yugular y tranquilamente, sin despertarse casi, el único representante de la raza humana pasó de un sueño a otro.

DESVANECIDA esta esperanza, los Algolianos se dedicaron con mayor empeño a dirigir los primeros pasos de la tribu de 'Ngrao. Desde el primer momento fué claro que pasarían muchos miles de años antes de que los nuevos reyes de Ters llegaran a un nivel de cordura siquiera comparable con el de 'Mbé. Su número aumentaba con rapidez asombrosa y pronto sus tribus se esparcieron por todo el continente.

La vida media de los Algolianos era de setecientos años de Ters, pero Cron, con la ayuda de Keb, logró prolongarla a casi el doble.

Los sub-hombres continuaban multiplicándose...

Cron decidió que era mejor para ellos

Cada vez más cerca

OTRO paso en el camino del espacio lo constituye el nuevo motor a reacción Super Sprite, que acaba de lanzar la fábrica De Havilland. Los combustibles utilizados son agua oxigenada y kerosene, con una sustancia catalizadora cuya fórmula es un secreto de la fábrica. Quizás la novedad más interesante de esta combinación es la ausencia total de humo en el chorro de expulsión.

olvidar la existencia de una raza superior y ancló el Atlan en el océano que separaba los dos continentes propiamente dichos. Una pequeña tribu fué trasplantada en el continente menor. Quetzal los acompañó y quedó por un tiempo con ellos. Los ayudó y les enseñó cómo adaptarse al nuevo medio ambiente; luego volvió al Atlan.

Desde su isla flotante, los descendientes de la tripulación originaria continuaron ejerciendo su influencia civilizadora, con oportunas, brevísimas intervenciones.

Los Hijos de 'Ngrao poseían una imaginación muy feraz. Solían relatar los acontecimientos con un absoluto e inconsciente desprecio por la verdad. Sólo decían lo que les hubiera gustado que fuera cierto. Cuando desconocían algún detalle, lo creaban con el mayor desenfado. Alrededor de los Algolianos, bañados en una luz irreal de infinito poderío, comenzaron a circular cuentos fantásticos en los que el fondo real era velado siempre por una brillante capa de detalles imaginarios. Por lo general, terminaban creyendo ciegamente en los detalles y olvidaban la base real.

Cuando las providenciales intervenciones se espaciaron, los relatos adquirieron las proporciones de una verdadera mitología. En todos los rincones del globo se formaron mitos y leyendas que se perpetuaban de padre en hijo, embellecidos con nuevos adornos al paso de cada generación.

Pasaron los milenios. La humanidad, lentamente, iba progresando. A través del progreso técnico, nacía el primer vislumbre de comprensión exacta e imparcial de las cosas.

Un día, las primeras velas empezaron a surcar los mares, y los benévolos guardianes hundieron el Atlan. A su vez se esparcieron por el mundo, mezclándose con los nativos. Perdieron su longevidad y pronto desaparecieron de la faz de Ters los últimos descendientes puros

de los seres que, para expiar su culpa, habían renunciado a las estrellas.

Pero su obra no cesó con su existencia. De su unión con los nativos nacieron hombres cuyo carácter recordaba extrañamente la raza devorada ciento cuarenta años atrás por los Moloeks del Atlan.

Aquí y allá, perdidos entre los brutales guerreros, continuaron naciendo individuos pacíficos, racionales e idealistas. Sus voces eran ahogadas por el griterío de la multitud, pero algunos lograban hacerse oír, y así la humanidad de Ters, peldaño por peldaño, prosiguió su arduo ascenso hacia la civilización.

Las naves de Algol ya no aterrizaban en Ters. Cada quinientos años llegaban a Saol y cosechaban en las ciénagas de Vens un cargamento de la indispensable materia orgánica. Usaban detectores frenográficos perfeccionados, cuyo amplio radio de acción aseguraba que jamás se repetiría el trágico error...

Pero Algol no olvidaba su responsabilidad hacia Ters, el planeta involuntariamente defraudado de una de sus legítimas posibilidades de evolución. Una vez cada quinientos años se repetía el sacrificio simbólico de Cron y un bote salvavidas bajaba a la superficie de Ters, trayendo a un misionero voluntario que venía con la doble ofrenda de su obra y de su descendencia. Su contribución era una gota en un caudaloso río, pero poco a poco iban llegando los que llevaban en su sangre los rasgos dominantes de Algol. Se restablecía el equilibrio destruido por la muerte de los hijos de 'Ngué. Los misioneros de la razón se mezclaron con el pueblo y le dieron las primeras nociones de astronomía y matemáticas. Le enseñaron a razonar y a mirar las estrellas. A su ejemplo y a su herencia se debieron todos los grandes hombres que mostraron el camino de la civilización a los monos hijos de 'Ngrao.

TRESCIENTOS millones de años de historia se habían desarrollado en la pantalla. Por algunos instantes Jor y Astar quedaron en silencio, absortos, como si les fuera difícil substraerse al rápido fluir del tiempo condensado, y no pudieran volver al ritmo más lento de su vida real.

El primero en reaccionar fué Astar. —Dentro de poco —dijo— tú entrarás a formar parte de la trayectoria ascendiente de esa raza. Creo que la encontrarás bastante adelantada...

—Sí, —contestó Jor—, los informes de la última expedición contenían varios elementos favorables. El invento de la imprenta y el descubrimiento del otro continente deben haber dado un buen impulso. También habían aprendido a mezclar salitre con carbón y azufre... ¡Quién sabe cómo se habrán multiplicado las matanzas!

—Tengo curiosidad de saber si ya habrán abolido la esclavitud y la monarquía absoluta. Estos han sido siempre dos de los síntomas principales de progreso en todos los mundos primitivos.

—Pronto tendrás mi informe completo. Sí, como creo, la imprenta ha progresado, no tardaré mucho tiempo en mandarte de vuelta el salvavidas, lleno de documentos. Conozco a fondo ocho de los idiomas principales que se hablan en el año de Ters 1611. Hoy es el 7 de Julio de 2119. Algo habrá cambiado, pero no pienso tener mayores dificultades. Llevo todo el equipo necesario.

—Esperaremos en Vens diez días terrestres. Si es necesario, diez más. Ahora prepárate, porque estamos por cruzar la órbita de Ters.

JOR no podía creer en lo que veía... En el amplivisor del pequeño bote salvavidas, la superficie de Ters aparecía muy diferente de lo que él había imaginado en sus fantasías más atre-

vidas. Estaba literalmente cubierta por agrupaciones de edificios. Las forestas habían desaparecido por completo y las áreas menos pobladas eran evidentemente cultivadas. Millones de vehículos aéreos reflejaban la luz del sol y daban la impresión de que el planeta entero estuviera cubierto por una inmensa envoltura traslúcida y brillante.

Era increíble... En quinientos años, Ters había adelantado más que Deneb en cien mil... Si el progreso intelectual y social había marchado a la par con el tecnológico, ya no habría necesidad para el Orna de quedar escondido en Vens. Ters entraría en el número de los mundos civilizados y podría iniciar el largo período de preparación para entrar en la Comunidad...

El sería el último misionero. En adelante vendrían embajadores... La intensidad de la esperanza era casi dolorosa. Pero no suficiente para hacerle olvidar la prudencia. Dirigió el salvavidas hacia el hemisferio en sombra y, describiendo una amplia espiral descendiente, buscó un lugar apto para aterrizar. Después de una breve indecisión, descendió en el centro de un gran lago, al Norte del continente menor. Dejó el salvavidas en el fondo del lago y, utilizando el *propulsor individual*, subió a la superficie y voló hasta una orilla. Llevaba lo más indispensable de su equipo en una cajita de metal liviano.

En las calles iluminadas de lo que parecía un suburbio de una gran ciudad, divisó algunos raros transeúntes. Descendió lo suficiente para verlos mejor. Eran muy distintos de los hombres primitivos vistos en los registros. Su aspecto exterior había evolucionado mucho y tendía ya hacia esa forma casi definitiva que extrañamente, en todo el universo conocido, caracteriza a los seres de alto desarrollo intelectual. Aún circulaban varios individuos que, a pesar de ir vestidos como los demás,

emanaban un aura de ciega agresividad, repelente para los sentidos de Jor. Seres para los cuales existía solamente el yo presente y los irresistibles impulsos de adquisición inmediata. Descendientes directos de 'Ngrao, pensó.

En conjunto, asombrosamente parecidos a los Denebianos. Algunos, poquísimos, ya poseían en forma embrional ese aspecto casi etéreo que caracterizaba a la antigua raza de Algol.

Sus sencillas prendas de vestir eran aún formadas por fibras entretrejidas, pero su aspecto general no fué difícil de imitar, con la ayuda del pequeño surtidor de material plástico.

Jor voló, al amparo de la obscuridad, hasta lo que parecía ser el centro de la ciudad, y descendió en un parque desierto. Cuando las calles empezaron a llenarse de gente y de vehículos, se mezcló con la muchedumbre y escuchó. Hablaba inglés. Era sensiblemente distinto del inglés que había aprendido por los registros, pero comprensible. Cuando le pareció dominar suficientemente los matices del idioma, se dirigió a un transeúnte y preguntó por una biblioteca.

—No sé —dijo éste sin detenerse, y prosiguió su camino. Chocando por la incomprensible actitud, Jor eligió a otro ciudadano, cuya áura le era particularmente agradable. Este fué muy amable, pero tampoco conocía una biblioteca. Con paciencia, continuó su búsqueda, hasta que finalmente fué dirigido, después de mucho preguntar, a un gran edificio, cuyos amplios salones rebosaban de libros, colecciones de periódicos y documentos varios, todo ordenado y clasificado con criterios racionales. Los salones casi desiertos, estaban provistos de mesas de lectura. Jor eligió una colección de diarios recientes y se sentó. Frente a él, una mujer levantó la cabeza y lo miró con recelo.

Jor asimilaba el contenido de colección tras colección, y en su mente

se iba formando un cuadro general de las características y costumbres. Más adelante tendría tiempo para los libros de historia y las diversas ramas de la ciencia y la literatura. Leyó con asombro que un terrestre había perdido la libertad por algunos días porque no poseía documentos de identidad. Levantó la cabeza y vió que la mujer aún estaba sentada enfrente y lo miraba ahora con franca curiosidad. Era joven y tenía ojos azules.

—¿Quiere tener la amabilidad de mostrarme sus documentos de identidad? —dijo Jor.

El recelo volvió de pronto a los ojos azules.

—¿Para qué lo quiere?

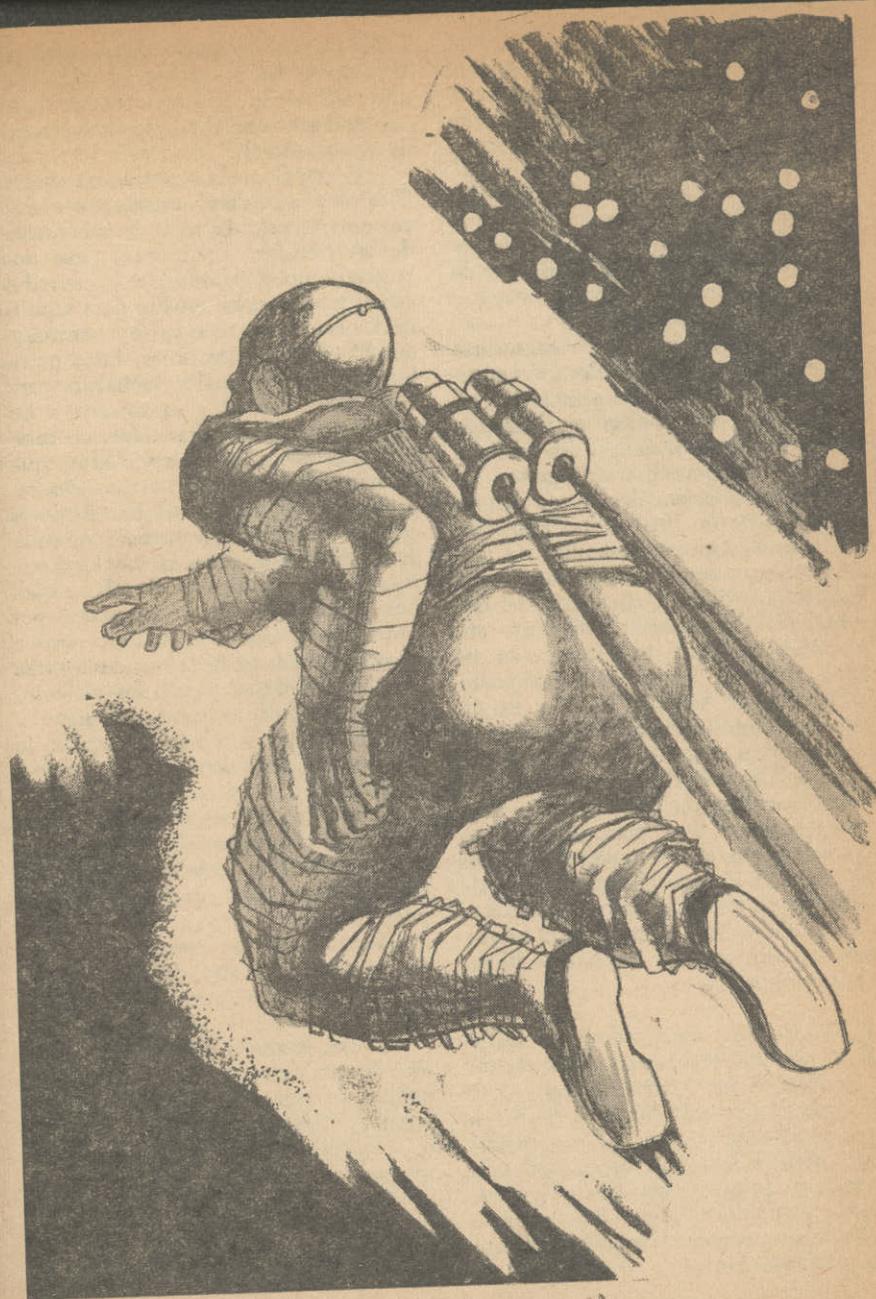
—Me gustaría verlo —Jor no podía decirle que necesitaba verlo para fabricarse uno parecido.

La muchacha pareció no creerle, pero le tendió, sin hablar, un rectángulo de material plástico. Jor grabó en su memoria todos los detalles y lo devolvió con un sincero agradecimiento.

Las noticias volvieron a absorberlo. De ellas se desprendía una mezcla increíble de genialidad y estupidez, de cordura y paranoia. Habían aprendido a sintetizar las células vivas, pero mataban a pedradas un jugador de aero-pelota porque no había efectuado un "pase" en el momento preciso. Eran capaces de adoptar niños huérfanos, pero aclamaban con entusiasmo a un bandido que había "defendido heroicamente su vida" contra diez agentes de policía. Poseían miríadas de leyes justas e ingeniosas, pero la profesión más remunerada del planeta era la de estudiar métodos para evadirlas.

Cuando se levantó para reabastecerse de material de lectura, la muchacha no estaba más. Jor se sorprendió haciendo asociaciones enteramente irracionales entre la racionalidad y los ojos azules. Lamentó no haberla saludado.

Había quedado solo en el gran sa-



lón y aprovechó para sacar el surtidor de plástico y fabricarse un documento de identidad: Jorge Dally, edad veintinueve, nacido en Londres, soltero. "Quién sabe si volverá esta tarde, pensó".

En pocas horas aprendió que los terrestres iban poco a poco hacia una unificación política del globo. Que poseían radio, televisión, una especie de estereosónor, energía atómica y... una colonia en Venus...

Su primer impulso fué comunicarse con Astar para avisarle. Pero se contuvo. No debía revelar su existencia con un mensaje que podría ser interceptado. Salió casi corriendo del edificio. Despertó las sospechas de algunos comerciantes ofreciéndoles trozos de oro puro. Encontró finalmente uno que le dió unas docenas de hojitas de metal impreso, a cambio de casi un cuarto kilo de oro. Compró un diario del día y lo hojeó febrilmente. Había una sola noticia concerniente a Venus. La colonia mixta de Venus había adoptado el nombre de Colonia Libre y exigía que la Tierra retirara la guarnición militar mixta que allí mantenía. Nada sobre el Orna. Posiblemente no lo habrían descubierto... Decidió comer algo antes de volver a su tarea. En un local lleno de gente, eligió un plato cualquiera y lo pagó. En este planeta todo se pagaba, desde los votos, hasta la comida...

Cuando volvió, la muchacha estaba otra vez allí, leyendo los mismos libros de psico-historia...

EN los días siguientes Jorge Dally aprendió muchas cosas. Aprendió a servirse de los medios de transporte, a mentir descaradamente, a llevar a una muchacha a cenar... y a querer este mundo lleno de contradicciones, como se quiere a un muchacho travieso. Aprendió a remar bajo el cielo azul sobre las aguas tranquilas del lago empezaba a leer.

—dijo mecánicamente Jor, mientras ya Winnipeg, sin pensar en su salvavidas que yacía en el fondo, y a hablar francés moderno con Cira, que había nacido en Montreal...

—Tengo fe en la humanidad —decía Cira con genuino entusiasmo—. Por eso estudio psico-historia, la más nueva de las ciencias, y tal vez la que nos enseñará, no el camino justo, que todos conocemos, sino los medios para seguirlo. La era de la razón ya se va acercando. Hace quinientos años, unos pocos hombres excepcionales luchaban para enseñar la verdad y la cordura a las masas ciegas y violentas. Hoy, en cambio, unos pocos hombres violentos, que no han sabido integrar sus propias capacidades, y aún actúan por instintos ciegos, continúan arrastrando comunidades enteras de seres racionales hacia el asesinato político y el robo social. Los muchos se dejan arrastrar, por costumbre y por inercia. Pero poco a poco la opinión pública sacude siempre más las cadenas y pronto los violentos ya no tendrán a quien los siga... Probablemente se harán jugadores de aero-pelota para desahogar su exceso de energía...

La mañana del sexto día, Jor observó una insólita agitación por las calles, y cuando llegó a la biblioteca vió con extrañeza que Cira ya estaba allí, esperándolo.

Pálida, tensa, lo aferró de un brazo, mostrándole una docena de diarios del día que había desparramado sobre la mesa de lectura.

—Debes esconder o destruir esa valija de metal extraño —dijo—. Estás en peligro... Ahora comprendo muchas cosas... Pero no divulgaré tu secreto... Créeme, daría cualquier cosa para que tú no tuvieras que leer esto —indicó los grandes títulos de los diarios—. Pero debes hacerlo... .

—La he revestido de material plástico la tarde misma del primer día

"Invasores del Espacio". "Astronave Larga Un Kilómetro Aterriza En Venus". "La intempestiva acción del Almirante Pearson, Comandante de la guarnición mixta de Venus, desbarata los planes de conquista del enemigo". "La intempestiva ferocidad del Almirante Pearson pone en peligro el futuro de la humanidad". "Amenaza en las Estrellas". "¡Civilización en la Galaxia!" "El heroísmo de la Guarnición Venusiana Salva a la Humanidad de la Esclavitud". "¿Por qué el Almirante Pearson escondió su hazaña al público durante cinco días?" "Ochenta seres humanos de más allá brutalmente asesinados por el miedo de un Almirante!..."

Había lágrimas en los ojos de Jor cuando los levantó para encontrar comprensión y amor en los ojos azules.

—Astar se alegraría si supiera... El progreso fué más rápido de lo que él se atrevía a esperar... De once intérpretes de la opinión pública, nueve censuran abiertamente, indignados... Solamente dos hijas de Ngrao...

Con gesto decidido, pasó una mano por su cara y continuó leyendo las líneas borrosas, desdibujadas...

"Operación mantenida secreta por razones de seguridad..." "...Con admirable presencia de espíritu, el Almirante Pearson interrumpió de inmediato las comunicaciones onda corta

entre los planetas, no bien se avistó al enemigo..." "Para no revelar nuestro alto grado de civilización..." "Cinuenta kilómetros cuadrados de flora y fauna pulverizados por el invasor..." "Armas poderosas... habrían arrasado la superficie de la Tierra..." "Nuestro ataque sorpresivo, durante la noche..." "Diez arrojados pilotos..." "Nueva arma secreta..." "Microrradiaciones con poder coagulante..." "Muerte instantánea..." "Victoria de nuestras armas..." "Cuando vuelvan estaremos preparados..." "Corte Marcial para el Almirante Pearson..."

—No deben tener miedo —murmuró Jor—, nunca nos atacarán... Y cuando estemos realmente preparados... volverán...

Cira y Jor se alejaron lentamente. Los diarios quedaron desparramados sobre la mesa. Al fondo de una columna, un fragmento de la declaración del preocupado Almirante había escapado a la vista nublada de Jor.

"...Y los pacifistas llorones que, con su mentalidad débil y decadente, lanzan ataques desafortunados contra los defensores de la humanidad, no olviden que ellos también gozarán de miles y miles de vehículos y artefactos construídos con las preciosas materias primas extraídas del inmenso navío de los invasores..."

Ratas longevas

DIGAN lo que digan los suicidas, nunca está de sobra vivir algunos añitos más. Desde hace tiempo, los médicos y otras gentes andan buscando la causa de la vejez, aunque todavía no han dado en el clavo. Uno de los campos que mejor se ha estudiado ha sido el de la dieta, y no hace mucho tiempo se creyó que la leche cuajada era la clave de toda la historia. Sin pretender resultados tan espectaculares, el doctor Sherman ha demostrado que en las ratas una alimentación a base de calcio, riboflavina y vitamina A prolonga la vida en un 10 %. Si el mismo resultado se obtuviera en el hombre, no estaría mal... , aunque sólo fuera para empezar.

Respuestas a las preguntas del Espaciotest

Respuesta N° 1: A. — Fobos se encuentra a una distancia de 5920 kilómetros del primario, mientras que su hermano Deimos está a 20.000 kilómetros. Los dos satélites constituyen una rareza dentro de la familia de los satélites, tanto por su pequeñez como por su escasa distancia al planeta del que dependen.

Respuesta N° 2: B. — Este aumento de temperatura, que se produce al descender hacia el interior de la Tierra, no es constante en todo el globo. En Europa, por ejemplo, es mayor que en América del Norte; tanto que en esta última se necesita descender en general hasta 40 metros para obtener un ascenso de temperatura de un grado. Si el aumento de temperatura por la profundidad es proporcionalmente constante, al llegar a los 36 kilómetros de profundidad se deberían alcanzar los mil grados por lo menos en Europa). Algunos geólogos creen sin embargo que el aumento de temperatura no es tan pronunciado a medida que uno descende hacia el interior de la Tierra, y no faltan quienes aseguren que, a partir de cierto punto, la temperatura empieza a bajar de tal manera que el centro de la Tierra es el punto más frío del globo.

Respuesta N° 3: B. — El calor de esta enorme caldera es mantenido a través de una reacción nuclear llama

mada "ciclo del carbono", y mediante la cual cuatro núcleos de hidrógeno se juntan para formar uno de helio al tiempo que emiten energía.

Respuesta N° 4: B. — Sólo cuando la Luna se encuentra sobre el plano que contiene a la eclíptica, es cuando pueden producirse eclipses de Sol o de Luna.

Respuesta N° 5: A. — El hecho de que la probabilidad de tener mellizos aumenta con la edad de la mujer, no ha sido explicado todavía a satisfacción por la ciencia y en cierto sentido se contraponen la disminución de la fertilidad conforme avanza la edad.

Respuesta N° 6: A. — La luna presenta siempre hacia la Tierra la misma mitad de superficie; si bien, en realidad, podemos ver algo más del cincuenta por ciento de dicha superficie, debido a la elipticidad de la órbita lunar, a la inclinación de su eje con respecto a su plano de revolución en torno a la Tierra y a que podemos observarla desde puntos de nuestro planeta relativamente alejados entre sí.

Respuesta N° 7: D. — Un objeto real tiene tres dimensiones; y, al ser duplicadas cada una de ellas, el volumen aumenta en $2 \times 2 \times 2 = 8$ veces.

¡Quién lo diría!

EL vapor hará incómodos los viajes. Acabará con el buen tono social, que es tan conveniente. ¿Se puede suponer que señoras, verdaderas señoras, corran la aventura de meterse en un barco de vapor o en un tren? Imposible. Si una señora quiere conservar todos los atributos de su posición social, tendrá que viajar en compañía de personas distinguidas, a razón de ocho kilómetros por hora". (Samuel Brock, 1850).

terror espacial

por HARRY WALTON

Aquel habitante de otros mundos consiguió transmitir a distancias infinitas la materia viva

ilustrado por PAUL COOPER

SI hubieran dirigido la carta a Einstein o al Departamento de Investigaciones Científicas de la General Electric o incluso a la Comisión de Energía Atómica, probablemente habría ido a parar al cesto de los papeles. Pero los directores de revistas han de ser respetuosos con la correspondencia de sus lectores y aun redoblar su atención cuando, como sucedía en este caso, la carta anuncia el envío por separado de un paquete.

Horacio Prell, director de la revista "Scientific News Monthly", la leyó dos veces, emitió un breve suspiro de fastidio y se volvió para arrojarla

en la bandeja rotulada: "Respuesta de cortesía". Pero no completó el movimiento.

—¿Hemos recibido algún paquete de un tal Manuel Smith? —preguntó a su secretaria.

La señorita Dobbs se afaná entre la correspondencia llegada durante el día y, al cabo de algunos instantes, respondió:

—Todavía no.

Entonces, Prell metió la carta en la bandeja de "Pendiente de despacho". Sabía, por experiencia, que los paquetes suelen llegar después y, casi siempre, omitiendo el nombre y la direc-

ción del remitente. Además, el autor de la carta pertenecía evidentemente al tipo capaz de armar un verdadero escándalo si el paquete en cuestión, cualquiera que fuese su contenido, llegaba a perderse. La carta, escrita por mano firme, con letra reveladora de un espíritu enérgico y minucioso, decía lo siguiente:

Señor Horacio Prell,
Director de la Revista
"Scientific News Monthly",
Nueva York.

Muy señor mío: al descubrir una descripción de la botella de Klein, que demuestra determinados aspectos de la topología, se me ocurrió distraerme construyendo algunas. Las botellas de Klein logradas por mí, cuando se las golpea emiten una débil nota musical, como sucede con cualquier copa de cristal. He descubierto que, cuando son golpeadas simultáneamente dos de estas botellas, que tengan la misma nota fundamental, cualquier pequeño objeto colocado entre ambas se torna borroso y da la impresión de desaparecer totalmente. Sin embargo, a medida que la nota se extingue, el objeto va reapareciendo.

Le envío estas botellas con el fin de que usted pueda realizar el mencionado experimento. ¿Habrás acaso una forma de sonido o una armonía, que extendiéndose a una fantástica cuarta dimensión anule la luz? ¿Qué opina usted?

Manuel Smith
Chicago, 111.

Ni en la carta ni en el sobre figuraba la dirección del remitente.

—Otro chiflado —murmuró Prell, entre dientes, como persona que ha lidiado con muchos de ellos y conoce la especie a fondo; por ejemplo: aquel caballero bien vestido que afirmaba

poder predecir el futuro leyendo los diarios a través del agujero practicado en una cuchara sopera...

Prell se olvidó de la carta mientras estudiaba los planos de una locomotora a turbina de gas. Luego se enfrascó con la contribución de un lector a la construcción de una rata eléctrica capaz de orientarse y hallar la salida en un enrevesado laberinto. Y así llegó el término de la jornada. Una hora después, estaba en su casa.

—Horacio, hay un paquete para ti —le dijo su esposa, Cora, desde la cocina.

El paquete tenía el tamaño de una caja de zapatos; llevaba el nombre de Manuel Smith, pero no la dirección del remitente. En cambio, la de la casa de Prell era correcta. Se preguntó cómo el tal Smith había dado con su domicilio particular, ya que en el "Scientific News Monthly" no figuraba. Y también le intrigó el hecho de que se lo hubiera remitido a su casa y no a la revista.

Prell desenvolvió el paquete inmediatamente, pues la curiosidad es una contingencia inherente a la profesión de periodista.

Chiflado o no, Manuel Smith había empacutado muy bien el contenido. Dentro de la caja apareció una funda en cuyo interior, envueltas en algodón hidrófilo, había dos pequeñas vasijas grotescas, de vidrio o cristal verde. Su altura no pasaría de trece centímetros; pero, por su forma extraña y caprichosa, eran casi hermosas.

—La cena está lista, Horacio. No tardes, que se enfría la sopa.

Horacio repuso apresuradamente la capa de algodón que protegía a las botellitas por la parte superior de la caja, y se dirigió a la mesa. Cora ya estaba sentada. Como de costumbre, iniciaron la cena en silencio. Prell tenía menos hambre de lo que pensaba mientras se dirigía hacia casa. La ver-

dad es que las botellitas le habían intrigado, aunque sólo fuera porque constituían un *tour de force* geométrico.

—Horacio —dijo Cora, quebrando el silencio en el momento de servir la carne—, estas últimas noches estoy padeciendo unos sueños terribles. Desde niña no había vuelto a soñar. No sé por qué he de empezar ahora de nuevo.

—Sí que es raro —respondió él—. ¿Qué tipo de sueños?

—Creo hallarme en un universo o un mundo diferente. Todo allí es extraño: el aire es denso, sólido; los objetos, en cambio, son más leves de lo que deben ser. En realidad, la materia con que están hechos los objetos es espacio. Mira, todo es igual que el negativo de una fotografía: un mundo al revés. Los objetos son agujeros vacíos en el *espacio sólido*. Y esos huecos giran como torbellinos. Pero ¿cómo puede girar un hueco?

—Creo que, matemáticamente, es posible —respondió, pensativo—; pero estoy seguro de que no has soñado tal cosa. Lo habrás leído en alguna parte. Suena a algo así como una idea científica deformada.

—Tal vez lo haya leído —admitió ella, dudando—; pero no me acuerdo. En cambio, en mis sueños resulta algo muy real. Sueño con eso incluso cuando estoy despierta y consciente. Sueño que alguien... o *algo*, me hace soñar y me dice cosas extrañas sobre ese otro

extraño mundo. ¡Es algo así como un sueño dentro de otro sueño!

—Lo mejor será que vayas a ver al doctor Mendoza —dijo Prell—, para que te prescriba algún sedante o cualquier tónico que te ayude a dormir tranquila.

Cora se quedó mirando su plato, con aire absorto.

—No necesito sedantes. Los sueños son en verdad fascinadores; son casi como una novela. Ese extraño ser de mis sueños me explica que mientras yo duermo se establece entre él y yo una comunicación telepática. Durante el sueño es el subconsciente el que domina, ¿no es así? Él... quiero decir, ese ser extraño, siente mucha curiosidad por nosotros; nos observa y dice que estudia nuestro mundo a través de mi mente. Parece algo muy tonto, ¿verdad?

Prell, al observarla picar en el plato distraídamente, se preguntó si en verdad Cora deseaba que todo aquello no fuera una tontería. Tal vez ella adivinó lo que él sospechaba, pues varió bruscamente la conversación hacia un tema social.

—Marga va a tener otro hijo. Con éste será el tercero.

Prell asintió con la cabeza, sin mayor entusiasmo. Él sabía que su esposa lo culpaba por no haber tenido hijos y ni siquiera se sentía seguro de que Cora no estuviese en lo cierto. Siguió comiendo mecánicamente, en silencio.

Plásticos

TANTAS son ya las cosas de plásticos que se fabrican que una más no constituye ninguna novedad. Sin embargo, recientemente los plásticos han agrandado su campo de aplicaciones de una manera que merece mencionarse. Se los utiliza en la reposición o sustitución de partes defectuosas del cuerpo humano. Específicamente se trata del polistileno, cuyas excelencias se muestran especialmente en la restitución de huesos del cráneo.

—Podrías decir algo —observó Cora, tras largo silencio.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que te felicite a tí? —respondió él, con visible irritación.

Al instante lamentó haber dado tal respuesta; pero el daño ya estaba hecho. Con demasiada frecuencia le decía a Cora frases hirientes, y luego resultaba muy difícil lograr que ella aceptara sus disculpas.

Cora se engalló un instante. Después lo contempló con una mezcla de desprecio y repugnancia.

—Lo siento, Cora. Tú sabes que mi propósito no era contestarte así...

—No hay nada que decir, Horacio. Yo procuro ser agradable, pero tú te esfuerzas en convertir nuestra vida diaria en una pesadilla. ¡Por qué me habré casado contigo!

Fué una cena lamentable desde el segundo plato hasta los postres y el café. Después, sin mediar palabra, ella se levantó, dirigiéndose a su dormitorio. Él se refugió en su covacha del sótano.

REALMENTE era un excelente refugio. Tenía incluso un sillón confortable y una buena luz para leer. Como Cora jamás entraba allí, había una porción de libros amontonados y desordenados sobre la mesa. Prell buscó hasta encontrar el que precisaba. Era la obra de Georges Gamow: "Uno, dos, tres... infinito". Y, en efecto, en la página 62 aparecía una botella de Klein. La descripción decía: "Vasija tridimensional con un extremo saliente que se incurva y proyecta hacia el interior de la misma, para configurar una sola superficie, interna y externa a la vez. Es una fantasía geométrica que sugiere, por analogía, la existencia de cosas más extrañas en otras dimensiones y otros mundos".

Cora, con los cabellos llenos de bigudíes y vestida con una bata un tan-

to descolorida, gritó desde el pasillo: —Junto a la puerta de atrás hay otro paquete para tí. Me ha estado estorbando todo el día. Te agradeceré que no envíes a casa las cosas que te mandan a la oficina.

—Prell murmuró las gracias débilmente, mientras ella se encaminaba hacia el dormitorio. Se quedó sentado, meditando de un modo vago, cuando una fuerza irresistible le hizo levantar la capa de algodón de la cajita. Al hacerlo, los dedos le temblaron ligeramente.

Además de las botellitas de Klein, había dos martillos de madera o pequeños malletes, y un par de soportes hechos con alambre. Alrededor del cuello incurvado en forma de serpentina, cada botella llevaba una lazada, hecha con cinta no muy ancha. Evidentemente, las botellas había que colgarlas de esas lazadas, en los correspondientes soportes. Prell lo hizo así; luego, con el primer mallete que alcanzó, golpeó una de las botellas.

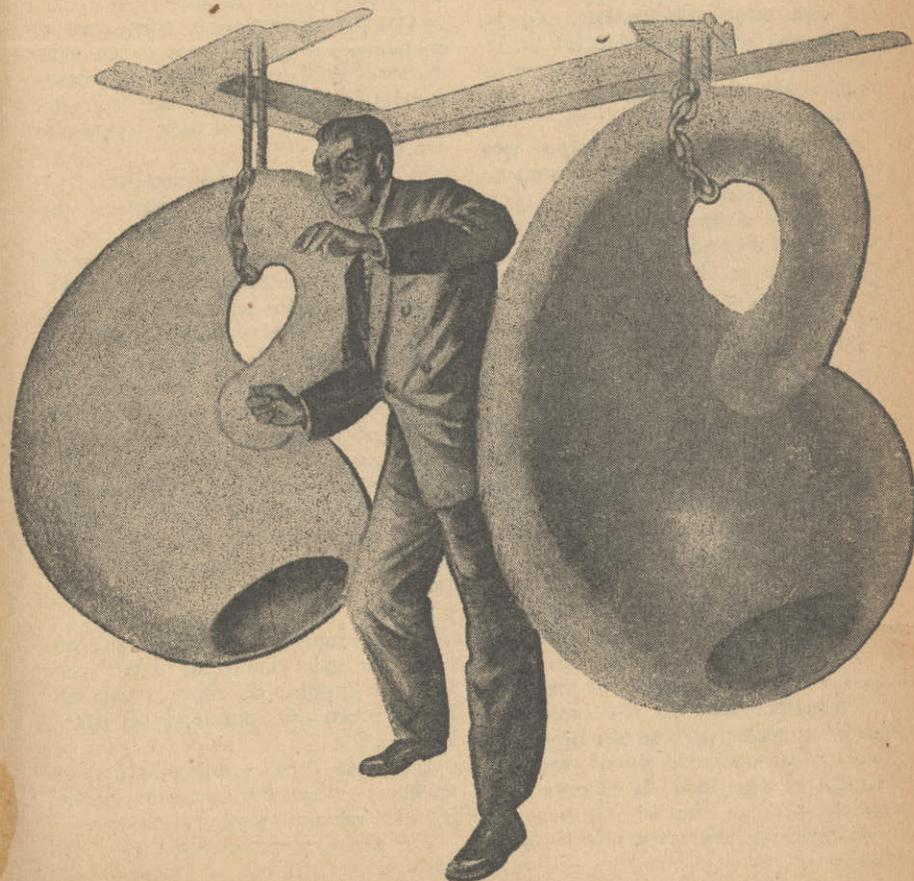
El tono fué decepcionante. Todo cuanto escuchó fué un sonido común, parecido al que produce una copa de cristal al ser golpeada: un tintín que nada sugería. La segunda botella sonaba exactamente igual. Golpeó ambas a la vez. El sonido, aunque tan sólo un poco más fuerte, al combinarse produjo una cualidad fónica completamente nueva, sin relación con la altura del tono ni con la calidad del timbre. Esta nueva, extraña vibración, intrigó a Prell inmediatamente. ¿Había allí un raro efecto acústico, por supuesto distinto a la absurda pretensión de Smith sobre la neutralización de la luz? ¿Habría un nuevo sentido más allá del oído?

Durante cierta época de su vida, Prell había tenido una curiosidad obsesiva por los problemas del sonido. Se pasaba largas horas con un grabador de alambre entre manos, un amplifi-

cador electrónico de alta fidelidad y un pequeño audioscopio.

Volvió a colocar cuidadosamente en la caja, botellas, soportes y malletes. Descendió al sótano. Allí tenía su banco de trabajo, un mechero de Bunsen, algunos frascos con restos de olvidadas soluciones químicas (pues no era hombre ordenado), herramientas para trabajos manuales y un surtido de cosas útiles e inútiles, entre ellas algunas pilas secas. Prell metió la mano debajo del banco y sacó el osciloscopio.

Siempre que estaba excitado sentía latir el pulso en sus oídos. Ahora le latía con fuerza. Aunque, cuando leía las cartas que le informaban sobre el descubrimiento de algún fenómeno o novedad sorprendente, la actitud de Prell era escéptica, en el caso presente su sentido crítico profesional había cedido paso a la ansiedad. Estaba tan nervioso como un muchacho al recibir su primer juego de química. Conectó el osciloscopio y esperó con impaciencia. El aparato se calentaba lentamente.



El tintineo producido al golpear una de las botellas hizo vibrar el indicador en el tubo del osciloscopio. Prell pudo haber calculado la frecuencia del sonido, pero estaba con demasiados nervios para perder tiempo. El pulso le latía en los oídos mientras empuñaba los dos martillitos. Golpeó ambas botellas a la vez. La cresta de la onda sonora se subdividió, y las vibraciones no surgieron sincrónicas. Con la máxima atención coordinó sus músculos para lograr una perfecta simultaneidad de movimientos, y golpeó de nuevo.

El indicador del osciloscopio comenzó a subir momentáneamente, pero en cambio sus oídos captaron las escondidas profundidades de ambos tonos combinados, el marcador del aparato volvió a cero.

Apenas murió la nota, golpeó una sola botella. El indicador reaccionó en seguida. Golpeó las dos botellas, y la reacción del osciloscopio duró sólo una fracción de segundo. Por tanto, había algo extraño en la cuestión. Él sabía que era posible obtener de dos tonos otro de frecuencia distinta a cualquiera de ambos aisladamente. Pero, ¿por qué no lo registraba el osciloscopio? Prell lo percibía sin duda alguna. A no ser por el lamentable incidente con su esposa durante la cena, le hubiera pedido a Cora que confirmara lo que él estaba oyendo con sus propios oídos. Pero sabía que ella se negaría a cooperar. Además, *él oía evidentemente* el extraño fenómeno.

Tal vez fuera que el micrófono del osciloscopio funcionara defectuosamente con respecto a aquel tono particular. Tenía que haber alguna explicación sencilla. No creía Prell que pudieran extraerse conclusiones muy notables del fenómeno; pero, ¿en qué consistía el espejismo, la extraña ilusión de Manuel Smith? ¿Se trataba simplemente de una trampa de los sentidos?

Colocó un tarro de goma entre las dos botellas de Klein. Después las golpeó simultáneamente. El indicador del osciloscopio registró las vibraciones y, al instante, volvió a cero. El tintineo del cristal volvió a fundirse en aquel tono increíblemente lejano...

¡Y desde la base del marbete hasta el extremo superior, el tarro de goma desapareció!

Los latidos de las arterias en los oídos de Prell se detuvieron por un instante, mas luego acometieron mayor ímpetu. Al extinguirse el sonido, el frasco volvió a ser visible.

Comprendiendo que aquel era el momento más importante de su vida, Horacio Prell se quedó absolutamente inmóvil durante un minuto, con ambos malletes en las manos, temblando levemente.

Volvió a golpear las botellas.

Esta vez, el tarro desapareció durante un rato algo más largo.

Prell soltó los dos martillitos sobre el banco. Se sentía repentinamente debilitado, y dejó caer sobre un cajón, con objeto de reflexionar un poco.

Pero en seguida se acordó del paquete que su mujer le anunciara. Subió las escaleras como una exhalación, se dirigió a la puerta trasera y encontró la caja. Evidentemente no había sido enviada por correo. Prell se preguntó si la habría traído Manuel Smith personalmente, pues su nombre aparecía en uno de los ángulos. La levantó (era una caja grande y pesada) y la llevó hasta el sótano.

Rasgó, frenético, el papel que envolvía la caja; halló un sobre; contuvo su impulso de abrir la caja antes que nada, y, rompiendo el sobre, leyó:

Estimado Prell: presumo que a estas horas ya habrá comprobado que no le estoy haciendo perder el tiempo.

Los fenómenos que usted ya habrá visto me impulsaron a construir dos

botellas de Klein más grandes, hechas en bronce, pero con la misma nota musical de las pequeñas, aun cuando varías octavas más bajas. ¡Imagínese mi decepción cuando no logré los mismos efectos conseguidos con las primeras botellitas!

Sin embargo, después descubrí mucho más. Sencillamente las botellas grandes revelaban lo que me habían ocultado las pequeñas.

Cuélguelas de modo que queden separadas entre sí por la distancia de un metro y veinte centímetros. Sitúese entre ambas, mirando de frente, de manera que su visual forme ángulo recto con la línea imaginaria que une entre sí ambas botellas. Utilice los malletes que adjunto y golpee simultáneamente las dos botellas con la mayor fuerza posible.

La interpretación de lo que usted descubrirá la dejo librada a su propio criterio. Una palabra de advertencia: el sonido simultáneo de ambas botellas fatiga muchísimo al oído. No corra el riesgo de arruinar el experimento al golpear las botellas débilmente.

Manuel Smith

ES posible que el grito de Prell despertara a Cora o quizás fuese la pesadilla habitual en ella. Instantáneamente despabilada, buscó a su lado la familiar presencia del esposo.

¡Prell no estaba en la cama!...

Con las imágenes del horrible sueño vívidamente impresas en la mente, Cora encendió la luz y se puso las zapatillas. Echándose la bata sobre los hombros, se lanzó velozmente hacia el sótano. Abajo se percibía la luz eléctrica, pero, desde arriba, Cora sólo alcanzaba a ver la pila de leños.

—¡Horacio! —gritó—. ¿Estás ahí todavía?

—Sí; claro que sí —contestó Prell—. Pero, ¿qué haces levantada a estas horas?

—Volví a soñar... esas cosas. Y esta vez, en el sueño aparecías tú.

Prell no respondió. Cora, como sucede con quienes tienen algún sueño terrible que contar, interpretó aquel silencio como una invitación a que ella prosiguiera el relato.

—Ha sido uno de esos sueños en que el ser extraño de que te hablé pareciera posesionarse de mi cerebro. Esta noche supe para qué y por qué. Es un hombre supe de ciencia, de un mundo remoto, que después de informarse de cómo son las cosas aquí (por medio de la telepatía, ¿comprendes?) y cuál es nuestra conducta, manera de sentir y demás, se las ingenió para enviar objetos materiales a través del espacio, es decir, de nuestro espacio. Son cosas reales, hechas con la materia acostumbrada de nuestro mundo; las cuales ese sabio extraño conseguía producir invirtiendo algo de su *espacio sólido*. ¿Me oyes, Horacio?

—Sí; pero podrías hablar en voz más alta —respondió él, lentamente.

—Bueno. Lo que él quería, en realidad, era conseguir una muestra de la materia de que estamos hechos los humanos, ¿entiendes? Él podía... , podía generar un transmisor aquí, pero no se le ocurría el modo de contar con alguien que lo manipulase. Entonces descubrió que tú estabas interesado en la investigación de sonidos, y fraguó algunas cartas. Sin duda yo le enseñé cómo había de escribirlas, valiéndome de mis recuerdos de aquel mes en que estuviste enfermo y yo te ayudé a despachar la correspondencia. Bueno, después de eso remitió el transmisor. Algo muy sencillo, por cierto: solamente funciona con longitudes de onda similares a las que utilizan los médicos para leer el pensamiento. Pero, en consecuencia, lo único que puede transferir a grandes distancias son tejidos vivos. Me dijo que lamentaba haberte elegido a ti, ya que no tenía en contra tu-

ya, pero para proseguir sus experimentos estaba obligado a hacer que tú mismo te despacharas hacia su mundo. Tú nunca sospecharías lo que él tramaba, pues el transmisor consistía simplemente en dos botellas...

—¿Dos botellas?... —inquirió Prell, con un hilo de voz.

—Sí; dos extrañas botellitas de cristal. ¡Nol...; creo que eran de bronce. Y con esas dos botellas te arrancaban de nuestro espacio y te situaban en algún lugar interespacial, desde donde el extraño sabio de mis sueños podía arrastrarte hacia su mundo. ¡Dios mío! agregé Cora, bajando un poco el tono la voz—, te estoy molestando con tonterías. Me vuelvo a la cama. Procura no tardar mucho.

—¡Espera, Cora! —gritó Prell, con voz cavernosa que expresaba una claro sentimiento de angustia y apremio—. He hecho un raro experimento y creo que estoy en apuros. Consíguete una linterna y baja lo antes posible.

Cora se estremeció de pies a cabeza.

—¿Una linterna? —dijo Cora, alarmada—. ¡Pero si donde tú estás hay una luz que ciega a cualquiera!

Cora emprendió el descenso pensando que, de todos modos, la única linterna que tenían estaba en el coche.

—¡Gracias a Dios que has venido, Cora! —exclamó Prell—. Hasta ahora todo estaba oscuro como boca de lobo. Ahora ya distingo el resplandor de la linterna.

La mujer sintió un nudo en la garganta. Se contempló estúpidamente las manos, como si con la mirada pudiera colocar en ellas la inexistente linterna.

—¡Date prisa, Cora! Estás muy le-

jos aún. Tengo la impresión de que te estoy viendo a través de un telescopio invertido.

Su voz, aunque audible, parecía proceder de una distancia increíblemente remota.

Cora reunió todas sus fuerzas y descendió el último escalón. Sólo entonces pudo ver todo el sótano, del uno al otro extremo, descaradamente iluminado por dos fuertes bombillas, que no estaban cubiertas por pantallas de ninguna especie. Cora pensó que la sangre se le había helado en las venas: tal fué el frío glacial que invadió todo su cuerpo.

—¡Gracias a Dios que has venido! —dijo Prell—. Esta tremenda oscuridad ya estaba atacando mis nervios. Cora, ¿qué llevas puesto encima? Pareces tan extraña... —su voz, debilitada y cortante, parecía proceder de la nada—. ¡Pero si no eres Cora! —gritó la voz de Horacio Prell—. ¡Tú no eres un ser humano! ¿Qué eres? ¿Quién eres? ¡Cora! ¡Cora! ¿Puedes oírme? El aire es cada vez más denso... No puedo moverme. ¿Qué es eso que esgrimes, quienquiera que seas, tú que te estás acercando a mí? ¿Un gancho? ¿Una especie de cuchillo? ¡Nol...!

Desde distancia infinita, desde remotos universos, Horacio Prell lanzó un prolongado grito de terror.

Las dos botellas de bronce brillaron en el sótano, bajo la prosaica luz de las bombillas. Debajo de las extrañas botellas, unos destellos menores llamaron la atención de Cora. Lo que brillaba en el suelo era el reloj de pulsera de Prell.

Cora dió un grito. Pero sabiendo que Horacio Prell ya no podía oírla. ♦

Antibióticos y antibióticos

No pasa un mes sin que salga un nuevo antibiótico dispuesto a no dejar microbio sano. Uno de los últimos es la amicitina, que se la tiene jurada al bacilo de Koch.

El radar descubre el objeto misterioso, pero en el silencio paralizador su rumbo y su velocidad nos dejan perplejos. Y la perplejidad se vuelve terror...

EL ESPÍA

por FRANK M. ROBINSON

ilustrado por LAWRENCE

ESTÁBAMOS en el CIC, haciendo unos cuantos planos de prueba cuando Schulman descubrió el objeto con el radar.

¡Un objeto raro! ¡Cero tres ocho, cincuenta y cinco millas!

El alférez Harry Piper encendió la lámpara del plano aéreo y marcó la posición con un lápiz tinta.

—¿Cree que nos habrán dado protección aérea, teniente?

—No estaba en el orden de operaciones —le dije—. Y, además, estamos demasiado lejos. —No nos la habrían dado aunque estuviéramos más cerca de la costa, pensé. Allí estaban nuestros barcos el *Lorraine* y el *Bollard Reefer* —dos anticuados barcos anfibia que atravesaban lentamente el Atlántico para cumplir una misión de la Sexta Flota.

Piper marcó otra posición y luego dijo, simplemente:

—Deberíamos haberlo descubierto antes, Schulman. Ese aparato tiene un alcance de cuatrocientas millas.

El alférez Piper era mi segundo oficial en el CIC, un muchacho algo presumido —pero de una gran disciplina— recién salido de la escuela del CIC, donde se realiza el aprendizaje con los últimos armamentos, mantenidos en perfecto estado. No estaba acostumbrado a trabajar en un barco carguero reacondicionado, donde todas las armas y equipos procedían de la última guerra, y el buen estado significaba que un técnico, agotado por el trabajo, le había limpiado el polvo a los tubos una semana antes.

—Le informé en cuanto apareció en el aparato. ¿Quiere que llame al téc-

nico? —La voz de Schulman estaba llena de esa mezcla de desdén y respeto que los soldados rasos reservan para los alférez oficiosos.

—No se moleste —dije—. Vaya dándonos las posiciones conforme las reciba.

—¡Sí, mi teniente!

Piper me lanzó una mirada de enojo y siguió con sus planos. Cinco minutos después tiraba su lápiz y decía:

—Está describiendo círculos, junto a la marca de las cincuenta millas.

Levanté las cejas.

—¿Describiendo círculos? ¿A mil millas de la costa, en pleno Atlántico?

—Mírelo usted mismo.

Le miré mientras seguía las evoluciones del avión —o lo que fuera— durante cinco minutos más. No cabía duda de que estaba describiendo círculos. Finalmente, dije:

—No lo pierda de vista, Schulman — me volví a Piper—. Vamos a descansar un poco.

Salimos al pasillo que se encontraba en la popa de la cabina del radar y encendimos unos cigarrillos. Era un día frío de otoño, y el mar tenía un apagado tono verde botella. En el horizonte había unos pequeños grupos de nubes y, a juzgar por el viento, el mar no tardaría mucho en agitarse con olas cortas, coronadas de espuma. Abajo, en el puente principal, los marineros retiraban los botes con los que acabábamos de intercambiar observadores con el *Bollard Reefer*. El *Bollard* llevaba un cuarto de hora alejándose de nosotros y se hallaba ahora a unas dos mil yardas de nuestra proa, por el lado de babor.

—¿Sabe algo acerca del alférez Daugherty? — me preguntó casualmente Piper.

Daugherty era uno de los observadores del *Bollard*. Como oficial del CIC nos lo habían asignado a Piper y

a mí, para estimular el trabajo en los planos aéreos de aquella tarde.

—No será muy severo. Después de todo, uno de nosotros será su observador mañana.

—No me preocupa —mintió Piper—. Era simple curiosidad.

Terminó su cigarrillo en silencio y dejó caer la colilla por una de las cañerías de la cubierta.

—Mark —comenzó a decir, y luego vaciló. Yo lo miré con el rabillo del ojo, preguntándome adónde quería ir a parar.

—¿Sí?

—¿Qué cree que debemos hacer con Schulman?

Pensé que si Piper hubiera estudiado a la gente tanto como yo, no me haría esa pregunta.

—¿Por qué me lo dice?

—Se está volviendo demasiado insolente.

Piper comprendió que no simpatizaba con él y cambió de tema.

—Están licenciando a todo el mundo. Cada vez que vuelvo de un viaje, alguien se ha marchado. ¿Cuándo va a volver a su casa, Mark?

—No lo sé. Un día de éstos. —Me aparté de la barandilla y me levanté el cuello del saco, para protegerme del frío aire del mar. Me alegraría de volver a casa, pensé. Y había hecho todo lo que estaba a mi alcance y había aprendido todo lo posible.

—¿Tiene familia, — me preguntó Piper, sin gran interés.

—Esposa e hija. Las dos han estado muy enfermas.

—Veo que no le faltan disgustos, ¿eh?

A Piper no le interesaba realmente aquello, lo hacía por halagar a un superior.

—Todo el mundo los tiene.

De repente, la gruesa figura de Schulman apareció en la escotilla. Parecía preocupado.

—¿Quiere echar una mirada a esto, teniente? No me parece normal.

Volvimos a entrar, Schulman hacía funcionar su aparato de radar a gran velocidad, de modo que la figura de la pantalla era casi continua. Estudié el manchón de luz que representaba el blanco. Iba acercándose en círculos; en un círculo que tenía un radio de cincuenta millas y cuyo centro era nuestro barco. Y se movía con demasiada rapidez.

Lo miré un momento más y luego me senté en la silla del operador.

—Vaya apuntando, Harry —y le di una serie de direcciones y alcances—. ¿Cuál es el rumbo y la velocidad?

—Gira en torno a nosotros a cincuenta millas de distancia. La velocidad que yo tengo es de unas mil doscientas.

—¿Conoce algo que tenga una velocidad de mil doscientas millas? —le pregunté con voz quebrada.

—Hay aviones experimentales...

—Están en Muroc — le contesté —. En la costa occidental. En este lado no hay nada que funcione como eso.

—¿Puede ser un avión extranjero?

—Le daría un buen susto al CIA — dije—. Pero no lo creo. Por una parte, no describiría círculos y, por otra, no se interesaría por nosotros.

Me levanté del radar.

—Vaya dándome las señales y yo las calcularé.

También obtuve mil doscientas millas. Pero mi rumbo era ligeramente diferente; el círculo se iba haciendo más pequeño. Miré a Piper. Estaba sudando y yo sentía que también a mí el sudor me inundaba la frente.

Abrí la palanca de la comunicación interna para notificar al puente y el capitán me riñó furiosamente por no haberle notificado antes. Luego me pidió que le repitiera la velocidad y cuando le dije que era de mil doscientas millas, me dijo unas cuantas palabras elegidas acerca del modo incorrecto que empleaban sus subalternos para trazar los rumbos y me ordenó que repitiéramos el procedimiento. Yo no le repliqué.

Acabábamos de empezar de nuevo cuando Piper levantó los ojos del tablero y me preguntó, frunciendo el ceño:

—¿Dónde está Daugherty, Mark?

El alférez Daugherty, recordé de repente, debería haberse presentado hacía veinte minutos en el CIC.

EL capitán entró hecho una fiera en el CIC cuando le informé de que el objeto se hallaba a treinta millas y le repetí la cifra de la velocidad: mil doscientas millas.

—¡Pensé que era mejor piloto, Evans! —El capitán Woxold era un hombretón curtido, con treinta años de servicio detrás de él: uno de los pocos seres humanos que tenían el ladrido

Oportunidad

Los mejores convertidores de energía solar en energía mecánica, química o eléctrica, que el hombre ha logrado producir hasta ahora apenas si logran utilizar el tres por ciento de la energía que reciben. Si usted fuera capaz de inventar algún sistema que llegara, digamos, a un 20% de rendimiento, no sólo habría solucionado todos los problemas de nuestro planeta en lo que a fuentes de energía se refiere por varios miles de milenios, sino que además se volvería millonario de la noche a la mañana. ¿Qué le parece si hace la prueba?

malo pero la mordedura era todavía peor.

—Eso es lo que dicen las cifras, capitán —le contesté tranquilamente.

Se acercó a mí y se quedó mirando cómo apuntaba las siguientes posiciones. Finalmente, tomó una hoja en blanco, escribió algo en ella y me la entregó.

—Encárguese de que esto salga inmediatamente—. Su voz había bajado mucho de tono.

El mensaje iba dirigido a la Base de Operaciones Navales de Norfolk: describía el incidente y daba nuestra posición y la hora. Yo se lo leí al operador de radio, por el sistema de comunicación interna y le pedí que actuara inmediatamente. Tardaron un poco en contestarme y, cuando lo hicieron, la voz tenía un tono casi histérico.

—Al transmisor le ocurre algo, señor. No podemos llamar a Norfolk. ¡Ni siquiera podemos llamar al "Bollard"!

—¡Pruebe con el otro transmisor! —le dije secamente.

—¡No funciona ningún equipol!
¡No podemos transmitir nada!
Notifiqué al puente del corte de comu-

nicaciones y luego volví al tablero del radar.

—No me imagino como todo puede haberse estropeado al mismo tiempo —murmuré.

Piper se enjugó la frente sudorosa con un gran pañuelo.

—Quizá no somos nosotros. Quizá son ellos. Quizá emiten algún campo que ahoga nuestras comunicaciones.

—Eso es demasiado fantástico —dije—. En toda la Tierra no hay un avión capaz de hacer eso.

—No tiene que ser un avión.

—Cuidado, muchacho —gruñí—. No se deje llevar por la imaginación—. Y me pregunté dónde estaría Daugherty.

Seguimos el objeto hasta que llegó a las veinte millas y un momento más tarde, el vigía del puente de vuelo lo descubrió. Por la

comunicación interna su voz sonaba como un grito delgado y nervioso.

—¡Avión cerca de la proa, por estribor!

Hubo una pausa durante la cual me imaginé al vigía ajustando sus gemelos para ver mejor.

—¡No puedo identificarlo. No tiene alas... —La voz tartamudeó—. ¡No tiene alas!

Casi me pareció oír al capitán y a su ayudante salir de la casilla del timón para mirarlo por sí mismos. Un momento después, el sonido metálico del gong del cuartel general empezó a sonar y el sistema de altoparlantes cobró vida.

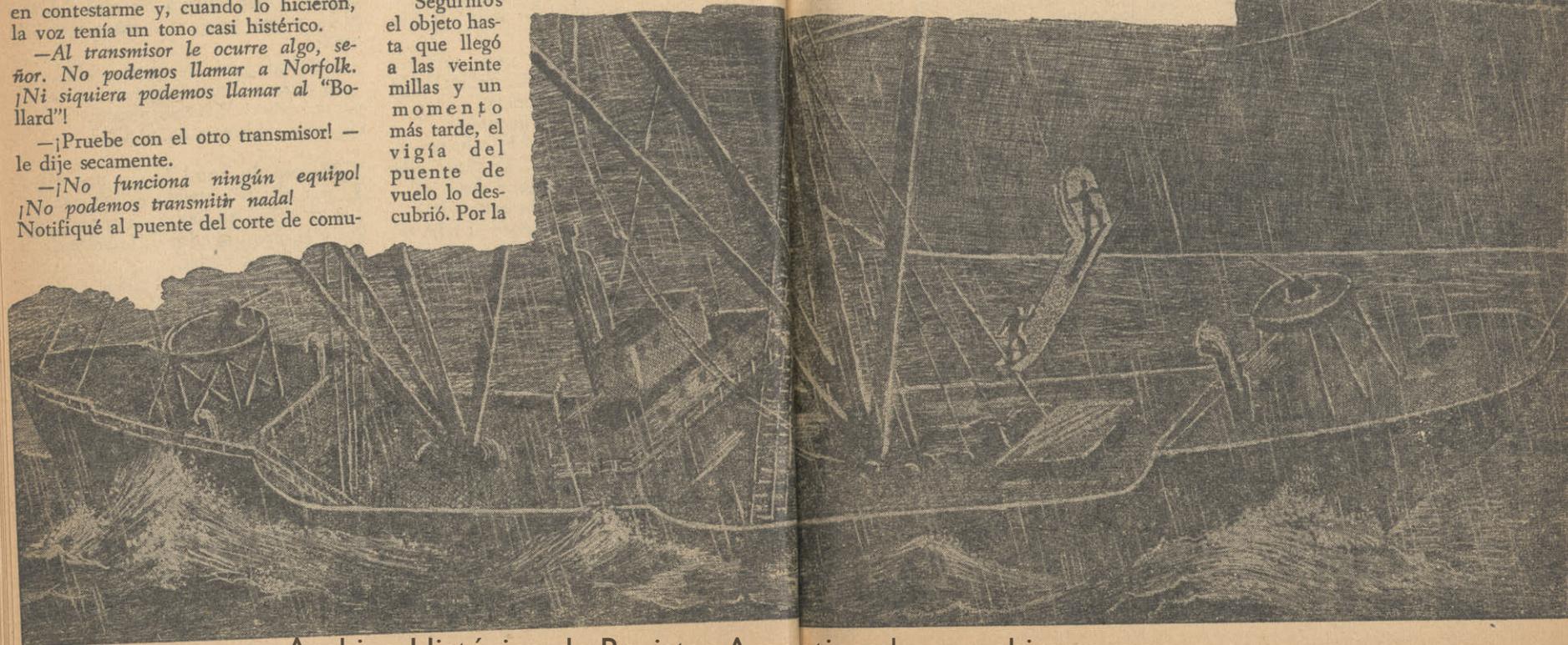
—¡Cuartel general, cuartel general!

Todos los marineros ocuparán su posición de combate. ¡Artilleros, inmediatamente a sus puestos!

Aunque me exponía, abrí de nuevo la palanca de la comunicación interna.

—¡El CIC no recomienda que se tomen medidas ofensivas! ¡El objeto desconocido tal vez no es hostil!

Aun a través de la comunicación interna pude sentir la frialdad de la voz del capitán.



—¡Yo soy el que manda este barco, mister Evans!

Me dejó caer sobre la silla. El capitán pertenecía a la clase de disparar primero y luego haz preguntas, y nada de lo que le dijera podría hacerle cambiar de parecer.

El operador del teléfono que funcionaba con el mismo circuito del puente de vuelo repitió las palabras del vigía, en voz baja y tensa.

—El objeto que vuela alrededor del barco se encuentra aproximadamente a diez millas.

Miré las caras de los que se hallaban en la cabina y se me ocurrió pensar que no eran caras separadas sino una sola cara, pálida, asustada, con la boca apretada y brillante de sudor.

—¡El objeto se acerca! El alcance es de ocho...

Miré la pantalla del radar y pude ver que la mancha de luz había dejado de descubrir círculos y se dirigía directamente hacia el centro.

Arriba se oyó un grito, fuerte y agudo.

—¡Artilleros, fuego a discreción!

Los cañones de cuarenta que había a popa comenzaron a rugir y, entre su ruido, yo distinguí el sonido más agudo y nervioso de los cañones de veinte del puente de vuelo. La mancha de luz se había confundido con el centro de la pantalla de radar; la miré, pero no dió muestras de huir cuando comenzó el fuego. Me imaginé que los artilleros disparaban casi a quemarropa.

El fuego de artillería duró unos diez minutos y luego fué cesando paulatinamente, hasta que reinó un silencio lleno de inquietud. Un momento después llegaba el capitán, con la cara gris. Se volvió hacia Schulman y le dijo.

—¡Eh, usted! Abra la portañola.

Schulman agarró nerviosamente las tenazas de tracción y luego abrió la

plancha metálica. El capitán, Piper y yo nos asomamos a la portañola.

El mar estaba muy agitado. Las nubes cubrían el cielo y había comenzado a llover, con una lluvia fina como una neblina que reducía la visibilidad prácticamente a nada. El objeto que habíamos estado siguiendo con el radar flotaba sobre el agua, a cien yardas de distancia.

Ninguna fábrica de la Tierra había hecho aquella forma negra y chata, pensé. Sus contornos se divisaban débilmente entre la niebla; era tubular, más bien que ovalada, y más amenazadora de lo que yo creí.

—Los cañones no le han producido efecto alguno —dijo el capitán— y es imposible que hayamos errado el blanco.

Vimos como el objeto se iba acercando a nuestro costado, a la luz gris de la portañola que ponía de relieve la astucia calculadora de la cara del capitán y la de Piper, brillante de sudor, como la mía. Al parecer se iba aproximando todo lo posible al *Lorraine*, avanzando cautelosamente en medio de la niebla.

—Me gustaría saber qué es lo que quiere —murmuró el capitán.

Piper fué el primero en contestarle.

—Mire sus movimientos —le dijo—. Parece como si tratara de acompañarse con nuestro rumbo y velocidad. Me recuerda al *Bollard* cuando se nos acercó esta mañana para enviarnos los observadores.

El capitán reflexionó un momento. La suposición era fantástica, pero también lo era la extraña nave, flotando en medio de la niebla. Finalmente, meneó la cabeza.

—Es demasiado descabellado; no podrían hacer una cosa así.

—Quizá están pensando en llevarse a uno de nuestros hombres —observó Piper.

—Eso me parece también fantástico —le dije.

—No lo creo —objetó Piper—. Si hay razas aparte de la nuestra, en el Universo, entonces, ¿no les parece lógico que hayan enviado observadores a la Tierra?

No podían discutir, después de lo que teníamos ante los ojos. No andaba descaminado. ¿Y qué mejor lugar para enviarlo que la Marina, y qué modo más práctico que retirarlo que sacándolos de un carguero solitario, perdido en la inmensidad del Atlántico?

—Estamos suponiendo que esa nave es peligrosa —le dijo—. Pero sabe muy bien que podemos equivocarnos.

El capitán me miró como si fuera algo que había salido de debajo de una roca.

—Yo no dudaría, Evans. Sabe muy bien que podrían habernos buscado abiertamente. No tenían que mandarnos espías. —Se volvió a Piper—. Si hay un observador a bordo, entonces es peligroso para nosotros... y para todos, porque sabe demasiado. Y ese observador podría ser cualquiera, ¿no?

Piper tuvo otra inspiración.

—¿Quién es el miembro más extraño de la tripulación? —preguntó lentamente—. ¿Quién difiere más del resto? Quizá se ha traicionado por algo que ha hecho en otros tiempos, algo que estaba fuera de su tipo.

Entonces fué cuando me acordé de Daugherty.

—No tiene que ser uno de nuestros hombres —dijo—. El observador puede ser del *Bollard*.

—Lindo razonamiento, excepto por una cosa, mister Evans —dijo con tono cortante el Capitán—. Esa nave extraña nos sigue a nosotros, y no al *Bollard*.

—Tenemos a bordo algunos hombres del *Bollard* —insistió—. Por ejemplo, el alférez Daugherty. Hace casi dos horas que lo hemos echado de menos.

—Debería habérmelo dicho antes, mister Evans —me contestó el Capitán con diplomática suavidad.

—Estábamos muy ocupados —le repliqué rígidamente—. Teníamos mucho que hacer.

El decidió no llevar el asunto adelante.

—¿Cree que puede estar oculto a bordo esperando una oportunidad de... transbordar?

—No es más que una suposición, pero no podemos pasarla por alto.

—Entonces, tendremos que encontrarlo —dijo secamente el Capitán—. Y pronto.

—¡Alférez Daugherty, preséntese inmediatamente en el CIC!

LOS ecos del sistema de altoparlante se apagaron, dejándome a mí y a los otros nueve hombres sudando en la penumbra del CIC. Me apreté los nudillos y conté los segundos. Bien pronto se fueron convirtiendo en minutos, pero por ninguna parte aparecía un alférez avergonzado, para contarnos una historia fantástica acerca de su paradero. Sin saber por qué, yo sabía que no iba a presentarse.

—¿Cómo vamos a encontrarlo si se ha escondido a bordo? —preguntó Piper—. Como todos están en el cuartel general, la parte de abajo estará prácticamente desierta.

—Para eso están los equipos de seguridad —le dije—. Pueden registrar el barco, compartimiento por compartimiento, bodega por bodega.

Más allá de la portañola se podía observar el mojado y negro costado de la extraña nave, que se hallaba a menos de tres pies de la barandilla.

—¿Cree que son realmente amenazadores? —me preguntó de pronto Piper.

—Son extranjeros —le dije brevemente—. Vienen del exterior. Tienen unos valores diferentes, un código de

vida distinto. Cualquier raza extraña tiene que diferir radicalmente de nosotros, y esa diferencia la convierte en enemigo... por definición.

Piper casi se estremeció. Eso era lo que esperaba que dijera, y no lo había decepcionado.

—Probablemente Daugherty llevará una bolsa llena de papeles, cuando intente transbordar, ¿no lo cree?

Le miré interrogante.

—¿Por qué?

—Necesitará llevarse con él sus planos —dijo pensativo Piper—. Informaciones acerca de nuestra ciencia, maquinarias y cosas por el estilo.

El altoparlante nos interrumpió, dando noticias de los progresos del equipo de seguridad.

—Bodega número uno, revisada. Estamos soldando las escotillas para que... nada... pueda salir.

—Equipo de seguridad número dos. Todos los camarotes revisados. Estamos cerrando las escotillas.

Sentí que me ponían en la mano algo duro y frío. Miré. El Capitán me entregaba una pistola. Ni siquiera le había oído entrar.

—Puede estar oculto en cualquier lugar —dijo el capitán con voz ronca—. En lugares en los que nunca se nos ocurriría mirar. Pero, más tarde o más temprano, intentará escapar. Cuando vea cualquier movimiento sospechoso en cubierta... dispáre.

Piper abrió la escotilla de popa y nos estacionamos rígidamente a ambos lados de ella, vigilando las cubiertas de abajo. Desde donde yo estaba se veía claramente el depósito de armas y la cabina de proyecciones. Más hacia proa, la cubierta de los cañones sobresalía sobre la cubierta inferior. Mis ojos registraron los mil detalles de la cubierta, del puente de los botes, etc. Había mil sitios donde Daugherty podía haberse escondido.

Pero el único movimiento que se

percibía era el de los hombres junto a los cañones.

—Equipo de seguridad número tres. Bodega número cinco revisada. Hemos puesto un guardián armado junto a la escotilla.

El Lorraine comenzaba a balancearse en el mar agitado; la gran forma que había junto a él, medio oculta por la llovizna, se balanceaba a su compás, siguiendo todos los movimientos de la nave. La distancia que la separaba de la barandilla no era nunca mayor de un pie.

Eché una mirada hacia el CIC. Los hombres que había en él seguían inmóviles en sus posiciones de combate. Schulman se hallaba junto al radar aéreo, registrando frenéticamente la pantalla, para ver si descubría algún compañero del monstruo oscuro que teníamos a nuestro lado. Los otros estaban junto al mapa de operaciones, escuchando la voz monótona del altoparlante que informaba de los progresos de los equipos de seguridad, que recorrían de un extremo a otro el Lorraine.

—¡Mark, mire!

A unos veinte pies de distancia, poco más allá del pasillo, una pequeña sección de la nave extraña se había descorrido y una lengua de metal había salido por la abertura. Un hombre que estuviera a bordo del Lorraine podía saltar la barandilla y saltar a la lengua sin dificultad alguna.

La abertura despedía una luz cegadora: no se podía ver nada, más allá de aquella cortina de luz.

Transcurrieron varios minutos. Mis músculos estaban doloridos.

—Equipo de seguridad número dos. Sala de máquinas y entrada, revisadas.

Me aseguré mejor contra el balanceo de la nave y me limpié el sudor de las palmas, para poder sujetar mejor la pistola. Miré a Piper. Había perdido toda su arrogancia. Respiraba con

fuerza y tenía la cara sudorosa y con un tinte verdoso. La enorme nave que se encontraba allí afuera era lo Desconocido, el primer contacto con lo Exterior. No tenía ningún medio de saber cómo eran, lo que podían hacer, lo que querían. Y uno de sus observadores estaba oculto a bordo.

Llevábamos una hora junto a la escotilla abierta, oliendo el aire húmedo y salado, y dejando que el viento frío secase el sudor de nuestras caras, cuando de repente la voz del altoparlante perdió su tono monótono y exclamó, excitada:

—Equipo de seguridad número dos. Hemos encontrado al alférez Daugherty al pie de la bodega número dos. Desvanecido, con una pierna rota. Hemorragia interna. ¡Envíen inmediatamente un sanitario!

“No es extraño que se deje abierta la escotilla de una bodega oscura”, pensé. Un hombre que no conoce el barco puede poner el pie en el agujero y caer a plomo los cuarenta pies que le separan del fondo. Ha ocurrido otras veces. Ha ocurrido ésta.

—El barco sigue aún ahí —dijo con débil voz Piper—. Si no es Daugherty, entonces tiene que ser otro.

Lo miré durante largo rato y luego me decidí.

—Tendremos que cerrar esa abertura —le dije con una gravedad que no sentía.

Antes de que Piper pudiera oponerse, atravesé corriendo el pasillo, mientras la lluvia me pegaba la ropa a la piel. Oí que alguien maldecía y gritaba detrás de mí. Me pareció que era el capitán, pero no me detuve. Salté

la barandilla. Un segundo después, me balanceaba en la pasarela de metal de la nave extraña.

Oí un ruido detrás de mí. Piper había saltado la barandilla y corría hacia mí. Todavía llevaba la pistola en la mano.

Me detuve en la brillante abertura y me volví hacia él. Quería decirle que nos habíamos equivocado, que para ser un observador no había que representar el papel por unos meses, sino por varios años. Que, en vez de ser extraño, el observador tenía que ser el más vulgar de los hombres vulgares, un hombre casado y con hijos, con preocupaciones y penas muy reales. Y que ese observador estudiaría la gente, no para llevarse la información de lo que hacían y fabricaban, sino para reunir otra información, mucho más vital: la de cómo vivían y cómo pensaban.

Me quedé en el puente de metal, luchando para no perder el equilibrio con el balanceo de la nave. Empezaba a oscurecer, y la lluvia casi me ocultaba a Piper, que se encontraba al otro extremo del puente, a unos pies de distancia.

Levantó la pistola y apuntó, gritándome con una voz potente que casi se perdió en el estruendo del mar.

—¿Adónde diablos cree que va, tenniente?

Sonreí, porque sabía que Piper era un prisionero de su sentido de la disciplina y no se atrevería a disparar contra su superior.

—Me voy con los míos, le contesté, mientras la brillante luz se apagaba y la lengua de metal de mi nave-trayectoria retrocedía, cerrándose.

“Gente vieja

Se han descubierto recientemente en el Lago Superior (Canadá) algas fósiles en yacimientos cuya edad es del orden de los 2.000 millones de años. Con esto, dichos fósiles representan la forma de vida más antigua que se conozca.



CORRESPONDENCIA

proyectiles dirigidos

Proyectiles tímidos

Señor director:

Como "fan" de cierta antigüedad de la Fantasía Científica (creo haber leído más de lo que su magnífica revista pueda publicar en sus próximos 20 años), me da una enorme satisfacción reconocer que MÁS ALLÁ es una de las mejores revistas de este tipo que se publican en el mundo.

En cuanto a la sección de "Proyectiles Dirigidos"; es fundamental que tenga de cinco a seis páginas. Creo que sólo así cumpliría satisfactoriamente su misión, que es la de acercar los lectores a la revista y entre sí. Para darle una idea de lo que quiero decir, le doy un ejemplo: en Estados Unidos las revistas de Fantasía Científica que sucumbieron en su casi totalidad no tenían una sección de correspondencia o no le dedicaban más que una página. Ninguna de las que le ofrecían más espacio sufrió esa suerte. Elocuente, ¿verdad? De cualquier modo, tiene más entusiastas felicitaciones por haber visto que la revista necesitaba de una sección así. Pero, ¡por favor; más de ella!

Esta sección por ahora está muy tímida. Sugiero que, además de comentar su revista, en ella también se comenten los comentarios. Y, para comenzar, le diré a la señorita Rosen (MÁS ALLÁ, Nº 18) ... ¡ejem! Le sugeriría en primer término algo para sus nervios. Aparte, al tratar de imaginarme un ser por cuyas venas corra agua, sólo se me representa un radiador... Agregaría que mi "ciega vanidad masculina", afortunadamente, no necesita convencerse de nada, en oposición a lo que parecería ocurrirle a la "ciega vanidad femenina" de esta lectora. Al menos eso parecería desprenderse de la virulencia y al apasionamiento de su crítica. Es demasiada reacción para un estímulo tan insignificante...

A Omar Kazán (¿caso un seudónimo con reminiscencia poéticocaninas?), sinceramente lo envidio. O no lee los diarios o está enamorado. Sólo así se explica...

JACK (Buenos Aires.)

MÁS ALLÁ contesta a todas las cartas firmadas que recibe. La Sección Científica de MÁS ALLÁ prepara las respuestas a las preguntas sobre temas científicos. Algunas cartas y respuestas se publican cada mes. Escriba a MÁS ALLÁ, Avenida Alem 884, Bs. As.

*** "Jack" ha escrito una carta de seis páginas (se publican algunos párrafos), repartiendo una lluvia de proyectiles, dirigidos con buena puntería. Su carta es típica del entusiasta lector de Fantasía Científica: desbordante, polémica, sin retraimientos y sin complacencias, insatisfecha e indiscreta.

Modismos

Señor director:

He observado varias veces la aparición de modismos (MAS ALLÁ, Nº 17, pág. 74, línea 19), modismos que no se usan nada más que en Argentina. MÁS ALLÁ es una revista que se vende en el extranjero y no es posible pedir que los lectores estén al tanto de cada modismo y expresión popular, que puede ser muy usada en un país, pero completamente desconocida en otro.

"El triángulo de 4 lados" y "Crónicas de Marte" son geniales. En cambio me causó verdadera aflicción la lectura de "Una estancia en Osiris" y "Un muchacho con suerte". No comprendo cómo es posible que, al lado de una novela y un cuento de buena calidad se publiquen otros de calidad ínfima. Son sencillamente pésimos.

En la sección "Artículos científicos", de este mismo número 17, se trata algo de la cuarta dimensión. Uno se queda con las ganas de saber más al respecto, y el autor, tal vez para evitar complicaciones, termina diciendo: "...pero esa cuarta dimensión tiene sus bemoles". Después que ha logrado interesar profundamente al lector, lo deja en el aire, con sólo un bosquejo de comprensión. ¿Será por falta de espacio?...

LUIS M. RODRÍGUEZ (Santiago de Chile.)

*** El problema de los modismos locales atormenta a todos los editores en lengua española. Si utilizáramos castellano absolutamente castizo, posiblemente se nos tildaría de pedantes. El revisor de los originales de MÁS ALLÁ es español de pura cepa, y las pocas concesiones que hace —a regañadientes— al lenguaje popular están justificadas, en nuestra opinión, por la mayor viveza expresiva de ciertas formas.

En cuanto al artículo sobre la cuarta dimensión, la superficialidad de la explicación ha sido intencional. El artículo tenía el propósito de aclarar ciertas ideas; no de agotar el tema, lo cual hubiera requerido no sólo más espacio, sino también un enorme esfuerzo por parte del lector.

Altura máxima

Señor director:

Todo lo que su revista ha publicado hasta ahora, demuestra que el género humano es capaz de colocarse a la altura de cualquier circunstancia.

JUAN BAUTISTA CABRERA (Córdoba.)

*** ...Y, a veces, aun más alto.

Pintando el porvenir

Señor director:

...Hay que reglamentar los colores de las pinturas. Ahora usted pinta con color blanco de una marca, y es blanco; pinta con otra marca, y es un blanco un poco más beige; pinta con otra marca, y tiene un tono verdoso. Como cada color tiene una visiofrecuencia de ciclos registrables en el espectrógrafo, ¿llegaremos en el futuro a distinguir los colores por el número de ciclos, y no con las inconcebibles denominaciones "narana", "verde botella", "verde nilo", etc.?

FRANK E. SPUHR (Río Gallegos.)

*** ¿Por qué no? Todo puede o podrá ser medido, hasta la verde esperanza, la negra desesperación y la cándida inocencia.

Dosificación

Señor director:

¿No podría traer MÁS ALLÁ mayor cantidad de artículos científicos, sin dejar de lado los cuentos como el condimento indispensable?..

EDMUNDO FUGAZZA (Capital.)

*** Para MÁS ALLÁ, los artículos científicos son el condimento de los cuentos.

"La isla del Dragón"

Señor director:

... "La Isla del Dragón", de Williamson (MÁS ALLÁ, N° 10 y N° 11), es lo más grande, completo y perfecto que ha publicado MÁS ALLÁ: es tal mi entusiasmo que, si tuviera a dicho autor delante de mí le daba un fuerte abrazo (aunque a él no le gustara)...

LOLA PUJOL DE M. (Capital.)

Mapa celeste

Señor director:

Le felicito por su brillante editorial "Trípode de Optimismo" (MÁS ALLÁ, N° 18). En verdad, los lectores encontramos en MÁS ALLÁ la emoción de lo desconocido...

¿Por qué no publica un mapa celeste con la distribución de las constelaciones y estrellas principales?

MIGUEL DUPLAIN (Tanti, Córdoba.)

Asombroso

Señor director:

Felicitaciones... por el reciente artículo sobre nosotros, los lectores (en el N° 18)... ¡Muy bueno el "Triángulo de 4 lados"! Si-

gan publicando así... ¡Ah!, de paso: ¿cómo hizo usted el experimento del agua y la tarjeta (MÁS ALLÁ, N° 18, página 83)? Yo se lo voy a contar en dos palabras:

Dos dedos quemados. Agua que chorreó por todos lados y por el hermoso agujero que quedó hecho en la tarjeta. Menos mal que era un experimento "asombroso y sencillo"...

LILIAN BAS (Capital.)

Venus, para las mujeres (continuación)

Señor director:

No estoy de acuerdo con la señorita Rosen (MÁS ALLÁ, N° 18). El cuento "Venus, mundo para hombres" será una vergüenza, pero William Tenn, al predecir la Tierra dominada por las mujeres, demuestra conocer muy bien a éstas últimas, y ha querido advertirnos de un inminente peligro...

RUBÉN DEL RE (Rosario.)

respuestas de la sección científica

¿Qué es una "tira Moebius"?

JOHN M. CÁRDENAS (La Florida, Caracas, Venezuela.)

Superficies tales como la esférica, o la del toro, tienen dos lados; es decir, que si pintáramos cada lado de la superficie con un color distinto, el del otro lado, ambos colores no se juntarían. Lo mismo ocurre con las superficies no cerradas, limitadas por curvas; pero en este caso, los dos colores se encuentran precisamente a lo largo de esas curvas. Moebius descubrió que existen superficies con un solo lado. La más simple de ellas es la "tira" o "cinta" de Moebius, que se obtiene tomando una cinta rectangular, larga, de papel, y pegando sus dos extremos después de haberla retorcido en media vuelta, verá usted, entonces, que la cinta posee la propiedad mencionada y, además, que sólo tiene un borde: su contorno consiste de una única curva cerrada; y otra propiedad curiosa: si la corta por el medio, a lo largo de la cinta, no obtiene dos tiras, como se supondría sin mucha reflexión, sino una sola, y para mayor sorpresa, si la

vuelve a cortar por la mitad, a lo largo, obtiene esta vez dos cintas, pero entrelazadas entre sí. Le aconsejamos que se fabrique una y se ensaye a cortarla como le hemos dicho, y aun de otras maneras más, que usted mismo podrá encontrar.

¿Cómo puede ser que en el aire dos cuerpos de diferente peso caigan juntos al suelo ya que solamente caerían juntos en el vacío?

JUNA MIGUEL PRATS (Buenos Aires.)

Estrictamente, es en el vacío donde caen con igual velocidad; pero con bastante aproximación, también en el aire, siempre que no se trate de cuerpos que ofrezcan demasiada superficie ni sean demastado livianos.

Desde el punto de vista militar, el berilio es considerado mineral estratégico. ¿Es por que tiene algún uso en la obtención de la energía nuclear?

MARIO J. BOTTINELLI (Buenos Aires.)

El berilio es efectivamente un material estratégico desde el punto de vista militar, debido a la propiedad que posee de producir neutrones tanto al

ser bombardeado por partículas alfa o por protones, como por fotoproducción, es decir, por rayos gamma (fotones) de algún material radioactivo. Suele encontrarse en la naturaleza, como silicato de berilio, pero sólo en pequeñas cantidades. Además, el berilio sirve como moderador en la "pila atómica", debido a su bajo peso atómico y a su baja sección eficaz de absorción de neutrones.

¿Podrían informarme cuáles son los títulos de libros de astronomía cuyos autores recomendaba MÁS ALLÁ en el número 4?

JULIA GARCÍA, Villa Ballester.

Sí. Son los siguientes: Loedel-De Luca: *Cosmografía o Elementos de Astronomía*; Gamow: *Biografía de la Tierra* (Ed. Espasa-Calpe); *Nacimiento y muerte del Sol* (Ed. Espasa-Calpe); el de Jeans está en inglés; Spencer Jones: *La Vida en Otros Mundos* (Ed. Espasa-Calpe); Hincks: *Astronomía* (Ed. Emecé). En cuanto a revistas, la Asociación Amigos de la Astronomía, cuyo pequeño observatorio está situado en el Parque Centenario, de esta capital, publica una en castellano; diríjase a esa asociación, para más detalles.

¿Cuál es el método para llegar a las bajas temperaturas necesarias para licuar el oxígeno?

JUAN C. SERRANI, Villa Alianza, Caseros, F. C. N. G. S. M.

Los métodos modernos emplean en general el llamado efecto Joule-Thompson, según el cual ocurre un descen-

so de temperatura cuando se deja expandir una masa de gas. El método consiste, pues, en comprimir un gas y después dejarlo expandir, obteniendo así el descenso de temperatura; luego, este gas enfriado se utiliza para enfriar una nueva porción de gas comprimido; se deja expandir éste, con lo que se produce un nuevo descenso; con este gas frío se enfria una nueva porción de gas comprimido, y así sucesivamente.

Si el frío intenso sirve para congelar y conservar órganos, carnes, etc., ¿por qué entonces produce gangrena en el ser humano, o sea, descomposición de los tejidos, en vez de conservarlos? ¿Cuál es el hecho o fenómeno biológico que hace que por un lado conserve y por otro descomponga los tejidos?

OSVALDO ABOID (Santiago de Chile).

El frío sirve, efectivamente, para conservar carnes, alimentos, etcétera, debido a que impide la proliferación de bacterias y gérmenes, que darían lugar a la putrefacción. En el cuerpo animal, las partes sometidas al frío intenso sufren el mismo efecto; pero, al volver a la temperatura ambiente, son tejidos que ya no viven ("quemados"), por así decir, que entran en descomposición, segregan toxinas y dan lugar a la gangrena. Mientras está helado el tejido, se conserva sin descomponerse, aunque ya sin vida; al volver a la temperatura normal, el fenómeno de proliferación de bacterias y gérmenes tiene lugar nuevamente, produciéndose entonces la gangrena.

LA ESTATURA Y LA GEOGRAFIA

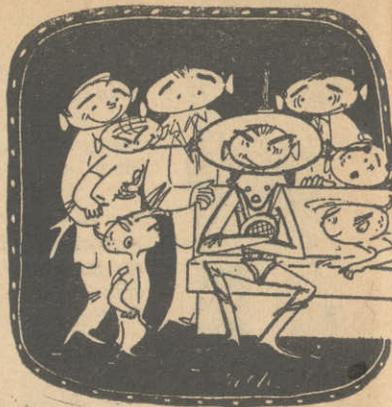
CUANTO más lejos del Ecuador uno se haya criado, tanto más alto va a llegar a ser. Por lo menos, ésta es la conclusión a que llegó un antropólogo de Estados Unidos, al verificar las teorías del biólogo alemán Bergmann. Bergmann observó que los individuos más grandes tienen menos superficie de piel con respecto al volumen total del cuerpo, y por lo tanto disipan en proporción menos calor corporal. Consecuencia: en las zonas frías, teniendo necesidad de conservar el calor, la gente crece más. Esto no sólo está de acuerdo con la opinión común de que los habitantes de los países bálticos son muy altos, sino que también ha sido comprobado en un estudio minucioso realizado sobre los indios de Norte y Sudamérica.

PETISOS AL HIELO

ESE dicho "de tal palo tal astilla" no corre con la estatura. Antiguamente se creía que a padre petiso correspondía hijo petiso. Pero que no es así lo demuestra el hecho de que los japoneses criados en Estados Unidos son mucho más altos que sus parientes del Japón. Lo mismo sucede con estadounidenses que viven en la zona del canal de Panamá, aunque en sentido inverso: son considerablemente más bajos. Un factor muy importante parece ser el clima: cuanto más frío es el clima más alta es la gente, aunque no hay que despreciar por eso las influencias de carácter dietético. Lo importante de todo esto es que los cambios de estatura aparecen ya en la primera generación, y que se puede obtener una manera práctica de curarse los complejos de petiso, siempre que uno se preocupe por la cosa cuando todavía está en la época del crecimiento.



la máquina del tiempo



¿QUIEN de nosotros no se ha embelesado, de niño, con el cuento de la Bella Durmiente, que luego de varios siglos de sueño ininterrumpido despertaba en un mundo nuevo, transformado por el tiempo, que para ella no había transcurrido?

Lo maravilloso es que la ciencia ha convertido la fábula en realidad tangible: los futuros exploradores del Universo estarán, a su vuelta a la Tierra, en el lugar de la Bella Durmiente; aunque para ellos sólo habrán transcurrido algunos días desde su partida, en la Tierra se habrán sucedido cientos de generaciones y, en plena juventud, estrecharán las manos de sus descendientes a mil años de distancia. Y sólo estos descendientes podrán emocionarse con las aventuras corridas en los confines de la Galaxia. Sus ex contempo-

ráneos no habrán vivido para escucharlos.

Es éste uno de los sorprendentes resultados de la teoría de la relatividad: el tiempo, para la ciencia moderna, depende del movimiento del reloj que lo mide. No transcurre igualmente en la Tierra que a bordo de la astronave que surca el espacio a una velocidad fantástica, cercana a la de la luz; para esta última pasa más despacio. Así, si los telescopios estuviesen para esa época suficientemente perfeccionados, los astrónomos que enfoquen a la espacionave verán a los viajeros moviéndose con desesperante lentitud, como cuando ahora miramos una película pasada con cámara lenta.

Sin embargo, los astronautas no sentirán en lo más mínimo este cambio en el ritmo del tiempo. Ellos tendrán su tiempo propio, medido

por sus relojes, sus reacciones químicas, su vida, y nada les indicará el hecho de que, cuando para ellos pasen días, en el planeta nativo pasan años.

Pero si una de las fantásticas consecuencias del movimiento a gran velocidad es esta dilatación del tiempo, la otra es la contracción del espacio: para los viajeros el espacio se achicará en el sentido de su movimiento: los astros cerca de los cuales pasen, se les antojarán, no ya esferas, sino discos aplanados casi sin espesor.

Preguntémonos por ejemplo qué pasará con los colonizadores de algún planeta desconocido que gire en torno a Canopus, la segundo estrella del cielo en la constelación de Navío. Llamemos t_1 al tiempo que miden los relojes de la Tierra y t_A al que miden los de la astronave. Entre ambos existe la famosa relación de Lorentz

$$t_1 = \frac{t_A}{\sqrt{1 - \frac{v^2}{c^2}}}$$

en que v es la velocidad de la astronave y c la de la luz (300.000 kilómetros por segundo).

La luz de Canopus no tarda más que un siglo en llegar a la Tierra; si nuestros viajeros alcanzan la velocidad de 298.000 kilómetros por segundo (el 99,5 % de la luz), tardarían cien años y dos meses en llegar por fin a su meta. Sus contemporáneos, los financiadores de la expe-

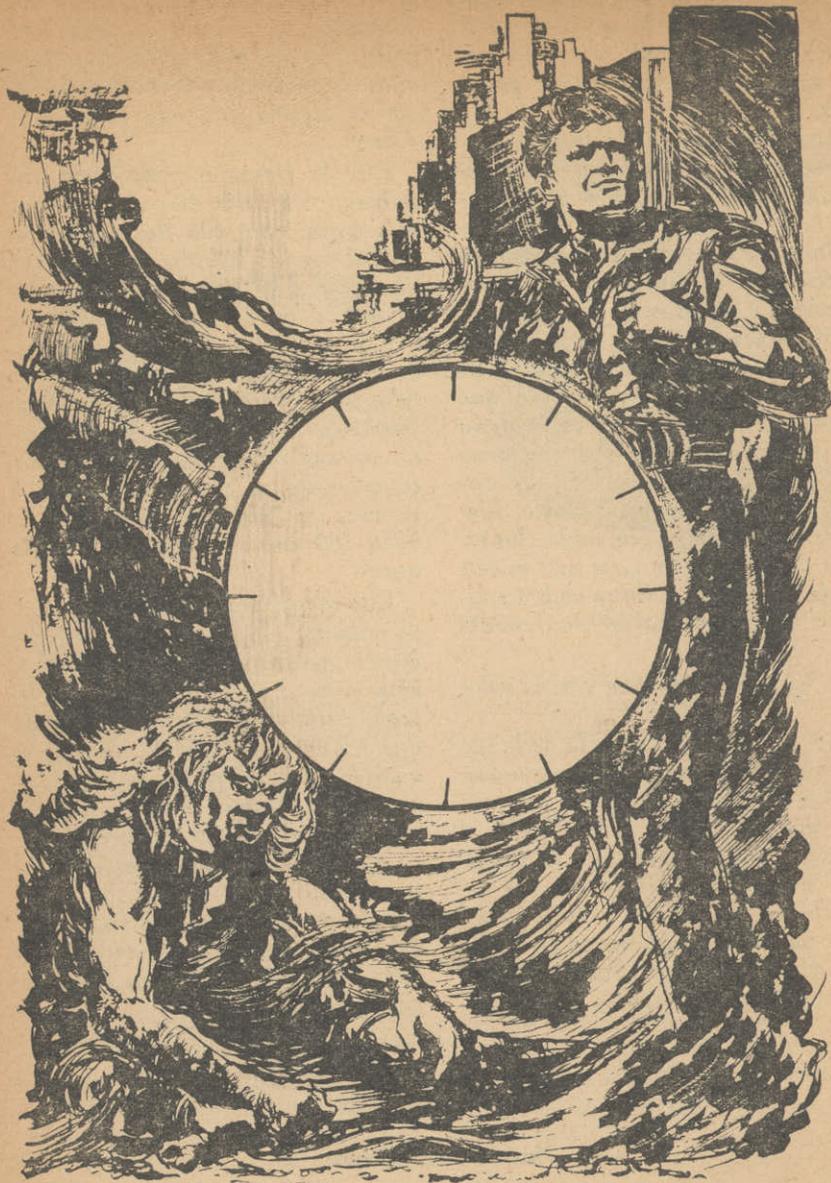
dición, no podrían enterarse de sus resultados; aun comunicándose por radio, sus mensajes pasarían cien años vagando a la velocidad de la luz por el espacio antes de llegar a la Tierra.

Para la física prerrelativista, sin embargo, no sería éste el problema más grave; para ella ¡los exploradores del espacio habrán muerto antes de llegar a su meta! Pero lo cierto es que sólo habrán envejecido un año y dieciocho días. A su vuelta, 2 años y 36 días después de su partida, encontrarán un planeta envejecido en 2 siglos, que los asombrará con sus descubrimientos e invenciones, pero al que ellos traerán a su vez, las "últimas" noticias — de hace 160 años — de un mundo nuevo.

Esta aterradora máquina del tiempo presenta a los futuros pioneros del espacio galáctico una disyuntiva: si bien pone a su alcance los más lejanos mundos del Universo, tendrán que renunciar a todo lo que les es querido antes de partir: su hogar, su familia, sus amigos. Para sus deudos, su viaje equivaldrá a su muerte; nunca más podrán verlos o comunicarse con ellos. Y los viajeros, al partir, estarán en la misma dramática situación. A menos que para entonces se haya descubierto el secreto de la longevidad indefinida... ✦

Nuevo antibiótico

TETRACINA es el nombre de uno de los últimos antibióticos aparecidos en escena. Es muy parecido a la terramicina y es muy útil en peritonitis, infecciones de las vías urinarias, mastoiditis, etc.



ilustrado por ENWIE BARTH

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.anira.com.ar

sin mayor importancia

por CHARLES OLIVER

Para conservar el mito de la supremacía, tenían que eliminar a los descubridores de la verdad. Pero, ¿acabarían con todos?

Era solamente una pequeña rueda hecha de material plástico, como las que se pueden encontrar por millares en cualquier fábrica moderna. La única diferencia es que aquélla fué hallada por una expedición arqueológica que hacía excavaciones en Méjico, y la posición del objeto en el terreno indicaba que había sido colocado allí a lo menos dos mil años antes.

Para Roberto Schákel, jefe de la expedición, esto no tenía explicación posible. Lo pensó y luego colocó la rueda en un lugar seguro. A la mañana siguiente, cuando se levantó y fué a verla, la rueda había desaparecido. La respuesta era bien simple: alguien la había retirado durante la noche. Ya podemos decirlo: Roberto estaba equivocado. Resulta que la rueda no había estado en el primer lugar...

PARA Schákel, las cosas comenzaron en Méjico.

El sol había subido constantemente a través del translúcido cielo limpio de nubes, y sus rayos caían casi verticales. No quedaban ya rastros de la viscosa humedad que había llenado el aire matutino. En verdad, hacía ya calor. Roberto levantó el escritorio portátil, se removió en su banqueta de lona y sintió deseos de que el cocinero llamase a almorzar.

—¡Muchachos! — gritó Carlos England desde el foso donde estaba excavando —, ¡vean lo que encontré!

Los otros levantaron la vista, para ver lo que había encontrado, y prosiguieron de inmediato raspando metódicamente con sus azadas la dura tierra. Juan Symes y Jorge Feco estaban todavía husmeando el puchero de la noche anterior; pero los otros se dedicaban simplemente a matar el tiempo que faltaba para el almuerzo. Roberto Schákel tuvo que admitir honestamente, ante sí mismo, que él no estaba haciendo otra cosa.

—¿Qué encontraste?—preguntó Carlos, por preguntar algo, pues sabía perfectamente qué era lo que había encontrado.

—Un cacharro.

—Es mejor que lo midas. Symes y Feco, traigan la cinta métrica.

Symes y Feco trajeron la cinta y se dedicaron a medir con exactitud las cordenadas y la profundidad de la pieza. Roberto anotó cuidadosamente los datos y miró el hallazgo cuando Carlos se lo alargó. Era un trozo de cacharro gris, completamente vulgar. Roberto lo guardó sin mayor interés.

Los otros prosiguieron adelante con sus calmosas excavaciones. Roberto se puso de pie y se desperezó. Era alto (un metro con ochenta) y algo delgado, y su brillante doctorado de filosofía,

recientemente adquirido, estaba muy bien disimulado bajo su gastada camisa del ejército y su pantalón azul. Esta era la primera excavación para estudiantes que dirigía, y había tenido suerte. No pudo dominar por completo el cosquilleo de orgullo que se le despertó al dirigir su vista a la excavación rectangular y a los estudiantes, la mayoría de los cuales le recordaban lo que él había sido unos pocos años antes. Y como entonces, tenía hambre. Miró su reloj: las doce menos diez. Sacó un pañuelo rojo y se sonó la nariz. Entonces se produjo el hallazgo.

Como siempre que se encontraba algo interesante, nadie dijo una palabra; pero, para el ojo experimentado de Roberto, los signos eran inconfundibles: todos los estudiantes habían dejado de cavar, como por tácito acuerdo, y contemplaban a Carlos Kelly, que limpiaba algo en su sector. Pero había otros signos además: el aire parecía más fresco; repentinamente había desaparecido la pereza y el cansancio de todos, y, lo que es más, hasta el mismo almuerzo fué olvidado.

ROBERTO se acercó, abriéndose paso entre los curiosos, para ver qué habían encontrado. Los estudiantes conversaban entre sí, pero no pudo sacar nada en limpio de las palabras sueltas que llegaban a sus oídos.

—¿De qué se trata? — preguntó, y los otros retrocedieron para dejarle paso. Carlos Kelly, que era un estudiante graduado y sabía bien su oficio, levantó la vista y le dijo:

—Usted dirá.

Salió de la fosa y se apartó para que Roberto mirara por sí mismo.

Roberto se agachó y contempló el objeto que estaba en el fondo de la fosa, semienterrado aún. Lo limpió con su escobilla; se acercó más para verlo; se rascó la cabeza; volvió a limpiarlo en

los bordes, esta vez con su paleta de bañail, y miró otra vez.

Tampoco pudo entender.

No era nada asombroso; en otras circunstancias, apenas le habría llamado la atención. Era un objeto circular, de unos quince centímetros de diámetro, y parecía tener dientes en todo el borde. Era duro, como si fuera hecho de cerámica, pero no tenía aspecto de cerámica. Estaba demasiado sucio para ninguna conclusión; sin embargo, él supo inmediatamente que ese objeto (fuera lo que fuese) no pertenecía a una aldea india de las montañas mejicanas.

—Bueno — preguntó Kelly, sin malicia —, ¿qué es?

—Pues no lo sé — reconoció Roberto —. Tal vez sea algún objeto ceremonial — añadió sin mucho convencimiento.

—A mí me parece una rueda de engranaje — comentó sonriendo Juan Symes.

—Tal vez sea un repuesto de algún Chevrolet maya — sugirió Feco.

Roberto festejó el chiste con una sonrisa fingida. La verdad es que no se sentía muy contento. ¿Qué era el objeto? ¿Qué hacía allí?

—Carlos — dijo —, como primera precaución saquen una fotografía de eso, antes de tocarlo. Alguno de ustedes encárguese de medirlo... Y vamos a comer algo, aunque esté crudo.

Roberto sacó su cinta métrica de bolsillo y midió "grosso modo" la profundidad del hoyo. Apenas treinta centímetros. No era mucha, decididamente, pero de todos modos tampoco era el nivel de la superficie.

Sacaron la fotografía; anotaron las coordenadas y posición, a medida que Feco y Symes las iban cantando; por fin retiraron el disco cuidadosamente; Roberto lo limpió con su cortaplumas, y comenzaron a descender la colina. Roberto llevaba delicadamente el disco en la mano.

SU mujer, Aurora, había estado vigilando la preparación del almuerzo, de modo que los alimentos envasados y las alubias habían resultado, para variar, apenas comestibles.

Roberto comió vorazmente sentado frente a la mesa portátil, bajo la lona combada de la carpa, con su mente ocupada (no por primera vez) en imaginar crueles destinos para la joven que había osado afirmar que la cocina de campaña le era perfectamente familiar, y había resultado en cambio una de esas mujeres cuya sola presencia bastaba para suscitar la rebeldía de cualquier tipo de vianda.

Después del almuerzo, durante la breve siesta que dió a las nubes tiempo para modificar su formación y prepararse para lo que los estudiantes llamaban el "tifón cotidiano", Roberto sacó el objeto del bolsillo y se lo mostró a Aurora. Lo había limpiado superficialmente, pero lo suficiente para que resultaran evidentes dos cosas: no era cerámica, y en los bordes tenía dientes bien recortados y repartidos regularmente.

Aurora disistió de enderezar la pequeña tienda y observó con sus ojos vivaces el objeto.

—¿No será una broma de los estudiantes?... Recuerda lo que le pasó al doctor Mac.

Roberto se acomodó en el catre y respondió:

—Yo mismo lo vi en el terreno, aunque, por supuesto, podrían haberlo simulado. Pero no me parece una broma. Los muchachos son muy serios y respetuosos con el trabajo científico, aunque son muy alegres. Los únicos capaces hubieran sido Symes, Feco o Kally...; pero son demasiado inteligentes para enterrar un objeto tan absurdo como éste... Más bien habrían escondido una punta de flecha de Fólson o una pieza tallada de esquimal. Este objeto no tiene absolutamente nada

que ver con el contexto; simplemente no pertenece a este estrato.

Lo miró. Allí estaba... , tranquilo, inocuo, un pequeño absurdo. Nada más que un pequeño disco de algo que parecía material plástico, sepultado en un terreno donde era totalmente imposible que estuviera. Aun en el centro de Méjico, sede de las magníficas culturas antiguas, hubiera sido un anacronismo; pero allí, en una aldea de agricultores, no tenía sentido.

Los indios de hacía dos mil años no habían usado ningún tipo de plástico ni ruedas de ninguna clase, y muchísimo menos una rueda con dientes de engranaje. El objeto más parecido a ése, entre los que habían aparecido en la excavación, era la plataforma de un torno de alfarero, lo cual era muy diferente.

—¿Qué vas a hacer con la rueda? — preguntó Aurora levantando una ceja.

Roberto se encogió de hombros.

—¿Y qué puedo hacer con ella? No está de acuerdo con el contexto; no pertenece aquí. Lo único que puedo hacer es clasificarla como intrusa y archivarla en cualquier parte. Es como desenterrar a un hombre de Neanderthal en Kansas. Lo mejor que podemos hacer es enterrarla de nuevo, a no ser que quieras echarla encima a todos los colegas...

—¡Hum!... — respondió Aurora.

—¿Qué quieres decir? Tú sabes que es imposible encontrar a un hombre de Neanderthal en el nuevo mundo.

—Dado lo que conocemos hasta el momento — corrigió Aurora —. En la definición de la ciencia se dice, si yo mal no recuerdo, que está sometida a una continua revisión y corrección de sus conocimientos.

—¡Hum!... — respondió Roberto a su vez, y se quedó en silencio.

Por supuesto que Aurora tenía razón. Roberto mismo no había creído por un solo momento que el disco fuera

verdaderamente intruso: que se hubiera encontrado en ese estrato, meramente por casualidad, enterrado a treinta centímetros. Esta suposición era absurda. Lo importante era: ¿cómo fué a dar allí, y qué quería significar?

Roberto comenzó a meditar. ¡Cuántos otros artefactos inexplicables, intrascendentes, habrían sido desenterrados en yacimientos arqueológicos y luego dejados de lado en algún rincón del museo, simplemente porque los investigadores habían estudiado que era imposible encontrar algo semejante donde verdaderamente había sido encontrado!

Todo arqueólogo podría contar miles de historias acerca de objetos desplazados. La concepción total del hombre primitivo estaba siendo revisada a fondo; pero Roberto no había leído nada concerniente al objeto en las revistas de la especialidad. Había ciertas cosas acerca de las cuales no se hablaba.

—¿Y por qué?

Roberto volvió a mirar el objeto que tenía en la mano. Un escalofrío le corrió por la columna vertebral. Lo guardó en el bolsillo y se levantó.

—A trabajar — dijo —. Conviene que lleves tu impermeable, querida, y que antes de ir allá despiertes a Betty y Jenkins.

Como para darle la razón, el primer trueno de la tarde resonó en la montaña y una brisa fría comenzó a soplar en el valle.

LA tarde pasó sin incidente alguno, aparte de la lluvia esperada. La cena fué desacostumbradamente buena, porque alguien había preparado unos filetes en Toplanque. Eran más de las ocho cuando Roberto, al ver el jeep que se acercaba por el camino del rancho, se levantó de la mesa de póker para saludar al huésped.

Un problema que enfrenta inviablemente toda expedición arqueoló-

gica a Méjico, es el de hallar un lugar donde instalarse. Una vez que el alcalde, el gobernador y todas las autoridades locales le han dado a uno la bienvenida, hay que elegir el lugar para instalar el campamento.

Roberto había tenido la suerte de que su yacimiento estuviera situado en un rancho de las montañas perteneciente a un norteamericano. El encargado lo había recibido con gran amabilidad, y el propio dueño del rancho, Tomás Fitz-James, cuando se encontraba cerca, nunca dejaba de llamarlo para enterarse de cómo iban las cosas. Fitz-James era un rico cervecero de Chicago, dueño de tres ranchos en Méjico, destinados exclusivamente a su vacaciones y las de sus hijos.

El jeep se detuvo. Fitz-James se apeó. Cada vez que llovía, Roberto experimentaba la sensación de estar mirando por un telescopio. En verdad que esta sensación no era antojadiza. Fitz-James era el hombre más alto que Roberto había visto en su vida. Aunque medía dos metros y doce centímetros, era perfectamente proporcionado: desde lejos, parecía solamente un hombre alto. Pero cuando se acercaba y su imagen iba creciendo y creciendo, llegaba un momento en que daba vértigo.

—Buenas tardes — dijo Roberto, extendiendo su mano y resignándose a que el gigante la triturase.

—Buenas tardes — respondió Fitz-James con su voz agradable, aunque ligeramente arrogante —. Acabo de llegar en avión, desde Cuba, y se me ocurrió pasar a saludarlos y enterarme cómo van los asuntos.

—Muchas gracias. ¿Quiere tomar un poco de café con nosotros?

Roberto se sentía un pigmeo ridículo frente a Fitz-James. Pero reconoció que no había motivo para sentirse ridículo. Fitz-James era un caballero y un perfecto huésped.

—Le agradezco mucho su invitación;

pero tengo que seguir mi viaje. Tenemos invitados en el rancho esta noche. ¿Qué tal tu trabajo? ¿Buenos resultados?

—Hasta el momento sí — respondió Roberto —. Hoy hemos encontrado un objeto bastante curioso.

—No me diga... ¿De qué se trata?

—Nada demasiado atractivo... Un pequeño disco de plástico, que tiene la apariencia de un engranaje o algo semejante. A propósito: ¿hubo instalada alguna máquina en la colina?

Fitz-James rió suavemente.

—¡Nunca!... , a no ser que alguno de los peones haya estado por allí casualmente...

Fitz-James no parecía demasiado interesado en la conversación. Roberto comprendió que la primera pregunta del gigante había sido de cortesía.

—Bueno, los dejo. Si necesitan algo o puedo serles útil de algún modo, avíseme. Buenas noches.

—Buenas noches — respondió Roberto, y lo siguió con la vista mientras desaparecía en la oscuridad.

Sin ningún motivo aparente, la noche le pareció de pronto fría y solitaria.

AQUELLA noche, acostado en su catre, Roberto permaneció despierto largo rato. Fumó tres cigarrillos, uno tras otro, y observó las estrellas que rutilaban a través de la entrada de la carpa. Escuchó la respiración regular de Aurora, acostada al lado suyo, y se quedó muy quieto para no despertarla.

El famoso problema de dos cuerpos fué resuelto por Newton, por primera vez, y consiste en lo siguiente: Conocidas las masas de dos partículas (o de dos esferas) sometidas solamente, a la atracción gravitatoria mutua y dadas sus posiciones y velocidades en un dado instante, determinar sus trayectorias (órbitas) en el transcurso del tiempo, así como sus posiciones en cualquier instante posterior.

Como usted podrá advertir, el problema es ideal, pues las condiciones impuestas no se cumplen nunca en la naturaleza, donde dos partículas aisladas nunca se presentan; pero siempre es posible que ocurra aproximadamente, como, por ejemplo, en el caso de cada planeta y el Sol, debido a que la acción de este último es tan preponderante. El resultado de este problema puede sintetizarse en lo siguientes: El centro de gravedad del sistema no es afectado por su atracción y permanece en reposo o en movimiento rectilíneo y uniforme. Además, los dos cuerpos describirán órbitas de forma similar, pero de tamaño inversamente proporcional a sus masas; el cuerpo más pesado se moverá en una órbita más pequeña. Las órbitas son en general elipses (aunque no necesariamente, pues pueden ser otras curvas del género de las secciones cónicas), y el centro de gravedad está en el foco de la cónica.

El problema de tres cuerpos es análogo en su planteamiento, pero enormemente más complicado, al extremo de que sólo en casos especiales pueden obtenerse fórmulas que permitan calcular exactamente el resultado. Los dos casos más simples son cuando los tres cuerpos están siempre sobre una línea recta en rotación, y cuando permanecen en los vértices de un triángulo equilátero.

En principio, sí. Pero, como el empuje útil es igual al producto del caudal por la velocidad de eyección de los gases, resulta que el empuje que se obtiene con un calentador es totalmente despreciable. Es necesario que actúe el motor, donde los gases de combustión, a presión, son expulsados por la tobera, a gran velocidad. Vea los artículos "La Conquista del Espacio", en los números 8 y 9 de MAS ALLA. En cuanto al combustible, podría ser al-

cohol común, es decir, alcohol etílico, con oxígeno por comburente, que como usted sugiere, podría obtenerse del agua oxigenada; pero tendría que ser mucho más concentrada que la ordinaria. Conviene que tenga un 85 % y que esté estabilizada con oxiquinolina. Habrá que usar entonces un catalizador: permanganato de calcio líquido, por ejemplo.

Los dos explosivos más poderosos son la penitrita y la ciclonita, llamada también hexógeno o T₄. Ambos son muy sensibles al choque y a la acción de los explosivos iniciadores. La penitrita, por ejemplo, detona con 0,01 g. de azida de plomo, y esta sensibilidad la hace particularmente útil para ser usada como multiplicadora, ya sola o ya en mezcla con otros explosivos.

Una de las teorías dice que las estrellas del tipo del Sol pasarán al estado de "enanas blancas"; pero las estrellas más pesadas, digamos para mayor precisión, las que son 1,4 veces más pesadas que el Sol, se contraerán casi ilimitadamente, hasta formar una "sustancia nuclear continua", muy análoga a los núcleos atómicos, pero de varios kilómetros de diámetro, y cuya densidad será billones de veces la del agua. Hasta ahora no se ha encontrado ninguna estrella en tal estado superdenso.

Nosotros solamente podemos divisar a simple vista una parte de la Vía Láctea, a saber, las estrellas y nebulosas de hasta las 6^a magnitud. Por lo tanto, gran número de ellas, mejor dicho, la casi totalidad de la galaxia escapa a nuestra visión directa. Los estudios realizados por los observatorios, en cambio, han permitido tener una idea de las dimensiones y forma de la Vía Láctea.

El arroyuelo que estaba a veinte me-

tros de la tienda, murmuraba suavemente en la oscuridad. Una brisa amable hinchaba la lona. La noche estaba fresca, pero no fría, y en el aire había perfume de pinos. Era una noche excepcionalmente hermosa en la estación de las lluvias.

Schákel, que no padecía de insomnio habitualmente, se sentía molesto por aquella vigilia desacostumbrada. Pensó en mil cosas diferentes, pero sabía muy bien cuál era la causa de su insomnio. Era el disco plástico, encerrado ahora en una caja de cartón que estaba bajo su catre. El objeto era bastante vulgar, en cierto sentido; no era de ningún modo alarmante. Muchos otros lo hubieran descrito y catalogado sin volver a pensar en él.

Pero Roberto no podía entenderlo, y esto era lo que le molestaba. Hacía mucho tiempo que estaba dedicado a la arqueología y conocía la importancia de los detalles. Sabía que la frase "nada más que una de esas cosas" no tenía ningún significado. *Todo*, absolutamente todo es importante en la investigación científica una vez que se ha encontrado la clave para descifrarlo y correlacionarlo. Roberto no tenía ningún respeto ciego por las teorías; cada año veía aparecer y desaparecer una porción de teorías "correctas". Pero la evidencia es algo distinto, y ese disco era una evidencia. Si él era incapaz de interpretar la evidencia, la culpa era suya, y no de la evidencia. Dejar de lado el disco era aislarse deliberadamente de la verdad.

—¡Maldito sea! —exclamó en voz alta, como corolario de este razonamiento.

Para la mayoría el hallazgo no tendría importancia; pero Roberto Schákel no pertenecía a la mayoría: si hubiera sido "de la mayoría", no estaría en lo alto de una colina de Méjico, rascando la tierra para desenterrar cachivaches de indios; estaría cómoda-

mente en algún escritorio de la ciudad. El hallazgo lo obsesionaba.

Era ya tarde cuando logró conciliar el sueño. Tuvo una pesadilla poblada de gigantes. Por la mañana, cuando se levantó para llamar a los cocineros, la caja de cartón con el disco, que había dejado debajo de su catre, estaba en su lugar, pero el disco había desaparecido.

II

LA verdad es que no nos queda otra alternativa —dijo suavemente Fitz-James.

El asesor sonrió; su viaje había sido demasiado apresurado y molesto, pero estaba contento de poder ver nuevamente a Fitz-James y se sentía cómodo y sociable.

—No hay nada de qué alarmarse, Fitz. Tú estás sacando otra vez conclusiones apresuradas.

Fitz-James sorbió su vaso de vino y golpeó con un dedo la brillante superficie de la mesa. Al subir y bajar la mano el rubí de su anillo lanzaba destellos rojizos bajo la luz de la lámpara.

—Una sola conclusión saco, y es ésta: quiero seguir viviendo del modo que he vivido hasta ahora y quiero que mis hijos sigan viviendo de la misma manera.

Hubo un momento de silencio mientras el asesor rumiaba las palabras de Fitz. Los dos hombres (Fitz-James era ligeramente más alto que el asesor, pero también éste pasaba de los dos metros) estaban el uno frente al otro, sentados a la mesa, en una de las habitaciones del rancho. Ocupaban recios sillones de alto respaldo y, aunque habían estado más bien sobrios, paladeaban con deleite el vino tinto. No había tensión en el ambiente; el tono de la conversación era más bien de gracia y urbanidad, y ambos hablaban

reposadamente, con la serenidad que da un largo hábito de conversar. Para ambos, el tono estridente o desagradable habría sido un error social de gran magnitud.

—Una eliminación insumiría demasiado tiempo, naturalmente —hizo notar el asesor, sirviéndose otro vaso de vino—, y no pretendo ser equívoco.

—Lo tengo bien presente —respondió Fitz-James, llenando su pipa con aromático tabaco y encendiéndola con un encendedor de plata—. Yo sugeriría, sin embargo, que es un gasto insignificante si se lo compara con las consecuencias posibles...

El asesor sonrió nuevamente. El pobre Fitz se estaba volviendo viejo y comenzaba a preocuparse por trivialidades.

—Supongamos que no hacemos nada, Fitz... ¿En serio, cree usted que puede suceder algo malo?

Fitz-James lanzó una bocanada de humo hacia el techo, y dijo con calma:

—Hay dos respuestas posibles a su pregunta, amigo mío. La primera es que los acontecimientos aislados son, por sí mismo, rara vez tan importantes como nos parecen las crisis más importantes y evidentes son sólo posibles cuando se suman millones de otros acontecimientos, conocidos o desconocidos, que le dan sentido. Si el primer pez no hubiera abandonado las aguas y hubiera decidido vivir en el barro, nosotros no estaríamos aquí esta noche: la evolución nunca hubiera comenzado. El momento para tomar las decisiones es antes de que la situación se vuelva crítica; no después. La segunda respuesta es que el tal Schákel no me parece ningún estúpido. No lo es, y sería un grave error táctico tratarlo como si lo fuera. Me permitiría recordar a usted que nuestra situación actual en este planeta la hemos logrado no despreciando a la oposición. ¿Está de acuerdo conmigo?

—Tal vez, tal vez —respondió el asesor, bebiendo en su vaso—. Por lo tanto, ¿su opinión es que este hombre no perderá interés por sí mismo si se lo deja solo?

—Sí, ésa es mi opinión.

—¿Y no cree usted que una eliminación en estas circunstancias sólo serviría para despertar más su curiosidad?

Fitz-James se encogió de hombros.

—La pregunta de siempre —dijo—. No podemos saber de antemano cuál es el procedimiento correcto; sólo podemos intentar y ver qué sucede. Creo que este hombre es bastante inteligente para comprender la insinuación, como lo han hecho otros. Si me equivoco...

—¿Qué...?

—Entonces, como es lógico, habrá que recurrir a medidas más enérgicas. Repito que la situación me parece potencialmente nociva y hasta peligrosa para nosotros. Como usted ya sabe, no comparto la convicción general de que somos invencibles. Según decían tal vez más prudentes antecesores, la apatía siempre acarrea el desastre.

El asesor dijo amablemente:

—No participo de su pesimismo. Fitz, pero respeto su punto de vista. Su petición no es desacertada, y la apoyaré. Sugiero que actuemos cuanto antes. Supongo que usted deseará dirigir personalmente la operación.

—En efecto, me agradaría.

El asesor, siempre sonriente, apartó la silla.

—Vamos, pues.

LOS dos hombres entraron en un arco en Toplanque, Méjico, permanecieron cinco minutos en la penumbra eléctrica y salieron en la Estación de Detección, en los Angeles, California. La estación estaba situada en un confortable sótano de una mansión amurallada de Béverley Hills, pero difícilmente habría llamado la aten-

ción de nadie que estuviera en la superficie, pues California ha sido siempre un lugar en que los convencionalismos han tenido poco peso. No había luces relampagueantes ni maquinarias misteriosas, ni guardias vestidos de negro que se paseasen con el crimen en la mirada. Era simplemente un salón grande dotado de aire acondicionado e iluminado con una agradable luminosidad. De las paredes colgaban cuadros, y algunas personas, todas de elevada estatura, estaban ocupadas en escuchar una sinfonía que se transmitía por televisión en uno de los rincones del salón. Junto a una de las paredes había un escritorio, y sentada ante él se encontraba una mujer.

—¡Fitz! —exclamó levantándose—. ¡Cuánto gusto de verlo!

Fitz-James se sonrió y le dirigió algunas galanterías. Ana era una mujer atractiva y elegante, pero tenía cierta inclinación a la charla y la disipación. Fitz-James nunca había podido entender cómo le habían confiado a ella el cargo que ocupaba nada menos que en una Estación detectora; pero pensó que eso a él no le incumbía y que, por supuesto, tenían que ayudarse los unos a los otros.

—¿Viene por placer o por negocios, Fitz? —preguntó Ana, después de pedirle noticias de sus mutuas amistades.

Ana sonrió con una expresión que a Fitz le pareció de coquetería. Recordó que Ana estaba soltera otra vez.

—Desgraciadamente por negocios —respondió—, y negocios de mucha importancia. ¿Querría avisar a los encargados y conseguirme una dotación?

—Con mucho gusto, Fitz —replicó Ana mientras apretaba diversos botones y movía palancas.

Fitz-James hizo un gesto de agradecimiento y se alejó con el asesor. Pasaron del salón a una pieza más pequeña, donde lo esperaba un técnico

de detección. Era anciano, de pelo casi blanco, pero de ojos oscuros y despierta mirada.

—Estamos preparados, caballeros —dijo el técnico—; sólo falta que ustedes me digan la fecha.

Fitz-James chupó su pipa con aire de aprobación.

—Necesitamos una dotación pequeña —dijo—; es un viaje sencillo. Tenemos que retroceder unos dos mil años, hasta la coordenada MDF-604. La expedición de limpieza, que retrocedió treinta mil años, trabajó muy bien, pero olvidó una rueda dentada, que apareció luego en una aldea de labradores indios, mucho más reciente. Tenemos que volver a retirar esa rueda.

El técnico reflexionó un momento y respondió:

—Supongo que usted conoce las dificultades técnicas que implica. Dos mil años es un viaje tranquilo y causará un mínimo de alteración. Cualquier fecha más reciente daría un trabajo mucho más complicado. Supongo que cinco años más o menos no tendrán importancia...

—Ninguna.

—Me alegro. Estará todo listo para partir dentro de media hora. Les deseo un buen viaje, caballeros.

UNA hora después, Fitz-James, el asesor y la dotación de cuatro hombres se encontraban en las montañas de Méjico, cincuenta años antes del nacimiento de Cristo.

—Allí es —dijo Fitz-James señalando con la mano.

Debajo de ellos y a la derecha, una aldea india se abrasaba en el calor del mediodía. Estaba edificada en una gran terraza que se alzaba sobre una planicie verde recortada por la cinta de plata de un arroyo. La aldea estaba formada por cinco bloques de edificación, cada uno de los cuales constaba



de un gran patio rectangular flanqueado por tres pequeñas casas. En los fogones que se encontraban en las casas, las mujeres cocinaban en ollas de barro. Los niños indios correteaban por las azoteas de las casas. A lo lejos se divisaba a los hombres entregados a sus faenas agrícolas. No había animales a la vista. Podía escucharse el canto melancólico de una mujer. Un buitre planeaba perezosamente en el cielo azul.

—La verdad —comentó el asesor— es que prefiero a nuestros amigos tales cual son ahora, tan silenciosos, sencillos y satisfechos de no tener nada que ver con el átomo.

—Sin embargo —hizo notar Fitz-James—, no olvide que entonces no nos soportaban, o mejor dicho ahora no nos soportan. Nuestro pueblo de América fué un pueblo de individualistas, amigos de vivir independientemente, lo cual era una actitud bastante tonta; y todo este territorio

gún servicio a la corriente principal de nuestro desarrollo en Europa. Nos costó bastante traer aquí a Cortés, recuérdelo.

—Pongámonos al trabajo, amigos míos —dijo el asesor.

Los seis activaron sus pantallas y comenzaron a descender lentamente por un sendero que llevaba a la aldea. Elegían el camino con muchísimo cuidado y se guardaban de tocar absolutamente nada. El viaje por el tiempo es un asunto muy complicado, y a Fitz-James le producía siempre cierta desazón. Como era amante de las comodidades, no encontraba ningún placer en lo que estaba haciendo. Pese a toda la experiencia y sistema de control, sucedían cosas inesperadas. Mientras sucedían de cierto qué era lo que habían cambiado, podían predecirlo y controlarlo; pero si por inadvertencia caían en un lugar inadecuado o en mal momento...

Los indios los divisaron cuando es-



taban a mitad de camino de la aldea. La vida cesó abruptamente. Como por arte de magia, todos desaparecieron en sus casas. Reinó un pesado silencio. Sólo un niño había quedado jugando en una terraza; pero al punto apareció su madre, no se sabe de dónde, y lo retiró. Los hombres que trabajaban en el campo dejaron caer las estacas aguzadas con que cavaban la tierra y tomaron sus arcos y flechas. Sobre ellos, en lo alto del cielo, seguía planeando el buitre con sus alas perezosas.

LOS hombres altos no vacilaron: con metódica precisión se dispersaron por la aldea y comenzaron a trabajar. Fitz-James, que había seguido paso por paso las excavaciones, eligió la casa que le pareció más indicada, y entró agachando la cabeza para no tropezar en el techo.

En la oscuridad interior no pudo divisar a nadie; pero sabía que no estaba solo. Esperó pacientemente, y se pro-

dujo lo que esperaba. Una flecha, que silbó desde un rincón, le golpeó fuertemente en el pecho. La flecha cayó al suelo, como era de esperar, rechazada por el campo magnético. Fitz-James se rió suavemente. Hubo un segundo de suspenso. Tres sombras, una grande y dos pequeñas, pasaron corriendo junto a él y desaparecieron por la puerta. Era una india y sus dos criaturas, que huían del monstruo.

Fitz-James encendió su linterna. La pequeña habitación estaba casi enteramente vacía; sólo se veían algunos cacharros de arcilla, un arco y dos mantas arrolladas en un rincón, sobre el piso de tierra. Había otra habitación más, pavimentada de lajas, enteramente oscura, que servía de granero. Fitz-James concentró la búsqueda en la primera habitación.

Con los rayos de su analizador electrónico escudriñó el suelo. El instrumento hizo varias guiñadas. Fitz-James leyó el espectro: arcilla, paja, madera,

huesos... Y allí estaba el objeto. Sonrió sin prestar la menor atención a otra flecha que desde el exterior vino a golpearlo en la espalda. Plástico; esto era demasiado simple.

Con todo cuidado, Fitz-James sacó un pequeño cuchillo y escarbó con él en el piso. No tardó mucho en encontrar lo que buscaba. Se agachó, recogió el disco de material plástico y lo guardó en el bolsillo. Luego, volvió a cubrir el hoyo, aplanó la tierra y salió. Una nueva flecha dió contra su pecho mientras salía. La apartó con una sonrisa.

Un indio se enfrentó con él en el patio. Era un hombre pequeño, iba casi desnudo y llevaba una sola pluma en la cabeza y un arco en la mano. Fitz-James avanzó hacia él en línea recta, y las emanaciones de su campo de energía aumentaron levemente en intensidad. El indio permaneció impávido hasta que el extraño ente lo tocó casi. Entonces dió media vuelta y huyó de lo desconocido y terrible con que se había por un momento enfrentado. La aldea estaba muy tranquila.

—¡Ya lo tengo! —gritó Fitz-James—. ¡Podemos marcharnos!

Sus acompañantes emergieron lentamente de las casas y se dirigieron en perfecto orden hacia la trocha donde los esperaba el detector. Cuando estaban a medio camino, uno de los hombres sacó del bolsillo un trozo de pedernal y lo depositó cuidadosamente en la trocha.

—Los muchachos de la sección Sustituciones decidieron matar dos pájaros de un tiro —explicó.

Fitz-James miró el pedernal y levantó una ceja. Era una punta de venablo, de tamaño regular, bien labrada, ancha y con un corte acanalado, característico, a cada uno de sus lados. El pedernal parecía perfectamente natural en el sitio en que fué colgado, a pesar de haber sido sometido a la pre-

paración necesaria para que produjese el efecto deseado cuando se lo sometiese a la prueba del carbono 24, dos mil años después.

—¿Una punta de Fólson? —preguntó Fitz-James.

El que había depositado la punta asintió.

—Sí; han decidido extender el complejo cultural hasta Méjico. Es tonto, por supuesto, pero está de acuerdo con las teorías vigentes, y evitaremos que durante un buen tiempo se dediquen a husmear donde no deben.

—La sección Sustituciones sabe lo que hace —comentó Fitz-James.

—Llegaron al detector y entraron en él. Detrás de ellos (pensó Fitz-James) los indios quedaban acurrucados en sus madrigueras, aterrorizados por un suceso que estaba más allá de su capacidad de comprensión. Habría coloquios en voz baja y cantos extraños bajo la luna llena. Habría sueños y cuentos acerca de los gigantes que habían venido de las nubes. Habría ceremonias y danzas y tal vez figuras cuidadosamente trazadas en las paredes de las cavernas ennegrecidas por el humo. Fantasmas mágicas, irreales figuras, que un buen día serían recogidas y explicadas en alguna tesis universitaria que nadie leería.

El detector zumbó, refulgió y desapareció.

El sol ardiente seguía abrasando. En el cielo, el buitre trazaba círculo tras círculo, con total indiferencia.

—SIENTO muchísimo que no puedas quedarte, Fitz —dijo la mujer—. Te vemos tan de tarde en tarde...

—También yo lo siento mucho, Ana; pero no tengo más remedio. Tengo que estar de regreso en el rancho lo antes posible. ¿Por qué no vienes tú a verme?

Fitz-James se volvió y estrechó la mano del asesor:

—Gracias por haberme ayudado —dijo—. Lo tendré al tanto de los nuevos acontecimientos.

—No tiene nada que agradecer —respondió el asesor—. Llámeme con toda confianza cuando necesite algo.

Tomás Fitz-James se despidió de todos sus amigos con un saludo colectivo, palmoteó el disco de material plástico que llevaba en el bolsillo, conectó los controles y entró en un arco. Cinco minutos después se encontraba en su rancho de Méjico. Guardó el disco en la caja de hierro, apagó todas las luces y se metió en la cama. La crisis había pasado.

En ese mismo momento, pocos kilómetros más allá, Roberto Schákel yacía insomne en su tienda de campaña, con una caja vacía bajo el catre.

III

Cuando Roberto se despertó, todavía tenía la memoria intacta e inalterada. Los que se han dedicado a especular sobre los efectos de viajar por el tiempo, sostienen que estos efectos, por confusos y paradójicos que parezcan, no pueden ser más que relaciones lineales entre causa y efecto. Algo sucede de un modo o de otro; pero es evidentemente imposible que, por ejemplo, los Estados Unidos existan y a la vez no existan, en el mismo momento y en la misma dimensión. Los pensadores teóricos, tomando como partida este razonamiento disyuntivo, se interesaron mucho en el concepto de "estructuras alternantes de evolución", y llegaron a la conclusión de que es posible (dado que asimismo sea posible viajar en el tiempo) volver hacia el pasado para modificar el presente.

Por muy lógica, reconfortante y aun exacta que sea esta idea, siempre ha sido motivo de diversión para los que conocen por experiencia el trabajo en la corriente del tiempo. La realidad,

con su característica despreocupación por las teorías, no se acomoda a la descripción que acabamos de enunciar. Los viajes por el tiempo resultaron ser mucho más complejos y delicados de lo que habían parecido a los primeros investigadores. Después de trescientos años de trabajo, el futuro seguía totalmente inaccesible. Todos los pueblos, cualesquiera sean las diferencias que los distinguen unos de otros, son necesariamente viajeros del tiempo, en marcha hacia el futuro. El futuro avanza a velocidad constante y no puede ser acelerado ni retardado. En rigor, el futuro no ha existido aún en ningún momento dado del tiempo, y por consiguiente es imposible aventurarse en él.

El pasado *sí ha existido, y también ha existido el presente*. El punto realmente importante es que el llamado "presente" no es en realidad más que un concepto vacío de significación: el presente acontece y desaparece con tal rapidez que es imposible fijarlo; no es algo estático, sino algo que cambia constantemente; no es más que una pequeña burbuja de actividad que se desvanece hacia el futuro. Mientras dura la burbuja, es flúido, pero se solidifica instantáneamente en la fracción de segundo que necesita para convertirse en pasado.

El cambio se produce, de segundo en segundo, en el seno de la vibrante burbuja; pero la burbuja, sin embargo, se encuentra al término de su columna de desarrollo, exactamente donde ha estado. En otras palabras y considerando la cuestión en lo referente a sus consecuencias prácticas: si un hombre ha levantado una piedra en la porción de tiempo pasado que llamamos "ayer", es evidente que él *tuvo* la piedra ayer y que la piedra estaba "allí". Si otro hombre, que se encuentra en la burbuja del presente, volviera a lo que solemos llamar *anteayer*

y quitara la piedra, resultaría una paradoja lógica. Sólo hubo, después de todo, una piedra, y no podría estar en dos lugares diferentes al mismo tiempo.

Valiéndose de leyes casi inconcebibles por lo complejas e inflexibles, la naturaleza suministra una solución simple y práctica de la paradoja. Sólo existió un momento en el cual el cambio fué posible, y éste era el de la inestable burbuja del presente. Por lo tanto, inexorablemente, entonces fué cuando el cambio ocurrió. En el instante del presente total, la piedra cambió de lugar. Su poseedor original no la tenía ya; simplemente no estaba en su poder porque había pasado a poder de otro. Sin embargo, cuando el primer poseedor encontró la piedra, su experiencia fué "real": la encontró y la recogió. Ayer, la piedra estuvo "allí"; hoy, estaba en otra parte. Él, por supuesto, se acordaba de haber tenido la piedra, sabía que la había tenido.

Del mismo modo, la piedra cambió de manos en el presente. No se podría decir con exactitud que fué una jugarrera, pues no fué un juego sin reglas. Las reglas eran complejas y difíciles, pero se cumplieron.

No hubo nada misterioso. Todo fué enteramente "natural" y comprensible. El juego podía jugarse y ganarse... si se conocían las reglas.

Lo único que Roberto Schákel sabía es que el disco plástico había desaparecido. Roberto no era tonto y no fué difícil imaginar lo sucedido. El disco había estado la noche anterior en la caja, porque él mismo lo había puesto. Ahora no estaba, luego alguien lo había quitado de allí.

Ninguno de los estudiantes había sacado el disco; de eso tenía él la certidumbre. Y sólo otra persona sabía que el disco existía. Por asombroso e increíble que pareciera, Tomás Fitz-

James era la única persona que podía haber robado el disco. No era razonable, pero no podía ser de otro modo.

Este hombre, de aspecto tan respetable, se había deslizado furtivamente en la tienda, durante la noche, y se había apoderado de algo que carecía de todo valor. Roberto procuraba inútilmente imaginarse la escena: el gigante escurriéndose entre los pinos, en medio de la oscuridad, bajo la luz de las estrellas, agachándose para entrar en la tienda, cerniéndose sobre él como una sombra monstruosa, hurgando debajo del catre con sus grandes y fuertes manos...

Roberto miró a su esposa. La mujer dormía con expresión serena y fresca; el cabello, castaño y muy corto, se le había enroscado en espirales. El sol, que penetraba por las aberturas de la tienda, caía sobre Roberto y se reflejaba en la lona del catre. Ella comenzaba a despertarse. Pensar que durante la noche, a un paso de distancia de ella, había estado aquel...

Roberto se estremeció. Un hecho como éste no tenía explicación posible, pero había sucedido. ¿Por qué? De una cosa estaba seguro, más seguro de lo que había estado jamás en su vida: lo que le convenía era olvidarse por completo de que había visto u oído algo acerca de aquel pequeño disco con apariencia de engranaje. No era verdaderamente importante para él, y sin embargo, aquel episodio lo colocaba en una situación sin precedentes: era una clara advertencia, a la que cualquier persona razonable debía prestar atención. ¿Qué le importaba a él? Bastaba con que se limitase a borrar el disco para siempre de su mente, proseguir con su trabajo y proceder como si nada hubiera sucedido. Éste era el único recurso posible; sería fácil y lo más conveniente para su tranquilidad; pero Roberto sabía que no lo haría.

Se dirigió al catre de su esposa; se

Los niños tendrán FELICES FIESTAS

con estas libros maravillosos



de 4 a 8 años
Cuentos de Abril
\$ 4,50



de 7 a 11 años
Colección El Gallo de Oro
\$ 12.- \$ 15.-



de 3 a 7 años
Colección ¡Qué parejita!
\$ 2,40



de 3 a 7 años
Colección Yo Soy
\$ 1,30



de 8 a 12 años
Pequeños Grandes Libros
\$ 3,80



sentó en el mismo; tomó su rostro en las manos, y le dió un suave beso en la nariz.

—Despiértate, querida —dijo—. Necesito tu ayuda.

DOS semanas después, cuando la penumbra de la tarde comenzaba a convertirse en oscuridad, dos caballos descendían cautamente por uno de los senderos de la montaña. Resoplaron y relincharon al sentir que estaban cerca de la casa, y los jinetes los contuvieron con dificultad. El aire estaba cortante por la frialdad de la noche. La luna plateada surgía entre las sombras de las colinas. Era una escena pacífica, casi idílica. Pero la mano del hombre, no ocupada con las riendas, empuñaba una Colt 38, y la mujer respiraba agitadamente.

—Allí es —susurró Roberto, inclinandose a un lado.

Allá en el valle, frente a ellos, los edificios del rancho parecían pequeños puntos que brillaban en la oscuridad de la noche, como estrellas caídas sobre la tierra y que allí seguían centelleando contra las leyes del Universo. Débiles chirridos llegaban desde el arradero, donde proseguía aún el trabajo. El rancho no presentaba ningún aspecto siniestro, y Roberto se preguntó por qué le temblaban las manos.

Siguieron adelante, en silencio, para no llamar la atención, pero sin ocultarse. Después de todo, ninguna ley prohibía que al atardecer paseasen a caballo por el rancho de su huésped. Si los veían, bastaba que saludasen amablemente y prosiguieran su camino. Todo el asunto se le apareció a Roberto como algo irreal, casi artificial. No era una persona melodramática por naturaleza y tenía perfecta conciencia de lo ilógicas que resultarían sus acciones para un observador imparcial que lo viese a sí mismo. Le parecía escucharse a sí mismo

explicando su conducta: "Bueno, este tipo me da miedo; pero yo tenía un disco de plástico que ha desaparecido".

Hizo un esfuerzo para tranquilizarse y dejó que el caballo escogiese por sí mismo el camino. Había algo más que la desaparición del disco (de esto estaba cierto) y algo más que el sentimiento de antipatía que desde el primer momento había sentido hacia Fitz-James. Estaba tratando con intangibles; su conducta era hasta irracional; pero, pese a todo, era inevitable que hiciera lo que hacía. Todas las acciones de un hombre están inexorablemente regidas por su ser íntimo, y Roberto había sido guiado toda la vida por dos impulsos: no le gustaba ser una pieza movida por otros, en un juego que no entendía, y cuando un problema le golpeaba en el rostro, no podía detenerse hasta encontrar una respuesta que le satisficiera.

Recordó, mientras cabalgaba a la luz de la luna, con su mujer al lado, algo que le había sucedido cuando era más joven, un pesado día de primavera en el aula de la universidad:

—Es verdaderamente curioso lo que se observa en los diversos lugares arqueológicos del Nuevo Mundo, donde se han encontrado rastros del hombre primitivo —dijo el profesor—. Parece lógico pensar que los productos más antiguos de la industria de la piedra sean los más burdos y que su factura vaya mejorando a medida que se perfeccionan las técnicas y los instrumentos para trabajarlos. Esto es lo que efectivamente encontramos en los yacimientos de Sandia. No tendrían demasiado interés si no fuera por su antigüedad. Pero veamos lo que sucede en los otros yacimientos. Las puntas de flecha más antiguas del yacimiento de Eden son ciertamente hermosas, y las puntas acanaladas del yacimiento de Clovis son artefactos bien trabajados; las puntas de Folsom superan ver-

daderamente a todas las demás; son casi las puntas de flecha más antiguas que conocemos en América, y mucho mejor trabajadas que cualesquiera otras posteriores. No es muy difícil tallar por percusión una punta de piedra, una vez que se sabe cómo hacerlo; pero intenten ustedes hacer una punta acanalada como las encontradas en Folsom. Les aseguro que tardarían meses, y tal vez no lograrán reproducirla. Pues bien; estos hechos son muy dignos de interés, pero, si los miramos bien, no hay en ellos nada inconcebible. Parece necesario admitir que los hombres que hicieron estas puntas estaban capacitados por una larga práctica anterior, que los demás hombres primitivos de América no poseían. El lugar donde desarrollaron esta práctica debe encontrarse fuera de América: en Asia o en algún otro lugar...

—Disculpe, señor —interrumpió Roberto—. ¿Cómo lo sabe usted?

—Aun los científicos debemos aceptar algunos hechos como averiguados, Roberto —respondió el profesor—. Tal vez no sabemos aún ciertamente...

—No —dijo entonces Roberto—; verdaderamente no lo sabemos.

—Fuera del aula, el viento primaveral era templado y los pájaros cantaban en los árboles."

DEJARON los caballos fuera del corral y se encaminaron al edificio principal. En el rancho había cuatro edificios reservados para el uso personal de Fitz-James y sus familiares: uno para él, y otro para cada uno de sus tres hijos, por si se les ocurría pasar algún día allí. Había además otro edificio grande, en forma de ele, destinado al administrador, y un sinnúmero de pequeñas casitas, sencillas pero de buena construcción, en las que se alojaba el personal.

En la morada principal había muchas luces encendidas, y en ella se oía

rumor de voces y chocar de vasos. Esto no tenía nada de sorprendente, porque el rancho era el lugar obligado de paso para cuantas personalidades de la capital o del exterior del país se acercaban a la región. Puede decirse más bien que la vida en el rancho de Fitz-James era una ininterrumpida fiesta.

Roberto tomó la mano de Aurora mientras caminaban y notó que estaba más serena que la suya. Aún no había preparado un plan de acción, pero estaba decidido a seguir los acontecimientos según éstos se presentasen. Prosiguieron avanzando por el camino, sin intentar ocultarse, pero evitando al mismo tiempo llamar demasiado la atención. Llegaron al costado de la casa y se detuvieron.

—¿Qué vamos a hacer aquí? —preguntó Aurora.

—Me gustaría echar una miradita por la ventana, si no tienes miedo.

—No; pero siento que estamos procediendo como tontos.

Con el corazón en la boca, Roberto avanzó cautelosamente, paso a paso, a lo largo de la pared del rancho, hasta que se encontró bajo una de las grandes ventanas. Se secó en el pantalón las manos sudorosas y se asomó. Instantáneamente se puso en tensión y se agachó.

Un aura helada invadió la ya fría oscuridad de la noche.

—Asómate —dijo Roberto a Aurora— y dime quién está procediendo como tonto.

EN el interior del amplio living había tres parejas, entre ellas la formada por Fitz-James y una mujer que Roberto no había visto jamás. Todos eran altos: los hombres, sencillamente gigantes; pero Fitz-James era el mayor, y las mujeres, un poco más bajas que ellos, aunque siempre mayores que una mujer corriente. Estaban parados

sobre las alfombras blancas y tenían vasos en la mano. Hablaban entre sí, con expresión seria y solemne.

Fitz-James tenía en su mano el disco de material plástico, al que todos contemplaban, sonriendo alegremente, como si estuvieran disfrutando de una excelente broma. Uno de los huéspedes se volvió hacia la ventana. Aurora y Roberto tuvieron que agazaparse de inmediato.

En la sombra, se miraron sin decir palabra, se acercaron uno al otro y ambos sintieron la misma sensación: incredulidad, horror, como si un dedo de acero les estuviera oprimiendo el cerebro, o como si un ciempiés de hielo les recorriese de arriba abajo el espinazo...

De pronto, la noche les pareció extraña: el mundo, la civilización, el pequeño sistema de valores que ponía cada cosa en su lugar, todo lo que de humano había existido hasta entonces y pesaba inconscientemente sobre ellos, se desvaneció, se extinguió como una luz falsa que nunca hubiera alumbrado.

Y lo que más desconcertaba a Roberto era la sencillez y normalidad de lo que estaba sucediendo dentro de la casa, a dos pasos de él. Si hubiera descubierto en la habitación algo totalmente extraño, le habría sido difícil asimilarlo. Pero tropezar con una escena casi normal, levemente desproporcionada en una sola dimensión...

Un suspiro ahogado, casi un berri-do, se le escapó por la apretada garganta. Instintivamente rodeó con el brazo el talle de su mujer. Y cuando se le pasó la primera sorpresa, lo invadió una ardiente indignación. Se sintió burlado, engañado. Le pareció como si alguien, a quien hubiera conocido durante toda la vida, le hubiese hecho trampas en el juego o, sin motivo alguno, lo hubiese abofeteado. Se sentía física y mentalmente...

pequeñecido, y no le gustaba. Se percató de que algo estaba en juego, bajo las estrellas de aquella noche mejicana, y que era mucho más importante que el pequeño disco de material plástico o que su propio desconcierto.

Respiró hondo y dijo a su mujer: —Aurora, voy a entrar, a quitarles el disco.

Ella se apretó contra él, conociéndolo, amándolo, temiendo por él.

—No vale la pena, Roberto —musitó—; nada hay que valga la pena de que te maten, y mucho menos ese objeto insignificante. Vámonos y lo pensaremos mejor; haremos un plan...

Roberto la miró en la oscuridad.

—No puedo. Tú sabes que no puedo.

Ella lo sabía, y cesó de oponerse.

—¿Cómo vas a conseguirlo? —preguntó suavemente.

El sonrió. Ahora que la decisión había sido tomada, se sentía mucho mejor.

—No voy a hacer ningún disparate: me presentaré como huésped y no como asaltante. ¿Qué razón hay para que no entre de visita?

Aurora asintió. En la oscuridad, parecía pequeña y muy joven, y sin embargo llenaba la noche con una grandeza que excedía de su tamaño físico.

—Voy contigo, Roberto —dijo con decisión.

Roberto le apretó la mano.

—Vamos.

GOLPEO fuertemente en la puerta del rancho, con la aldaba de bronce. Se produjo un súbito silencio y una pequeña pausa. La noche pareció recogerse sobre sí misma y quedó en profundo silencio.

La puerta se abrió.

—Buenas tardes, señor Fitz-James. Pasábamos a caballo y se nos ocurrió... ¿Qué estamos?

Tomás Fitz-James respondió, sonriendo con la más exquisita de sus sonrisas:

—De ningún modo. Es un gran placer el verlos. Hagan el favor de pasar.

Entraron en la casa, transpusieron el vestíbulo lleno de espejos y pasaron al vasto living. Las tres mujeres estaban allí todavía, sentadas en altos sillones coloniales, con sus pies cruzados graciosamente sobre las blancas alfombras. En medio de la grandiosidad de la habitación, su tamaño parecía casi normal. Los hombres no se veían por ninguna parte.

Fitz-James hizo las presentaciones necesarias, con llaneza y sin demostrar molestia, pero no dió explicación alguna de la presencia de las mujeres. Parecía enteramente cómodo; insistió en preparar un cóctel para Roberto y su esposa, y se dedicó a llenar su pipa con tanta atención que parecía no haber en el mundo asunto que le preocupara más.

—Bueno —dijo después de encender su pipa y lanzando hacia el techo una bocanada de humo azul y perfumado—; ¿es una visita meramente social, o hay algo que yo pueda hacer por ustedes?

Roberto bebió el cóctel, decidido a jugar sus cartas con firmeza.

—En realidad, vengo a que usted me aconseje sobre un problema que se me ha presentado.

—Usted dirá...

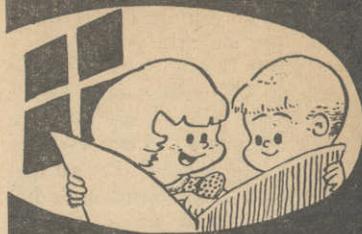
—¿Recuerda por casualidad un pequeño disco que le mencioné hace algunas semanas: el que habíamos encontrado en la excavación?

—Sí; creo que sí...

—Es algo muy extraño —prosiguió Roberto, procurando acallar las salvajes palpitaciones de su corazón—. Sucede que el disco desapareció poco después de que yo le hablara de él a usted.

Nadie se movió; nadie dijo una palabra; pero la atmósfera del living había cambiado por completo.

¡Un libro maravilloso para chicos y chicas!



El lunes 3 pídale a su canillita

el diario de mi amiga JULIA

La apasionante historia de la hija del capitán que llega a un faro, se fabrica una balsa, descubre una isla, pone en claro una serie de robos e interviene en las más formidables aventuras que imaginarse pueda

¡Naufragios! - ¡Piratas al ataque! - ¡Una chica y un chico contra los bandidos! ¡La vida diaria en un faro, con todo su misterio!

¡SOLO CUESTA \$ 2.-!

—¡Qué lástima, qué lástima! — comentó Fitz-James—. Espero que lo hayan encontrado nuevamente.

—En cierto sentido, así es —respondió Roberto mientras sentía que la escena que estaba representando resultaría sobrehumanamente prolongada y cansadora y que acaso nunca terminaría—. Uno de sus trabajadores estuvo ayer en el campamento y me dijo que lo había encontrado en el camino y se lo había entregado a usted. Parece que había escuchado a los estudiantes hablar del asunto, y se le ocurrió que usted podía haberse olvidado.

Quien no hubiera estado pendiente de ello, no habría notado la pausa infinitesimal que transcurrió antes de que Fitz-James respondiera:

—¡Por supuesto! ¡Qué estúpido he estado! Sí, me la entregaron; pero no le di importancia, y se me borró de la mente. Tengo tantas cosas en que pensar...

—Es natural —respondió Roberto.

Fitz-James fijó su mirada en Roberto, y le preguntó, siempre sonriendo:

—¿Lo quiere ahora?

—Sí —respondió Roberto sin vacilación—. Me gustaría...

Fitz-James asintió con una mirada inexpresiva.

—Voy a buscárselo —dijo, y salió de la habitación.

ROBERTO permaneció en el living con Aurora a su lado. Quiso parecer despreocupado, pero le fué imposible. Lo más que consiguió fué una inexpresiva sonrisa mientras miraba a las mujeres que habían quedado en el living. Advirtió que Aurora estaba distraída a pesar de la tensa situación. Permaneció inmóvil en su asiento, procurando pensar en otra cosa. Se sintió como un pequeño roedor cercado por grandes animales carniceros y que finje no advertir su presencia.

—Aquí está —dijo Fitz-James alar-

gándole el pequeño disco, que había viajado mucho más de lo que Roberto podía imaginar—. Lamento mucho haberme olvidado.

—No tiene ninguna importancia —respondió Roberto.

—A propósito —dijo Fitz-James, chupando suavemente la pipa—; ¿cómo se llamaba el hombre que encontró el disco?... Me gustaría recompensarlo; pero he olvidado por completo quién era.

—Es curioso —respondió Roberto sosteniendo su mirada—; también yo me olvidé.

Fitz-James no insistió; hasta parecía ligeramente distraído, lo cual resultaba todavía más deprimente que su risa. Roberto y su señora terminaron el cóctel, deseosos de poner término cuanto antes a la penosa situación.

—Les agradezco la visita —dijo al despedirlos Fitz-James, mientras estrechaba con gran fuerza la mano de Roberto—. Espero devolvérsela pronto.

Daniel lo miró inexpresivamente, pero le pareció que las palabras de Fitz-James eran sinceras.

—Lo esperamos —respondió, y salió con Aurora.

IV

EL verano había llegado a su fin. Era el breve lapso que transcurría entre la investigación veraniega sobre el terreno y las tareas docentes en las aulas. Era el tiempo para descansar un poco, para ver a los amigos de siempre, para instalarse en el bar y lamentarse de que ya no se podía pescar hasta el año siguiente. Era tiempo para ir de visita a casa de los padres, pero no para Roberto Sháckel, que se encontraba bien lejos de Illinois, su lugar de origen.

Cruzaba rápidamente la gran planicie ahora desierta de la universidad de Texas, en Austin.

verticalmente; pero Roberto no se cuidaba de él. Por el momento, procuraba no pensar en el pequeño disco de material plástico que había fundamentalmente trastornado su vida. Contempló el edificio principal de la universidad y, como siempre, le hizo gracia su incongruencia: un pequeño templete griego parecía amedrentado bajo la mole inmensa de un rascacielo que a su vez emergía inexplicablemente de entre un abigarrado conjunto de edificios, parte de estilo colonial español, parte de severas líneas clásicas. Peese a todo, el lugar era atractivo para una persona que ha consagrado su vida a la ciencia. Vivir allí era agradable..., si uno podía abandonarse al puro y simple vivir de otras épocas. Volvió a preguntarse qué motivo lo había traído allí: ¿la ciencia?, ¿la curiosidad?, ¿un encubierto escepticismo?...

¿O era el miedo?

Entró en el edificio llamado *Waggoner Hall*; decidió prescindir del ascensor, y subió las escaleras hasta el cuarto piso. Empujó la puerta giratoria, pasó entre una doble fila de escritorios y entró en el museo de Antropología. María estaba allí. Roberto se detuvo unos minutos a conversar con ella, como para refrescar su antiguo convencimiento de que una secretaria de buena presencia nunca entorpece el buen funcionamiento de un instituto de investigación científica.

Atravesó el museo, sin casi mirar los especímenes que le eran ya familiares. Cábrell y Krieger estaban trabajando con Cason en los yacimientos de Falcon, de modo que el museo se hallaba mucho más solitario que nunca. Roberto llegó ante una puerta cerrada, sin letrero alguno, situada en el extremo del salón. Golpeó la puerta, y una voz respondió desde adentro:

—Si es Scháckel, váyase.

Roberto hizo un gesto, empujó la puerta y entró en la extraña oficina,

donde se encontró frente a Frank Johnston, que lo miraba con somnolienta malignidad, desde un vetusto catre de cuero.

—¡Así que era usted!, ¿eh?

—Sí, Frank; yo mismo.

Frank Johnston era un personaje tan raro como su oficina, la cual consistía en un desprolijo, atestado y abigarrado revoltijo de libros, pipas malolientes, revistas, estatuillas truculentas, calendarios y carteles de hermosas artistas, y toda suerte de extravagancias. Era bajo y rechoncho, de edad indefinible (entre los cincuenta y ochenta años), con calva reluciente, largos bigotes de bandido y penetrantes ojos verdes, velados en parte por un par de anteojos pasados de moda. Frank era lo que vulgarmente suele llamarse una personalidad extraña, pero al mismo tiempo uno de los mejores investigadores en arqueología.

—Recibí su carta. Muy aburrida.

NUMEROS ANTERIORES

de

más allá

Para los lectores que deseen completar la colección de la revista, tenemos en depósito una cantidad limitada de ejemplares de los números anteriores, en venta al precio de tapa de \$ 5.— por ejemplar. Pueden obtenerse: adquiriéndolos directamente en las oficinas de la Editorial Abril, Av. Alem 884, 1º piso, Buenos Aires; o remitiéndonos un giro postal por el importe correspondiente a la orden de

EDITORIAL ABRIL S. R. L.

¿Qué sensacional descubrimiento ha hecho? ¿Qué tal su mujer?

Roberto se sentó en la silla giratoria que estaba detrás del escritorio.

—No sé qué es lo que descubrí, Frank. Pensé que usted podría decirme.

Johnston lo miró con cara burlona y le respondió:

—¡Caramba!, yo creía que ustedes, los jovencitos, lo sabían todo... ¡Así que tuvo que acudir al viejo!, ¿eh?

Roberto asintió.

—Me he convencido de que no sé una palabra de nada. Encontramos una punta de flecha de Folsom, la primera que aparece en Méjico; pero no es eso lo que ahora considero más importante.

—¿De modo que hay cosas más serias todavía? —replicó cínicamente Frank.

—No lo sé... ¿Qué le parece esto?

ROBERTO sacó de su bolsillo el disco de plástico dentado y se lo alargó a Johnston, el cual lo tomó, se ajustó las gafas, lo miró y se incorporó luego lentamente sobre su catre. La sonrisa había desaparecido de su rostro. Respiró pesadamente, y un hálito frío recorrió la habitación.

—¿Qué quiere usted, Roberto? ¿Dónde encontró esto? ¿Qué es lo que quiere?

Roberto se sintió como empujado hacia atrás por la intensa respuesta de Johnston, pero al mismo tiempo se despertó en él una súbita seguridad. Había jugado y había ganado.

—Quiere decir que usted sabe de qué se trata...

Johnston se levantó del catre, resolvió y llenó ceremoniosamente su pipa, con una espantosa mezcla de tabaco, preparada de acuerdo a una receta de los indios. Tardó un minuto largo en responder. Entretanto, sus ojuelos vivaces iban del disco al rostro de Schákel ininterrumpidamente. V

sentarse, y en su cara apareció una palidez extraordinaria.

—Tengo miedo de responder a esa pregunta, Roberto. Quiero ser leal con usted, y por lo mismo voy a darle un consejo: deshágase de ese objeto, olvídelo por completo, búsquese otra profesión y disfrute de la vida mientras puede.

Roberto miró al hombre que tenía enfrente. ¿Era de veras Frank Johnston quien hablaba?: ¿ese hombre cuyo desprecio por la autoridad era tan grande que se había atrevido a tirar una flecha embotada contra el decano de la facultad y había arrojado a un estudiante por la ventana del primer piso?

—No le entiendo, Frank —respondió—. Después de todo...

—¡Después de nada! —bufó Johnston—. Ya me doy cuenta de que no me entiende, y eso es lo mejor que le puede suceder. No insista. ¡Váyase!

Roberto lo miró y advirtió el sudor frío que empapaba sus manos agarrotadas en los brazos del sillón.

—No puedo hacer lo que me aconseja, Frank... Usted lo sabe. Vine a buscarlo como amigo y no como arqueólogo. Necesito ayuda, y con su ayuda o sin ella voy a seguir hasta el fondo de este asunto. Hay mucho misterio detrás de este disco...

—¿Así hasta ahí ha llegado usted?...

—Sí —dijo Roberto, y le contó todo lo sucedido en Méjico.

Mientras hablaba, le llamó la atención la mueca diabólica que apareció en la cara de Frank al escuchar cómo había desaparecido el disco y cómo Roberto lo había recobrado; pero, sin hacer caso de ello, siguió con su historia hasta el fin, sin omitir los gigantes que frecuentaban el rancho de Fitz-James.

—Se está jugando un juego —concluyó—, y no conozco los resultados. Es más: ni siquiera sé quiénes son los jugadores. Pero me parece que usted

Frank Johnston lanzó una espesa bocanada de humo y respondió:

—Tal vez le esté usted dando más importancia de lo que merece, Roberto.

—¿Le parece que no la tiene?... ¿Cómo se explica...?

—Hay que mirar los hechos desde otro punto de vista. Usted encontró un disco de plástico, incongruente, en un yacimiento donde hubo una aldea india, y ese disco fué susbtraído por el hombre a quien pertenece la propiedad donde está el yacimiento. ¿Quién le dice a usted que ese señor no colecciona discos o que está un poco chiflado?... Muchas veces suceden cosas de éstas... Muy bien; entonces se le ocurre a usted visitarlo y encuentra que el living está lleno de gente de estatura fuera de lo normal... Yo pregunto: ¿y qué? Si usted fuera una persona más alta o más baja que lo común, ¿no buscaría por amigos a las personas de su misma estatura? —Johnston miró fijamente a Roberto—. Respóndame, ¿No lo haría usted?... ¿Y qué tiene eso de extraño?... Mi opinión es que le está usted buscando tres pies al gato.

Roberto sacó un cigarrillo, lo encendió y expelió el humo.

—Frank, ¿cree usted lo que he dicho?

Johnston dió un bufido.

—Por supuesto que no.

—Y entonces, ¿cuál es su opinión?... Me parece que ya soy crecídito y puedo escuchar las conversaciones de los mayores.

—Le advierto que el juego puede no gustarle.

—No importa, Frank; quiero jugar. Y hasta me parece que conozco las reglas.

Johnston suspiró:

—Supongo que sí. Desde luego que es usted un grandísimo tonto; pero estoy orgulloso de usted; se lo aseguro.

Roberto esperó a que se explicase. Éste se reclinó nuevamente en el ca-

tre. Los largos mostachos le temblaban.

—¿Qué haría usted, Roberto, si yo le dijera que los habitantes de este mundo no somos nuestros propios dueños y que nunca lo hemos sido?

Roberto se recostó contra el respaldo de la silla, con el olvidado cigarrillo en sus manos. Tenía seca la garganta. Sospechar algo, entrever una hipótesis, era ya alucinante; pero esa suave pregunta...

—No sé... Explíquese usted mejor. En primer lugar, ¿de qué está hablando exactamente?

—¿No entiende usted las palabras? —respondió rudamente Johnston.

—Sí, pero no entiendo a qué se refieren... ¿Quiere usted decir que alguien o algo se ha apoderado de la Tierra y la gobierna ocultamente?... ¿alguna raza que ha venido del espacio, o algunos enanitos verdes...?

Johnston dió una nueva chupada a la pipa.

—¡Bah! —exclamó irritado—, esas son charlas de viejas... ¡Use usted la cabeza, hombre!

—Eso procuro —replicó Roberto—, y la verdad es que lo intentaba con todas sus fuerzas. El cigarrillo seguía ardiendo en sus manos y llegó a quemarle los dedos. Lo dejó en un caracol marino que hacía las veces de cenicero —. Pero necesito algunos datos más...

—Tiene usted demasiados datos —dijo Johnston—. Los datos en sí mismos no significan nada; lo importante es interpretarlos. Vino usted con un cuento acerca de gigantes, y ahora los olvida y sale hablando de enanitos verdes. Eso es menospreciar sus propios datos. Lo menos que podría usted hacer es referirse a gigantes verdes.

Roberto lo miró esperando una sonrisa de aliento, pero la sonrisa no llegó. Encendió un nuevo cigarrillo.

—Es un poco difícil —dijo—. Cuando se habla de gigantes, aun cuando se los haya visto con los propios ojos, es

difícil tomarlos en serio... Los gigantes son invenciones de cuentos de dibujos animados...

JOHNSTON le lanzó una estocada con la pipa.

—Lo felicito, muchacho, por su espíritu científico. Procede usted como el mejor de los decanos de la mejor facultad... ¿Quiere hacer el favor de decirme exactamente por qué hay que tomar en broma a los gigantes? ¿Quién o qué cosa ha condicionado su mente de un modo tan cerrado como para que no pueda usted investigar seriamente algo sobre un supuesto gigante? Esto es importante, y le sugiero que lo piense.

Roberto se esforzó en pensar, pero su cerebro era un torbellino. Se acordó de algo que le había sucedido durante la guerra, en una de sus licencias. Junto a él, en Cincinnati, se había sentado en el ómnibus una persona cuyo físico y fisonomía eran exactamente las de Adolfo Hitler. Roberto le pidió permiso para salir al pasillo, y el otro se le vantó amablemente. ¿Y por qué no podía ser Hitler? Imposible, por supuesto; pero, ¿y si hubiera sido efectivamente?

—Hay algunos indicios — prosiguió Johnston — en lo que orgullosamente llamamos "Anales de la Ciencia". Reflexione usted un momento en lo que consideramos ciencia respetable y por qué la consideramos seria y respetable. El estudio de la evolución ha demostrado que existe cierta tendencia al aumento en el tamaño de las especies. Fíjese en nosotros mismos, por ejemplo. El pequeño insectívoro desde el cual comenzó nuestra evolución, tenía sólo unos cuantos centímetros, y nosotros tenemos más de un metro y medio. Los gorilas son mayores que nosotros, como usted sabe. No hay nada fantástico en todo esto. El gorila, usted y yo y los demás hombres somos gigantes del reino animal.

Roberto escuchaba en silencio. Cuando Johnston comenzaba a hablar, uno se olvidaba instantáneamente de su aspecto extravagante y se sentía en contacto directo con una inteligencia poderosa.

—Para ser más claro: supongo que habrá usted leído a Weindenreich...

—Sí. Escribió una cantidad de...

—Eso no interesa. Me refiero al verdadero núcleo de su obra: la monografía sobre *Primitivos gigantes de Java y del sur de China*, y el libro *Monos, gigantes y hombres*. Fué el mejor antropólogo físico que ha existido, y sin embargo, no le parece tonto hablar de los dientes del *Gigantopithecus blacki*, tres dientes humanoides de comienzos del pleistoceno, de un tamaño seis veces mayor que los del hombre actual y tres veces más grandes que los de cualquier antropoide u hombre fósil. ¿Lo ha leído usted, o no?

—Bueno, sí...

—¡Bah! — exclamó Johnston —. Todos saben que ha sido el antropólogo más genial y que sus pruebas son concluyentes; pero, como sus conclusiones no se adaptan a la ortodoxia, lo descartan y no lo mencionan jamás. Así es la ciencia, muchacho...

Roberto permaneció en silencio un minuto, pensando en las palabras de Johnston. La frialdad del ambiente se intensificó.

—Entonces, usted cree...

—Por supuesto. ¿Necesita usted para creerlo que el gobierno lo proclame? Los dueños de este planeta no son los hombres ordinarios; se diferencian de nosotros tanto como un Neanderthal; nosotros tanto como un Neanderthal; son extraños, cierto es, pero no han venido de otro planeta; vienen de la misma Tierra y han estado en ella todo el tiempo que hemos estado nosotros.

Roberto, sentado en la pequeña habitación, con el cigarrillo en la mano, pensaba: "El hombre, el orgulloso hombre, es más que un títere que

representa una comedia sin saberlo; es un mono obtuso que no puede ver los barrotes de la cárcel donde está encerrado".

—PERO qué dice usted? — al hablar sabía que sólo pretendía reasegurarse, orientarse nuevamente, evadirse de los hechos. ¿Cómo puede usted saber todo eso? — insistió —. ¿Cuáles son las pruebas?

Frank Johnston rió secamente. Con un gesto señaló un periódico que estaba sobre el colmado escritorio: periódico encabezado por negros titulares y repleto de la filosofía barata de siempre.

—Lea — dijo — ese diario. Le aconsejo que lo lea de vez en cuando.

—Usted sabe acerca de todo esto más de lo que me dice.

—Ya le he dicho más de lo que yo debería saber, muchacho. Y debería saberlo mejor, para no cometer la imprudencia de decirle lo que le he dicho. No voy a pintarle ningún cuadro. Le he dado algunas pistas; pero usted mismo tiene que seguir las hasta el fin. Tiene usted que deducir sus propias conclusiones y tomar sus propias decisiones, como lo he hecho yo. Le pronostico que recibirá alguna ayuda — añadió sonriendo suavemente.

—¿Qué quiere usted decir?

Johnston dió otra chupada a la pipa y no respondió palabra.

—¿Y qué hay del disco plástico? — insistió Roberto —. ¿Por qué me lo robaron?

Roberto se había puesto de pie, lleno de súbita indignación. ¿Es que Johnston creía ser un oráculo o un dios, para hacer una indicación y velarla nuevamente después?

—Tranquilícese, muchacho. Pronto descubrirá todo esto, si no lo ha descubierto ya.

—¿Que lo he descubierto ya?... No he descubierto ni sé nada. Si existe una

especie de conjuración, si somos piezas de ajedrez en algún tablero cósmico, si todo esto es verdad, ¿cómo no nos damos cuenta? — Roberto apretó las manos —. No podemos ser manejados como si fuéramos un rebaño. Somos hombres y tenemos que hacer algo; cualquier cosa.

Frank Johnston sonrió extrañamente.

—¿Qué?... ¿Le parece que avisemos a la Associated Press?

Roberto vaciló. Sabía tan poco, tenía tan pocos datos... ¿Qué podía hacer? Procuró sosegar y pensar. Se dijo a sí mismo que su pequeño descubrimiento no había trastornado el Universo. Después de todo... estaba en la misma situación de siempre.

—Yo he dicho demasiado — dijo Johnston, levantándose y ajustándose los anteojos —. No voy a decir una palabra más; y, por supuesto, desmentiré a usted si divulga por ahí que yo le he dicho lo que acaba de oír. Tiene usted que tomar algunas decisiones importantes, muchacho, y le sugiero que las tome antes de seguir adelante. Es más fácil cruzar el océano construyendo previamente el barco, que intentar fabricarlo mientras se nada.

Roberto tomó el pequeño disco plástico y lo guardó en el bolsillo.

—Volveré a verlo — dijo.

—Negaré todo lo que le he dicho a usted — replicó lentamente Johnston —. No puedo ayudarlo más. Si vuelve a buscarme perderá el tiempo. Tendrá que seguir su camino como yo he seguido el mío. Usted comprenderá esto antes de llegar al término. Use su cabeza, muchacho, use su cabeza.

Roberto Schákel se encaminó hacia la salida, más turbado que nunca. Tras él resonó la voz de Johnston:

—A propósito, Roberto, ¿cuánto mide usted de estatura?

Schákel giró sobre sus talones; contempló al excéntrico arqueólogo, que

sostuvo la mirada, fumando siempre su pipa inaguantable; quiso responder, y no pudo.

Tembloso y aterrado, salió de la habitación.

ROBERTO cruzó la plazoleta, reptiéndose que lo que había sucedido no tenía verdadera importancia. Atardecía. Las sombras suaves y alargadas se iban extendiendo sobre las calles de cemento, ardiente todavía por el sol. Una brisa suave y refrescante venía del norte. ¿Qué importancia tiene que el hombre controle su destino o no? El saber que era solamente un pasajero del tren en vez de ser el maquinista, no cambiaba realmente nada a su vida; seguía estando donde había estado hasta ahora, y tenía una vida que vivir y una felicidad por la cual luchar. Nada había cambiado, se repitió a sí mismo. Todo estaba exactamente como antes. Pero no logró engañarse. Algo, y muy importante, había cambiado.

V

EL joven antropólogo pestañeó semidormido, cuando el timbre del despertador empezó a sonar, y tanteando con la mano logró apretar el botón para detenerlo. Se sentó en la cama y se estiró. Esa primera hora de clase matinal era una invención diabólica para poner a prueba a los profesores jóvenes.

—Despiértate, querida — murmuró sin haberlo conseguido él mismo por completo.

No obtuvo respuesta, y se volvió para mirar la cama gemela. Aurora no estaba allí.

Por un momento, Roberto se asustó, pero luego reflexionó que ella debía de haberse levantado antes para preparar el desayuno. Con gran esfuerzo saltó de la cama y se arrastró hasta la ducha. Se afeitó, se vistió y eligió su corbata,

para demostrar tácitamente a la clase que él era relativamente humano, no obstante enseñar lo que enseñaba. Encendió un cigarrillo mientras reflexionaba que estaba fumando demasiado; bajó al hall de su pequeña casa; atravesó la bombonera que el propietario de la casa había orgullosamente bautizado "comedor", y entró en la cocina con un saludo a flor de labios.

No llegó a pronunciarlo, porque Aurora tampoco estaba allí. La cocina se hallaba desierta.

—¡Aurora! — llamó mientras un nudo glacial le apretaba terriblemente el estómago.

Nadie respondió. La casa pesaba sobre sus espaldas; parecía estar vacía...; ¡estaba vacía! No hay cosa que un hombre pueda percibir intuitivamente con más seguridad que el vacío de una casa. Y Roberto sabía que su intuición no lo engañaba esta vez.

Lentamente, tratando de dominarse, volvió al dormitorio y examinó la cama de Aurora. No había sido usada...; pero Aurora se había acostado al mismo tiempo que él la noche anterior. Miró en el armario sin saber exactamente qué buscaba. La ropa de ella estaba allí. También estaba el vestido estampado verde que había usado el día anterior. Recordaba que ella lo había depositado sobre la silla del dormitorio antes de acostarse.

—¡Aurora! — llamó con voz tranquila, sin darse exacta cuenta de que hablaba en voz alta —. ¡Aurora!

Aurora se había marchado, y él sabía que ya nunca volvería a verla. Injustificadamente su pensamiento pasó al pequeño disco de material plástico. El disco que él había guardado en una caja debajo de su catre y que había desaparecido luego...

Se sentó vencido sobre la cama. Por supuesto, podía llamar a la policía y avisar que su mujer había desaparecido.

Nadie le dijo qué pensar. Sus recuerdos de

MÁS ALLÁ

las dos últimas semanas estaban extrañamente confundidos. Recordaba claramente su encuentro con Johnston en Texas, y después de esto... bueno, recordaba y no recordaba. Sacudió la cabeza pretendiendo aclarar sus pensamientos. Aurora había estado con él la noche anterior; estaba seguro de ello, pero se le escapaban los detalles. ¿Qué habían hecho los dos? No podía recordarlo...

Decidió no avisar todavía a la policía. Se negó a dejarse abatir. Se esforzó por pensar en otros temas. Se obligó a sí mismo a hacer las cosas de todos los días. Volvió a la cocina, calentó el agua, preparó una taza de café y se la bebió. Sólo al terminarla recordó que le gustaba con crema y azúcar.

No podía detenerse ni pensar: tenía que seguir adelante haciendo cosas. Atravesó el silencioso living, y salió de la casa cerrando la puerta tras sí.

La casa estaba enteramente tranquila.

Abrió el garage. Su Chevrolet azul estaba todavía allí. Montó en él; lo sacó marcha atrás, y se dirigió hacia la universidad, sin darse cuenta apenas de por dónde iba. El perfume de Aurora impregnaba todavía el auto, pero fué desvaneciéndose a medida que éste avanzaba.

Roberto apretaba sus manos al volante y le costaba distinguir los objetos de la calle. Tenía los ojos cubiertos de lágrimas.

—Aurora — dijo una vez más. Y eso fué todo.

CUANDO entró en su oficina, Daniel Ransom estaba ya allí.

—Roberto... — exclamó con sorpresa levantándose de la silla —, ¿qué haces aquí?

Schákel lo miró e intentó sonreír.

—Trabajo aquí... ¿recuerdas?

—Por supuesto, pero...

—Pero ¿qué? — Roberto avanzó ha-

ESTE ESPACIO ES SUYO...

...utilicelo para decirnos qué piensa de MAS ALLÁ. Critique, comente, alabe, sugiera. Si este espacio no le alcanza, agregue una hoja suya. Su carta será contestada y, si expresa puntos de vista originales o temas de interés general, será publicada.

Escriba a

más allá

Av. Alem 884 — Buenos Aires

cia el escritorio del otro antropólogo con el cual compartía la oficina —. Trabajo aquí, ¿verdad, Daniel? — y lo tocó con su mano temblorosa —. Parece tonto, pero te confieso que estoy tan trastornado...

Dannel lo hizo sentar en una silla, cerró la puerta, echó la llave, sacó una botella de whisky del último cajón del escritorio, sirvió un vaso y se lo extendió a Roberto.

—Es una antigua costumbre tribal, — explicó —. Te vendrá bien.

Roberto tomó agradecido el vaso y bebió en abundancia. El alcohol cayó como bálsamo caliente en su estómago vacío; después de lo cual, Roberto se sintió un poco mejor.

—Mira, Daniel; ¿puedes decirme exactamente qué es lo que ha pasado? ¿Por qué te extraña que hoy venga yo a la oficina?

Daniel lo miró y se mordió el labio inferior.

—Tienes cara de fatigado, Roberto. ¿Estás seguro de que no te hace falta una revisión médica o descansar un rato en algún otro cuarto?

—No lo necesito — respondió Roberto, cerrando los ojos —. Estoy perfectamente.

—Bueno — comenzó Daniel; pero se detuvo de inmediato, tragó saliva y comenzó otra vez a hablar con voz baja y metódica —. Desde que tu mujer murió en Méjico, estás muy alterado, como es lógico. Nadie te ha visto a menudo en las últimas semanas. Por supuesto, te dijimos que no te ocuparás de tus clases hasta que te hubieras recuperado por completo. Yo iba a encargarme de tus clases...

—¡Basta! — dijo Roberto, abriendo otra vez los ojos —. ¡Conque Aurora murió!...

—Mira, viejo; es mejor que me dejes acompañarte al médico. Estás casi agotado...

Roberto sacudió la cabeza.

—No hace falta, Daniel. Ahora estoy bien. Necesitaba solamente que me lo dijeras... Cuesta un poco acostumbrarse a la idea y aceptarla.

Hubo un largo silencio. Roberto advirtió que había puesto a su amigo en situación violenta.

—¿Qué clases me corresponden este semestre? — preguntó dando la mayor expresión de naturalidad posible a su voz.

—Pues... tus dos cursos de Antropología, primero y segundo. En primer año hay dos secciones. Hoy te tocan las tres horas. Mañana tienes Arqueología de Norteamérica. Como ya te he dicho, no me significa ninguna molestia sustituirte unas cuantas semanas, hasta que te sientas mejor.

—Me siento perfectamente — respondió Roberto con una sonrisa contrada —. Nunca me he sentido mejor. Hoy es el primer día de clase, ¿verdad?

—Así es, Roberto. Si verdaderamente crees que...

—Sí, Daniel; creo que es mejor que me encargue hoy mismo de las clases, antes de que me empeore. Gracias por todo. Uno de estos días te explicaré todo.

Roberto se dirigió al baño. Se sentía tremendamente mareado. Logró sobreponerse, se peinó y tomó un vaso de agua. Luego, entró en el aula para dar comienzo al nuevo semestre.

LO peor fué volver a su casa aquella noche. Tardó dos horas en decidirse. Pero cuando entró, no se encontró con la casa vacía, como había esperado.

Tomás Fitz-James estaba esperándolo, muellamente hundido en un sillón.

—Buenas tardes — dijo el gigante, dejando a un lado el libro que había estado leyendo, y levantándose corrientemente, como si el mundo estuviera...

sido vuelto del revés y fuera él el dueño de casa —. He estado hojeando alguno de sus libros, y me han parecido bastante entretenidos. Absurdos, por supuesto, pero divertidos.

Roberto observó con sorpresa que la situación le resultaba perfectamente natural. Nada en el mundo podía ya sacudirlo.

—Me alegro de que se haya divertido con nuestros pequeños esfuerzos — dijo secamente —. Nos esforzamos por satisfacer.

Mientras daba esta fría respuesta, pensó: "Cuán rápidamente se adapta nuestro sistema de valores (los principios que sirven de eje para nuestras vidas) a lo desconocido."

—Su whisky es realmente de primera calidad — contestó Fitz-James —. ¿No quiere acompañarme?

Roberto se sirvió con agrado una medida, le echó cubitos de hielo y se sentó frente a Fitz-James. ¡Cuántas veces se había sentado con Aurora, al atardecer, en aquel mismo lugar!

—Bueno — dijo —, ¿qué lo trae por aquí? ¿Viene a recobrar su disco plástico?

Fitz-James rió cordialmente, muy a sus anchas.

—No, Roberto; vine porque usted me parece una persona inteligente.

—Muchas gracias. ¿Piensa premiarme con alguna medalla?

Fitz-James sacudió la cabeza, en gesto de reproche.

—Vamos, Roberto. Me doy cuenta de que usted tiene mil motivos para estar zahiriente; pero espero advertirá que ese modo de conducirse no le llevará a nada.

Schákel sorbió su bebida, asombrado él mismo de su propia serenidad.

—¿Puede traerme de nuevo?... ¿Puede usted?

—No, Roberto.

Roberto apuró su copa y volvió a servirse.

—Pues diga lo que tenga que decir, y váyase cuanto antes.

Fitz-James sacudió la cabeza, y su cabello plateado brilló bajo la luz de la lámpara. Su estatura era tan grande que la silla en que estaba sentado parecía enana; pero estaba tan perfectamente proporcionado que al mirarlo se creería ser víctima de una ilusión óptica.

—No me dificulte las cosas, Roberto. He venido hasta aquí con graves inconvenientes, para contarle un cuento. Usted ya sabe buena parte de él, de modo que no necesito gastar tiempo en convencerlo de que es verdad, y me parece que le conviene escucharlo.

—¿Por qué?

—Porque le ahorrará a usted muchos esfuerzos y a nosotros mucho trabajo. Por otra parte, le tengo buen afecto. ¿Para qué jugar en el equipo perdedor?

Schákel miró al hombre que tenía enfrente. Lo más increíble de todo, según advirtió, es que Fitz-James no estaba jugando. Al gigante le parecía perfectamente natural asesinar a la esposa de alguien y entablar luego una cordial conversación con él. Roberto reprimió un escalofrío.

—Diga lo que tenga que decir — repitió.

Tomás Fitz-James se inclinó hacia adelante sonriente.

—Es una historia bastante larga — se disculpó —; pero me parece que a usted, que es antropólogo, le ha de interesar — dió una suave chupada a su pipa y observó cómo el humo azulado se elevaba en espirales hacia el techo—. Todo comenzó hace mucho..., muchísimo tiempo...

EXPLICÓ Fitz-James que desde el primer momento de su aparición en la Tierra, cuando el hombre vagaba entre las grises nieblas del pleistoceno, se diferenciaron dos tipos humanos principales. El primero, bien conocido por

todos los que han estudiado la evolución, culminó en el hombre de Cromagnón, y de allí proviene el hombre actual. El segundo tipo tenía por antecesores al *Gigantopithecus* y al *Meganthropus*, que derivaron finalmente hacia el *Pithecanthropus robustus*. Cuando se produjo el segundo período interglacial, existían dos tipos de hombre en la Tierra. Uno de éstos, compuesto por los hombres de tipo corriente, vivía en las cuevas. El otro grupo, el de los hombres avanzados, vivía en medio de una civilización ya floreciente.

Los dos tipos se diferenciaban bastante entre sí. La altura era el rasgo más evidente; pero la diferencia esencial residía en su distinta capacidad para integrar unidades culturales. No existía real diferencia entre las facultades mentales de los dos grupos. La única diferencia decisiva puede resumirse en este rasgo: los hombres avanzados habían aprendido una lección, la habían aprendido pronto, y la habían aprendido bien.

La única mutación que diferenció ambos grupos fué de orden cultural.

Los hombres avanzados habían aprendido el secreto de la cooperación.

Es indiscutible que la verdadera clave de la evolución no estriba en el antagonismo, sino en la colaboración. Lo que capacitó a la especie humana para sobrevivir no fué la lucha, sino la cooperación entre los hombres. Un hombre solo no era nada. Una sociedad de hombres, que trabajaban juntos, se hacía invencible.

Los hombres avanzados aprendieron pronto este secreto y lo aplicaron. Como es natural, a medida que sumaban sus recursos a los del grupo, avanzaban más rápidamente. El mismo efecto activador que la cooperación produjo entre los hombres corrientes en los últimos periodos de su evolución, lo produjo quinientos mil años antes en los

hombres avanzados; los cuales construyeron una floreciente civilización y supieron prevalerse de su situación privilegiada. Vieron que sus infrahumanos parientes se rompían mutuamente, con sus hachas, las cabezas, y cayeron en la cuenta de la gran oportunidad que se les ofrecía. Una oportunidad para mejorar su propia condición, gracias a la de los semianimales de las cavernas.

Y de este modo, casi sin darse cuenta, *domesticaron* a los otros hombres.

La oveja que pasta en el campo no comprende el sistema social que la ha colocado allí. El mono que ha nacido y se ha desarrollado en un jardín zoológico no advierte que su libertad ha sido restringida: ¿cómo podría saberlo sin tener ante la vista un estado anterior con el cual comparar su estado actual?

Los hombres inferiores, mientras permanecieran en su estado salvaje, servían de muy poco a los otros. Éstos lo comprendieron así y los ayudaron a perfeccionarse, como el cabañero perfecciona sus toros para que le sean más útiles a sus propios fines. Los hombres avanzados y los hombres medios no eran de ningún modo enemigos entre sí. Los unos eran superiores; los otros, inferiores, y comprendían que el progreso de los hombres avanzados era necesario para el propio adelanto. Ni amaban ni odiaban a sus hermanos.

Los hombres avanzados permanecieron en segundo plano, aunque sus ciudades y su apariencia física pasaron a convertirse en leyendas. Tenían plena y clara conciencia del secreto que les había permitido alcanzar este desarrollo cultural, y veneraban la cooperación como la virtud fundamental de la raza.

Sin embargo, a medida que los hombres medios iban desarrollando sus propias ciudades, los hombres avanzados, destruyendo las propias

e infiltrándose en las de sus súbditos. Como ellos mismos habían planeado el ritmo del desarrollo, no les fué difícil mantener dentro de las ciudades su predominio. Eran los señores de las mansiones, los poderes ocultos detrás de los tronos. Dejaron que los hombres inferiores combatieran, trabajaran y construyesen, y ellos se aprovecharon del trabajo.

Pero habían creado un instrumento que no les era enteramente sumiso.

FITZ-James prosiguió, comentando que el progreso tiene esto de desconcertante: que nunca sigue el mismo camino dos veces y que se desvía en una pluralidad de direcciones imprevistas. Es muy fácil despeñar una roca por la ladera de la montaña; lo difícil es controlar su caída.

Los hombres mediocres comenzaron a ganar terreno. Cuando apareció la tecnología y se convirtió en un elemento fundamental de su sociedad, el desarrollo de aquélla fué incontrolable. Un invento siguió a otro, un progreso a otro. No había diferencia básica en la inteligencia de los dos grupos; la diferencia en el grado de las respectivas evoluciones se debía simplemente a que el uno había iniciado su marcha mucho antes que el otro.

Los hombres avanzados se vieron obligados a trabajar para mantener su superioridad inicial. Por otra parte, eran muy pocos en número, debido a la restricción y selección deliberadas a que habían sometido su procreación, y comenzaron a preocuparse. La primera Guerra Mundial fué un intento de ellos para aplastar el desarrollo técnico de los hombres mediocres; pero no les dió resultado.

De pronto cobró peligro inesperado otra creación cultural de los hombres medios: la arqueología. Mientras que la arqueología fué el pasatiempo de unos cuantos excéntricos aficionados a

desenterrar cacharros, no significó nada y no ofreció peligro alguno. Pero cuando la arqueología adoptó métodos verdaderamente científicos; cuando los arqueólogos consagraron sus esfuerzos a una interpretación cabal de los rastros dejados en la tierra por los hombres de épocas más remotas; cuando comenzaron a reconstruir sistemáticamente el pasado...

Los hombres avanzados se vieron obligados a neutralizar a toda prisa los peligros de la arqueología científica, y para ello inventaron los viajes en el tiempo. De este modo podían volver y preparar los terrenos que excavarían después los arqueólogos, para que éstos encontrasen lo que a los hombres avanzados convenía. Pero los viajes en el tiempo resultaron mucho más difíciles y complejos de lo que habían supuesto. Un ejemplo de ello era aquel disco de material plástico olvidado entre las cenizas de un villorrio indígena desaparecido muchos siglos antes.

Habían alterado los yacimientos y habían hecho algo más: habían intentado detener la arqueología. Pretendieron desacreditarla ridiculizándola, suprimiendo las subvenciones para los trabajos en el terreno, combatiéndola con preguntas insidiosas...

¿Y para qué sirve?

¿Por qué no dedicar el tiempo a algo práctico?

¿Por qué se jactan de datos tan exactos? ¿Qué sentido tiene toda esta charrería? Si les gusta cavar, ¿por qué no se dedican a ello tranquilamente, sin decir que hacen ciencia?

Escogieron hombres que interpretasen los hechos como ellos deseaban que fueran interpretados. Sembraron los terrenos con problemas insidiosos, falsos problemas, para que los investigadores se agotasen luchando contra ellos. Fomentaron rivalidades entre los arqueólogos, para conjurar los peligros del trabajo en conjunto. Implantaron

dogmatismos estimulando la mala conciencia: "Si encuentras algo que no se ajuste a las hipótesis establecidas, ¡descártalo cuanto antes!... ¡Nadie te hará caso!"

Y los hombres avanzados eran eficaces. Con los mismos procedimientos habían logrado controlar y reprimir el desarrollo de la sociedad.

Pero, ¿eran verdaderamente eficaces?

Los hombres medios iban ganando terreno incesantemente. El rebaño había perdido su mansedumbre y comenzaba a hacerse peligroso: a pesar de los esfuerzos de sus amos, se habían propuesto cortar las limitaciones que los ataban a la Tierra, y estaban a punto de irrumpir hacia los astros del firmamento. Los hombres avanzados eran esencialmente conservadores, ya que su propia existencia y estabilidad dependían del mantenimiento del *statu quo* de la sociedad en la que vivían como aristócratas. Y eran demasiado pocos para seguir a sus súbditos hasta las estrellas.

—**A**SI que, como usted ve —concluyó Fitz-James, golpeando el hornillo de su pipa contra el cenicero—, desde mi punto de vista es usted una especie de monstruo.

Roberto Schákel miró su reloj. Habían pasado tres horas, durante las cuales Fitz-James estuvo hablando incesantemente, mientras Roberto permanecía en total silencio. Cuando Fitz-James concluyó, Roberto respiró hondo y preguntó:

—¿Por qué mató usted a mi mujer?

Fitz-James extendió sus grandes manos en un gesto de apaciguamiento:

—Por la misma razón, Roberto, que lanzamos los llamados "platos voladores" al firmamento. Antes de poderle explicar todo esto, tendría que demostrarle que nuestras medidas son siempre estrictamente racionales, y algún otro día tendré tal vez que visitarle y

explicarle por qué hemos conseguido anticipadamente el dominio del espacio en torno a la Tierra. Supongo que la muerte de su esposa le habrá intrigado...

Roberto miró fijamente al gigante. "Para él se trata sólo de un enigma intelectual", pensó con súbita penetración; "Aurora no era un ser verdaderamente humano a ojos de Fitz-James..."

—Sí, me intrigó —respondió en alta voz.

—Pues en realidad es muy simple, Roberto. Aurora estaba enferma antes de que ustedes salieran de Méjico, ¿recuerda? Cierta noche, un equipo de eliminadores retrocedió a ese momento del tiempo y dejó una ventana abierta a su cabecera. Además depositó algunas píldoras en su vaso de agua. Ella murió, lógicamente. Por desgracia, éste fué un trabajo de gran complejidad y tuvo consecuencias bastante curiosas. Hubo que arreglar las cosas de modo que nadie, excepto usted, viera o hablara a la mujer en el intervalo que medió entre su muerte y su desaparición del tiempo presente. Cuando se realizan modificaciones tan profundas en el curso del tiempo, la mente humana no siempre puede acomodarse, y esto explica que en la mente de usted pugnasen dos series de recuerdos, ninguna de las dos suficientemente clara. Por supuesto, usted no podría entender todos los detalles del proceso mental; pero la conversación que mantuvo usted con el doctor Johnston tal vez le haga entrever algo de lo que realmente pasó.

Fitz-James sonrió al ver la expresión de sorpresa que se pintó en la cara de Roberto.

—¿No le preguntó a usted por Aurora?

Roberto quiso recordar... le parecía que sí, que le había preguntado.

—Y usted no le respondió, por supuesto. ¿No le extrañó a usted eso en aquel momento?

—No lo sé —repuso Roberto—; la verdad es que no lo sé.

—Por supuesto que no puede usted saberlo. Este es precisamente el punto central. Veo que sólo ahora está usted en condiciones de apreciar el ofrecimiento que le voy a hacer.

—¿Ofrecimiento?

—Sí, Roberto. Considere su situación, si es que puede. No somos enemigos. No matamos porque nos resulte entretenido. Más aún: aborrecemos todo tipo de violencia. Usted se ha inmiscuido en algo que lo hace potencialmente peligroso para nosotros. Voy a mostrarle las cartas con toda franqueza: una eliminación en su caso sería muy difícil. Tiene usted demasiadas relaciones y surgirían demasiadas preguntas. Llegado el caso, no vacilaríamos en recurrir a este método; pero, en general, no nos gusta emplearlo. Esas eliminaciones se multiplican demasiado. Puede llegar el momento en que alguien descubra la relación que las une; lo cual sería muy molesto para nosotros. Estamos considerando hasta la posibilidad de arrasar con toda la civilización de ustedes; pero, por el momento, preferimos dejar las cosas tal como están. No somos irracionales. Usted es un hombre más bien alto...

Roberto Schákel permaneció en silencio, escuchando al irreal gigante, como si estuviera en medio de una habitación irreal también.

—Todo lo que le pedimos —prosiguió Fitz-James, con su agradable y bien modulada voz y con la misma serenidad que si estuviera hablando del tiempo— es que en su enseñanza no se aparte de

las teorías tradicionales, que desalienen usted a los demasiado audaces y que usted mismo sea prudente en sus excavaciones. En otras palabras: le pedimos que no salga del camino que lo ha de llevar al triunfo dentro de su profesión. No somos desagradecidos; le garantizamos el éxito; lo ayudaremos, y con el tiempo, dada su estatura...

Roberto suspiró, terriblemente cansado.

—¿Y en caso contrario?

Fitz-James se encogió de hombros.

—Le aguarda el ridículo y el fracaso.

No llegará usted jamás a ninguna parte y no hará nada bueno. Sería completamente estéril toda resistencia que quisiera oponernos. Nosotros estamos muy por encima de ustedes en lo que a adelantos técnicos se refiere. Oponerse usted a nosotros sería pretender luchar con lanza contra un tanque lleno de ametralladoras. Si se le ocurre contar a otros lo que yo le he referido esta noche, lo encerrarán en un manicomio; bien lo sabe usted. No le estamos haciendo un mal; antes lo contrario. No tiene usted nada que ganar, y lo perderá todo si se opone a nosotros. ¿Está claro?

—Sí —respondió Roberto—, perfectamente claro.

El gigante se puso de pie, y Roberto se sintió abrumado por su corpulencia.

—Tengo que irme, Roberto. Gracias por las copas y venga a verme cuando lo desee. Lo siento por su mujer, amigo mío; pero fué culpa de usted —terminó Fitz-James, extendiéndole su anchura mano.

Ojo con el puré

LAS papas son una fuente importante de vitamina C, pero cuando se hacen en puré la pierden en elevada proporción. Recientes investigaciones en el campo de la nutrición muestran que la mejor manera de conservarlas las vitaminas es cocinarlas al vapor.

Roberto estrechó la mano del gigante, sin darse bien cuenta de lo que hacía, y lo siguió con la vista mientras salía de la habitación. Solo en ella, permaneció largo tiempo inmóvil, rumiando las últimas palabras de Fitz-James: "Lo siento por su mujer, amigo mío; pero fué culpa de usted".

Salió por fin del lóving, pasó al dormitorio y se tiró en la cama, sin fuerzas siquiera para descalzarse: estaba física y emocionalmente exhausto. La cabeza le zumbaba y le daba vueltas. Yació en la oscuridad, en medio de un mundo que había dejado de ser suyo, en medio de un Universo que había enloquecido.

Cerró los ojos sin preocuparse de si volvería o no a abrirlo jamás. Su vida era un caos, una burla de mal gusto. De todo su pasado, de todos sus conocimientos, sólo le quedaba una horrible certidumbre: había contemplado al Mal, cara a cara.

VI

EL pequeño universo privado en el cual vivimos es más, mucho más que una mera colección de personas, edificios, ciudades y estados. Todos estos objetos los relacionamos y los interpretamos según las ideas convencionales adquiridas por nuestra cultura. Vemos en el mundo que nos rodea lo que nos han enseñado a ver.

De los ojos de Roberto Schákel habían caído las escamas. El hacía y veía las mismas cosas que antes; pero ya no significaban para él lo que estaba acostumbrado a que significasen. Nunca se había tenido por observador ingenuo; hasta creía tener una mentalidad independiente y emancipada; mas ahora descubrió que el mirar frente a frente la verdad, podía ser una experiencia agotadora.

Mirando por la ventana de su oficina, veía cómo los estudiantes afluían

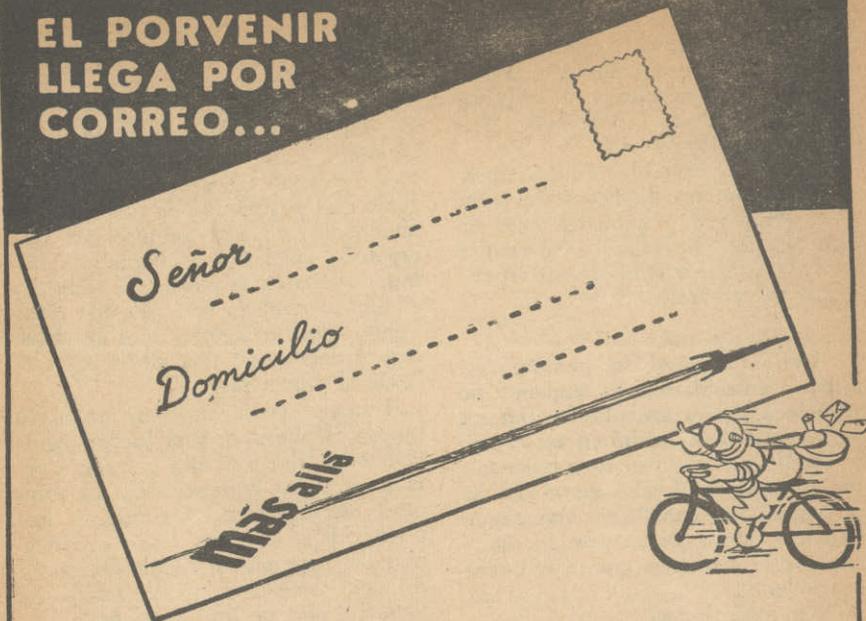
en oleadas, desde los edificios de la universidad, y se desparramaban solos o en grupos, por la gran plazoleta central, respondiendo a los impulsos y restricciones permanentes de una distribución del tiempo graduada de a cuartos de hora, por la campana del reloj. Algunos de ellos caminaban de prisa, con sus libros bajo el brazo y con los ojos cansados detrás de los anteojos. Otros se demoraban, deliberando si dejarían o no la clase siguiente para tomar una cerveza. Otros, en parejas, iban tomados de la mano y jugaban a los juegos más antiguos del mundo. Roberto los observó y pensó: "Todos se están moviendo de acuerdo a un ritmo que ellos no han creado. Y cuando hayan salido de aquí, tendrán un trabajo y mantendrán en funcionamiento un sistema que beneficia a una raza de la cual jamás han oído hablar".

Caminó por las calles de la ciudad y observó la gente que se apresuraba, se apresuraba sin cesar; unas veces para ir al trabajo, otras para regresar a casa, otras para comer o tomar una taza de café, o bien para entretenerse un poco, antes de que el despertador los pusiera de nuevo en movimiento. ¿Para quién trabajaban?

Leyó los diarios. En uno de los rincones del mundo, los hombres se aniquilaban unos a otros. En otro rincón, discutían si los hombres deberían aniquilarse unos a otros o no. Por todas partes los políticos viajaban con gran prisa, desacreditando a sus opositores y prometiendo infalibles panaceas para la felicidad humana. En un coche estacionado a la vera del camino, dos enamorados hablaban de casarse y de fundar una familia. En un congreso científico, los especialistas decidían con gravedad que el exceso de población había sido la causa de la guerra anterior.

Roberto Schákel era igual a la gente que lo rodeaba y que él conocía. En apariencia estaba cumpliendo "normal-

**EL PORVENIR
LLEGA POR
CORREO...**



En un sobre como éste, usted puede recibir el porvenir todos los meses. Se lo llevará su cartero, a usted como a miles de otras personas inteligentes que quieren dar un salto hacia el maravilloso mundo de la magia científica.

Escriba su nombre y dirección en el lugar indicado, recorte el cupón, y envíelo con su cheque o giro postal a MAS ALLA, Av. Alem 884, Buenos Aires.

La suscripción por un año cuesta \$ 50.- en la República Argentina.

¡SUSCRIBASE A MAS ALLA Y RECIBIRA TODOS LOS MESES UN CARGAMENTO DE EMOCIONES Y AVENTURAS INCOMPARABLES!

mente" con sus deberes. En realidad había sido expulsado del mundo de los demás, por lo que había visto y oído. Se acostumbró a beber, no demasiado ni en exceso, pero sí lo suficiente para embotar al menos parcialmente la agudeza de sus percepciones. Y cada vez que debía se decía a sí mismo: "Esto también es parte del *plan*".

A la noche regresó a su casa, pero su casa ya no era un hogar. Se sentó en el *living* y dejó todas las luces encendidas. En su cabeza zumbaba y zumbaba la pregunta de siempre: "¿Qué vas a hacer?"

LUCHO hasta el fin, siempre solo. No hubo clarines ni tambores, no hubo banderas ni medallas, ni retratos en los periódicos. Luchó en un campo de batalla privado, con su inteligencia por arma única. Luchó en medio de un mundo que hablaba incesantemente de una futura guerra, pero que ignoraba que la verdadera guerra se estaba desarrollando.

¿Qué podía hacer?

Se aferró a una creencia: al sentido que su trabajo había tenido siempre para él. Se acogió a la ciencia como a un arma para buscar la verdad. No reverenciaba ciegamente a la ciencia, pero sentía que era la única arma que le quedaba en el arsenal. Afrontó su problema con la mayor objetividad posible, como si se tratase de uno de los infinitos enigmas de la ciencia, en el que no estuviera totalmente comprometido todo su ser.

Por una razón u otra, jamás se le ocurrió darse por vencido.

Su primer problema consistía en determinar *lo que no podía hacer*; y pronto descubrió que lo que no podía hacer era casi todo. Desde luego, no podía escribir a un diario o alquilar espacio en una emisora, para informar de la verdad al público. ¿Qué sucedería si él diera a conocer su historia, presen-

tando como única prueba su pequeño disco de material plástico?

Tampoco podía escribir un libro. Sin duda que se leería muchísimo; pero, ¿de qué serviría? Lo más probable es que lo archivasen en la sección "Ocultismo" de la biblioteca. Sin olvidar que el resultado más inmediato podía ser su eliminación. "Eliminación", meditó; "¡qué término tan sencillo y gráfico!" Igual que la suciedad de una pared es eliminada en pocos minutos con una espátula, igual que se borra una fórmula escrita en la pizarra, él podía ser eliminado también con sólo que retrocediese alguien algunos años en el pasado y dejase caer una piedra sobre él desde el primer piso.

Tampoco podía organizar un movimiento clandestino, para luchar por la liberación. Era una idea hermosa y romántica, pero impracticable. El principio estratégico fundamental es menospreciar al enemigo. Ellos se enterarían del movimiento clandestino antes de que comenzase, y allí terminaría todo. La idea de revolución tenía algo de seductor, mas no para Roberto. Las revoluciones cambian el elenco directivo, pero dejan intactos los males, e los empeoran.

"¡Lástima grande que la vida no fuera como en las novelas!", pensó. En las novelas, los buenos no tienen más que reunirse unos con otros y ponerse a luchar contra los malos. Todo resulta simple y definitivo. Los buenos ponen en juego algún sistema ingenioso, y los malos caen en la trampa y son arrollados. Entonces, el héroe y la heroína se miran profundamente a los ojos y viven felices hasta el fin de sus días.

Pero la historia de Roberto no era buen tema para una novela: como héroe él no valía mucho, la heroína estaba desdichadamente muerta y no había ninguna solución directa y fácil.

¿Qué solución dar a la vida? Roberto sabía que no hay ninguna solución,

por lo menos en el sentido corriente del término. Los cambios verdaderamente significativos en la historia de la humanidad resultaron siempre de pequeños acontecimientos que pasaron inadvertidos durante mucho tiempo, hasta que produjeron los efectos más trascendentales. Pequeñas cosas: un pez que quedó encerrado en el fango jadeando penosamente por respirar; un pequeño mamífero que se subió a los árboles, y otro mamífero que bajó de ellos; un hombre que fué clavado en una cruz por hereje; otro que se embarcó en un bote y contó luego su viaje; uno que escribió una ecuación sobre la masa y la energía, y otro que escuchó el estrépito de una ciudad y escribió una sinfonía.

Daniel miró a la oscuridad. ¿Qué podía hacer él? No hallaba respuesta.

EL otoño había perdido sus rojizos colores, y el gris suave del invierno los había reemplazado, antes de que Schákel resolviera su enigma. Estaba sentado en el *living*, pensando en Aurora, cuando una pregunta cruzó por su cabeza: "¿Por qué necesitaron matar a Aurora?"

Se levantó y encendió un cigarrillo. La mataron, evidentemente, porque querían llamarle a él la atención, de un modo que no lo olvidase jamás. Habían querido avisarle que se estaba volviendo peligroso.

Peligroso.

—¡Caramba! —exclamó en alta voz.

Había sido un tonto. Había aceptado lo que Fitz-James quiso decirle y del modo en que quiso presentárselo. Había aceptado el mito de su invencibilidad. Había aceptado como evidente el hecho de que eran superiores. Le dijeron que estaba inerme frente a ellos y se lo creyó.

¿Por qué se habían preocupado tanto de él?

Volvió a pensar con cuidado y punto por punto en lo que Fitz-James le dijo. Esos eran los hechos. ¿Qué conclusiones sacar de ellos?

"Soy peligroso para ellos", pensó; "pero, ¿por qué?"

Examinó con más cuidado los, según ellos, hombres avanzados. ¿Cuál era el único hecho cardinal de su historia, el origen de toda su preponderancia: *habían descubierto un principio fundamental hace miles de años, y desde ese*

Sólo quedamos tú y yo, hermano

EL hecho de que la antigüedad del hombre actual se remonte a 100.000 años atrás por lo menos, como lo han demostrado recientes descubrimientos, arroja una luz bastante diferente sobre lo que puede haber sucedido sobre la faz de la Tierra en los últimos tiempos. Es muy probable que hayan sido multitud los homínidos que pulularan de acá para allá durante un período que puede llegar hasta el millón de años (el hombre de Neanderthal, el de Pekín, el hombre actual, etcétera), hasta que, por razones no establecidas todavía, todas las demás formas humanas se extinguieron dejándonos a nosotros como dueños absolutos del terreno. ¿Qué pasaría si otra especie, además de la nuestra, hubiera mostrado la misma habilidad para persistir que nosotros?

Esta pregunta la dejamos planteada al lector.

SIN MAYOR IMPORTANCIA

momento no habían avanzado un paso. Ese principio es el de la cooperación. Jamás habían podido sacar las conclusiones lógicas implicadas en él. Nunca se les había ocurrido cooperar en igualdad de condiciones con los hombres corrientes, aunque ello no pudiera menos que redundar en beneficio propio. La recompensa que habían ofrecido a Roberto no era más que el premio otorgado por un amo al esclavo sumiso y cumplidor.

Los hombres avanzados eran superespecializados. Habían logrado un hermoso y exacto ajuste de sus vidas a una situación dada, y nunca lo mejoraron. Habían desarrollado las técnicas necesarias para corroborar su posición, pero no modificaron jamás, ni un ápice, su adaptación. Su existencia misma seguía dependiendo del mantenimiento de la situación inicial.

Pero esta situación inicial había cambiado profundamente.

Ellos estaban tan convencidos de su superioridad, que se jactaban de haber enfrentado adecuadamente los cambios producidos. Sabían de antemano que habrían de triunfar: siempre habían triunfado. Y Schákel descubrió de pronto que el mismo Fitz-James, mucho más amplio de criterio y más progresista que los otros, había puesto de manifiesto una increíble falta de comprensión de los hombres a los que pretendía gobernar. Había asesinado a la esposa de un hombre y luego había extendido la mano amistosamente a ese mismo hombre.

Roberto se sirvió un trago. ¿Quién era efectivamente superior? ¿Qué es lo que la experiencia demostraba? *Demostraba que los hombres que habían sido dominados, manejados y engañados, fueron acortando insensiblemente pero ininterrumpidamente la distancia que los hombres avanzados les habían ganado inicialmente. Demostraba que los estaban alcanzando a pesar de los desesper-*

rados esfuerzos de los privilegiados.

—¡Estamos ganando! —exclamó Roberto—, ¡estamos ganando!

PERO la victoria definitiva dependía de ciertas condiciones. Si el espíritu de libre examen podía mantenerse, si se conseguía que la inteligencia de los hombres se mantuviera despierta y dedicada a la persecución de la verdad, entonces ganarían. Pero si la oscuridad se intensificaba nuevamente, si la verdad era proscrita como tabú, si un estado dictatorial dictaba qué debía hacerse y qué no...

Roberto comprendió con deslumbrante claridad que la batalla solitaria del buscador de la verdad es la actividad humana de importancia decisiva. Los hombres de los laboratorios, los hombres que bucean en las mentes para ver cómo funcionan, el trabajador solitario que vive en medio de una tribu de África: éstos son los que están luchando por la supervivencia de la humanidad.

Si vencen, el hombre triunfará por fin sobre sus amos y podrá elegir su propio destino. Habrá un caos y una violencia superiores a todo lo que se puede imaginar; pero algún día el hombre triunfará.

Cuando llegue el momento...

Si pueden conservar encendida la chispa de la verdad...

Había otros que lo sabían; había otros que opinaban que el momento era prematuro..., pero que tenían a su cargo la más importante de las misiones, una misión solitaria e irremplazable.

“Negaré todo lo que le he dicho a usted”, le había anunciado Johnston. “No puedo ayudarlo más. Si vuelve a buscarme perderá el tiempo. Tendrá que seguir su camino como yo he seguido el mío. Usted comprenderá esto antes de llegar al término. Use su cabeza, muchacho, use su cabeza.”

Roberto lo entendió por fin: su batalla no era gloriosa; nunca recibiría él las gracias de nadie. Pero no le importaba. Su mujer había muerto, y lo que él quería era infundir sentido a esta muerte. No sabía, no estaba seguro de los resultados. ¿Podría el hombre aprender? ¿podría seguir ascendiendo?

No lo sabía, pero tenía que intentarlo.

EL semestre de clases estaba muy avanzado cuando Roberto encontró la respuesta.

En realidad fué un acontecimiento trivial lo que le iluminó el camino que debía seguir para continuar viviendo. Le pareció súbitamente que la vida era un tejido de acontecimientos pequeños que se desarrollaban en medio de la oscuridad y que nadie podía advertir. Las causas pequeñas son las que provocan los grandes cambios: una observación casual, un disco de material plástico, un célula que vive o muere. Todos los grandes acontecimientos son el resultado de la acumulación de cientos de pequeñas reacciones incontenibles e inapreciables..., inclusive la bomba atómica.

Roberto dictaba una clase teórica de antropología a sus alumnos de primer año. Era un aula muy grande, sin nada peculiar, llena de rostros juveniles y del correr de las plumas estilográficas con las que los alumnos tomaban notas de la explicación. Era un día frío y brumoso de invierno; pero el aula, con todas las ventanas cerradas, estaba caldeada por la calefacción.

El maestro explicaba sentado en el borde de la cátedra, interesado como siempre en el tema, pero seguro de que la mitad de la clase estaba mentalmente ausente, pese al brillo de las miradas y a las posturas de concentrada atención.

—Por lo cual, Morgan y los restantes primeros adeptos de la evolución socio-

lógica nos han dado una pintura encantadoramente ingenua e irreal de la evolución social. Creyeron que todos los pueblos recorrerían necesariamente etapas sucesivas de desarrollo, del estado salvaje al inculto, y de allí a la civilización. No supieron tener en cuenta factores tales como la difusión. Y los trabajos posteriores han demostrado que se habían equivocado casi en todos los detalles. Un ejemplo es lo que ha sucedido a varios pueblos de pastores nómadas que nunca han pasado por la etapa agrícola. A pesar de Leslie White, la mayor parte de los antropólogos actuales han abandonado el concepto de evolución social, y prefieren seguir teorías como las de Malinowski y Radcliffe Brown, en Inglaterra...

Detúvose Roberto al ver que uno de los alumnos había levantado la mano. ¿Cómo se llamaba? ¡Ah!, sí: Barnes.

—¿Qué desea, señor Barnes?

—¿Puedo hacer una pregunta, profesor?

El tono de la voz era cortés, pero firme.

—Diga, señor Barnes.

—Perdone, profesor; pero, ¿cómo sabe usted que la evolución social no se ha producido efectivamente? ¿Por el solo hecho de que alguna consecuencia parcial no sea exacta se puede desautorizar toda la teoría? No pretendo poner en duda su autoridad; pero, ¿cómo puede saberlo?

Roberto miró al muchacho, casi un niño, que estaba sentado en el segundo banco. Su rostro infantil respiraba seriedad. El profesor sintió que su corazón palpitaba de ternura y las manos le temblaron un poco. Quebró su propia regla y encendió un cigarrillo. Se acordó de que otro niño, Roberto Schákel, en un día de primavera, había interrumpido también al maestro para preguntarle: “Perdone, profesor; pero, ¿cómo sabe usted eso?”

Miró otra vez al niño. "Un simpático chico", pensó, "que proviene de una buena familia. Un chico que lleva encima la maldición de ser inteligente, pero no sabe todavía lo que significa serlo. Un chico que crecerá y algún día estará tal vez donde yo estoy ahora".

En su fuero interno pensó decirle: "Un día, tú también puedes encontrarte frente a frente con el problema. Un día, tú también puedes descubrir el juego que estamos jugando, encontrar que tu mujer ha desaparecido de tu lado. Un día puede que tengas que dar tu batalla como yo he tenido que dar la mía. Te deseo que entonces estés preparado para triunfar. ¿Y qué te puedo decir ahora que eres tan joven y no sabes nada de lo que te espera? ¿Qué puedo decirte yo para que se grave en tu memoria y recuerdes, cuando llegue la oportunidad, que no estás solo?"

—¿Su nombre es Barnes, verdad? —preguntó en alta voz.

—Sí, profesor —respondió el chico, asustado ahora—: Fernando Barnes.

—Bueno, Fernando, esa pregunta te vale un 10. Me alegro mucho de que la hayas hecho. Nunca aceptes nada por autoridad... Piénsalo por tí mismo. Nunca pierdas la costumbre de hacer preguntas. Y acuérdate de que si tú necesitas ayuda, los otros también. Tu objeción es terminante, y debo re-

conocer que tienes razón. Cuando adviertas que me descuido en alguna otra afirmación, no vaciles en preguntar. Y basta de sermón.

ROBERTO prosiguió adelante con su exposición. Sentía al mismo tiempo los murmullos de sorpresa de la clase y la excitación que resplandecía en el rostro ruborizado de Barnes. Comprendió que había llegado al corazón del muchacho. La clase caliente y llena de aire viciado le pareció súbitamente hermosa. Había encontrado la respuesta que buscaba. ¿Podía el hombre aprender?; ¿podía seguir ascendiendo? ¿Era un capricho suyo o había otros hombres que lucharían por llegar a la verdad?

Ahora sabía, de una vez y para siempre, que sí.

Esa tarde, cuando Roberto Schákel cruzó por la explanada, aunque el tiempo estaba desapacible, no lo notó siquiera. El viento helado soplaba, y los ruidos de la ciudad rodeaban al colegio; pero Roberto llevaba en su corazón una canción.

El hombre sería libre.

No había banderas, ni multitudes entusiastas, ni charangas triunfales. Empero, mientras se encaminaba a su casa vacía, donde una parte de su ser había muerto, Roberto Schákel entonaba un canto victorioso al mundo. ★

más allá Copyright by Editorial Abril. Hecho el depósito de ley. Todos los derechos reservados. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 414.547. Distribuidores. Cap. Federal: C. Vaccaro y Cía. S. R. L., Av. de Mayo 570 - Interior: RYELA, Piedras 113, Buenos Aires.

CORREO
ARGENTINO
Central (B)

FRANQUEO A PAGAR
Cuenta Nº 574

INTERES GENERAL
Concesión Nº 4923